

BILBAO, MANUEL (1827-1895)

INQUISIDOR MAYOR

ÍNDICE:

JUICIO

INTRODUCCIÓN

PARTE PRIMERA

CAPITULO I

La llegada de una fragata española en tiempos del coloniaje

CAPITULO II

Impresiones que recibían los recién llegados

CAPITULO III

Lo que era una recepción en Lima

CAPITULO IV

La hora de las denuncias.- Primera tentativa del abate González para dominar una familia

CAPITULO V

Soliloquio del abate González.- Una visita a la cárcel de la Inquisición

CAPITULO VI

Cómo eran las navegaciones en tiempo de las colonias

CAPITULO VII

Apuros de un amante a presencia de un novio

CAPITULO VIII

Lo que pasaba en una función de toros

CAPITULO IX

Castigo de un amante que se burla de un novio

CAPITULO X

Conspiraciones que se forman entre dos enemigos para descubrir los milagros de una coqueta

CAPITULO XI

El secreto de las confesiones

CAPITULO XII

Tentativa frustrada

CAPITULO XIII

Dos amantes que se reconocen

CAPITULO XIV

Conspiración contra la felicidad conyugal

CAPITULO XV

Primera conferencia para la conversión de un hereje

CAPITULO XVI

Una discusión que terminaba a capazos

CAPITULO XVII

Segunda conferencia para la conversión de un hereje

CAPITULO XVIII

Quién era el carcelero

CAPITULO XIX

Tercera conferencia para la conversión de un hereje

CAPITULO XX

Una sesión secreta del tribunal de la Inquisición

CAPITULO XX

Un juicio público en el tribunal de la Inquisición

CAPITULO XXII

La evidencia del vicio

CAPITULO XXIII

Una madre que cosecha el fruto de su vida

PARTE SEGUNDA

CAPITULO XXIV

La novia del hereje

CAPITULO XXV

La entrevista.- Explicación de una historia misteriosa.- Un seductor descubierto

CAPITULO XXVI

Del modo como se batía el Inquisidor Mayor

CAPITULO XXVII

El regreso de Magdalena al hogar

CAPITULO XXVIII

Los consuelos dados por un jesuita

CAPITULO XXIX

Un Virrey sometido a la Compañía de Jesús

CAPITULO XXX

La capilla

CAPITULO XXXI

El auto de fe

CAPITULO XXXII

Los milagros del Cristo de la Inquisición

CAPITULO XXXIII

La locura de Enriqueta

CAPITULO XXXIV

Lo que era un paseo ordenado por el abate González

CAPITULO XXXV

La entrevista de dos ex novios

CAPITULO XXXVI

La desaparición del Callao

EPÍLOGO

JUICIO

Esta obra (*El inquisidor mayor*) es la primera que haya manifestado el espíritu de la conquista española en contraposición con el espíritu de la revolución en el virreinato del Perú.

El suceso ha correspondido al objeto. Dos ediciones han sido rápidamente agotadas, lo que es una novedad en la América del Sud.

El autor ha escogido a Lima, capital del Perú, como teatro de los acontecimientos que nos traza.

Su narración es muy anterior a la época de la independencia americana.

Nada más interesante que el cuadro que nos presenta de aquella antigua ciudad. Nos manifiesta en el seno de esta ciudad, en donde todo es alegría, molicie y abandono, la conquista española, ahogada en la voluptuosidad y hartándose de oro a la sombra de la Inquisición.

Los descendientes de Pizarro, no teniendo ya batallas que dar, forman una oligarquía avarienta que explota las vastas posesiones del Perú, por las manos del esclavo y del indio siervo.

No más espíritu de empresas, costumbres caballerescas.

El ocio, el juego, el placer, las fiestas, todas las pasiones y todos los vicios, llenan la vida de esos soberbios dominadores. Todas las seducciones, todos los goces, parecen haberse encontrado en Lima.

El elemento africano y moro se combina allí con el elemento indígena para los placeres de los nuevos amos del terreno, y el catolicismo sirve como marco a estos extraños cuadros.

Se diría que era una parodia de las antiguas épocas babilónicas, faltándoles la grandeza bíblica.

Al lado de ese espectáculo, el escritor muestra otro.

Es la filosofía del XVIII personificada en un joven francés que muere víctima de sus opiniones, y que la Inquisición de Lima quema como a hereje.

El lector, a medida que el drama se desenvuelve, ve pasar bajo sus ojos el cuadro complicado de esta sociedad hispanoamericana, con todos los elementos que la componen.

Asiste a la lucha sorda todavía, del pasado y del porvenir.

Toca todos los problemas que se agitarán luego sobre esa tierra ya trabajada por la revolución, desde el catolicismo y la esclavitud, hasta la nueva forma de las Repúblicas Americanas, que deben salir del conflicto ya eminente entre la España y el Nuevo Mundo.

Se respira en esta obra la atmósfera perfumada y, embriagante de la naturaleza tropical, en donde el amor es el fondo, de la vida; pero se siente al mismo tiempo el aliento revolucionario pronto ya a remover la tierra como un volcán de las cordilleras.

No hay en la literatura española en la América, un solo libro que haya abrazado un horizonte tan vasto.

No lo hay tampoco que haya producido una tan grande impresión.

[El siguiente juicio es traducido de la *Libre Recherche*, revista universal publicada en Bruselas por Mr. Pascal Duprat, página 154, entrega 13, tomo 2.º, correspondiente al año primero, diciembre de 1855]

INTRODUCCIÓN

Cuando en 1846 recorría las provincias del Sud de Chile buscando la salud que había perdido en las fatigas del estudio, la naturaleza de mi patria me absorbía por una infinidad de cuadros iluminados con los rayos de un sol brillante.

El cielo azul, intolerante para permitir que la nube le ocultase, dilataba su perspectiva grandiosa.

Valles limitados por el occidente con la bóveda del cielo, parecían por el oriente dar nacimiento a la atmósfera en las elevadas cumbres de los Andes.

Montañas cubiertas por densos bosques se presentaban como la manifestación de una naturaleza virgen; campos dilatados arrojaban, de las alfombras de verdor y flores que los visten, aromas selváticos.

El caballo me llevaba a escape tomando vida en el aire embalsamado que corría por las campiñas; los ríos se precipitaban con la rapidez de las fecundas cascadas que aumentan sus cauces: el calor del estío desaparecía bajo la sombra de espesos bosques.

Y yo corría siempre adelante, entusiasmado con tanta grandiosidad; admiraba, y no sabía qué, porque mi imaginación era absorta por multiplicadas impresiones que los cielos, las montañas, los ríos, los volcanes, los valles, producían a cada paso y a un propio tiempo sobre un espíritu encendido por la fiebre.

La vida de las poblaciones, que poco antes la creía la cuna de los goces, fue desde entonces para mí otra existencia distinta: el bullicio de las ciudades, los trajes que los habitantes llevan, las costumbres que les aletargan, ese enjambre de agitaciones y de necesidades creadas que constituyen lo que llaman negocios del hombre; toda esa barahúnda de intrigas y de miserias, desapareció a mi vista, olvidé por un momento la sociedad y me sentí libre.

Y fue entonces, que adoré a la naturaleza, sobre todo lo que había adorado.

¡Tiempos de felices recuerdos que volaron a la par de la infancia!

En cinco días recorrí las distancias que separan a Santiago de Concepción, y la inquietud de aprender lo que de sí arroja la topografía de esa porción de territorio chileno, me entretuvo tres meses en andar como un salvaje viviendo la vida de los campesinos.

En mi carrera posterior, no se han podido borrar de mi pensamiento las impresiones de aquel corto episodio de la edad primera.

Querría dar rienda suelta a los recuerdos que aun conservo; pero este trabajo no tiene con ellos más que una accidental conexión.

Sin embargo, tocaré un incidente, porque él nos abre las puertas a la vida de las personas que figuran en este romance.

En una de mis excursiones por las montañas que se encuentran al frente del pueblo de San Carlos, en el lugar denominado *Semita*, me alojé por tres días con el objeto de visitar las máquinas de aserrar maderas que allí tiene don Ricardo Ponce.

Las casas de esa estancia, que cuenta catorce leguas de dimensión se divisan a gran distancia en razón de hallarse situadas sobre una elevada loma.

Es una bella situación y un bello conjunto de arquitectura inglesa.

El señor Price me recibió con la delicadeza de un verdadero inglés, y lleno de franqueza y de buen humor, me invitó para ir al día siguiente al de mi llegada, a visitar las expresadas máquinas.

Montamos en unos briosos caballos, acompañados de varios jóvenes que allí residían, y emprendimos nuestra ruta hacia adentro de los montes que teníamos al Oriente.

Al haber avanzado como doce cuerdas, penetramos en el bosque inmenso que forma la riqueza de esa propiedad.

El cielo desapareció a nuestra vista y el alto copo de los pinos, robles, laureles, cedros y de multitud de otros árboles, nos cubrió con su sombra.

El suelo cultivado en partes y en otras vestido de verde por los pastos naturales, producía en unión de las sombras, una atmósfera fría, en medio de la ardiente estación del verano.

Los caballos los lanzamos con ímpetu por entre aquellas dilatadas calles de árboles, tapizadas de una vegetación rica y viril.

La brisa inclinaba uno sobre otro a aquellos gigantes salidos de las entrañas de la tierra.

Un ruido monótono y perpetuo se desprendía de aquel movimiento.

Nuestros caballos seguían briosos y tascando el freno con impaciencia.

Las distancias desaparecían bajo las ilusiones de la admiración.

Íbamos alegres.

Después de una hora y cuarto salimos del entoldado sombrío y descendimos a una planicie de seis cuadras encajonadas por cerros cubiertos de árboles.

Allí había una casita preciosa de tres pisos, y a los costados de ella extensos galpones.

Al frente se veían dos grandes cascadas que daban movimiento a una máquina de aserrar madera.

Al entrar en aquel lugar, un anciano y varias mujeres nos salieron a recibir.

Por el lado de los galpones se veían algunos trabajadores que se ocupaban en el servicio.

Bajamos de las cabalgaduras y mientras se nos daba algún alimento, recorrimos todo aquel circuito industrial.

El anciano nos conducía, explicándonos cada cosa por su orden.

La agitación de cuatro leguas galopadas y lo mucho que habíamos andado a pie, nos llevó a la casita para descansar.

Era este el lugar en que habitaba la familia del anciano y quien hacía de jefe en las labores.

Su esposa tenía alguna edad, pero interesaba por su limpieza y despejo.

Tenía a su lado dos jóvenes como de quince años de edad y tres varones pequeñuelos.

Una de esas niñas me llamó la atención al momento de verla.

Su semblante rosado estaba iluminado por unos hermosos ojos negros sombreados por largas y crespas pestañas que daban a su fisonomía un atractivo de que por cierto no se apercibía la familia.

Luego que entramos en conversación, me permití preguntar a la joven.

-¿No está usted triste en la soledad?

-No, señor -me contestó-, porque desde la edad de seis años vivo en el campo.

Estoy con mis padres, y esto me basta.

-Pero es extraño -le volví a decir- que a su edad no tenga usted ambición y deseo de estar en la sociedad.

La joven bajó con modestia su rostro algo sonrojado y la madre me contestó por ella:

-Creo que no serían tan felices mis hijas en un pueblo como lo son aquí.

Yo he residido en Lima con mi esposo, recién venidos de España, y le aseguro que a pesar de los goces de aquella ciudad, prefiero estar aquí.

-¿Por qué dice usted tal cosa? -le observé.

Yo también he estado en Lima ahora un año, y le aseguro que los recuerdos que tengo de él, me hacen desear el volver.

-Usted es demasiado joven -me dijo la señora-, y no dudo que aun solo haya vivido en los goces de la edad, pero yo que he presenciado los azares de la vida de los pueblos, el poco tiempo que queda para pensar, para consagrarse a Dios, a la educación; yo, mi amigo, que conozco esa multitud de males que amenazan a la juventud, le aseguro que es mejor este retiro.

Y en verdad, después que se ha conocido algún tanto el mundo, cuando se ha palpado el acecho constante contra toda virtud, el poco estímulo para enaltecer la honradez, la poca lealtad para respetar los vínculos más sagrados; cuando se ha experimentado esa educación vacía, superficial, corruptora por las necesidades ficticias que crea y que día a día se inculca en las almas y de una manera insensible, se comprende la razón de esa señora que prefería el retiro a los halagos de la sociedad. Para mí, hace algún tiempo que solo diviso la felicidad de las familias, el reposo del hogar doméstico, la fidelidad pulcra en aquellos lugares que se apartan de las poblaciones.

Cuando veo a la juventud angelical que hace su entrada al mundo, la contemplo con toda la ilusión de la pureza, y luego medito que esa pureza va a perderse con el solo roce de la sociedad.

Gradualmente se pierde la virginidad del pensamiento, y cuando esta no existe, ya la mujer pierde su misión, no puede ser el origen de una generación sana y el vínculo de la tranquilidad que todos buscan en el consorcio.

Tratando de variar la conversación pregunté a la señora de la casa:

-¿Y en que pasan ustedes la vida? la ocupación es una distracción, pero no habiendo variación en ella, entiendo que debe sentirse un malestar continuo.

-El día lo pasamos cosiendo -me respondió-; leemos y preparamos el alimento diario.

Por las tardes salimos a pasear, a visitar nuestro jardín; rezamos y pedimos a Dios por los pecadores, por los que no se acuerdan de sus almas.

Al lado de mis hijos encuentro cuanto apetezco.

Por las noches me lleno de contento al cubrir a estos ángeles que duermen con una tranquilidad de verdaderos inocentes.

-Es usted feliz entonces -le dije-, porque su ambición está reducida a sus hijos y a su esposo.

En esta circunstancia entró el anciano y nos invitó a tomar una cazuela.

Nos paramos con bastante gusto a hacer los honores a la mesa.

El hambre que sentíamos era más que regular, así fue que los primeros oficios se redujeron a desocupar los platos que se nos servían.

Satisfecho el apetito, la conversación entró a ser una necesidad.

Al fin, después de un rato de charla, la señora me preguntó:

-¿Mucho tiempo hace que usted viaja por el Sur?

En contestación le di cuenta del motivo de mi viaje y le manifesté el placer que tenía en conocer una parte tan bella de mi país.

La dueña de casa advirtió entonces al anciano, que yo había viajado por Lima.

-¡Usted ha estado en esa ciudad! -me interrogó el anciano con alguna alegría.

-Sí, señor.

-¡Hermoso país para un joven que tenga dinero que botar!

-¿Qué tiempo hace que usted dejó a Lima? -le pregunté.

-Cosa de catorce años.

-¿Se ha vuelto a acordar de ese lugar?

-Mucho, mucho, señor.

Ahora tres años lo tuve muy presente por unos papeles que me mostraron en Concepción, referentes a un suceso desastroso.

-Son muchos los cuentos que hay de aquel país -le dije.

-Pero del que yo hablo, no es cuento; es una historia bien triste.

-Bien podríamos oírsele a usted si no le es incómodo el referirla.

-Ahora es imposible complacerle; porque mis hijos no deben ir lo que no les aprovecha y sí les daña.

-Dispense usted -le dije entonces-, que no haya previsto...

Al levantarnos de la mesa, nos dijo

-Esta noche iré a las casas de la estancia y contaré a usted la historieta a que me referí.

Cerca de la una de la tarde nos regresamos al lugar de donde habíamos salido al amanecer, y serían las siete de la noche cuando el anciano se presentó animado de bastante buen humor.

Pasado algún rato de descanso, le dije:

-Ahora que estamos entre hombres, cuéntenos lo que nos ha prometido.

-Con mucho gusto -me respondió, y colocándose al lado de una mesa nos refirió el asunto que sirve de fondo a la presente novela.

-¿Y en dónde leyó usted eso? -le interrogué cuando hubo concluido.

-En casa de mi amigo D. N. de A. que habita en Concepción.

-¿Tiene él los documentos que acreditan lo que usted me indica?

-Sí, señor.

-Tenga, entonces, la bondad de darme una esquila de recomendación, a fin de que me los manifieste.

El anciano escribió la carta y me la entregó.

Al día siguiente me despedí de los habitantes de Semita y me encaminé a Concepción, pasando por San Carlos de Chillán. Tan pronto que hube llegado a la ciudad me presenté al amigo del anciano, y con bastante afabilidad me manifestó los papeles que motivaban mi curiosidad.

Me permití hacer varios apuntes de lo que leía, y cuando terminé, me interrogó el dueño de los manuscritos:

-¿Piensa usted escribir alguna cosa sobre el particular?

-Quizás -le respondí-, aun cuando ello se presta para una novela y soy enemigo de tales trabajos por la intolerancia que manifiesta el público cuando en ellas se atacan sus vicios o faltas.

-Desprecie usted esa intolerancia -me repuso D. N. A., porque la grito de los vicios es honrosa contra la persona que la causa.

Vea usted que el asunto es importante.

Desde esa época guardaba aquellos apuntes sin acordarme de ellos.

La falta de ocupación en el destierro, me hizo vagamundear visitando las cosas particulares de Lima, y al entrar en la cárcel de la Inquisición, recordé mis borrones y me decidí a escribir el siguiente romance histórico en el fondo y calcado sobre las costumbres de aquella sociedad.

Lima, año de 1852.

PARTE PRIMERA

CAPITULO I

La llegada de una fragata española en tiempos del coloniaje

El 28 de mayo de 1746 llegaba al principal puerto del Perú, el Callao, la fragata de guerra española *San Fermín*.

Con este motivo el castillo del Sol que había en aquel puerto, despertaba con salvas la apatía de los habitantes de Lima.

Las campanas de sus numerosas iglesias respondían con repiques al estruendo del cañón. Los habitantes recorrían las calles mostrando en sus semblantes la alegría que inundaba sus espíritus.

Tales demostraciones a causa de la llegada de la fragata española, no se comprenderían al presente; pero en aquellos tiempos eran muy naturales.

Las comunicaciones con la Metrópoli eran tardías y difíciles. Por eso los españoles que habitaban las colonias, a la vez que los mismos colonos educados para considerar por madre patria a la España, olvidaban sus ocupaciones, sus pesares, sus diversiones y se entregaban a las emociones más vivas al ver llegar hombres y noticias del Viejo Mundo.

El Virrey, para fomentar esta alegría, tenía dispuesto que el castillo del Sol fuese el que comunicara el aviso de la llegada de los buques españoles.

Tan pronto como las comunicaciones eran traídas a tierra, la valija era llevada a palacio. Una gran multitud se reunía bajo los balcones de la casa del Virrey y allí esperaba que el representante de los reyes se presentase a dar parte de que el monarca gozaba de salud.

Cuando el Virrey anunciaba que el Rey se encontraba sano y salvo, la multitud prorrumpía en un prolongado y repetido grito de «¡Viva el Rey nuestro señor!» y enseguida se repartía por la población en medio de los repiques que atolondraban los oídos, de las músicas que concurrían a la plaza y de las camaretas y cohetes que eran lanzados al aire.

En la noche había iluminación general.

La fragata *San Fermín* venía de España, para aumentar la custodia de los mares que bañan las extensas costas de los países que antes eran colonias españolas.

Traía a su bordo dos personas que formaban una familia.

Era un joven noble a quien el Rey destinaba para el servicio de la judicatura en Lima, y una bella mujer a quien Dios confiaba el cuidado del porvenir de un hombre.

Estos dos seres se hallaban recién casados, amándose con abnegación.

Parecía serles indiferente abandonar los goces del Viejo Mundo para residir en el Nuevo; sus corazones se bastaban.

Estos dos esposos se llamaban Rodolfo y Magdalena.

Él era español y ella napolitana.

Dotado el esposo de un físico varonil, revelaba en sus facciones la fuerza de una voluntad dominante; orgulloso como los nobles de su época, se hallaba exento de las ridiculeces de la clase social a que pertenecía.

Había sido educado en los colegios de París, y por consiguiente, su inteligencia despejada, le hacía elevarse sobre los errores que dominaban al mundo, y muy en especial a la España.

La luz de la filosofía producida por los genios que brillaron para la libertad en el siglo XVIII, encontraba un apoyo en toda razón, en todo hombre que de buena fe amaba la civilización; y Rodolfo, aun cuando no era un ciego sectario de los enciclopedistas, aceptaba con bastante latitud el fundamento de esa filosofía: la soberanía de la razón.

Joven de treinta años, esbelto en las formas, alto de cuerpo, rostro sereno, su cara era poblada por una espesa barba negra.

Sus ojos pardos y animados formaban un conjunto interesante con su nariz perfilada y su boca pequeña.

Magdalena tenía en sí las dotes de espíritu que se requerían para la felicidad de Rodolfo.

Sus formas eran torneadas. El rostro pálido. Ojos verdes rasgados, recibían las sombras de largas pestañas que imprimían a su fisonomía ese encanto seductor de las almas bellas que se reflejan en ellos.

Cuerpo desenvuelto y fino, despedía al andar cierto aire de voluptuosidad que cautivaba.

Bella nariz, boca graciosa encendida por el carmín de la juventud, presentaban a Magdalena como a una flor no marchita aun, arrancada de los jardines del hermoso Nápoles, para embalsamar los verdes contornos del Rímac.

Rodolfo ponía en ella sus ojos con adoración; la amaba con esa fe que se ama al ser que se le entrega el porvenir de una generación nueva.

Vivían sin hijos, pero vivían felices, presentándose como el símbolo de la felicidad del matrimonio.

Magdalena no tenía antecedentes de nobleza, sus padres habían salido del pueblo, se habían elevado por sus esfuerzos, y con la virtud del trabajo habían logrado adquirir una posición social que era bien mirada por la aristocracia de cuna.

Educada con superficialidad, no tenía instrucción sobresaliente, y más que todo, le faltaba conocer esa ciencia del desengaño y del dolor que se llama del mundo. En Europa, recién había principiado a frecuentar las tertulias. Era en el Perú donde ella venía a entrar en el roce que llamamos social.

Su corazón se hallaba purificado por el amor, pero ensayado en el crisol de las seducciones.

Ese mirar angelical de la mujer digna que encanta el contemplarla en los albores de la virginidad, daba a Magdalena el brillo que solo da la inocencia.

A estos jóvenes esposos acompañaba un sacerdote franciscano, hermano de Rodolfo.

El ardor cristiano de que se hallaba poseído le impulsaba a levantar en los bosques de los bárbaros el crucifijo de la fe.

El inmortal Arauco era su ensueño, porque allí el sacrificio de los misioneros era sellado con sangre, y el padre Anselmo (que así se llamaba) ambicionaba a la gloria del martirio.

Lleno de unción y religiosidad miraba a su hermano con amor entrañable.

Se embebía contemplándolo en la felicidad que le rodeaba, mas no lo envidiaba; porque su alma se hallaba absorta en esos amores más grandiosos que buscan el ideal en la eternidad.

Contemplaba la tranquilidad que el mundo proporcionaba a esos esposos; mas, él dilatava su mirada, queriendo penetrar en las tinieblas del futuro, en las tinieblas del porvenir, para entrever la tranquilidad de mundos luminosos y eternos.

El padre Anselmo, verdadero apóstol del Evangelio, al poner pie en tierra, su pensamiento primero fue marcharse pronto a las regiones del Sur.

Los esposos se mantenían aun sobre la cubierta del buque contemplando la soledad del Callao; no se atrevían a desembarcar, retenidos por la ilusión que les hacía considerarse allí más próximos a la patria que dejaban.

-He aquí -interrumpió Rodolfo la meditación de Magdalena-, el puerto que nos recibe para pasar a Lima.

-Es un sepulcro -contestó Magdalena, que se apoyaba en el brazo de su esposo como asiendo el único consuelo de su alma.

-¿Estás triste? -preguntó Rodolfo a Magdalena con una voz dulce y tierna.

-Sí, y mucho.

En este momento de arribada, cuando he visto paralizada la carrera del buque, he arrojado una mirada ávida a cuanto nos rodea, he querido buscar una naturaleza risueña, pero no sé lo que por mí pasa; nada he encontrado; quizás la palidez del cielo entoldado me melancoliza, me impide alegrarme.

-No es extraño lo que te sucede, ángel mío- repuso Rodolfo-, a todos nos pasa lo mismo.

Ese malestar nace del contraste que se produce al sentir las primeras impresiones de un mundo desconocido que vienen a encontrarse con las que el espíritu conserva del mundo en que nace.

En estos momentos de la vida, raros y desconocidos, para la generalidad, se olvida la sociedad que pueda haber en el lugar que se visita, y el espíritu no hace sino comparar la naturaleza de la patria que se deja, con la de la patria que se busca.

Es en estos momentos también cuando las impresiones de la infancia cruzan por la mente con celeridad; cuando el amor al lugar que nos vio nacer revive con amargura; cuando el nombre de los padres, la imagen de los hermanos, las ilusiones de la amistad, todo ese pasado de halagos que ha apacentado la existencia, todo ese conjunto de amor, de caricias

y de franqueza que se advierte en el corazón de la familia, se revisten de ilusiones tristes y hacen sombrío el presente, causan dolores que jamás se comprenden sino al sentirlos como nosotros los sentimos ahora.

A estas reflexiones sucedió un silencio, que por las lágrimas que rodaban de los ojos de los esposos, se comprendía el sentimiento que les dominaba.

De cuando en cuando se miraba uno a otro como quien busca la felicidad en la mirada del ser que se ama.

-Rodolfo -interrumpió Magdalena aquella situación diciendo a su esposo-, no recuerdes nada por ahora: háblame solo de ti que eres mi bien y mi porvenir.

Lejos de nuestros padres y patria, sabremos amarnos más, con más vida, con más concentración, porque al fin, yo no ambiciono sino a ver acrecentar tus halagos.

-Eres un ángel, Magdalena -repuso Rodolfo enjugando las lágrimas de ella con un beso ardiente-, eres un ángel.

Esta tierra no ha de ser para siempre nuestra residencia.

El Perú es bastante rico, y en tres o seis años habremos hecho una fortuna que nos proporcione el bienestar en los pueblos que hemos dejado.

Rodolfo estrechaba en sus brazos a Magdalena, y ella, dotada de la delicadeza que da el espíritu apasionado, le embriagaba la existencia circundándolo de una nube de sensibilidad y de alegría.

Bello cuadro de esos amores que nacieran en el crepúsculo de una edad risueña y cuyo fin no se divisa.

Después de algunos momentos de expansión, los esposos desembarcaron, atravesando la espaciosa y tranquila Bahía del Callao, desierta entonces, porque en aquellos tiempos el comercio español tenía monopolizado el comercio de las colonias, razón por la cual los buques anclados no pasaban de seis u ocho, flameando en todos ellos la bandera de los reyes que disponían de estos países en virtud del derecho de conquista.

El Callao era una población crecida, pero sin actividad; monótona como todas las de las colonias, sin vida en sus industrias, en los cambios de productos, en las especulaciones mercantiles.

Las tiendas o almacenes se hallaban provistos de efectos que producía la España; mas nadie se agitaba; porque el comerciante, sentado siempre tras de un mostrador ordinario, estaba seguro de vender, si había necesidad de los efectos que tenía. Se sabía el consumo, la igualdad de los precios y la asistencia de los consumidores.

Esa vida sedentaria aumentaba el aspecto de tristeza que derrama el Callao, y producía en nuestros jóvenes viajeros gran parte del malestar que les había hecho derramar lágrimas.

Nuestros huéspedes atravesaron bien pronto la distancia que media entre el puerto y la capital; y con la mirada henchida de ilusiones, creyeron ir a encontrar una población monumental al pasar por la alameda de sauces que servía de camino y tenía por frontispicio la grandiosa portada que se llama del Callao.

El carruaje avanzando con celeridad, puso a los viajeros dentro de los muros que circunvalan a Lima.

Ellos se imaginaban encontrar un orden de edificios elegantes que estuviese en armonía con las innumerables torres que se destacan sobre la población, y que anuncian desde larga distancia a los navegantes el mar de la ciudad de los reyes.

Pronto tocaron la realidad.

Lima, colocada sobre una pendiente suave que se desprende de una extensa cadena de cerros que se unen a los Andes, es una población que recibe el calor ardiente de los trópicos, modificado por las frescas brisas del mar.

Debido a su posición privilegiada, el clima es templado, delicioso, humedecido por el rocío de las noches, sin que se conozca la lluvia.

Fundada a seis millas del mar, al lado de un río poco caudaloso que nace en la Cordillera (el Rímac), ofrece a la vista un valle estrecho y pobre de vegetación.

Manantiales de aguas cristalinas como el espacio, contribuyen a aumentar el regadío que se distribuye en quintas pobladas por el chirimoyo, el plátano, el granado, la palmera, el palto, los frondosos naranjos y limoneros, y tantos otros árboles que embalsaman el ambiente.

Allí se encuentran las flores y los frutos que se producen en los climas cálidos y en los fríos.

Lima, dotada así por la naturaleza, imprime a sus hábitos la molición de un enervante clima y la volutuosidad de su atmósfera tibia y embriagadora.

Sus fundadores, sin calcular en el porvenir, dieron por de lineación a esta ciudad la misma que tienen todas las capitales de los países que fueron colonias españolas. Su base forma un tablero de ajedrez con calles que no tienen más ancho que el de doce varas.

Poblada por aventureros, Lima se encontró desde temprano habitada por nobles que abandonaban la España, o por fieles que compraban sus títulos a fuerza de oro.

Hombres sin pasión por el arte, construían las casas en que vivían sin consultar en nada la arquitectura y sacrificándolo todo a la comodidad interior.

De allí provenía que el aspecto de la población era el de largas calles, formadas por edificios de un piso, que tenían en sus fachadas algunas rejas cubiertas de celosías y sin adorno en el frontis.

El largo tiempo que la España había sido dominada por los moros, había formado un gusto especial en la raza colonizadora. Por eso era que sus edificios se resentían del aspecto morisco, dando al exterior de cada edificio la forma de una fortaleza o de un encierro.

Población rica y fanatizada, daba una prueba de ello en los inmensos paredones que ocupaban los barrios principales de la ciudad, dentro de los cuales se encerraban los conventos de monjas y de frailes, con sus iglesias y torres atrevidas.

En la época de que nos ocupamos, Lima tenía una población de 50000 almas, y para satisfacer las necesidades espirituales de sus pobladores, se contaban setenta edificios entre iglesias y capillas.

Magdalena y Rodolfo recibieron las impresiones de la fisonomía que ofrecía la población que iban a habitar, y con el espíritu algún tanto desconsolado, pararon en una casa de la calle de Indios, dispuesta para servirles de mansión.

CAPITULO II

Impresiones que recibían los recién llegados

Cuando se va a habitar un país, regularmente los informes que se reciben de él crean un mundo de ilusiones que solo desaparecen cuando se le visita.

Los viajeros de la fragata *San Fermín*, traían una idea halagüeña de lo que era Lima, por efecto de las descripciones que se hacían en Europa de las fabulosas riquezas del Perú.

Los multiplicados edificios religiosos, la magnificencia desplegada en los frontis de las iglesias, en las torres, en las portadas; la extensa muralla que circunda la ciudad, eran anuncios ostensibles de la riqueza del país, riqueza que llegó a ser proverbial en el viejo mundo y sirvió de cimiento a la suciedad limeña, por cuanto atrajo a su seno la inmigración de los que deseaban tener parte en las opulencias que el país derramaba.

Las fortunas colosales que se improvisaban, contribuían a extender la fama por esos mandos ávidos de placeres y de oro.

En aquel entonces, despedirse de la familia para pasar a América era un equivalente a la despedida que se da para viajar hacia la eternidad.

Los que no establecían su residencia en el Nuevo Mundo, al volver a la Metrópoli encontraban otra generación distinta a la que habían dejado.

El europeo joven y vigoroso, volvía cubierto con el manto empolvado de la edad.

Mas, nada se oponía a la ambición de los que arrastraban una existencia amargada por la miseria.

Los nobles que habían dilapidado sus bienes, miraban estas regiones como una esperanza rehabilitadora.

La juventud que no encontraba elemento para alimentar la ostentación, se decidía también a buscar una posición en las extensas colonias de la España.

De aquí nacía que el Perú y Méjico fuesen poblándose de esas decantadas alcurnias.

Debido a estos motivos era que un considerable número de familias aristocráticas había formado en Lima el pedestal de su elevación.

Acostumbrados a la vida de los goces, desplegaban en Lima el lujo que bien podía rivalizar con el que desplegaran los magnates en España.

Una sociedad organizada con tales elementos, no podía ser la expresión de una sociedad nueva, llena de inocencia y de candor.

Ella había salido de la fuerza guerrera de los Pizarros y Almagros y alimentándose de los opeles, de los perfumes y vicios que en pos de sí arrastraba la inmigración raquíica de los sustitutos de los conquistadores.

La elegancia en el vivir, la seducción en boga, la absorción en los amores, la sed de oro desenfrenada, he aquí los elementos que constituían el nuevo teatro que nuestros jóvenes esposos entraban a pisar.

Magdalena estaba llamada a descollar entre las bellas que en aquel entonces rivalizaban.

Rodolfo estaba llamado a aparecer en el orden jurídico y en el orden innovador.

Lima, a pesar de su desarrollo moral, estaba en la obscuridad.

Tenía universidades, colegios, y más que todo, conventos.

Se educaba para la abogacía o para el sacerdocio, y nada más; y esta educación no pasaba del escolasticismo de la época de los doctores.

Las persecuciones a la razón eran santificadas a nombre del fanatismo, y las hogueras de la Inquisición sancionaban o justificaban los procederres de los corruptores que especulaban con el nombre de la fe.

La *Santa Inquisición* era la policía de las intenciones, de las relaciones amorosas, de las aspiraciones políticas y de las creencias.

Se hallaba en su más amplio apogeo, persiguiendo con el absolutismo de la orden toda espontaneidad útil, y amparando todo paso protector de la ignorancia.

Nunca hubo tanta superstición en la América, y nunca ha habido tampoco tanta corrupción.

La novedad de los habitantes, tan dispuesta entonces por la llegada de los viajeros (porque era un acontecimiento el venir de Europa), y las cartas de recomendación, hizo que nuestros viajeros fuesen conocidos al llegar.

Así fue, que las relaciones las adquirieron sin trabajo, y la novedad de unos por saber de su patria, de otros por darse tono con amistades que debían sobresalir, hicieron que Magdalena y Rodolfo se encontrasen en medio de la sociedad a los pocos días de su instalación.

El padre Anselmo fue a habitar en el convento de su orden.

Un mes bastó a Rodolfo y Magdalena para comprender la sociedad que pisaban.

Allá en sus coloquios íntimos, ellos encontraban un alivio comunicándose las observaciones que hacían al trato de las gentes que les visitaban.

-¿No es verdad, Magdalena -le decía Rodolfo en ese *tête à tête* que se acostumbra entre dos personas que se reflejan el uno en la mirada leal y tranquila del otro-, que después de todas las personas que hemos tratado, no se encuentra un descanso en la amistad de ellas?

Varias veces he procurado interesar en la conversación con los magnates, alguna cuestión que obligue a razonar, sea sobre historia, sea sobre ciencias; pero en vano, me han dejado con la palabra mostrándose como disgustados de oírme.

Esta falta de comunicación con las inteligencias, me va a hacer extrañar más la culta Europa.

-El vacío que se advierte en el trato de los jóvenes como de la mujer -agregaba la esposa-, es insondable.

¿Quieres creer que los jóvenes no han salido del círculo de las vulgaridades?

Uno me decía en noches pasadas, que si yo extrañaba mi país, sería porque aun mi corazón estaría exento de pasatiempos.

Yo le miraba con tristeza al ver que esa misma frase me había sido repetida por otro, y creí que aquello debía ser un tema obligado en el estilo de los salones.

En las mujeres, en esas niñas tiernas y despiertas, no he podido entrever la seriedad del pensamiento.

Sin tener conmigo confianza, me han repetido que es mal visto no contar con amantes numerosos; que ellas no sabrían en que pasar la vida sino tuviesen la entretención deliciosa de las intrigas amorosas.

Por este estilo he oído conversaciones que, te aseguro Rodolfo, me han hecho volver mis ojos hacia ti, como único tabernáculo de mis amores y de mis recuerdos.

Dios quiera que no nos habituemos a una vida tan insípida.

Esta escuela en boga, de cifrar el orgullo en la concurrencia de amantes, era tan admitida, que se practicaba como la cosa más natural del mundo, sin advertirse que en ella se encontraba la desorganización de la familia y se desterraba del corazón de la mujer esa dignidad que la ennoblece y la hace la base de la moralidad de los pueblos.

-Es el error más craso -observaba Rodolfo-, creer que la felicidad se encuentra en la multiplicidad de las afecciones.

Un corazón acostumbrado a amar cuanto ve fácil de halagar el sentido, siempre está azaroso e inquieto; porque la volubilidad del sentimiento abate la idea que se tiene de la mujer; la desconceptúa allá en su pensamiento, y jamás hace nacer la confianza para entregarle el porvenir.

El amor asimila, amalgama dos existencias en una.

La volubilidad es precisamente la ruptura de esa unificación que ha hecho grande al que la ha comprendido y sentido.

Yo he oído llamar amor a ese último estado, y me ha sorprendido que el deber social descansa sobre bases tan inseguras, como inmorales.

Es verdad que en el ser humano hay dos naturalezas, la que es dominada por el cuerpo y la que lo es por el alma.

Los que participan de la influencia de la primera, jamás llegarán a encontrar lo que diariamente buscan, un bienestar; porque el dominio de los sentidos se despierta ante cada objeto que aparece y le arrastra a ir en busca de impresiones que le satisfagan, sin

encontrar reposo, hasta que la edad les amontona en el retiro de la degradación labrado por la deshonra.

En esos seres se manifiesta la superioridad del animal y a no ser por un pequeño destello del alma, sería fácil el reducirlos a la categoría del salvaje.

En los segundos se ve la elevación del espíritu que honra a la humanidad.

Allí aparecen dominadas las impresiones de la materia, y cuando un ser les arroba el pensamiento, ellos no intentan degradarle para adorarlo, buscan siempre cómo engrandecerle, santificarle, por el amor que se aumenta a fuerza de honor y de ilusiones.

Es entonces el goce un elemento de progresión y no un materialismo de pasatiempos satisfechos.

Rodolfo, al paso que desahogaba su corazón susceptible a los descarríos sociales, tenía un placer de imbuir en su esposa ideas que no la hiciesen decaer en sus principios.

La amaba tanto y ella que también lo amaba, amenizaban por lo regular sus conversaciones con besos ardientes de felicidad.

-Es verdad -continuaba Rodolfo-, que hoy es difícil comprender esos amores que interesan el alma, porque el positivismo ha desvirtuado la naturaleza humana.

Lejos de irnos acercando a la purificación de los sentimientos, la ambición, y más que toda, esa vanidad insoportable de la ignorancia, nos arrastra a materializar lo más casto y virginal del sentimiento.

El orgullo consiste hoy en corromper, y el que, dotado de un fondo moral, quisiere detener la caída de un ser, va a sacrificarse sin fruto ante las murmuraciones de los salones.

La moralización del mundo es la reforma de la sociedad y para salvar de un naufragio triste y de oscuro porvenir, es necesario la regeneración de la mujer por el amor que fortifica e ilumina.

Mas, la mujer se aleja de ese camino, y en la decadencia que presenciamos, solo se alcanza a divisar la dislocación de los lazos sociales.

Magdalena escuchaba con agrado a su esposo, y como temiendo interrumpirle, se complacía en oírlo en medio de las caricias espontáneas que le prodigaba.

Estas confidencias terminaban por lo regular a una hora avanzada de la noche, y si de ellas nos hemos ocupado, es para presentar el juicio que hacían de Lima los que entraban a habitarlo, juicio que sirve para reflejar bajo un aspecto la sociedad en que va a desarrollarse el drama que nos ocupa.

Penetremos ahora en el seno de esa sociedad para conocer la opinión que se había formado de Rodolfo y Magdalena.

CAPITULO III

Lo que era una recepción en Lima

Por lo que pasaba en uno de los salones del marqués de Obando, se podrá tener una idea de las opiniones que la sociedad limeña había formado de Rodolfo y Magdalena.

Era el marqués de Obando el jefe de la Marina española en las costas del Pacífico.

Hombre culto, se complacía en reunir con frecuencia a las familias que en aquel entonces pasaban por ilustradas o sociables.

Su casa era, por lo regular, el centro de agradables tertulias.

Vamos a asistir a una de esas reuniones que tenía lugar después de algún tiempo de la instalación de nuestros viajeros.

El salón de recibo era extenso, rodeado de sillas costosísimas por las labores que en el respaldo se dibujaban.

En el centro de los costados, había dos mesas con la cubierta de plata y sobre ellas dos candelabros del mismo metal, que sostenían diez luces.

Al frente de la entrada del salón, se veía un sofá de fondo punzó que indicaba el lugar destinado a la dueña de la casa.

Algunas sillas de brazos, con el respaldo gigantesco y una especie de piano llamado clave, completaban el amueblado de la primera sala del marqués de Obando.

El techo con sus vigas descubiertas y talladas con prolijidad, sostenía en su centro una hermosa araña cubierta por una funda verde, que se descubría en las grandes funciones de la familia, en algún cumpleaños.

La pared se hallaba cubierta por cortinas de damasco amarillo, teniendo pendiente en una de las cabeceras una imagen de la virgen pintada al óleo.

La señora de la casa, que rayaba en los cuarenta años de edad, no se hacía esperar en esos días que hoy llamamos de recepción.

Desde las siete y media de la noche se colocaba en su asiento, aun cuando nadie hubiese llegado de visita.

Vestida con un traje ancho y subido de talle, acababa de cubrir su cuerpo con un largo pañuelón.

Tenía un rostro despejado, el cual adornaba con aretes inmensos de pedrería y perlas, collar de brillantes, y en las manos un abanico que no cesaba de estar en movimiento refrescando el aire que respiraba, a la vez que le procuraba la ocasión de lucir magníficos anillos de esmeralda.

Las ocho de la noche daban en la iglesia de San Pedro, y desde esa hora principiaban a entrar algunas señoras con sus hijas, que se iban colocando unidas y en fila.

Los jóvenes demoraban aun, y la impaciencia de aquellas bellas crecía al verse solas con algunos señores de edad y con las madres que eran las custodias de sus hijas.

Sin embargo, las jóvenes se agitaban en conversaciones íntimas, produciendo alguna animación con sus dichos y risas.

De súbito se sintieron pasos, y se dejó ver en la antesala un superior que entregaba a un lacayo su capa, el bastón y el sombrero.

Era el Inquisidor Mayor que entraba de visita.

A su presencia, como a la de cualquier concurrente que llegaba, las conversaciones se apagaron y las miradas de todos se fijaron en la persona que entraba.

Vestía pantalón de paño blanco, corto y prendido a la rodilla por un broche reluciente, haciendo lucir una pierna derecha, finalizada en pie pequeño, que resaltaba por lo negro del calzado de terciopelo y el brillo de la hebilla.

Chupa larga y abierta en el centro, de terciopelo punzó, dejaba sobresalir una valonilla encarrujada con esmero.

Corbata blanca, y una de aquellas casacas anchas que hoy visten los actores en la personificación de épocas pasadas, completaban la *toilette* del personaje que entraba.

Su semblante pálido, era expresivo por la mirada de águila que tenía.

Hombre de alta talla, con una cabellera rizada y empolvada, no dejaba de ser hermoso.

El Inquisidor Mayor entró al salón, recorrió con su vista la concurrencia y adelantando con paso grave se detuvo en el centro de pieza.

Desde allí principió a hacer las cortesías de estilo, que se reducían a ejecutar con pausa un verdadero solo de la gavota, acompañando tales movimientos con un caudal de voces galantes en que se indagaba el estado de la salud de la familia y mil otras frases, que formaban el ceremonial del buen tono.

Esto constituía al hombre de corte.

Los hombres y la dueña de casa se pusieron de pie, tomando la palabra esta para los saludos, al propio tiempo que el visitante saludaba.

A las cortesías del que saludaba, la señora de casa contestó con otras especiales, que consistían en tomarse el vestido con dos dedos por delante y suspenderlo con pulidez al tiempo de doblar suavemente y por tres veces las rodillas.

Concluida esta ceremonia, el Inquisidor pasó a tomar asiento al frente de las señoras; porque en aquel tiempo era impropio que delante de los padres, los hombres se entreverasen con las jóvenes para tertuliar.

No había remedio. Un flanco del salón ocupaba un sexo y otro el otro.

Después del Inquisidor entraron dos o tres jóvenes más, que pasaron por las horcas caudinas de la salutación.

La conversación que se emprendía, tenía que ser de voz en cuello, para que todos los concurrentes la oyesen y pudiesen tomar parte en ella. Esta costumbre hacía molestas las reuniones, porque obligaba a los tertulios a ocuparse de generalidades para llenar el tiempo. La palabra la llevaba por lo regular la dueña de casa y algún magnate u hombre de edad. Los jóvenes, puestos al frente de las niñas, emprendían diálogos mudos y ardientes, dejando a los ojos la expresión de los afectos.

Arreglados los concurrentes en sus puestos, la señora de la casa dirigió la palabra al Inquisidor.

-Estamos muy favorecidos, señor -le dijo-, con los huéspedes que nos han llegado.

-No hay duda, señora marquesa -contestó el Inquisidor Mayor-, son bastante interesantes.

-¿Los ha tratado usted?

-Estaba en mi deber el hacerlo, y puedo asegurar a usted que la señora Magdalena es un tipo muy superior al del esposo.

-Sobre el particular hay opiniones -observó la señora-. Nuestras jóvenes, y en particular mi marido, son apasionados del señor Rodolfo.

La gravedad que le caracteriza -me dicen-, llama la atención, mucho más cuando se le oye discurrir.

Su fisonomía es muy dulce y simpática.

-No es extraño que el señor Rodolfo se manifieste grave en este país -repuso el Inquisidor con vivacidad.

Ha estado acostumbrado a la conversación de los franceses, que procuran adivinar lo que pasa en el cielo.

Aquí amamos nuestra fe, y sería una locura el darle cabida a sus disertaciones sobre puntos filosóficos.

El tiempo más perdido es el que se consagra al raciocinio, porque no debemos saber más que lo que se nos manda creer. ¿No es una falta de juicio pretender gastar el tiempo en aprender lo que no da para el sostén de la vida?

El marqués de Obando, hombre serio y afecto a los libros, trató de salir a la defensa de Rodolfo.

-Rodolfo tiene para mí el mérito de ser laborioso, de estimular al estudio a los que visitan. Puede ser fatigoso para muchos, pero no creo que por eso merezca un juicio tan severo como el emitido por el señor Inquisidor.

-En días pasados -repuso el Inquisidor dirigiéndose al marqués y tratando de justificar su opinión-, tuve una fuerte cuestión con el señor Rodolfo, acerca del derecho que me decía tener el hombre para pensar con absoluta independencia. Se la promoví con intención, por informes que había recibido del abate González.

Usted conoce a ese santo hijo de la compañía de Jesús; es él quien me ha asegurado que es sumamente perjudicial y peligroso por las doctrinas libres que sostiene, al procurar la emancipación de la razón.

El señor marqués al defenderlo, no habrá observado al señor Rodolfo bajo este aspecto, como yo; pero es un hecho lo que el abate me ha asegurado.

El auditorio se sorprendió al oír estas palabras, y como estupefacto de lo que se decía de Rodolfo, aprobó el juicio del Inquisidor.

El marqués de Obando, como atemorizado, se arrepintió de su opinión, e inclinó la cabeza en señal de arrepentimiento.

El Inquisidor Mayor era un hombre de 38 años, de figura gallarda, pero orgulloso por el temor que infundía con su poder. Ambicioso de reputación, le era insoportable consentir se elogiase a persona alguna en su presencia.

Aparentemente era la moralidad ejemplar, pero dotado de pasiones fuertes, no divisaba obstáculos a la satisfacción de sus deseos.

El tribunal le facultaba para sustraer de las casas a las personas que quisiera.

Bastantes veces se vio que la familia de honrados españoles tenían que permitir la salida de sus hijas al lugar misterioso que una orden del tribunal designaba.

El gran Inquisidor, como decimos, había visitado la casa de Rodolfo, y encendiéndose en sentimientos que se comprenderán fácilmente en el curso de este romance. Había puesto sus ojos en el ángel de dulzura, en esa esposa que respiraba el aliento del amor.

Mientras Magdalena se entregaba en brazos de la fidelidad, ya había quien pensase cómo interponerse entre la pasión del uno y la idolatría del otro.

Al propio tiempo que se hablaba de Rodolfo, las niñas, a quienes molesta cuanto no se relaciona con sus intrigas amorosas, se entretenían en hablar.

Una de esas marquesas jóvenes que estaba acostumbrada a dominar un círculo de hombres con la coquetería peculiar de la mujer, parecía alterada o inquieta al echar de menos a un tal don Santiago de Salazar, que tenía preeminencias en su corazón.

-Seguramente la señora Magdalena -decía esta marquesita respirando por la herida-, estará divertida con la visita de nuestros amigos.

-Es verdad -respondió la hija de uno de los vocales-, que nuestros jóvenes se han ausentado algún tanto de las casas.

La señora Magdalena parece distraerles de sus antiguas relaciones.

-Es lo que sucede por lo regular -observó uno de los señores de valonilla y pantalón de grana, con las personas que recién llegan.

En la esposa del señor Rodolfo hay gran belleza, y no es raro de que haya llamado la atención de la juventud.

-Así la han hecho aparecer -contestó la marquesita-, cual una deidad, y no toman en cuenta que bajo esa capa de dulzura y hermosura (que es problemática), debe haber un corazón más despierto de lo que se cree.

Es hija de Nápoles, y pronto sabremos en lo que vienen a parar estas misas.

El gran Inquisidor pareció herido al oír tachar la mujer que había visto, y sin poderse contener dijo con gravedad, como defendiéndola:

-Magdalena es una belleza excepcional. En esto no hay duda.

La señorita marquesa, que se llamaba Margarita, tenía el orgullo de considerarse distinguida por el Inquisidor; así fue que al oírle esta confesión, pareció sentirse herida en su vanidad, revelando ese sentimiento al recoger la declaración del Inquisidor.

-Se necesita abrigar alguna esperanza -dijo-, para sentar tan pronto en el trono a la señora que parece haber causado alguna impresión en el señor Inquisidor.

La cuestión continuó adelante, y a la par que los defensores de Magdalena callaban, el bello sexo se extendía en murmuraciones de este género, que demostraban una rivalidad ostensible.

En esta conversación dieron las nueve de la noche. Al oír esta hora, el señor Obando se levantó de su asiento con algunos ancianos y se dirigió a una pieza inmediata en donde se jugaba naipes.

Las señoras que estaban libres de pensar en galanteos, siguieron poco después a la sala de juego para hacer sus apuntes. La juventud se encontró entonces a sus anchas.

Los jóvenes se entreveraron con las bellas, los respetos a la paternidad desaparecieron; al silencio y restricción de la etiqueta, sucedió el desahogo de los corazones.

Cada cual fue entonces un atleta de verbosidad.

En estos momentos llegó el señor de Salazar, y la marquesita que rabiaba de celos, procuró llamarlo a cuentas.

-¿Qué trae usted de nuevo? -le preguntó.

Seguramente el salón de la napolitana le habrá hecho olvidar que antes que todo es preciso ver a las amigas que aman a sus amigos.

-Dispense usted, Margarita -le respondió Salazar-; me he entretenido conversando con Magdalena.

Allí estábamos algunos amigos que, como yo, queremos a esa señora por el espíritu que demuestra.

Margarita se iba encendiendo en cólera, por la impresión que le causaban tales palabras.

-¿Usted está amándola ya? -le dijo.

-¡Yo amando! es una distinción, un agrado el que he querido expresarle.

¿Cree usted que yo podría amar, existiendo usted?

-Pues es extraño que se pasen así las horas por agrado, sabiendo que aquí estábamos reunidas.

Más valdría que su discreción le hiciera pensar en mí sola, y no en seres que bajo aspecto alguno pueden ponerse al lado de señoras como yo.

-Pero ¿quién ha dicho que una amistad o un amor excluya un pasatiempo?

En cada halago que descubro en Magdalena, recuerdo las dotes de usted, y esto, lejos de darle incomodidad, debía agradarle, porque así la amo más.

-Preferiría que usted dejase de frecuentar esa casa.

-¿Y cómo romper la amistad que ya tengo?

-Obedeciendo, y despreciando el que dirán.

¿No sería una vergüenza para mí el que fuesen a creerle amante de Magdalena?

Jamás he podido soportar que mis adoradores tengan otras distracciones.

El amor es orgullo, y usted me humilla visitando a esa joven.

-Pero yo no amo a Magdalena -repuso Salazar-, es una simple amistad y nada más.

-¡Cuán difíciles son las amistades, mi amigo, entre jóvenes!

Ellas degeneran bien pronto en otros sentimientos.

-Pero usted sabe que es casada y no podría ir a perturbar la tranquilidad de dos corazones felices.

-Lo sé, y en prueba de ello sé también que yo, a pesar de ser soltera, correspondo la pasión que usted me profesa.

El matrimonio es el enlace de dos amores o de dos intereses.

Guardándose afección al marido ¿quién puede quitar a la juventud el fuego de los sentimientos?

¿Cree usted que si yo no lo amase, si en el amor no encontrara mi felicidad, sería disculpable ante Dios?

Salazar, que oía tales cosas, sintió repugnancia hacia la joven que las profería y temor de conciencia al escuchar el nombre de Dios invocado para justificar faltas que ofendían la moral.

Desde entonces el velo de las ilusiones pareció corrido, y sin atreverse a contestar, a causa de la lucha entre los sentidos que le mandaban conservar esa pasión, y el deber que le mandaba repulsar tal degradación, prefirió callarse y ahogar sus impulsos en la embriaguez de los halagos de Margarita.

-Pero, ya que usted exige de mí -repuso Salazar después de algunos momentos-, el que me prive de una amistad inocente, ¿tendré derecho para exigir de usted que también abandone ciertas amistades que me incomodan?

-¿De quién habla usted? -dijo Margarita,

-De las demostraciones que tiene con el Inquisidor Mayor y con el señor Castro.

-¿Me cree usted apasionada de ellos? sea usted sociable, querido amigo. Eso que usted ve es necesario en sociedad para conservar el aprecio de las gentes.

Estoy segura de que usted no me amaría, si me viese sin adoradores.

-Eso sería tolerable, Margarita, si no temiese que con la continuidad de las conversaciones, esos señores viniesen a tener algún lugar en su corazón.

-No me juzgue usted con tanta ligereza. Yo luego con el amor de los que me rodean, porque no he tenido otra pasión que la de usted, y esté seguro que todo se estrellará contra ese ídolo de mi juventud.

Margarita dejó caer a ese tiempo la mano para que la tomase Salazar, y comprimiéndola con descuido, le hizo perder la serenidad, acabando de completar su triunfo con una mirada tierna y de profundo amor.

Salazar no se atrevió a continuar, y vencido por las impresiones del momento, accedió a las órdenes de Margarita sin conseguir que ella accediese a las de él.

Salazar, orgulloso al considerarse soberano del corazón que creía poseer, se levantó del asiento para contestar a los llamados que le hacían dos parejas que ocupaban su tiempo en decir chismes y contar historietas.

Castro aprovechó de este momento para ocupar el lugar vacante, y sin pérdida de tiempo dijo a Margarita:

-¿Saldrá usted mañana al lugar que le indiqué poco antes?

-Es imposible casi, porque mis padres se acuestan tan tarde.

-Pero haga usted un esfuerzo.

Es la prueba que me satisfará de su pasión.

Salga, amor mío, cubierta con su manto, y pierda cuidado por su seguridad.

¿A qué horas se acuestan sus padres?

-A las diez.

-Dé usted al negro de la puerta una propina, y este proporcionará la salida y la entrada.

-¿Me asegura que no seré descubierta?

-Se lo juro, bella Margarita.

-Bien está.

Levántese usted de este asiento para que no nos crean sospechosos.

El Inquisidor observaba con los ojos encendidos estas conversaciones que no alcanzaba a percibir.

Tenía amor a Margarita, y su orgullo sufría cuando se imaginaba que alguien pudiera vencerle en ese terreno.

En el estado de excitación en que se encontraba, hállase desahogado con un joven que tenía al lado, moralizando sobre las costumbres.

-Para conocer el valor de la mujer -le decía-, basta observarla en la vida íntima.

La veréis ocupada de los cuentos que se forjan, y nunca la hallaréis dispuesta al elogio de otra mujer que descuelle.

¿Y en qué está eso? preguntádselo a las madres que desde la infancia preparan el corazón de sus hijas a vivir de las exterioridades; indagadlo en la educación que reciben, trivial y llena de dobleces, sin fondo para columbrar la superioridad de la inteligencia, esclavas de ese círculo de torpezas y vaciedades que el mundo les infiltra con la insipidez del hombre que postra su misión ante el culto de la depredación.

El joven se manifestó convencido sin mayor esfuerzo, y a fin de agradar a aquel hombre, le apoyaba diciéndole para halagar su vanidad:

-En los pueblos poco adelantados, el genio es pernicioso, porque la envidia del vulgo que procura surgir, considera un obstáculo la superioridad de otro.

Igual cosa señor, pasa entre las jóvenes.

Ya habéis oído cómo hablan de Magdalena; la superioridad de la virtud, de la hermosura o del talento, son un blanco al que le declaran la guerra.

Entonces habréis observado que hay unión para la mordacidad y fino tacto para labrar la calumnia; y es por eso que las rencillas femeninas son aceptadas, porque el número de las nulidades es mayor en todas partes.

El Inquisidor cortó la conversación tan luego que vio a Margarita sola, y fue a sentarse a su lado por instancias que ella le hacía con la vista.

-¿Por qué ha estado usted tan retirado de mí? -le preguntó la marquesita.

-La he visto tan entretenida, que temí importunarle acercándome -le contestó el Inquisidor con aire de reconvención, como quien la acusaba de otras afecciones.

-¿Importunarme usted? ¿que no sabe que todos los hombres me son indiferentes, y que solo usted es para mí lo aceptable que encuentro?

-Gracias, Margarita, por el cumplimento.

-¡Oh! no crea usted que soy como la generalidad de las mujeres que acostumbran engañar a tres y más hombres a un tiempo; yo soy muy franca y le aseguro que Salazar y Castro no son más que unos buenos amigos, unos entretenedores del tiempo.

Fuera de ahí para nada más les quiero.

-Me consuela usted, Margarita, con sus palabras, porque yo que la amo con tanta hidalguía y pureza; yo que tengo fijo en usted mi porvenir, pues la amo para santificar en la tierra la vida, no me es posible presenciar que otros le hablen con los aires de la seducción.

-¿Está usted celoso? amigo, no tiene usted por qué desconfiar.

Usted me conoce que soy incapaz de dar oído a palabras que ofendiesen mi pureza.

Mi único pensamiento es esperar con ansiedad el día de Año Nuevo para que se realicen nuestros votos.

El Inquisidor Mayor estaba realmente enamorado de Margarita.

Le había prometido casarse, a presencia de la madre, en una de aquellas noches en que la naturaleza convida a excitar las pasiones y las personas a quienes se ama revisten un aspecto voluptuoso, seductor, que domina por efecto del magnetismo que se desprende de las palabras, de la voz, de las miradas, del aliento mismo que se exhala.

Margarita se presentaba como un ángel de candor a los ojos de aquellos a quienes creía propios para entregarles su mano.

El Inquisidor Mayor, hombre de mundo, tenía los ojos vendados por el amor, y aun cuando algunas veces sentía celos, la marquesita poseía buen tacto para desvanecérselos y acabar por afianzarlo más en sus esperanzas de felicidad.

Reanudando la conversación, el Inquisidor trató de poner a prueba la moralidad de la marquesita, tentando una entrevista.

-Margarita -le dijo-, yo deseo veros con más frecuencia y tener algunos ratos de soledad con usted.

¿Por qué no procura el que estemos a solas?

-Imposible, amigo querido, imposible, porque mis padres me custodian en extremo; y sobre todo, sería impropio el que yo recibiese a solas a un joven, aun cuando fuese una persona como usted.

-¿Pero sus padres no duermen por las tardes?

Yo querría verla siempre entre dos luces, hora en que por regular todo está tranquilo.

Margarita pareció sorprendida, al oír estas palabras, porque la hora del crepúsculo era la hora de las entrevistas amorosas.

En esa hora, la sociedad femenina tenía libertad para recibir a solas, porque los padres dormían y jamás podían salir a los salones por hallarse despeinados y sin la importancia física que da una *toilette* esmerada.

-Esa hora es fatal, mi amigo lo observó Margarita; yo, aun cuando tuviese oportunidad, no recibiría, porque el vulgo cree que esa hora la ocupamos nosotras en ver a los amantes.

-El tiempo nos proporcionará una entrevista eterna -repuso el Inquisidor, aludiendo al matrimonio.

La propia resistencia de Margarita a acceder a las instancias del Inquisidor, corroboraron a este en que ella era digna de recibir su nombre.

¡Cuando se penetra en esta farsa de misterios, cuánto aprende el corazón humano!

La tertulia continuó por este estilo hasta las once de la noche, hora en que los padres y madres que lo habían pasado jugando, volvieron por sus hijas para retirarse a sus casas.

Los jóvenes, al divisar que los ancianos venían, volaron a ocupar su antigua posición, tomando los asientos del frente y dejando a las jóvenes formando la fila compacta que tenían hasta las nueve de la noche.

Se salvaban las apariencias, y esto bastaba para la tranquilidad de las conciencias paternas.

Cada familia se despidió sin que alguien se atreviese a acompañarlas porque era ilícito y prohibido tomar a una joven del brazo.

CAPITULO IV

La hora de las denuncias.- Primera tentativa del abate González para dominar una familia

La fragata *San Fermín* que había conducido a nuestras playas a Rodolfo, traía entre las cartas de familia para los españoles residentes en el Perú, una para el jefe de la Compañía de Jesús, dirigida por uno de los hermanos de la orden residente en España.

Esa carta contenía algunos informes que tienen relación con nuestros personajes.

Conviene conocer los siguientes párrafos de ella.

«Junto con esta van dos personas a establecerse en Lima, y a fin de que no puedan seros un obstáculo en tiempo alguno, como para que los tengáis bajo vuestro puño, os daré algunos detalles de quién es él, quién su esposa.

»Rodolfo es hijo de una casa floreciente en otro tiempo, noble de cuna, y hoy algún tanto atrasada por accidentes de la fortuna.

»No es un católico como los buenos hijos de España: sus padres cometieron la falta de hacerlo educar en Francia; así es que su moral se resiente de las doctrinas ateas que allí dominan; pero es dócil a la razón y no es de dudar que por medio de su esposa se le pueda convertir totalmente, porque la ama con delirio.

»Esto os hará seguir el camino que la costumbre nos ha inspirado y nos ha dado tan buenos resultados.

»Rodolfo se casó hace tres meses con la joven que le acompaña, la cual es hija de un mercader.

»En ese país está un joven nuestro».

El abate leyó algunas instrucciones a este respecto que le sorprendieron.

«Os hablo del Inquisidor Mayor, quien mediante nuestra influencia, se encuentra en el puesto que ocupa.

»Aprovechaos de estas instrucciones para dominar a la vez al Inquisidor y a Rodolfo».

El abate González, que era el jefe a quien venían estas instrucciones, se quedó pensativo algunos momentos, y como procurando desenterrar algún provecho para la Orden, tomó su libro de apunte, y puso en unas de sus hojas:

«Medios que deben emplearse para la conversión de R.».

Estas líneas eran el recuerdo de las ideas que acababa de concebir, y la simple enunciación del objeto, lo bastaba para no olvidar sus trabajos al respecto.

El abate continuó leyendo algunas otras cartas, y luego que hubo concluido, hizo llamar a su celda al padre Ulloa, para recibir los datos que de costumbre tenía obligación cada hermano de dar a su superior.

Luego que este llegó, el abate González le interrogó:

-¿Qué dicen de nuevo nuestras devotas?

-Hoy he confesado a algunas -contestó Ulloa-, pero nada ofrecen de nuevo en sus conferencias.

Las familias siguen en el mejor orden. Algunas habladurías sobre lances amorosos, tal cual escándalo privado, y nada más.

-Todo eso es nada -repuso el abate González-, si es que en esos lances y escándalos no tenemos que utilizar algo para el engrandecimiento de nuestra orden.

-No nos toca nada -contestó Ulloa-; por eso no les he dado importancia, y las he despedido absueltas a comulgar.

-Está bien; ¿y las aulas cómo andan?

-Los jóvenes se amoldan -contestó Ulloa.

-Mucho cuidado con esos niños -recomendó el abate González-, porque de la educación de ellos, depende la educación de las familias, que son nuestro apoyo y nuestra esperanza.

Cuidado con los vicios.

Ayer, al pasar por el claustro vi que dos jóvenes solos jugueteaban.

Ya sabéis que nuestros estatutos prohíben la reunión aislada de dos, y que nunca debe permitírseles conversar si no se encuentran por lo menos tres juntos, puesto que la experiencia prueba que de este único modo pueden evitarse los secretos, y de este único modo conseguirse el que tengamos pleno conocimiento de las inclinaciones íntimas de cada individuo, a fin de poderlas encaminar por el buen camino.

El padre Ulloa se apresuró a satisfacerla admonición del superior.

-Pronto reconvendré al inspector -dijo-; porque ese es un descuido que no se repetirá.

-Está bien -repuso el abate-, poniendo término a este punto, para investigar acerca de otro que perseguía con interés.

-¿Y qué habéis adelantado tocante al aviso que distéis del extranjero que ha trastornado a aquella devota?

-Aun cuando he dado algunos pasos -contestó el padre Ulloa-, no he conseguido saber el lugar donde se le puede encontrar.

-Hace días -repuso el abate González-, que di aviso al Tribunal, y entiendo que sus agentes le andan cerca.

-No descuidéis, señor, este asunto que es de alta importancia.

-Descansad a este respecto, hermano, que lo que no podáis vosotros yo lo he de alcanzar.

Concluida esta investigación, el hermano Ulloa se retiró, y sucesivamente fueron entrando uno a uno los demás miembros de la orden, a dar el parte diario de lo que habían inquirido o llegaba a sus oídos.

Era la hora de las denuncias y de las conferencias privadas, que tenían lugar diariamente.

Allí el hermano delataba al hermano, se daba cuenta de las confesiones de los devotos y devotas, se reflejaba el movimiento instantáneo de cada familia, de cada individuo, de lo cual resultaba que lo fuese a la vez de toda la sociedad.

Era aquel el Tribunal del Director Supremo, que tenía que dirigir el movimiento de las conciencias por medio del conocimiento o parte que cada hermano daba diariamente

Allí se sabía todo secreto, todo paso por privado que fuese, y cuando el confesor o sacerdote acababa de dar cuenta de su misión, el abate González hacía sus apuntes y lo despachaba con las instrucciones que debía seguir.

Igual ceremonia se practicaba con cada uno de los hermanos; y de este modo, el jefe del convento venía a ser el jefe de la sociedad o país donde residía.

Este jefe daba parte al general de la orden que residía en Roma, y de aquí resultaba, que el general de esa orden era el jefe de las sociedades y países donde imperaba la orden de la compañía.

Pasada la hora de las denuncias y conferencias, el abate arregló su traje y salió a la calle.

Tomó por Plateros, y desde allí se dirigió, torciendo varias calles a casa de Rodolfo.

Era la primera visita que hacía a los que habían llegado de España, en pago de la que Rodolfo le había hecho al llevarle una carta de recomendación.

Al entrar se dirigió a la puerta principal que daba al frente de la calle y se anunció con las palabras sacramentales de la época, pronunciadas en alta voz:

-Ave María Purísima, la paz de Dios sea en esta casa.

Magdalena, se encontraba sola, y sin demora contestó:

-Adelante, señor.

El abate se presentó enseguida, preguntando por el señor Rodolfo.

-Mi esposo no ha regresado aun -contestó Magdalena. El señor abate puede pasar a sentarse, que Rodolfo no se hará esperar mucho tiempo.

El abate tomó asiento al frente de Magdalena. Luego sacó del hábito una rica caja de oro llena de rapé y la presentó abierta a Magdalena, ofreciéndole una narigada, con el aire más fino que puede presentar una persona de maneras delicadas.

-Mil gracias, señor -le respondió Magdalena rehusándose a aceptar-. No lo uso.

El abate se sirvió a sí mismo, y enseguida, revistiendo un semblante amable y simpático, procuró entablar una conversación familiar.

-Hace días que debía haber cumplido con el deber de saludar a ustedes -le dijo el abate-, pero ocupaciones que no faltan y el considerarles fatigados con las visitas, me ha hecho postergar el placer de conocer a usted y corresponderla atención de su señor esposo que me visitó al llegar.

-Rodolfo me había hablado de usted ya -le contestó Magdalena-, y para nosotros es un gran honor el contar a usted en el número de nuestros buenos amigos.

-Ese honor es para mí -se apresuró el abate a responder.

Pasados los cumplimientos, el abate entabló el siguiente diálogo con la esposa:

-¿Y la salud no ha sufrido con el clima?

-Felizmente nada he sufrido, señor abate.

-El semblante de usted revela su buen porte; sin embargo, su espíritu debe extrañar bastante aun la patria que ha dejado.

-Al lado de mi marido nada extraño. Es verdad que son tristes las primeras impresiones que se reciben, pero ellas pasarán luego, tan pronto como las amistades, la familiaridad, reemplacen los hábitos y gustos que se tenían.

-Es verdad, señora, y todo es más llevadero cuando el corazón se pone en Dios.

-Eso me ocupa siempre; mi amor a Dios y a Rodolfo.

Cuando me encuentro sin él, me extasío adorándole en mi corazón.

-Tiene usted razón.

El abate no se mostraba satisfecho aun de Magdalena, porque no descubría si era uno de esos espíritus que necesitan de intermediarios para dirigirse a la Divinidad; así fue que abordó la cuestión de lleno interrogándola con aire risueño, a fin de encubrir todo el sentido de la pregunta.

-¿De qué santa o santo es usted devota?

-Yo adoro a Dios tan solo, y a él solo le dirijo mis plegarias, porque me parece que es poco el tiempo que queda para adorar a otros santos, teniendo a Dios delante.

-Pero siempre es conveniente tener un santo de devoción que interceda por nosotros.

-Dios Dos oye, señor abate, en nuestras súplicas; y oyéndonos él, como único padre de todos, estoy cierta que él atiende nuestras oraciones.

-¡Cómo se conoce, señorita, que usted no ha sufrido calamidades en la vida!

-¿Por qué me dice usted eso?

-Porque es en la desgracia en donde se conoce el poder de los santos, los milagros que nos hacen.

Contaré a usted un hecho que pasó ahora poco en alta mar para que se convenza de ello.

Venía del Brasil a Buenos Aires un barco con algunos pasajeros después de tres días de navegación le acometió un fuerte temporal; el viento tronchó los palos en que se aferraban las velas, el buque pareció sumirse en las olas; los pasajeros y la tripulación desmayaron en la maniobra y resignáronse a morir. El capitán que era portugués, sacó de su camarote un San Antonio de su devoción.

Todos se rodearon de él y principiaron a hacerle promesas.

El viento principió entonces a disminuir y las olas a suavizarse.

El temporal pasó, y la nave, a costa de sacrificios, pudo arribar de nuevo al puerto de donde había salido.

Ya ve usted el resultado de una devoción.

-¿Y si se hubiesen encomendado a Dios -repuso Magdalena-, no habría sucedido lo mismo?

-Quizás no, porque a San Antonio se le podían hacer ofertas, promesas que es posible redimir con dádivas en este mundo, mientras que a Dios no.

Magdalena se sorprendió algún tanto de esta doctrina, y prefirió callar por no contradecir a todo un señor abate.

Y tenía razón en sorprenderse Magdalena, porque uno de los abusos más prominentes del catolicismo ha sido la invención de ese sistema de agentes intermediarios entre Dios y la criatura, y la enseñanza de comprometer a los santos con ofrendas pecuniarias.

Con tal sistema se ha organizado la defraudación de los espíritus inocentes, arrancándoles sus caudales; y lo que es peor de todo, alejando del hombre la idea de la virtud, para sumergirlo en la adoración de imágenes, que en buenos términos, han reemplazado las del paganismo.

Pasado que hubo un momento de silencio, el abate volvió a entablar la conversación sobre un punto que le importaba, y con esa frialdad y disimulo propio del que nada dice, dijo a Magdalena:

-Nosotros, señora, estamos encargados de la salvación de las almas, y Dios nos protege dándonos en este país una abundante cosecha.

-¿Mucha santidad hay aquí? -le preguntó Magdalena.

-Sí, señora, mucha.

Vaya usted de noche a los templos y se convencerá de ello.

¿Ha tomado usted algún director espiritual?

-Aun no, mi esposo es quien lo busca, y yo acepto el que me designa.

El abate hizo un gesto inapercibido de desagrado, pero luego se apresuró a ofrecerse.

-Yo creo, y espero que usted aceptará la oferta que le hago, de ocuparme en lo que me crea digno.

-Agradezco infinito, señor abate.

A tiempo que Magdalena acababa de pronunciar tales palabras, entró Rodolfo que venía de la calle.

El abate se adelantó a saludarle, y Rodolfo estrechó la mano que aquel le extendía.

Luego, sentándose, dijo el abate al esposo de Magdalena:

-Hemos estado disertando con la señora, y me ha complacido en extremo su juicio despejado.

Es usted muy feliz con semejante compañera que Dios le ha dado.

-Magdalena, señor -respondió Rodolfo, mirando con afabilidad a su esposa, que se sonrojaba del elogio del abate-, no tiene más que su gran virtud que la ilumina.

Rodolfo, sin dejar la palabra, varió en el acto de conversación, interrogando al abate.

-¿Ha visto usted al amigo, el señor Inquisidor Mayor?

-Está muy bueno.

-Sírvase usted decirnos, señor abate -interrumpió Magdalena-, cuál es el nombre del señor Inquisidor, hasta ahora no lo hemos sabido.

-Es un montañés, señora, venido de España algún tiempo ha.

Se llama Eduardo Ramírez.

-No sé qué impresión me hizo su fisonomía, el primer día que le vi, y estaba con curiosidad por saber quién era -repuso Magdalena.

-Es altamente apreciable -agregó el abate.

Siempre triste y estudiando, hace una vida ejemplar.

Creo que se casará dentro de algunos meses con la marquesita Margarita de...

-¿Qué tiempo ha que el señor Eduardo está en América? -preguntó Magdalena.

-Hará dos años, según creo.

-¿Ese señor ha viajado por Nápoles, señor abate? -añadió después.

-Entiendo que no, aunque no sé a punto fijo la verdad.

-¿Tiene familia el señor Eduardo? -preguntó Rodolfo.

-No, señor, es un hombre enteramente solo, recomendado por sus luces y virtudes.

Él no ha dicho jamás quién es su padre, y cuando se le ha preguntado por su familia, ha contestado con un suspiro profundo.

Magdalena tomó interés en esta conversación, sin darse cuenta a sí misma de ello.

Se puso triste, meditó algún tanto y como atormentada por algún recuerdo, pareció hacer un esfuerzo diciendo para sí:

-Es una locura creer que Víctor viva.

En vano me atormento pensando en cosas sobrenaturales, porque sería una desgracia que las sombras volviesen a la vida.

El abate se levantó del asiento para conversar, aparte de Magdalena, con Rodolfo.

Esta, comprendiendo que importunaba, se retiró del salón; así fue que los dos quedaron a solas.

-Señor Rodolfo -le dijo el abate-, es conveniente a vuestra posición que el público os vea con un director espiritual de vuestra casa.

-No tengáis cuidado, señor abate, porque yo no me opongo a lo que mi religión me manda; pero mi costumbre ha sido no tener confesor exclusivo para mi familia.

-Sin embargo, aquí es muy mal visto no tener un sacerdote conocido.

Yo como amo a ustedes, me intereso en darles este consejo.

-Perded cuidado, en pocos días más tendré que importunaros, quizá a vos, porque al fin sois el único sacerdote que conozco.

-Recibiremos un honor, yo y mi orden, con tener a ustedes por devotos.

Rodolfo continuó hablando con el abate largo rato sobre cosas insignificantes.

El reloj dio la una del día, y nuestro abate tomó su sombrero.

-Es la hora de comer, señor Rodolfo, y os dejo.

-Siento que me dejéis, volved a menudo y traed al señor Eduardo para que tertulieemos largo.

-Con gran gusto.

El abate se retiró a su convento, después de haber sondeado el terreno que deseaba conocer, dejando a los esposos tranquilos en su hogar.

CAPITULO V

Soliloquio del abate González.- Una visita a la cárcel de la Inquisición

El abate González se había retirado de casa de Rodolfo persuadido de que Magdalena no se había olvidado de sus amores de la infancia. La curiosidad que la esposa había manifestado por saber el nombre del Inquisidor, le revelaba que quedaban en ese corazón cenizas ardientes de un amor que se había evaporado, ante la creencia de la muerte del hombre que antes que Rodolfo había imperado en él.

El abate necesitaba apoderarse de esta familia por la carta que el superior de España le había remitido.

Rodolfo podía hacer males a la compañía en el ejercicio de su cargo, y era fácil también que el Inquisidor cambiase, si se efectuara el matrimonio que proyectaba con Margarita.

Así fue, que su pensamiento lo contrajo a apoderarse de la dirección de Magdalena para asegurar más al Inquisidor.

El abate meditaba sobre el particular, al siguiente día de su visita, paseándose solo en su celda, sin levantar los ojos del suelo.

-Es preciso -se decía a sí mismo-, que vea al Inquisidor para sondearle el corazón.

Quizá Margarita le haya hecho olvidar sus primeros años; quizá los recuerdos de su pasión hayan muerto.

Él está bajo mi poder, porque no sabe que en mis manos está su perdición.

¿Qué me importaría desgarrar el alma de Rodolfo con celos que pudiera despertarle?
¿qué me importaría que Magdalena se encontrase anarquizada en su voluntad y que el Inquisidor fuese sacrificado por Rodolfo?

A todos los tengo en mi poder.

Por ahora me conviene saber de Eduardo lo que piensa; más tarde veremos lo que es preciso hacer.

El abate se iba entusiasmando con sus meditaciones.

De repente se detuvo al frente de un San Ignacio que tenía a la cabecera de la cama, le miró con respeto, y lleno de ardor y orgullo volvió a pasearse por su pieza, arrobado en un soliloquio que revelaba el poder de la orden, y le servía de desahogo a su corazón.

-La imagen sola de nuestro fundador -se dijo deteniéndose al frente de ella-, es una inspiración de recursos y de entusiasmo.

Yo, débil siervo de ese santo, quizás el más infeliz de todos mis hermanos, cuento con más poder que los representantes de los reyes.

-El Inquisidor es un dependiente nuestro, y el Virrey obedece a nuestro dependiente.

Y sin embargo de que somos absolutos, tenemos que andar siempre revelando la humildad y la servidumbre, porque ese es nuestro manto real.

¡Mundo de mentiras! -exclamó-, si pudiésemos descubrirnos al frente de nuestro poder, yo sería más resplandeciente que ese Virrey chapeado de oro; entonces no sería la parodia de una monarquía la que yo representase; sería la realidad de un delegado del imperio universal, que a sus plantas ve postradas las coronas y las tierras.

¡Y qué! -continuó inflamándose de vanidad.

¿Qué son al fin esos vetustos simulacros de una soberanía hereditaria?

Se llaman descendientes, en sus facultades, del Eterno, cuando en realidad no son más que agentes de la gran orden de San Ignacio.

Yo necesito desplegar mi ambición. Diez y ocho años hace que no hago más que ahogar mis pasiones viviendo entre hermanos, pero hermanos que conservan el odio en el corazón y la afabilidad en la apariencia.

Mi vida va corriendo, y nada he gozado aun del mundo...

La habitud de trabajar diariamente en el espionaje de la orden y de las familias, no es una existencia agradable.

Necesito goces, dominio, la ostentación de mi poder.

Quiero ver ante mis plantas a todas esas autoridades que el público reverencia.

¡Necesito levantar un trono para ser adorado yo solo!...

Pero no -continuó después de un corto rato de silencio, bajando de tono y revistiéndose de tristeza-, no soy nada; dependo de otro poder mayor, caería al día siguiente de mi elevación necesito resignarme a ser monarca sin corte.

¡Duro desengaño de la vida!...

¡Seré siempre hijo de San Ignacio!...

El abate se sentó abatido, como si saliese de un estado de fiebre.

Su orgullo se resentía en la lucha de su ambición con el imperio de las reglas que le mandaban ser como la serpiente que se desliza por entre las yerbas, para asaltar la presa que codicia cuando la tiene a su alcance.

-No quiero atormentarme -dijose el abate-; vale más que me contraiga al desempeño de mi cargo.

Este asunto de Magdalena me preocupa.

Si en este asunto no hubiese de por medio más que la posesión de una familia, era fácil salvarlo todo; porque nada me importaría que la tranquilidad de ella fuese turbada.

Pero no es esto solo, necesito sobre todo asegurar a Eduardo.

Él puede escapárseme o casándose con Margarita o por el poder de otro amor.

El matrimonio es contra nuestros intereses, porque las riquezas que adquirimos por medio del Inquisidor, no las tendríamos como ahora las tenemos; y sobre todo, los capitales cuantiosos que Eduardo ha adquirido, irían a ser de la familia que crease. Mientras que no casándose, él, que no tiene herederos, que ha nacido de padres que no conoce, precisamente ha de dejarlos a la orden.

De lo contrario, ¡cuánto trabajo habríamos perdido levantando a ese hombre de la nada!

Eduardo no debe casarse.

¿Y para evitar ese matrimonio, qué hacer?

El abate pensó algunos instantes, y luego dándose una palmada en la frente exclamó.

No hay que temer; San Ignacio me ha inspirado.

¡Magdalena! ¡Magdalena!... -repitió algunas veces, y paseándose con la vista radiante de alegría, se fue a la pieza de dormir, y principió a componer su traje para salir.

-Caeré sobre ellos -dijo a la par que se arreglaba, con la rapidez del águila-, para arrancar de esas entrañas, *gloria para Dios* y prosperidad para la orden.

¿Qué me importa que el mundo se desplome cuando los intereses de la compañía están por delante?

¿Mis hermanos no han diezmado la Francia en la famosa San Bartelemy?

¿No han hecho caer las cabezas de Clemente XIV y de Enrique IV?

¿No han procurado hacer volar a Londres con un volcán de pólvora? ¿Y por qué? ¡por el bien de la religión y de la compañía! Pues bien. No serán las pequeñeces las que me detengan.

Devastamos las ciudades con la mansedumbre del cordero.

Hacemos arrodillar ante nuestro poder a los más soberbios del mundo.

Tenemos el veneno y el puñal para salvar a la humanidad.

Las dos terceras partes del globo yacen a nuestras plantas, adormecidas con la obediencia.

¡Oh poder! -exclamó el abate-, ahora prefiero ser oveja tierna.

¡Cuán sabia es nuestra institución! Deliraba hace poco con las pompas del mundo; pero ahora veo que la ostentación nos perjudicaría, nos derribaría del solio que ocupamos.

Es terrible nuestra misión -siguió el abate tomando su sombrero-; terrible por los lances amargos que tenemos que soportar en la tierra.

¡Bastaría el solo tormento de presenciar que otros gozan, sin poder gozar nosotros como ellos!

Cuando veo que alguno sufre, me consuela la idea de que hay otros que son más mortificados que nosotros.

El mundo es una expiación de nuestra naturaleza.

El goce debe desaparecer, es contrario a la salvación del alma.

El mundo, destierro del hombre, lugar de odio y de miserias, es hoy invadido por el vicio.

Cuando debieran llorar y abstenerse de los placeres, esa especie lanzada para la purificación, lo hace servir de teatro para sus diversiones.

¡Eso es impío! Olvidan la patria de los cielos, y el infierno abre sus puertas para recibirlos.

¡No puede tolerarse tal escándalo! Si estamos encargados de cosechar para el cielo, es preciso combatir la felicidad terrestre.

El espíritu divino me impulsa a marchar, voy a recorrer la ciudad, a derramarle el dolor...

No hay que detenerse ante las lágrimas del desgraciado.

Raza maldita, cuánto mejor sería que viviéseis del espectáculo de la muerte.

¡Quién pudiese destruir esos valles que sonrían al alma del pecador!

¡Quién pudiera sacar de los escombros de los siglos, las tinieblas que envolvían a la humanidad en la ignorancia! De ese modo no tendríamos que luchar con los obstáculos que se atraviesan en nuestro camino invocando la civilización.

Nuestro deber es sembrar la miseria y el dolor, para cosechar los despojos de una pronta muerte.

Vamos a destruir para salvar, fueron las últimas palabras del abate al salir de su celda a la calle.

Vamos a destruir para salvar...

Su rostro, algún tanto encendido por el estado febril en que se había encontrado, se revistió de una dulzura encantadora. La serpiente tomaba la piel de la oveja.

Puso bajo de la capa negra sus manos, en aptitud de orar, y con paso grave, la vista gacha y algún tanto gibado el cuerpo, se encaminó a la plaza de la Inquisición.

El tribunal de la Inquisición tenía despacho ordinario, como sucede en los juzgados que hoy conocemos, con la diferencia de que en ese tribunal la mayor parte de los juicios eran secretos y su jurisdicción omnímoda, porque no solo conocía de los crímenes positivos, sino también de las farsas que se inventaban para deshacerse de algún individuo o castigar algún enemigo.

El Inquisidor Mayor tenía su sala de despacho, como decimos, y allí solía pasar algunas horas dando audiencia a las delaciones que traían los agentes del Santo Oficio.

La sala algún tanto espaciosa, tenía a su frente un dosel negro, bajo el cual resaltaba la figura pálida del Inquisidor.

Para llegar a este lugar se subían algunas gradas que conducían a una plataforma en que se encontraban algunos asientos que servían para los jueces del Tribunal.

La mesa, sillas, dosel y piso eran cubiertos de negro, con las armas de la Inquisición al respaldo de cada asiento.

El techo de madera color cedro, manifestaba la obra jefe de talladores esmerados.

Las vigas separadas de distancia en distancia, dejaban ver el relieve de los adornos artísticos.

El resto del salón se hallaba rodeado de algunos bancos corridos que eran destinados a la concurrencia.

Una calavera al lado del tintero, un crucifijo al frente de la mesa y algunos esqueletos de cuerpo humano, completaban el adorno de la sala del despacho.

Las ventanas elevadas, colocadas en las dobles murallas que formaban el cuadro de la sala, derramaban una luz apagada y tétrica.

Al lado del dosel había una puerta pequeña que no se apercibía a la vista del espectador, pero bien conocida de los miembros del Santo Oficio.

En este salón se encontraba Eduardo rodeado de algunos hombres que daban cuenta de su cometido.

Eran como las once del día cuando el portero golpeó la puerta del frente.

-Silencio, señores -dijo el Inquisidor-, algo ocurre cuando se nos interrumpe con golpes a la puerta.

Vea uno de ustedes lo que se ofrece.

-El señor abate González -anunció el portero, sin abrir la puerta.

-El señor abate -dijo el Inquisidor-; tened señores la bondad de retiraros y volved mañana.

Luego alzando la voz, que resonó con estrépito, ordenó:

-Haced entrar al señor abate.

El portero abrió una de las hojas de la puerta sin causar el menor ruido.

El abate pasó adelante.

El Inquisidor Mayor se quitó el gorro puntiagudo que usaba como símbolo de su autoridad, y bajando las escalas de la plataforma, salió a recibir al abate.

-Os he interrumpido tal vez, querido hijo de Dios -le dijo el abate tomándole la mano.

-Nunca interrumpís, señor abate -contestó el Inquisidor-. Nada hay, por ahora, que me ocupe con urgencia.

-Lo celebro, porque mi visita es caprichosa. No tenía qué hacer en el convento, y he preferido pasar un rato en compañía vuestra.

-Agradezco la preferencia que me acordáis, señor abate.

Los dos personajes subieron a la plataforma y se sentaron bajo del dosel.

Se encontraban reunidos dos hombres que se estimaban en la apariencia, sin tener otros vínculos que los del interés de sus órdenes, pero prevenido el uno contra el otro por la desconfianza que reinaba en sus corazones, y por el conocimiento íntimo que tenían de sus actos privados, ante cuyo espectáculo desaparecía la estimación que solo produce la honorabilidad de los sentimientos.

Era aquella la representación de dos órdenes que se repartían la caza de hombres.

Colocados bajo la sombra del dosel, parecían simbolizar uno de los signos inquisitoriales.

Allá en las tinieblas de un edificio calculado para ocultar los rayos de luz, esos dos hombres parecían seres que representaban algo de los genios que habitan las cavernas.

El Inquisidor cedió su asiento al abate en demostración de ser aquel un jefe más alto en jerarquía en el Tribunal.

El abate con los ojos bajos tomó la calavera que estaba al lado del tintero, y como riendo en el fondo de su alma, la daba vuelta cual si fuese un objeto destinado a distraer.

De repente se dejó oír un quejido profundo que se ahogaba en las bóvedas del edificio.

-¡Por piedad! Todo lo diré... era el eco que venía a los oídos del abate.

-¿Qué significa eso, señor? -preguntó el abate sin inmutarse.

-Es la aplicación del tormento a un reo que no quiere confesar.

-¿De qué delito está acusado? ¿quién es el reo?

-Es el francés que me recomendasteis.

-¿Moyen? -dijo el abate como llamando a su memoria en auxilio-. ¿Moyen?... ¿me habláis de aquel hereje que fue descubierto por el hermano Ulloa?

-Sí, señor abate, del mismo.

-Recuerdo que os lo recomendé ahora poco, y según los avisos del hermano, es grave la causa que se le imputa.

-Se le acusa de haber vertido proposiciones inmorales delante de algunos individuos: pero nada sería eso, si no estuviera de por medio...

-El bien de nuestra orden, ¿no es verdad? -interrumpió el abate.

-De lo contrario no se le aplicaría el tormento.

-Sois muy católico, amado hijo de Dios.

Los ayes de la víctima volvían a repetirse.

-¡Perdón! estoy arrepentido...

-Voy a hacer que le saquen del tormento -dijo Eduardo.

-Esperad diez minutos más -replicó el abate-; ¿qué? ¿tenéis compasión?

-¿Compasión de los quejidos? esos dolores no han de haber sido como los míos; esos ayes no han de salir del alma, ni durar años como los ayes que yo he lanzado en medio de los pueblos y del océano, sin que nadie trajese la calma a mi corazón.

¡Compasión tener yo -repitió Eduardo- de los lamentos arrancados por el tormento a un cuerpo hereje!

¡Oh! no, todo lo contrario; porque ellos son la expresión de un arrepentimiento que salva una alma del infierno.

Mas, creo que es bastante tiempo de martirio; permitidme que mande suspender la tortura.

-Como gustéis, pero os aconsejo que no tengáis lástimas con los herejes.

Eduardo abrió la puerta secreta y desde allí mandó:

-Llevad ese hombre al calabozo.

Cuando hubo vuelto a su asiento, el abate tomó una de las frases del Inquisidor para abrir la conversación que deseaba entablar al hacer la visita.

-¿Me habéis hablado de grandes dolores vuestros? señor Eduardo -dijo el abate, fijando sus ojos en el Inquisidor como quien procura leer en la mirada algo que se revelase.

-Sí señor, de dolores que siento desaparecer en este país, con la idea de mi matrimonio.

-¿Pues, vuestros dolores se curan con el matrimonio?

Yo como os amo, querría daros un consejo de prudencia.

La felicidad que procuráis encontrar, no está en el matrimonio; quizá allí vais a encontrar un nuevo motivo de desesperación.

La felicidad que os es conveniente solo la hallaréis separándoos del mundo, en la consagración que hagáis de vuestra vida al servicio de Dios y de la Compañía.

Es verdad que hay grandes dolores en la humanidad, pero esos dolores se curan con nuevos dolores que se extienden a la generalidad.

¿No sentís una satisfacción al oír el quejido de un atormentado?

Dejaos del matrimonio que solo sirve para inutilizar las personas, entregándolas a vivir de cuidados y de celos.

-Señor abate, estoy cansado de vivir solo, de no tener un seno casto donde recostar mi frente agobiada por la amargura.

Yo necesito descanso, un ángel que me mire con amor, que despierte mi corazón; en Margarita creo divisar este bien.

Yo estoy resuelto a casarme, y si esa mujer, lejos de darme la calma y el descanso, hace azarosa mi existencia, estoy cierto que no empeoraré de condición.

El abate se quedó sumergido en un profundo silencio.

Veía que Eduardo estaba resuelto al matrimonio.

En aquel momento luchaba su espíritu, dominado por la cólera que le producía el no ser obedecido en la opinión que había emitido, siendo que estaba acostumbrado a ver acatada su voluntad sin oposición alguna.

-Eduardo -se dijo el abate a sí mismo-, está corrompido y perdido para la orden; pero yo le volveré al buen camino.

Y luego alzando la voz, repuso a Eduardo con la mayor amabilidad:

-Y ya que estáis decidido al matrimonio, Dios os ayude, buen amigo.

Eduardo miró al abate con interés, y como descontento con sí mismo al creerle resentido por la franca resolución que le había comunicado de casarse, procuró satisfacerle la susceptibilidad que consideraba herida.

-Pocas veces el hombre es comprendido, señor abate -le dijo Eduardo.

Las tareas a que se consagra lo transforman.

La persuasión del deber tiene que luchar con las pasiones que asaltan.

-Es verdad -repuso el abate-; pero también es perderse para el deber el dar soltura a la vehemencia del corazón.

El que tenga la misión de servir a Dios, debe matar las ilusiones, porque ellas no hacen sino arrastrar los incautos a un mundo de dolores cuando se toca la realidad.

Eduardo se sintió herido, y perdiendo algún tanto su calma

-¡Qué! -exclamó- ¡por Dios! ¿no habéis amado en el mundo? Señor abate, vos habéis sido joven y seglar, no os extrañe mi franqueza.

El que ama a Dios y a su servicio se consagra, sabe amar también lo que el pensamiento idealiza.

La frialdad no es condición del corazón religioso, de almas abnegadas al servicio de la humanidad.

¡Oh! ¡cuánto cuesta ser hombre del deber!

Señor abate, vuestras palabras me duelen, al oírlos decir que me pierdo para el deber al buscar una compañera que mitigue mis dolencias íntimas.

Vos me conocéis demasiado, porque ante el único amor que he conservado puro, el amor a Dios, he servido con todas mis fuerzas, y siempre seré lo mismo porque la gratitud vive en mí.

-Si hasta ahora -replicó el abate con suma suavidad-, habéis despreciado la materia y cuanto nos rodea, ha sido porque el amor a Dios habitaba independiente y solitario en vuestro corazón.

Pero amando cosas de la tierra, cambiareis, mi amigo, porque os ligareis a ella por la familia que vais a formar.

Tengo la experiencia de siglos y creo no engañarme.

-¿Yo ligarme a la tierra? -repuso Eduardo con animación- ¿no sabéis que mi patria está allá arriba, mi porvenir en salvar almas por medio de la conversión o del castigo de los que aquí viven en el pecado?

La familia me hará concentrarme más en mis deberes. En las caricias de mis hijos, veré una bendición del cielo y nada más.

-Señor Eduardo, habláis así porque vuestra imaginación es ardiente; la fuerza de la pasión os domina.

Nuestro espíritu es frágil, hoy se alucina con una idealización que se forja; y mañana se estrella con la realidad de un desengaño...

El abate marcó estas palabras con un tono compasado, fijando la vista en Eduardo que expresaba en su fisonomía la inquietud de su interior; y continuó: -Sí, mi amigo, con la realidad de un desengaño, el alma habituada al dolor acaba por dar cabida a la duda, a perder las convicciones, y entonces la ilusión se cambia en tormento.

¿Qué os importa, amigo, sacrificaros diez o veinte años más (que será lo que viviréis), sustrayéndoos al mundo para ser feliz en la inmortalidad?

La mujer no es lo que vos creéis; quizás al darle la mano de esposo abrazáis la deshonra...

Eduardo se estremeció al oír estas últimas palabras, se levantó del asiento dando un profundo suspiro, y apoyándose en el borde de la mesa:

-Señor abate, no hablemos -le dijo-, de la duda.

Dejadme vivir con una esperanza que me halaga.

Necesito de esa esperanza y estoy resuelto a realizarla, porque la vida que paso me es insoportable.

No conozco padres, los amigos me acatan por temor, las mujeres me miran por interés.

¡Oh! yo necesito una familia en que depositar mis dolores, necesito un bálsamo a mi vida que dulcifique mi corazón.

El abate se vio vencido por la resolución del Inquisidor, y haciendo aparecer una risa halagüeña en sus labios, demostró cierta conformidad con el pensamiento de Eduardo.

-Bien, mi amigo -le dijo-, no hablaremos más de este asunto.

Espero que olvidareis nuestro debate, porque no debe quedar rastro de aquello en que diferimos por algún accidente. En lo que os he dicho, no debéis ver más que un grande interés por vuestra felicidad.

-Lo reconozco, querido abate, y agradezco vuestra franqueza.

El abate sacó de su bolsillo la caja de rapé, y tomando una narigada, vio la hora que era.

-Son las doce solamente.

Las campanas de las iglesias principiaron a tocar, y los personajes se pusieron de pie para rezar una oración que todos los habitantes repetían a esa misma hora, fuese cual fuese el lugar donde se encontrasen.

Concluida la oración, volvieron a sentarse.

-Aun me queda tiempo -dijo el abate-, y si no tuvieseis que hacer, desearía dar una vuelta por esta Santa Casa.

-Con mucho gusto -respondió el Inquisidor.

-Vamos si queréis.

Eduardo abrió la puerta secreta, y llamó al carcelero para que abriese los calabozos.

El abate siguió tras del Inquisidor.

Saliendo de la sala de despacho, pasaron a un pequeño cuarto que tenía dos puertas, una que comunicaba al lugar de las prisiones y otra a una bóveda.

Esta última puerta era de fierro y bien afianzada con cerrojos y gruesas llaves. Conducía a la bóveda en la cual se depositaban los tesoros.

El Inquisidor abrió la puerta y señaló al abate un número crecido de talegas, algunas barras de plata y piezas del mismo metal labradas.

-¿Como cuánto tendréis ahí? -le preguntó el abate.

-Entre las piezas de plata labrada, alhajas, y moneda sellada, habrá, según creo, novecientos mil duros.

-Luego que completéis un millón, es preciso mandar socorros a nuestro General en Roma.

-A la disposición de la orden está todo.

Cerraron la puerta y se dirigieron al interior de la cárcel.

Antes de entrar en los callejones en que estaban las viviendas, había un patio pequeño que daba alojamiento al portero, verdugo y otros empleados al servicio del «Santo Oficio».

La cárcel era en su plano un verdadero tablero de damas.

Nuestros personajes penetraron en el corazón del edificio, y siguiendo por un callejón se detuvieron ante una puerta que se veía en el medio de una pared.

-¿Quién está aquí? -preguntó el abate.

El portero abrió, y en el fondo de una pieza oscura, iluminada por un rayo de débil luz que penetraba por la rejilla del techo, se dejó ver un negro atado a la pared por una gruesa cadena.

-Este es Manuel Gallano -dijo el Inquisidor-, acusado de brujo y de relaciones con espíritus malignos, porque ha curado a algunos enfermos sin ser médico.

-Tenéis razón, dejémosle.

El portero cerró la puerta, y continuaron por el callejón hasta doblar a otro, que en la misma forma que el anterior, no tenía más que una puerta.

La forma del calabozo era igual, y en el centro de él había un madero de dos varas y media de alto.

Allí estaba suspenso un hombre que desfallecía de fatiga.

-¿Y este otro? -indagó el abate.

-Es aquel fraile agustino que dijo dos misas sin autorización.

Está en prisión hasta que confiese su delito.

-El crimen es bárbaro, bien merece el lugar que ocupa.

El Inquisidor y el abate continuaron dando vuelta por otros callejones y visitando lo que en cada uno de los calabozos había.

Al pasar por una de esas puertas, sintieron algunos quejidos apagados.

-He aquí al hereje Moyén -dijo Eduardo, señalando con el dedo a un hombre atado al suelo por una cadena, lleno de magulladuras, que se retorció.

Era un espectro espantoso, por lo desencajado de su rostro, las barbas crecidas y algunos tintes de sangre.

-Por piedad -dijo este hombre-, hacedme matar cuanto antes, los dolores que sufro me son insoportables.

¡Por piedad, señor, matadme!... y volvió a revolcarse en el piso.

-¿Qué sentís hermano descarriado? -le preguntó el abate.

-Mis huesos están rotos, señor, una plancha de fierro parecía molerme; los pies se me juntaron con la cabeza; señor, prefiero la muerte, ved la tortura y me tendréis lástima.

Yo soy inocente...

-Cerrad la puerta -gritó el Inquisidor, al oír la palabra inocente, y la voz del reo fue apagada en la espesura de las murallas.

De allí siguieron hasta llegar al fin de uno de los callejones; entraron en una pieza donde se encontraban torturas, puntas afiladas de acero enclavadas en el piso, y otra multitud de instrumentos dispuestos para los diferentes castigos que se daban.

En el rincón de una de las piezas se veía un hornillo encendido, para la quema de los cuerpos humanos que eran sentenciados a tal pena.

Luego que hubieron concluido de visitar los diferentes departamentos de la cárcel, el abate exclamó:

-¡Cuán sabio plan es el de esta casa!

Dobles murallas que apagan la luz del día, calabozos solitarios que es imposible dejen de convertir los espíritus pervertidos.

¡Oh! ¡muy hábil debió ser el arquitecto de este edificio!

Los dos personajes se retiraron a la sala del Tribunal, quedando las prisiones en un completo silencio.

-Me voy contento por el rato que he pasado en vuestra compañía, amigo Eduardo -le dijo el abate tomando su sombrero.

Os recomiendo mucho a Moyén; ya sabéis que es un extranjero que ha trastornado a esa muchacha dispuesta a ser monja.

Le ha hablado de matrimonio y de amor, cometiendo la irreligiosidad de hacerle creer que la mujer estaba destinada para la delicia del mundo y no para la mortificación.

Esa joven Enriqueta está enamorada de él, y si saliese podría pervertirla de nuevo.

Cuidado, buen amigo, cuidado con él.

-Descansad en mí, señor abate, y no creáis que me olvidaré tampoco de falsificadores de cruces, los cuales con gran descaro usurpaban una de las entradas a la orden.

El abate se despidió del Inquisidor Mayor, y este le acompañó hasta la puerta. Luego que se quedó solo, la conversación del abate lo vino a la memoria; pareció preocuparle algunos instantes.

-¿Por qué se opondrá él a mi matrimonio?, se interrogó a sí mismo.

Es verdad que la compañía de Jesús me ha levantado de la postración en que estaba yo; pobre artista en otro tiempo, hoy soy una autoridad, todo lo debo a la orden; pero no creo que tales servicios me priven el amar.

¿Seré tan desgraciado como en mis primeros años?

¿Algún nuevo impedimento vendrá a matar mis ilusiones?

¡Dios mío! ¡si tal es mi destino, poned término a mi existir!

¿Para qué quiero riquezas ni honores, cuando mi corazón está herido?

¿No era más feliz cuando el día lo ocupaba en mi taller, y la noche en adorar a aquel ángel, cuya imagen está grabada en mi alma?

El Inquisidor se pasó la mano por la frente, se encontró agitado por la fiebre y se retiró a su casa pensativo y triste.

El abate González había salido convencido de que Eduardo se casaría si no se tocaban pronto recursos que lo impidiesen.

Había sondeado el corazón del Inquisidor, y allí había encontrado un recuerdo, que aunque amortiguado por el amor a Margarita, conservaba aun bastante vitalidad.

El abate se encontraba agitado en su espíritu, no porque desconfiase en los recursos de su imaginación, sino por encontrar el método que debía emplear para conseguir su fin.

-He sido demasiado ligero -pensó para sí-, al querer combatir una pasión con el raciocinio.

Me había olvidado que la pasión hace perder la cabeza.

El remedio es otro: un fuerte dolor se cura con otro mayor, una impresión dominante se desvirtúa con otra más dominante, un amor arraigado se borra con otro amor más vivo.

Nuestra naturaleza es esclava de las impresiones; hoy queremos con delirio un objeto, mañana nos causa odio porque otro objeto nos alucina con la novedad.

La suerte está echada, vamos a convertir a Eduardo.

Vamos allá...

El abate se acercó a la mesa de escribir y redactó el siguiente billete:

«Amigo Eduardo

»Se me olvidó decirlos hoy en mi visita, que la señora Magdalena y el señor Rodolfo me instaron para que os llevase a su casa.

»La visita que les hicisteis a su llegada les agradó bastante y desean teneros por tertulio.

»Espero que el domingo entrante iremos a hacer este cumplido, pues me comprometí a ir con vos.

»Vuestro amigo y hermano.

»González».

Luego que hubo escrito, llamó a un sirviente y le dijo:

-Id a casa del señor Inquisidor Mayor y entrégale esta carta en mano propia.

-¿Traeré la contestación?

-Si el Inquisidor os la da sin que se la pidáis; si no vuélvete en el acto.

Observa quiénes están en casa del Inquisidor y qué hace a estas horas.

El Inquisidor vivía en una casa esquina de la calle de Bodegones.

Sin familia, habitaba en hermosos salones, decorados con el lujo de la época.

La pieza de estudio era la que él prefería, por encontrarse allí rodeado de estantes bien provistos de libros, empastados con pergamino amarillo.

Sobre cada puerta había una imagen, un crucifijo en la mesa y algunos cuadros con retratos de varones ilustres por sus virtudes católicas.

En una de las esquinas de la pieza había un armario incrustado de concha de nácar, cerrado a la vista por dos puertas elevadas.

Abriendo esas puertas se dejaba ver una escala de cajones y de divisiones con rótulos, que designaban los diferentes objetos que allí se encerraban.

Eduardo estaba tendido en una silla de brazos, con el semblante decaído por emociones que pasaban en su espíritu.

-No quiero pensar -decía-, en mi suerte, porque no tengo fe en la felicidad.

¿Margarita será lo que yo pienso?

¿Será la mujer pura, casta en el pensamiento, vírgenes en el corazón?

El matrimonio no puede existir, es una burla, una mentira, cuando la mujer que se elige para entregarle el porvenir, la honra de una familia, ha perdido la idea de la virtud.

La corrupción es grande en el mundo; la virtud va semejándose a un sueño pasado con la edad primera.

Las costumbres van formando un nuevo modo de ser que nos familiariza con la corrupción, nos hace transigentes con lo que es degeneración de las nobles facultades del alma, y de aquí nace que el que se deja llevar por la corriente de los usos sociales, cae con facilidad y es sacrificado.

¡Pero no! es preciso no ser fatalista, apartemos la duda.

Quiero hacerme ilusiones, porque necesito de ellas.

Eduardo fue interrumpido en sus desahogos por golpes que daban a la puerta.

-Pasad adentro -dijo.

Se presentó el sirviente del abate González y le entregó la carta que traía.

Eduardo la tomó, y mientras la leía, el lego registraba con la vista la pieza.

Eduardo se acercó a la mesa, y contestó en otro billete:

«Mi venerable abate: agradezco la invitación que me hacéis, y no faltaré a acompañaros el día que me indicáis.

»Saludo, etc.

»Eduardo».

El lego se retiró con la contestación, Eduardo volvió a sentarse.

-No querría ver a nadie -dijo-, porque las visitas me son incómodas.

En el día he circunscrito mis relaciones a una sola casa, a la de Margarita, y preferiría no volver a perder mi tiempo en la esclavitud estúpida que impone la etiqueta.

Pero es necesario dar gusto al abate, y poco importa inutilizar dos horas.

El abate, luego que tuvo la contestación en sus manos, se entregó a orar, como de costumbre, delante de un crucifijo.

CAPITULO VI

Cómo eran las navegaciones en tiempo de las colonias

\Dos meses habían transcurrido.

Durante este tiempo, el padre Anselmo había residido en el convento de su orden, esperando la salida de un buque que le llevase a Chile con el objeto de llenar la misión que su ministerio le imponía.

Había llegado ese día deseado por él, y con el objeto de despedirse, había ido a almorzar a casa de Rodolfo.

Hallándose sentados a la mesa, Rodolfo que miraba a su hermano con la ternura más leal, le dijo:

-¿Si será esta la última vez que estemos juntos?

El virtuoso franciscano le respondió con la fe de su alma.

-Confío en Dios que nos hemos de volver a ver.

A estas tristes palabras siguió un momento de silencio, que Magdalena procuró interrumpir, a fin de hacer menos amargos los últimos instantes que debían estar reunidos.

-¿La navegación es peligrosa? -interrogó Magdalena al padre Anselmo.

-Larga sobre todo, según me han informado -contestó él.

-¿Qué tiempo se calcula de viaje? -indagó Rodolfo.

-Tres o cuatro meses con buen tiempo; hasta seis si algún inconveniente se presenta, causado por los elementos.

-Eso es demasiado, hermano; casi el mismo tiempo que se emplea para venir de Europa.

-Es verdad, pero no debe sorprenderte esta lentitud que parece increíble.

Voy a explicarte la causa, según los detalles que me ha hecho el capitán del buque en que me embarco.

-Antes de todo, ¿tú marchas en derechura a Valparaíso?

-Sí, hermano, sin tocar en puerto alguno.

-Y para ir a Valparaíso, que solo dista 450 leguas ¿se tardan seis meses?

Es cosa singular, porque viniendo de Cádiz, que está a tres mil leguas, solo hemos empleado tres meses.

-Pero atiéndeme y sabrás el porqué.

A este tiempo, el capitán del buque entraba a casa de Rodolfo buscando al hermano Anselmo.

-Venía, reverendo Padre -dijo el español-, a avisarle que hoy es necesario embarcarse porque a las cuatro de la mañana izamos el ancla.

-Señor capitán, acompáñenos usted a tomar una jícara de chocolate -le invitó Magdalena.

-Con gusto, señora, y el capitán se sentó a almorzar en compañía de la familia.

-Hablábamos -le dijo Rodolfo- de la demora espantosa que hay en los viajes al Sud.

-¿El reverendo Padre les habrá explicado la razón ya? -preguntó el capitán.

-Iba a dárnosla, según los detalles que usted le había suministrado.

-Pero es mejor que el capitán las repita -dijo el padre-, porque será más exacto que yo.

-Con gusto, mis buenos señores -contestó el capitán con una cara risueña y maneras francas; pero dadme una copa de vino, porque estoy acostumbrado a vivir con el licor de los dioses, según decía un paisano mío.

Una sirvienta trajo una botella de rico Oporto, y el capitán sirviéndose una copa, saludó con la cabeza a los que almorzaban y se la bebió de un sorbo.

-Rico vino -dijo al bajar la copa y mirando con alegría la botella.

-Repita usted cuantas veces guste, señor capitán -le dijo Rodolfo-; pero vamos a satisfacer la curiosidad que tenemos.

El capitán limpiándose los labios en el mantel, dijo:

-Nuestros viajes no pueden ser más breves de lo que son.

Seis meses para ir de aquí a Valparaíso no es mucho tiempo.

Voy a decirles la razón, contándoles el itinerario de las navegaciones ordinarias.

Salimos del Callao muy de madrugada para aprovechar el día, la luz del sol que nos muestra el derrotero de la costa.

Nunca nos separamos de tierra a gran distancia. En el día solemos perder de vista la costa, pero a eso de las tres de la tarde volvemos hacia ella, para a la entrada del sol tener un fondeadero.

-¿Un fondeadero? -dijo Rodolfo, asombrado-, un fondeadero ¿para qué?

-¡Ja, ja! -exclamó el capitán riéndose, y sirviéndose una nueva copa de oporto-, un fondeadero, señor, porque en la noche no se navega y se ancla.

Sería una temeridad arriesgarse de noche en alta mar.

A la oración anclamos, bajamos las velas, rezamos el rosario y nos acostamos a dormir hasta la madrugada del día siguiente, en que después de cantado el «alabado» volvemos a emprender la navegación.

-Pero eso es increíble, señor capitán -repuso Rodolfo.

Si usted no lo asegurase, yo dudaría.

-Cómo se conoce que usted es muy nuevo en estos países -observó el capitán-; porque si de algo debiera asombrarse sería de que en menos tiempo se anduviese por mar cuatrocientas a quinientas leguas.

¿Pero cómo es que de Europa se viaja en menos tiempo?

-¡Oh! eso es cosa distinta, porque de allá a acá no se puede costear; pero perder la costa de vista pudiendo verla, sería una indiscreción; solo un espíritu sin religión se aventuraría de tal modo.

Y además, ¿a qué apurarse cuando nadie nos corre?

-Dice usted bien -contestó Rodolfo-, el tiempo es nada para estos pueblos.

-A propósito de lo que acabo de decir a ustedes -dijo el capitán-, voy a contarles una historieta que confirma la que acabo de exponerles.

En años pasados el capitán de un bergantín, llamado Juan Fernández, se hizo a la vela del Callao el 11 de diciembre; llevaba un cargamento de paños y otros artículos de España para el uso de los chilenos. Este hombre se presentó en Valparaíso el 14 de enero, es decir, un mes dos días después de haber salido del Callao.

En el viaje descubrió la isla que hoy lleva su nombre, y el 18 de febrero estuvo de vuelta aquí.

Como las cartas que traía atestiguaban esta verdad, el «Santo Oficio de la Inquisición» lo acusó de pacto con el diablo y le encerró en la cárcel, porque era antinatural que en tan corto tiempo navegase tanto.

¿Qué os parece, señor, este hecho que es histórico?

-No creía que la Inquisición fuese tan injusta -repuso Rodolfo.

Eso es bárbaro, insoportable, que de un modo tan torpe se pretenda destruir los descubrimientos del genio.

¿Qué cosa más natural que el viajar en ese tiempo una distancia tan corta?

-Más propio sería -agregó Magdalena en tono de broma- que se castigase a los que emplean seis meses.

-Gracias, señora -repuso el capitán-; gracias por lo que a mí me toca.

-No, por Dios -repuso con viveza Magdalena notando su indiscreción-, no crea que me refiero a usted, porque nada más propio que el emplear seis meses cuando de emplear dos o uno le iría la cabeza.

-Es usted muy galante, señora, no crea que me incomoda un chiste de tan bella joven.

Magdalena se ruborizó ante una galantería tan a boca de jarro.

-¿Con que, sin falta, nos iremos mañana? -preguntó el padre al capitán.

-Sin falta alguna, palabra de español; y es necesario, como le he dicho a su Reverencia, que hoy se embarque.

El capitán era uno de aquellos marineros que por casualidad llegan a dirigir una nave.

Uno de aquellos que se lanzan al océano sin más brújula que el instinto o la práctica, y sin otro barómetro que la observación de la atmósfera.

Luego que hubo almorzado bien, se paró, y despidiéndose de la familia, les aseguró que ningún cuidado correría el hermano Anselmo, siendo él capitán del buque.

Quedaron solos los esposos y el hermano Anselmo.

Concluyeron de almorzar, y se retiraron a la pieza de Rodolfo a conversar los últimos momentos que les quedaban.

Era preparar el alma al dolor de una separación.

Despedirse para un viaje seguro, es triste siempre; despedirse de la patria cuando un mal destino le arroja a buscar el pan en el extraño, lejos de la familia, de las habitudes, lejos del sol que alumbrara la primavera de la existencia, es cruel.

Quien haya tenido que abrazar a un padre o a una madre, muda por las lágrimas; quien al estrecharla en su pecho con la efusión de todo el amor, que ahoga la palabra, al paso que destroza el alma con impresiones desgarrantes, sabrá lo que es despedirse, lo que es separarse.

Tener entre los brazos al ser más amado, imprimir en su frente un beso de dolor, considerar al mismo tiempo que aquel cuerpo, aquel símbolo de lo que uno ama, y por lo que se desea la vida, se va, para no verle quizás en un tiempo incierto, es por cierto un trance insoportable.

El padre Anselmo iba a separarse de su hermano y a separarse con la convicción arraigada de que no le volvería a ver más en el mundo.

Los salvajes de Arauco habían derramado la sangre de virtuosos misioneros, y procurar convertirlos era ir a ceñir la corona del martirio.

-Me parece un sueño, querido hermano -le dijo Rodolfo-, el considerarte ahora a mi vista, y dentro de algunos momentos lejos y sin esperanza de verte.

-Ten fe en Dios, buen Rodolfo -le contestó el hermano-; ten fe en que no nos hemos de ir del mundo sin vernos antes.

Voy a combatir contra el error, contra dioses fabulosos, para volver al seno del único Dios, hijos que aun desconocen la religión.

¿Qué me importa el morir, si consigo salvar algunos salvajes?

Mi ministerio en la tierra es promulgar el Evangelio donde no hubiese llegado; no estoy destinado a vivir en pueblos que profesan el culto de la iglesia.

El campo está lleno de mies, voy a cosechar antes de que la estación destruya frutos tan tiernos.

El Señor ha dicho: «abundante es la mies, pero faltan segadores a la mies».

-¿Pero no sería mejor -preguntó Magdalena con aire pensativo-, que la misión de sacerdote la ejerciese usted aquí?

Al menos debía hacer ese sacrificio por consideración al amor que le tenemos.

-No, hija mía -repuso Anselmo-, aquí es imposible, porque el sacerdote está en contacto con los bienes del mundo y su abnegación sucumbe.

Yo no podría vivir más tiempo en el convento, porque no estoy conforme con el régimen de mis hermanos.

Hay intereses que manejar, halagos que soportar, tentaciones mil que arrostrar. Le aseguro que no permanecería aquí por...

El padre se quedó pensando, mas no se atrevió a continuar por no revelar lo que había observado en la vida claustral.

Los hermanos de la orden religiosa se habían entregado a desórdenes imperdonables.

De noche se salían a ocultas del convento para ir a jaranas indecorosas.

De día se ocupaban en conversaciones con las devotas, y en lo privado de sus celdas se bebía a discreción.

Este desarreglo había horrorizado al padre Anselmo, y prefería callarlo antes de comunicarlo.

-Estoy resuelto, Magdalena -continuó el padre Anselmo-, a irme, y es inútil que hablemos de desistimiento.

-No olvides el escribirnos -le encargó Rodolfo-, por cuantos conductos puedas.

Será nuestra satisfacción en la ausencia.

-Siempre lo haré, no tengas cuidado. Créeme que sufro mucho al dejarte, porque mucho te amo, hermano mío, mucho te amo y a ti también Magdalena.

Rodolfo y Magdalena se arrojaron entonces en brazos del padre Anselmo, brillando en los ojos de este grupo de virtud lágrimas de ternura.

-Solo te pido un favor, Magdalena -le dijo Anselmo, tocándole con su mano la cabeza-, un favor solo, que seas con Rodolfo lo que hasta hoy has sido; la verdadera esposa, el ángel de su guarda.

Magdalena no contestó porque estaba conmovida en extremo. Enjugándose los ojos con el pañuelo, recostó su cabeza sobre el corazón de Rodolfo, y este la estrechó con la efusión del que ama un ser puro. Las emociones de la despedida enmudecieron aquella escena.

-¡Dios os conserve como hasta hoy! -exclamó Anselmo-. ¡Sois muy felices!...

El padre Anselmo aprovechando aquellos momentos no se atrevió a articular una palabra más y se retiró silencioso a su convento, de donde salió a las pocas horas para el Callao.

La nave estaba lista, y al rayar la aurora, la brisa del Sudeste infló las velas dando impulso a la embarcación con el rumbo a Chile.

Los marineros entonaban el «alabado» y el padre Anselmo celebraba el sacrificio de la misa a tiempo que la tierra desaparecía a vista de los navegantes.

CAPITULO VII

Apuros de un amante a presencia de un novio

Las páginas anteriores han sido necesarias como precedentes de los sucesos que se desarrollan en el curso de esta obra.

La acción, puede decirse, principia en este capítulo.

Las costumbres de Lima en aquel entonces eran muy singulares.

La saya y el manto formaban el traje ordinario de la mujer que salía de día a la calle.

En los paseos, en las procesiones, en las diligencias varias de la mujer, el manto le ocultaba el rostro, dejándole tan solo descubierto un ojo con que todo lo veía sin ser vista.

Si no fuese por la llegada de la noche, en que la saya y el manto eran reemplazados por el traje descubierto, podía haberse asegurado que la mujer era desconocida para los que andaban en la calle.

En esa costumbre, que remedaba algún tanto la de las persas, había no solo el interés y la comodidad de servirse de ella para gozar de libertad en las acciones y necesidades del corazón, del vicio o de la curiosidad, sino también un recurso para conservar la hermosura del semblante.

La palidez era un atractivo, y al ocultar la cara en un manto se conseguía conservar ese color, por cuanto la acción del aire no influía en el cutis. La exageración del sistema iba más adelante. No solo se preservaban del aire, del sol, sino hasta de la luz fuerte.

Así era que las mujeres no recibían de día, y desde las oraciones las salas de recibo estaban abiertas.

Se andaba por las calles buscando una belleza que mirar, pero nada se descubría.

Se miraba a las ventanas, a los balcones, y las persianas detenían la mirada que quisiera penetrar más adentro; más tras esas persianas se encontraban las mujeres que observaban lo que por la calle transitaba.

El transeúnte creía que nadie le veía; sin embargo, le veían más ojos que los que pudieran presumirse en una concurrencia.

Los inteligentes al pasar por el frontis de las casas, se detenían al llegar donde residía la dama de sus afecciones.

Ella no se hacía esperar, porque al divisar al joven amigo levantaba con cuidado una puertecita de las celosías, y saludaba al que ansioso la buscaba.

Si la mamita estaba adentro, había salido, o por algún acaso se hallaba enferma; la joven decía al transeúnte conocido «pasad adentro», y aprovechaban un momento de libertad para comunicarse sus amores.

Otras veces caía un billete del balcón, que recogía el fiel corresponsal.

La apariencia exterior de los edificios, era la de un encierro, pero en la realidad eran todo lo contrario.

Así como bajo el manto se ocultaba una linda fisonomía, así también, al abrigo de un frontis feo se encontraban casas que tenían un interior magnífico.

Se pasaba del umbral de la puerta; y se daba con las paredes del patio, cubiertas de cuadros o de frescos que reproducían historietas amorosas o pasajes de la religión.

Al frente de la puerta de la calle había un corredor elevado por algunas gradas que daba entrada a los salones de recibo, adornados con la pompa de la época.

En la antesala había por lo regular una hamaca elegante, en donde la dueña de casa se tendía con voluptuosidad, para dar audiencia a los adoradores de confianza.

Era la cuna en que se mecían los primeros años de la juventud y en donde se arrollaban los ensueños del amor.

Pero lo más especial en las costumbres limeñas era el traje de la saya. ¡Qué cómodo traje! Él servía para disfrazar a las esposas que espiaban a sus maridos, al propio tiempo que para castigar a los esposos, respondiendo a las seducciones de los conquistadores de bellas.

Si alguna joven quería ver a su amante y hablarle a solas, una procesión o una corrida de toros le franqueaba la oportunidad de hacerlo, porque nada más fácil que ocultarse entre el tumulto de las gentes.

Regularmente sucedía, que en esas funciones concurridas, las madres perdían a sus hijas y las venían a encontrar al llegar a sus casas.

¿Y cómo no perderlas cuando el manto y la saya convertían a las mujeres en enmascaradas, siendo casi imposible distinguir una persona dada que iba cubierta y vestida como todas las demás?

Se necesitaba un conocimiento instintivo para adivinar qué cabeza y qué ojo serían los de la mujer que se extraviaba.

Comprendiendo la conveniencia de la saya, era fácil comprender lo necesario que eran las procesiones u otras fiestas públicas.

En esos días, la juventud, elegante, pasaba horas enteras arreglando la cabellera, el vestido de gala.

Los billetes se cruzaban la víspera, y en la noche que precedía, unos estaban de pie probando alguna chupa nueva, otros con la cabeza gacha y el semblante apurado, trazando algunas líneas de amor sobre papel dibujado con la punta del alfiler.

¡Pobres jóvenes! ¡se preparaban como quien se prepara a una campaña!

Las botellas de agua de olor y los pomos eran puestos a prueba.

No faltaba quienes hojeasen libros de amor para impregnarse de bellas frases, que más tarde pasaban íntegras a ser propiedad del galán que las empleaba.

Una de estas escenas pasaba en casa del señor Salazar, con motivo de una corrida de toros que se había anunciado para el próximo domingo.

Salazar esperaba sacar de esta corrida grandes ventajas.

Estaba en su cuarto con algunos amigos que chanceaban sobre amores.

Eran ya las ocho de la noche y Salazar se mostraba inquieto.

-¿Qué tienes, hombre? -le preguntó el señor de Castro.

-Espero una contestación.

-¿Vas a los toros mañana?

-Extraña pregunta, ¿pues qué sería de mí si no me viesen allí?

-Sería un síntoma de pobreza, buen amigo, el no ir; tienes razón en no faltar, porque las apariencias sostienen la estimación.

-Se anuncia un nuevo torero para mañana.

-Así lo he sabido por los pregoneros de ayer.

-¡Qué bueno ha estado el convite de esta mañana!

¿No le visteis pasar?

-No, pero sería como los de costumbre.

-Casi lo mismo: iban siete figuras graciosas.

A espaldas de los tambores y pitos, venían algunos toreadores hechos de cartón con toros vestidos de ricas enjalmas.

El convite ocuparía media cuadra. ¡Qué bulla, y qué de voladores!

-¿Sabes si asistirá el Virrey?

-Sí, y dicen que su coche llevará tres parejas de soberbios caballos.

-¿De cuándo acá ha reemplazado las mulas por caballos?

-Es un regalo que le ha hecho el conde de San Isidro.

Salazar se movía a cada rato, y con los ojos fijos en la puerta, se distraía a menudo de la conversación con Castro.

En esto golpearon la puerta y Salazar corrió a abrirla, creyendo fuese la mensajera del billete que esperaba.

Abrió, y en vez de la mensajera, se le presentó un encapado que le pregunta:

-¿El señor de Salazar está solo?

-Pase usted adelante, estoy con algunos amigos.

-Deseo hablar a solas con usted sobre un asunto interesante.

Salazar suplicó a sus amigos le dejasen, y ellos se retiraron.

-Estoy solo, señor -le dijo Salazar al encapado-; puede usted pasar adentro.

El encapado se adelantó, y mirando alrededor de la pieza, como quien se asegura de si está solo, se sentó arrojando sobre una silla el sombrero y la capa.

-¡El señor Inquisidor en mi casa! -exclamó Salazar.

¡Oh! señor, cuán honrado estoy.

Eduardo permaneció silencioso, y mirando a Salazar con fijeza, este pareció turbado algún tanto; pero se reanimó poniendo una pantalla a la veía a pretexto de cubrir la luz.

Enseguida el Inquisidor se apresuró a explicar el objeto de su visita.

-No extrañe usted -le dijo-, que venga a estas horas a su casa; un asunto de honor es él que me ha traído y espero conducirlo sin testigos porque es muy delicado.

Una indiscreción, una profanación de la virtud, señor Salazar, que usted ha intentado, es lo que me trae aquí.

-¿De qué me habla usted, señor, que nada entiendo?

-Tenga usted la bondad de mostrarme su letra y pronto lo sabrá todo, señor de Salazar.

-Creo que mi letra es propiedad mía y nadie...

-Y nadie -le interrumpió Eduardo-, puede pedir a usted una muestra de ella; pero cuando se interpone mi tranquilidad y mi honor, yo, como hombre, tengo el derecho no de pedir, sino de exigir.

Hablo a usted como hombre, señor, no como Inquisidor, porque este poder lo ejerceré cuando la razón no baste.

El semblante de Salazar se puso encendido y temiendo que alguno de sus billetes hubiese sido sorprendido, se resistió a dar una muestra de su letra.

-¿Se niega usted a darme la muestra de su escritura?

-Sí, señor, pues que es un punto de honor para mí, no desmentir mi caballería, cediendo a la imposición de otro hombre.

Si usted me hablase como jefe de un poder, obedecería; pero como hombre no.

El orgulloso Eduardo dio una patada en el suelo, y con la vista amenazante recorrió la mesa de escribir de Salazar.

-He aquí su letra -le dijo, tomando un manuscrito.

-Usted abusa de estar en mi casa, señor Eduardo.

-Cuando se abusa del respeto a la mujer, el hombre tiene derecho para atropellar al insolente.

-¿A mí se dirige usted? -le preguntó Salazar, lleno de fuego.

-Lea usted ese billete y lo sabrá.

El Inquisidor sacó de su bolsillo un papel perfumado, puesto en los términos siguientes:

«Bella Margarita:

»Necesito urgentemente, hablar con usted algunos instantes, me es imposible por ahora ir a su casa.

»Diríale el objeto de la corta conferencia a que la convido, pero tampoco es posible confiar al papel un secreto íntimo.

»Le ruego, pues, se disponga a darme la complacencia de salir acompañada de alguna sirvienta de su confianza, en el día y hora que usted designe, al lugar que usted elija y en el que pueda hablarle sin testigos. La función de toros me parece oportuna.

»Encárgola también que tenga la bondad de contestarme por escrito».

Salazar se quedó con la vista baja, confundido por la presencia del billete.

El Inquisidor no le perdía paso, devoraba las impresiones que le causaba la lectura.

-Esa letra, señor Salazar, es igual a la de este manuscrito.

La criada lo ha confesado también, y Margarita me lo ha asegurado, acusando a usted de atrevido y descomedido.

La madre de ella ha sorprendido ese papel, y su hija me ha suplicado castigue una falta a su honor y rango.

Yo, señor, voy a ser el marido de Margarita, y al injuriársela se ofende mi nombre.

Lo que quiero es castigar de hombre a hombre al que ha trazado esas líneas; podría hacerle cortar la mano, pero soy bien fuerte para no abusar de mi poder.

-¿Margarita ha dicho que es mío?

-Sí, esa joven virtuosa, ella me lo ha dicho.

Salazar se quedó estupefacto.

No podía convencerse que una mujer que le juraba amor, y de quien tantas pruebas tenía, le entregase en brazos de un hombre como Eduardo.

-Es imposible que Margarita sea la que me acuse -dijo Salazar-, imposible, porque ella no puede traicionarme.

-¿Traicionarnos? -repuso Eduardo montado en cólera-, explíquese usted que no le entiendo.

-Lo que usted oye, señor; porque Margarita es amada por mí y yo por ella.

Me lo ha jurado repetidas veces, y ella no puede por lo tanto proceder delatando mi pasión.

-Señor de Salazar, miente usted; porque Margarita es pura, tengo su palabra y nadie podrá echar por tierra mi ventura.

-Señor Eduardo, usted está propasándose en los términos ofensivos que emplea.

Yo podría contestarlos con otras ofensas; pero eso sería un proceder indigno de personas decentes.

Si quiere usted explicaciones, tenga usted calma o de lo contrario modérese.

Eduardo quedó pensativo: admira la serenidad de Salazar, y queriendo saber el misterio de las palabras que acababa de oír, se resignó a tener una explicación.

-Me ha dicho usted -dijo Eduardo-, que Margarita le ama.

Necesito una prueba.

Salazar despabiló la vela, poniendo una pierna sobre otra y entró a hacer la historia de sus amores con la novia del Inquisidor.

-Hace seis meses que conocí a esa joven -le dijo-, cuando su padre acababa de morir. La fama que tenía era de ligera, y algunas anécdotas amorosas que se narraban de ella, me animaron a emprender la conquista de su corazón; porque nada hay más atrayente hacia una persona que la idea que se forma al creer fácil la posesión de una mujer hermosa, que se encuentra en el camino de la vida.

Animado de este pensamiento, frecuenté su casa, y después de haberle declarado mi pasión, ella se manifestó amorosa.

Nuestros pasatiempos fueron entonces una cadena no interrumpida de recíprocas caricias, y ellas aumentaban en cada visita hasta que al fin Margarita me dijo: «Soy de usted».

-Eso es falso, señor Salazar -le interrumpió Eduardo cambiando de semblante-, porque esa joven es incapaz de representar el papel de una... y el de la virtud.

Si queréis continuar, no calumniéis para defenderos.

-Señor Eduardo, estáis enamorado, y no me extraña el calor que tomáis por cosas tan insignificantes.

-¿Insignificante el honor de la mujer? -exclamó Eduardo con rabia.

-Insignificante, señor, cuando el honor no es sino una capa de hipocresía.

-Señor Salazar -repuso Eduardo parándose en actitud amenazante-; no puedo toleraros más, es preciso que nos batamos.

-Como queráis, pero antes de que la sangre de uno de los dos corra, concededme un momento y permitidme os abra los ojos con pruebas que os convenzan.

Sentaos un momento más.

Eduardo se dejó caer de golpe, y poniéndose la mano en la cabeza, le dijo:

-Continuad y terminad pronto.

-Cuando Margarita me dijo: «Soy de usted», yo me creí feliz, y ciego de amor me indigné contra los que habían hablado ligeramente de ella.

Frecuenté su casa como debéis presumirlo, y mis amistades las fui perdiendo porque Margarita me lo exigía.

¡Qué feliz era entonces!

Mas cupo la desgracia que me atreví a exigir de ella...

-¿Qué cosa? -dijo Eduardo saliendo de su estado pensativo.

-A exigir que nos viésemos a solas.

-¿Y ella accedió?

-Sí, señor.

-¿Y la visteis?

-Voy a decíroslo como, y a la hora en que lo conseguí.

-Pronto, señor, pronto decidlo todo.

-Vuestra mamita -le dije-, no nos deja un rato de libertad, ¿a qué horas se puede estar con usted a solas?

-La oración es una hora en que mi mamá duerme la siesta, me repuso ella.

-Entonces yo vendré a esa hora con el permiso de usted

-Bueno, mi querido -me contestó-; pero no crea que esto lo consigue nadie, es usted la primera persona con quien voy a estar a solas.

Al día siguiente esperé la oración con inquietud.

Me puse zapatos sin crujideras, y me dirigí a la casa, antes del tiempo prefijado, porque estaba impaciente.

Llegué sin ser sentido, abrí la puerta de la antesala, y lo que primero vi fue a un joven que corría a esconderse en lo oscuro de la pieza.

Margarita estaba acostada en la hamaca. Yo me quedé estupefacto, y ella sin notarlo me dijo:

-Adelante, señor, mi primo ha corrido a esconderse creyendo que alguna persona de etiqueta venía.

El joven salió entonces del rincón y se sentó donde no podía recibir la luz débil que entraba por la puerta.

-Acérquese usted, volvió a decirme Margarita.

Yo me acerqué entonces, y ella me hizo sentar al lado de la hamaca dando la espalda a la puerta.

-¿Ha visto usted impertinencia de primo? ha venido hoy cuando nunca lo hace.

Yo me encontraba sin poder responder cosa alguna, porque la impresión que acababa de recibir era para enfriar hasta los huesos la naturaleza más apasionada y ardiente. Apercibida ella de lo que pasaba en mi espíritu, me tomó la mano, me la estrechó, y sin articular una palabra, se esforzó en embriagarme con su aliento embalsamado y la expresión encendida de su voluptuosa fisonomía. Quiso dominar mi corazón encendiendo mis sentidos. Ante una manifestación tal, creí que Margarita me amaba, que era injusto desconfiando de su amor. Fui dominado, y mi cabeza dejó de pensar para dar completo imperio a la sensibilidad de todo mi ser, que no respiraba en ese momento sino felicidad.

Miré hacia donde estaba el primo, y vi que ya había desaparecido sin que yo lo conociese.

¡Las tinieblas de la noche se acercaban, y el tiempo me pareció un soplo al acariciar a esa joven tan bella!... Lo demás lo comprenderéis vos, señor.

-Pero esas son solo palabras, y nada me prueban -le observó Eduardo ávido de encontrar la verdad, dominando su fogosidad a presencia de la escena descrita por Salazar, que había escuchado devorando cada palabra como si fueran gotas de veneno que desgarraban su corazón.

Atestigüadme lo que me decís.

-Vamos a casa de ella si queréis -repuso Salazar que obraba tan indignamente por terror a Eduardo y por despecho contra Margarita-; y si ella os dice delante de mí que no me ama, que soy un insolente, entonces delante de ella os aseguraré lo que os acabo de decir, y os presentaré mayores pruebas.

-Acepto el partido, porque de lo contrario yo sería sacrificado; pero si es falso lo que me contáis, nos batiremos.

-Estoy pronto a todo, pero espero que después, lejos de batirnos, seréis muy amigo mío.

-Mañana vamos a casa de Margarita.

-¿A qué horas?

-A las siete de la noche.

-¿En dónde nos juntamos?

-En mi casa os espero.

-Corriente.

Eduardo volvió a cubrirse con la capa y su sombrero, y se despidió de Salazar con sequedad.

-Que nadie trasluzca lo que acaba de pasar -le encargó Eduardo al salir.

-Soy caballero, señor -le contestó este.

Eduardo acababa de salir, y una mujer aguardaba en la puerta de la calle que Salazar estuviese solo para verle.

Salazar estaba paseándose por la pieza, meditando sobre el percance que le acababa de suceder.

Estaba comprometido en un lance serio y de difícil salida.

En esto tocaron a la puerta de su pieza.

-¿Quién es? -preguntó-; adelante.

La mensajera abrió la puerta y le entregó a Salazar un papel que decía lo siguiente:

«Mi querido: mi mamá sorprendió vuestro billete.

»El señor Eduardo ha ido donde vos; yo no tengo la menor culpa.

»Negadlo todo, yo os amo hasta la muerte. No dejéis de ir a los toros, porque tengo que hablaros mucho.

»Margarita».

Salazar leyó este billete, y como si un rayo le hubiese caído, se quedó estupefacto al recordar que había sido un malvado con la mujer que lo amaba, perdiéndola ante un hombre como el Inquisidor.

-Di que está bien -dijo a la mensajera.

La mujer se fue y Salazar se puso a meditar sobre lo que pasaba.

Después de un largo rato quitó su mano de la frente, y dijo:

-Nada puedo resolver hasta que no hable con ella.

Felizmente la entrevista es para después de los toros.

CAPITULO VIII

Lo que pasaba en una función de toros

A eso de las diez del día siguiente a la entrevista del Inquisidor con Salazar, la población de Lima presentaba un espectáculo de actividad extraordinaria. Había función de toros.

Las calles principiaban a cubrirse de mujeres tapadas y de elegantes empolvados.

La saya de ese tiempo, limitaba el paso de la airosa limeña, y en el andar se dejaba ver la finura de un flexible talle, y la pulidez de un pie encantador.

La hora corría, y los grupos ambulantes atravesaban los portales en dirección a la plaza del Acho.

Las veredas no podían transitarse en un orden opuesto al que seguía la población.

El centro de las calles era ocupado por coches y calesas.

Los coches dorados eran arrastrados, unos por dos parejas de caballos, otros por una, y algunos por pareja y media, según el reglamento de la aristocracia lo autorizaba.

Un lacayo vestido a la usanza de Luis XIV dirigía los caballos desde el pescante, y dos más iban de pie parados en el respaldo, listos para servir las necesidades de los amos.

Los magnates eran así conducidos al Acho, y durante la expectación se manifestaban inflados de orgullo, cual si fueran unos conquistadores. Apenas se acordaban de honrar con un saludo al conocido que divisaban por la vereda.

¡Oh! ¡cuánto honor para el que era saludado por un noble!

Las personas que se encontraban próximas al dichoso, salían de la vereda para saber quién era el favorecido; y cuando dos o más personas saludaban a un tiempo, fuertes reyertas se suscitaban sobre quien había recibido aquel beneficio de tan alta estima.

La ciudad quedaba sola, y muy sola en los días de función de esta naturaleza.

La gente seguía su curso en el orden indicado, cuando de repente se oyó el grito: paso al Virrey.

Un tropel de caballos abría la marcha con jinetes bien vestidos, que formaban la escolta.

En el centro de esa tropa, venía un coche tirado por tres parejas de caballos hermosos, cubiertos con mandiles bordados de oro y lentejuelas.

A la voz de paso al Virrey, la concurrencia se detuvo, los coches de los particulares abrieron calle, y el representante del monarca pasó saludando al pueblo.

Luego que el coche pasó, los demás siguieron atrás del tren real hasta llegar a la plaza del Acho.

La plaza del Acho estaba como hoy se conserva, del otro lado del río Rímac. Todas las avenidas de las calles convergían a la que conducía al único puente que había para pasar el río. Pasando este, se seguía por otra calle que tuerce al oriente, la cual desembocaba en una alameda de sauces enormes, formada al lado del mismo río, la cual terminaba en una explanada, siendo ocupado uno de sus costados por el frontis de la plaza de toros.

La configuración de este centro de diversiones, es el de un octógono, circundado de graderías colocadas en anfiteatro, las cuales descansaban en palcos bajos defendidos por un parapeto y terminaban en galerías de palcos altos.

En uno de los costados, mirando al frente de la puerta que daba salida a los toros, se encontraba un espacioso palco descubierto, destinado para el Virrey.

La parte externa de este edificio era provista de corredores y pasillos para facilitar el tránsito de la concurrencia; y era en ellos donde se colocaban las vendedoras de frutas, bebidas y comestibles criollos.

Había capacidad para 15000 espectadores.

Una función de toros era una fiesta a más de popular, oficial. Por el reglamento que existía, era obligatoria la asistencia de una compañía de cada cuerpo del ejército con la banda de música del batallón o regimiento.

Estas tropas tenían un lugar destinado que ocupaban después que el Virrey entraba a su palco.

Cuando este se encontraba rodeado de la corte y guardias; los concurrentes que se entretenían en galantear a las tapadas y sostener combates de dichos agudos y picantes, acudían en tropel a tomar sus puestos.

La afluencia en ese día que nos ocupa era extraordinaria.

La una del día encontró a todos en sus asientos.

Era la hora de comenzar la función.

Una compañía de línea penetró en columna al centro de la plaza, precedida de una banda de música, ostentando los uniformes de parada. Esta tropa ejecutó complicadas evoluciones, presentando en cada una de ellas figuras vistosas: unas veces la evolución terminaba por imitar las aspas de un molino que giraba sobre un eje dado; otras terminaba por describir una estrella, una torre o lo que el capricho inventaba.

Pasada una media hora, esta tropa concluía por figurar un ataque en todas direcciones que dejaba el centro de la plaza sin una persona.

A esta maniobra se le denominaba *el despejo*, que concluía en medio de los aplausos de la concurrencia.

Acto continuo se abrió la puerta que daba al frente del palco del Virrey, y por allí apareció toda la compañía de toreros, brillante con sus trajes especiales, dirigiéndose en columna al palco del soberano. Iban al frente los espadas, seguían los banderilleros y capeadores de a pie. Luego entraban los picadores, capeadores y rejoneiros de a caballo.

Colocados al frente del palco, saludaron al Virrey, y luego se retiraron a tomar las posiciones estratégicas para esperar al toro.

Un toque de corneta y cuatro voladores anunciaron la presencia del toro que salía a la plaza por una puerta estrecha, corriendo como una furia. Iba engalanado con un inmenso mandil de raso punzó bordado de oro, con cintas que flotaban al aire libre.

El toro corre en todas direcciones sin encontrar a quien acometer. De súbito se le presenta un capeador de a caballo. Es un joven español que cabalga en un animal negro como el azabache, y rápido como los de raza árabe.

El toro lo enviste, y el capeador se defiende con un manto azul que arroja sobre la cabeza de la fiera, mientras da vueltas para evitar los ataques que le hace.

El público atrona el espacio con sus aclamaciones a cada suerte que el capeador saca al toro.

Un otro toque de corneta, señala el turno a los capeadores de a pie.

Seis hombres se lanzan en busca de la fiera, sin más armas que unas capas largas color rojo, que llevan en el brazo. Se dispersan, rodean al animal, y cada cual afronta la embestida capeando, burlando con movimientos rápidos la furia del ataque. Cansado el toro en esta lucha, se desentiende de los capeadores y se rasca tranquilamente, buscando un descanso a la fatiga.

Un tercer toque llama a los banderilleros. Uno de estos se arma de dos banderillas con puntas agudas de metal, desafía al toro en media plaza, y cuando este lo embiste, el banderillero se precipita sobre la fiera y le clava en el cuello las banderillas corriendo a todo escape, y burlando la corneada con un lance que deja pasar al toro por entre el cuerpo y la distancia que describen los brazos puestos en forma de arco.

La fiera se desespera, cobra nuevos bríos, y en medio de su bramar, recibe tres o cuatro banderillas más.

Un nuevo toque de corneta señala el momento a los matadores, sea rejoneador o sea espada. La espada es la preferida.

El toro, clavado por el banderillero, parece desesperado por no encontrar un enemigo con que combatir; da vueltas al trote al lado de las galerías y nada encuentra. El grito de los concurrentes parece detenerle, les mira, les observa, como quien aguarda un enemigo al frente.

El animal sigue dando vueltas hasta que un hombre le sale al paso, llevando en una mano una bandera roja y en la otra una espada que oculta en la bandera. El toro embiste de furor. El hombre aprovecha ese momento para hundirle hasta la empuñadura la hoja de la espada en el corazón. La fiera cae en la arena, lanzando quejidos de impotencia, y de agonía.

Los asistentes que han seguido todos estos lances con avidez, sin pestañear, mudos, prorrumpieron en aplausos estrepitosos. Las músicas y cohetes saludaban la victoria.

El espada dio vueltas entonces alrededor de los palcos, recogiendo las monedas y obsequios que le arrojaban, mientras que dos negros montados en caballos enjaezados con plumas, sacaban el cadáver del toro.

En este mismo orden mataron ese día doce toros, repitiéndose poco más o menos las mismas escenas, con la diferencia de muerte que se daba al animal, ya con espada, con rejón, con pica o con puñal.

La función duró hasta las cuatro de la tarde, hora en que la concurrencia principió a salir de la plaza.

En la alameda se encontraba un joven de pie, solo y con la vista agitada, colocado en medio de dos sauces mirando con ansiedad esa multitud de mujeres cubiertas por el manto.

Algunas tapadas le satirizaban al pasar, más él nada respondía y continuaba observando.

Al fin divisó una saya que se dirigía hacia él y al pasar le dice:

-Siga usted, Salazar.

Salazar siguió, hasta perder de vista la concurrencia, tras de la tapada que la sacaba hacia la calle de Malambo.

Luego que se hubieron alejado algún tanto, la tapada se detuvo y se tomó del brazo del joven.

La tapada abrió su manto y dejó ver a Salazar el rostro pálido, lleno en sus formas y con esos ojos negros radiantes de fuego, que caracterizaban a Margarita.

-Deseaba hablarle con ansiedad -le dijo ella.

-¿Qué es lo que sucede, por Dios? -preguntó Salazar.

Eduardo me ha desafiado, y yo me encuentro en la necesidad de batirme, o de satisfacerle de un modo horrible para usted

-¿Cómo así? ¿qué ha sucedido?

Salazar le contó la conferencia con Eduardo, y añadió:

-Lo que más me ha mortificado es que usted le haya declarado que yo abusaba de usted; que usted me odiaba y le haya exigido se vengue de mí.

-¡Oh amigo! -exclamó Margarita demostrando un profundo dolor-, ¡oh! no; yo no le he dicho nada; mi mamita es la que lo ha hecho todo. Yo siempre soy de usted en todo y para siempre.

-¿Pero cómo entender esto? usted se va a casar con Eduardo, él me lo ha asegurado, y es por eso que lo voy a satisfacer.

-¿Y de qué modo lo va usted a satisfacer?

-El plan en que hemos convenido es el siguiente: yo me he comprometido a probarle que usted es mía bajo todos aspectos, y que al escribirlo la carta sorprendida, no he ofendido su honor.

Si esto no lo pruebo, debo batirme.

-¿Y cómo va usted a probar eso, querido amigo?

-Hemos quedado en ir esta noche a casa de usted, y a su vista yo debo sostener la realidad de nuestras relaciones.

Para ello pienso llevar algunos billetes.

-¡Amigo! -le dijo Margarita estrechando el brazo de Salazar-, ¿de ese modo va a sacrificarme, a corresponderme? ¿Por qué he de pagar las culpas de mamá?

Margarita dejó correr algunas lágrimas, y manifestando un amor tierno y arraigado, se recostó con desfallecimiento en el brazo del joven.

-Salazar -continuó ella-, ¿cree usted que yo podría casarme con Eduardo? ¿no sabe usted que a nadie amo sino a usted? ¿Es posible que vaya a corresponderme de ese modo, perdiéndome para la sociedad?

-Pero ¿qué quiere que haga, después de estar comprometido?

Si no le satisfago, tengo que batirme.

-Entonces, ¿quiere usted por temor a una bala, a un rasguño, perderme? Y sobre todo, amigo querido, Eduardo no se batiría, son amenazas tan solo las que hace.

-Si yo estuviese seguro de que usted no me traicionaba...

-¿Qué haría usted, Salazar? -le interrumpió Margarita mirándole con pasión.

-Me haría matar por conservar la reina de mi corazón.

-¡Qué noble es usted! yo no permitiría tal sacrificio jamás, porque moriría tras de usted. No podría sobrevivirle.

Margarita bajó la cara en muestra de un sentimiento que no abrigaba, pero que sabía expresar con maestría.

-Es usted encantadora, hermosa Margarita, encantadora.

Margarita se quedó silenciosa; y para concluir de resolver a Salazar a desistir de la visita que debía hacerle con Eduardo, se alzó en la punta de los pies y le dio un beso impregnado de amor y voluptuosidad.

Salazar no ratiocinó más y enajenado por la sensibilidad:

-Haga lo que usted quiera de mí -le dijo.

-No asista usted con Eduardo -le suplicó Margarita.

-¿Pero Eduardo, qué dirá? Yo creo más oportuno el asistir y permanecer silencioso a su presencia. Usted quedará entonces disculpada y yo aceptaré la resolución que Eduardo tome.

-Pero es muy terrible ese paso.

-Yo sabré arrostrarlo, amor mío.

-¿Usted cree que debe ir?

-Es imposible dejarlo de hacer. Mi palabra está dada.

-Las fuerzas me van a faltar para una entrevista tal.

-Margarita, le juro que no sufrirá nada, y que yo sabré sacarla airosa.

Sosténgame con su vista y seré fuerte.

-Salazar, le suplico que no asista... Eduardo lo mandará buscar a su casa, y usted contéstele que ha variado de resolución. Por fin, dele usted una disculpa, escríbale que no lo espere y todo se salvará.

Salazar algo confundido y como tomando una resolución, le respondió:

-Está bien, no iré.

Margarita se le echó en los brazos y coronó la determinación con caricias ligeras.

-Volvamos que ya será hora que mi mamá quiera regresar a casa -añadió Margarita cuando se hubo penetrado que había triunfado del amante y apoderádose de su voluntad.

Los dos se volvieron a la alameda, y encontraron los grupos de tapadas que se entretenían en conversaciones con los elegantes.

Frases amorosas se oían salir de aquel tumulto de gente.

Los coches daban vueltas por el paseo, y el del Inquisidor Mayor llamaba la atención por dos parejas de caballos tordillos.

La hora iba avanzando, la oscuridad del crepúsculo se derramaba sobre la ciudad; la oración iba a dar. Las campanas señalan la hora de la anunciación, y ese pueblo entregado a los goces, quedó mudo, de pie, rezando algunas, oraciones católicas.

La concurrencia se despejó entonces, marchando a recogerse a sus casas para comer, porque aun cuando era costumbre el hacerlo a la una de la tarde, en los días de toros el tiempo faltaba y era preferible esperar el fin de la función.

CAPITULO IX

Castigo de un amante que se burla de un novio

El Inquisidor Mayor había llegado a su casa y dando orden a sus criados de que le sirviesen con prontitud la comida, se vistió para asistir a la entrevista con Salazar. La visita que debía hacer a Rodolfo por instancias del abate González, estaba salvada por una esquila que este le había dirigido, disculpándose con lo inoportuno que sería el ir a una casa en día de toros.

Habían convenido que el lunes por la noche llenarían ese compromiso.

Eduardo había asistido al paseo y en nada se había fijado. Su espíritu se hallaba atormentado por la duda, por esa horrible enfermedad del corazón que la humanidad llama celos, y que por lo regular transforma al ser más culto en el ser más salvaje y ridículo.

Comió precipitadamente creyendo que el tiempo podía pasársele. Sacó el reloj, vio que eran las seis y media y revelando suma inquietud, dijo:

-A las siete es la entrevista, Salazar no debe tardar.

Se recostó sobre un sofá y esperó.

-¡Que situación la mía -reflexionó-, que situación! ¿Margarita, me amará? ¿será digna de mí? Pronto lo sabré.

A estas palabras siguió un momento de meditación, que interrumpió parándose y volviendo a mirar el reloj.

-Son las siete y Salazar aun no llega -dijo.

Llamó a uno de sus criados y le interrogó.

-¿Está listo el coche?

-Sí, señor.

-Anda en el acto a casa del señor don Santiago de Salazar, y dile de mi parte que le estoy esperando. Anda corriendo.

-¿Si querrá engañarme ese hombre? -pensó Eduardo-. Es imposible que un caballero falte a su palabra.

Se puso a pasear por la pieza con inquietud esperando al criado que había mandado.

En esto el portero entró y puso en manos de Eduardo el siguiente billete:

«Señor: la entrevista a que ayer quedé comprometido no puede tener lugar por razones peculiares a mí. Quedo dispuesto a la deliberación que queráis tomar.

»Santiago de Salazar».

Eduardo al leer esta esquela acabó de perder la serenidad, y con la rapidez del rayo dijo al portero:

-Id en busca del señor don Pedro Toz; que venga en la calesa del servicio, preparado para una aprehensión...

El sirviente salió corriendo a cumplir su comisión.

-Ahora veremos -dijo Eduardo-, si ese caballero cumple o no con su palabra. Se ha burlado de mí como hombre, pero no se burlará de mi autoridad. La entrevista tendrá lugar de todos modos aun cuando el cielo se interponga.

Eduardo tenía los ojos encendidos y agitado por la cólera al verse burlado de un modo tal, no cesó de lanzar imprecaciones horribles para desahogar su alma. Aquella fisonomía serena y pálida estaba contrariada, encendida.

No era en ese momento el hombre acostumbrado a emplear las armas que las preocupaciones habían puesto en sus manos, era el artista de la primera edad que apelaba a los extremos para lavar una afrenta.

-Ese billete de Salazar -decía paseándose-, me prueba, o la inocencia de Margarita, o algún convenio de ella con él; es imposible que Salazar deje de tener alguna razón poderosa para evadirse.

¿Qué puede creerse ahora de lo que pasa? Pensaba salir de mis dudas y ahora vuelvo a ser presa de ellas... pero yo saldré de este estado, porque la entrevista se efectuará.

El criado mandado a casa de Salazar, volvió cansado por la carrera que había dado.

-El señor estaba en su pieza con dos señores, y me ha contestado que ya había escrito a usted.

-Está bien -le dijo Eduardo-; retírate.

Eduardo pasó entonces a su pieza de dormir y tomando una daga, la ocultó con cuidado entre sus vestidos.

El portero entró enseguida de vuelta de su comisión.

-El señor Toz viene al momento, me ha dicho.

-Ve que todo esté listo -dijo Eduardo- para salir pronto.

Cierra bien las puertas del coche.

Eduardo se puso a esperar.

Habría pasado media hora en estas diligencias, cuando paró a la puerta de la casa de Eduardo una calesa imperceptible por el sonido de las ruedas; de color verde. Las cortinas oscuras que cubrían las puertas impedían ver las personas que iban en el interior.

Dentro de ella venía un hombre como de cuarenta años de edad, cubierto con una capa negra, careta del mismo color y gorro que finalizaba en punta.

Ese hombre bajó del carruaje y se presentó a Eduardo quitándose el gorro y la careta.

-Mi amigo -le dijo el Inquisidor-, necesito aprehender a un hombre, a don Santiago de Salazar.

Os encargo que vayáis a su casa y de orden del Santo Oficio le traigáis aquí en el acto.

-Está bien señor, y ¿dónde le encontraré?

-Está en su casa actualmente con dos de sus amigos. Id allí y mandadle que os siga.

Aquí os espero en diez minutos más.

-¿Y si se resiste?

-Nadie se resiste, señor, a la orden que yo expido; pero si se resiste, avisadme en el acto para emplear la fuerza.

-Con vuestro permiso -dijo el señor Toz, saludando al Inquisidor Mayor.

Este montó de nuevo en la calesa y dirigió su marcha a la casa indicada.

Salazar estaba conversando con dos amigos sobre las ocurrencias del día.

Era aquello un asunto inagotable, refiriendo cada cual los lances de la tarde.

-¿Que te sucedió a ti -le preguntaba Salazar a un hijo del conde de Quinta-Alegre-; qué te sucedió que me dicen que andabas corrido por cuatro tapadas?

-Eran cuatro infiernos, amigo, que no sé de dónde habían averiguado mis pasos secretos.

Me embromaban con varias amiguitas; yo creía poder descubrir a esas tapadas, pero me fue imposible.

Por eso, no sabiendo con quién hablaba, me vi perdido.

Quise escarmentarlas descubriendo a una de ellas, pero al tomarle el manto, las otras me asaltaron furiosas a la cara y me habrían concluido si no me echo a andar con ligereza.

-¿Pero que no sabías -le decía el otro joven llamado Correa-, que el peor delito para con las tapadas es descubrirlas?

-¿Y qué hacer para salir de apuros?

-Sufrirlas, no hay más remedio.

Conversaban de este modo, cuando el criado de la casa entró despavorido a la pieza de Salazar, anunciando:

-El carruaje de la Inquisición a la puerta, señor, ¿por quién vendrá?

Tras del criado y en medio del espanto causado por estas palabras, se presentó en la puerta de la pieza de Salazar un hombre cubierto de pies a cabeza.

-A nombre del Santo Oficio -dijo-, intimo prisión al señor don Santiago de Salazar: os ordeno seguirme en el acto.

Los amigos se quedaron estupefactos. Salazar perdió el color. Los padres del joven acudieron en tropel, los llantos estallaron con furor.

-¿A mi hijo es a quien buscáis, señor? -le preguntó la madre del joven al agente del Santo Oficio.

-Sí.

-¿Qué delito ha cometido?

-No sé. Mandadle que me siga pronto sin hablar una sola palabra, porque el que las oyese se haría reo y tendría que seguirme también.

A estas palabras, todos echaron a correr y dejaron a Salazar a solas con el hombre cubierto de negro.

-Os mando seguirme en el acto -volvió a intimar el agente inquisitorial.

Salazar con el rostro caído sobre el pecho, desfallecido y dando pasos inciertos, siguió al agente hasta entrar en el carruaje. Luego que estuvo allí, el carcelero puso llave a la puerta y el agente le vendó los ojos.

La familia de Salazar quedó estupefacta, entregada al dolor que produce una calamidad repentina. Consideró a su hijo perdido para siempre; porque el que por desgracia entraba en la calesa silenciosa, solo volvía a salir de ella para ser sepultado en los calabozos de la cárcel.

Eduardo no había perdido su tiempo ínter habían ido por Salazar.

Al salir el agente, había mandado anunciar una visita a casa de Margarita; pero la joven que sabía lo que podía suceder si recibía a Eduardo, contestó a nombre de su mamita:

-Que estaba enferma la señora, que le dispensase de recibirle esa noche.

Eduardo al tener esta contestación de Margarita, creyó que ella estaba complotada con Salazar para evadir un encuentro.

El estado susceptible de Eduardo le hacía ver luz en la oscuridad; complot en un paso que juzgado sin prevención, nada ofrecía de singular. La visita quedó burlada por esa noche.

Eduardo resolvió dar un paso más avanzado para cerciorarse de la realidad de lo que había.

El calesero anunció que el señor Toz estaba a la puerta con el reo.

Eduardo mandó entonces que le llevaran a la cárcel, hasta segunda orden.

La calesa siguió su curso, y en pocos momentos más, Salazar se encontró en un calabozo oscuro, sin cama y muerto por el frío que producían las sombras eternas de las celdas.

Allí se le quitó la venda y se le dejó en medio de un silencio aterrante.

CAPITULO X

Conspiraciones que se forman entre dos enemigos para descubrir los milagros de una coqueta

La prisión de Salazar habíase sabido en la ciudad y causado bastante impresión, por el misterio que arrojaba la causa.

Margarita sintió este fracaso de su amante, pero se alegró al mismo tiempo, por verse libre de la entrevista que tanto temía.

Entre las personas que supieron esta noticia, el abate González fue una de ellas, quien se sorprendió, porque ignoraba las causas que la originaban y ningún antecedente había llegado a su conocimiento.

Al día siguiente de la prisión de Salazar, el abate, lleno de curiosidad, se fue a casa de Eduardo para cerciorarse de los hechos y tomar cuentas al Inquisidor de su misterioso proceder.

El abate encontró a Eduardo escribiendo en su pieza, y este, luego que lo hubo visto, se levantó algún tanto alterado para recibir al superior que en lo oculto le dirigía.

-¿Qué es lo que ha pasado anoche, querido amigo? -le interrogó el abate.

En la ciudad se ocupan de la prisión del señor Salazar.

¿Es verdad que ha sido conducido a la cárcel?

-Sí, señor abate -respondió Eduardo poniéndose encendido-, sí señor.

-¿Y cómo no me habíais dicho nada de que pensabais dar un paso tal? ¿Es que ya no merezco vuestra confianza?

El abate marcó esta palabra con un tono humilde e irónico.

-Señor abate, la razón porque he procedido así es peculiar, en nada interesa a la Compañía; es asunto puramente mío, por eso no os había dado parte.

-Tenéis razón -repuso el abate-, tenéis razón; vuestro interés parece que hubiese dejado de ser el mío. ¿No sabéis que os amo como a un hijo? extraño que me digáis que por ser un asunto peculiar vuestro, me debiera ser indiferente.

Eduardo se encontró turbado, bajó la vista, y sin tener qué contestar -dejó escapar algunas palabras que nada satisfacían.

-Estoy reconocido... pero el asunto es...

-¿Cuál es el asunto, querido Eduardo?

-Señor, me es imposible por ahora explicároslo porque sufro mucho; me sería hasta vergonzoso...

Eduardo enmudeció sin poder explicarse. El abate, sin apartar la vista del semblante de Eduardo, se convenció que aquella prisión sería la consecuencia de intrigas amorosas. Después de haber pensado un momento, dijo a Eduardo:

-Seguramente pasa por vos, amigo, algún acontecimiento raro.

Os noto apesadumbrado, triste y con la fisonomía alterada.

¿Qué dolor os aqueja? confiad en mí vuestros pesares; yo tengo experiencia, edad, soy amigo vuestro; ¿por qué no desahogáis el corazón siendo expresivo conmigo?

Yo os oiré, y quizás os salve de este estado en que estáis: mi cabeza está fresca, habladme, Eduardo. En la comunicación de los sentimientos se experimenta consuelo muchas veces, se alivia y se sana.

-Dispensadme, señor abate, prefiero gozarme en mi dolor.

-¿Pero qué dolor es ese -repuso el abate avivando el lenguaje-, qué dolor tan profundo que os abate al extremo en que os encontráis?

Tenéis dinero, honores, sois respetado y temido; ¿qué os falta?

Eduardo suspiró con amargura, y mirando al abate con firmeza:

-¿Qué me falta, me preguntáis? me falta la tranquilidad, la confianza en la mujer que adoro.

-¿Me habláis de Margarita? -preguntó el abate con la viveza del que ha comprendido todo en una palabra-; ¿me habláis de vuestra futura esposa?

-Sí, señor abate, de ella misma.

-¿Qué os ha hecho?

Eduardo temía comunicar lo ocurrido, no porque desconfiase del abate, sino porque temía encontrar apoyo a sus sospechas. Mas el abate le volvió a instar viendo que Eduardo enmudecía.

-Explicaos, amigo, que todo se allana hablando.

-Seré claro -le respondió Eduardo-, venciendo la indecisión de su espíritu.

-Así es preciso; ¿a qué guardar secretos conmigo que velo noche y día por vuestra felicidad?

Decídmelo todo, ya os oigo.

Eduardo puso sus dos manos sobre la mesa y el abate se recostó en la silla que ocupaba, cerrando los ojos, a fin de que el Inquisidor tuviese más franqueza.

Eduardo entonces contó al abate las escenas del día anterior y de la noche del sábado.

El abate oyó sin interrupción aquel relato, y luego que Eduardo hubo concluido, le preguntó:

-¿Y cómo pensáis descubrir la verdad de ese enredo?

-Por medio de Salazar.

-Pero Salazar confesará en el tormento todo lo que queráis, mas esa confesión que solo es aceptable para castigar a reos de otros crímenes, no os dará la verdad que buscáis.

-¿Y qué queréis que haga entonces, que suelte a ese joven?

-Por ahora no, pero se puede sacar de él mucho.

En la prisión donde está es fácil descubrir cuanto os interesa.

-Explicaos, señor abate.

-Decidme ante todo, querido Eduardo, ¿qué pensabais hacer con Salazar en la cárcel, y cuáles eran vuestros planes para salir de la duda en que estáis?

-Mi pensamiento era llevarlo conmigo a casa de Margarita, hacerle desmentirse a su presencia y luego castigarlo por la falta cometida contra el honor de mi futura esposa.

-¿Pero no creís que sería inoportuno ir a casa de Margarita? porque, ¿qué sacaríais en limpio? Salazar podía mentir, y con un engaño burlarse de vos.

¿Lo que os interesa es castigar a Salazar o saber si la joven es o no digna de ser vuestra esposa?

-Antes de todo, lo último.

Lo primero no es tan esencial, aun cuando lo considero inevitable.

-Pues bien, mi amigo, si procuráis cercioraros de la inocencia de Margarita, es necesario proceder de un modo muy diverso.

La entrevista no debe tener lugar en casa de la joven, ni del modo que lo habíais pensado.

La entrevista debe efectuarse en el Tribunal.

-¡En el Tribunal, decís! -repuso Eduardo sorprendido- ¡en el Tribunal! luego ¿es preciso que Margarita vaya presa también, o por lo menos que pierda ante el público obligándola a salir de su casa por la violencia?

-¿De qué os asustáis? -observó el abate con aire sereno y malicioso-; ¿qué importaría que Margarita asistiese a una conferencia, y enseguida volviese a su casa o a un convento si saliese criminal?

Y puesto que va a ser vuestra esposa, ¿qué importaría que el público creyese algo distinto, cuando vos recuperabais vuestra serenidad y más tarde todo se lavaría con las bendiciones?

Eduardo quedó pensativo sin contestar; parecía irresoluto, su semblante se mostraba indeciso.

El abate le observaba, y a fin de aprovechar aquella situación de espíritu, continuó:

-Acordaos, amigo, que el matrimonio es un lazo indisoluble.

Considerad que entre un infierno perpetuo o un malestar momentáneo, es aceptable lo último.

Eduardo oía estas palabras, y las sentía caer en su corazón como gotas de plomo derretido.

-Es necesario resolverse, amigo -prosiguió el abate con aire resuelto-, es necesario resolverse.

La sociedad no está tan trasparente que pueda ser vista de todos.

Las malas costumbres han pervertido el corazón de la mujer con la seducción y la mentira. Margarita puede ser inocente; pero también puede no serlo.

La irresolución de Salazar y su lenguaje respecto de ella, ¿quién sabe si tiene algo de verdad?

Yo respondo de las consecuencias, amigo; yo respondo de todo.

Eduardo se levantó de su asiento, con el semblante alterado, y dijo al abate:

-Está bien, vamos a tomar las medidas precisas que nos saquen de esta perplejidad.

El abate al obtener esta resolución del Inquisidor, se creyó triunfante.

Se interesaba en impedir ese matrimonio, y al conseguir que Eduardo se prestase a hacer un examen de la vida privada de Margarita, contaba con que había de resultar bajo un aspecto distinto de lo que Eduardo la creía.

El abate se acercó entonces más a Eduardo, y en voz baja le indicó un plan indagatorio que el Inquisidor aceptó.

-De ese modo tendremos un resultado claro -le dijo el abate concluyendo de indicarle algunas medidas.

-¿Entonces os parece oportuno que la entrevista sea dentro de dos días?

-Sí, mi amigo; el miércoles a las ocho de la noche.

-¿Estaréis conmigo?

-Cómo no, preparadme un traje propio para ser desconocido.

-Uno de los que usan los miembros del tribunal.

El abate salía de casa del Inquisidor y el padre y la madre de Salazar entraban enlutados, pidiendo audiencia por un momento.

Eduardo, sin saber quiénes eran, hizo entrar a estas dos personas a su salón de recibo.

La señora y el anciano al ver al Inquisidor, corrieron a echarse a sus pies derramando abundantes lágrimas.

Eduardo se quedó inmóvil al conocer a estas personas; las miró rápidamente y comprendió el objeto de la visita.

Eduardo las tomó de los brazos para levantarlas.

-¿Qué sucede? -les dijo-; levántense ustedes, díganme lo que significa esto.

Los ancianos ahogaban sus voces en sollozos.

-Venimos a pedir a nuestro hijo.

-Levántense, porque esa situación es incómoda para conversar.

Los ancianos se levantaron y fueron a sentarse en el sofá, enjugándose las lágrimas que derramaban.

-Ayer a las siete de la noche -dijo la señora-, mi único hijo Santiago ha sido llevado a la cárcel de la Inquisición. Hemos ido a preguntar por él y se nos ha contestado por el carcelero que nada sabe. Perdidas las esperanzas de saber de él, nos hemos venido donde Vuestra Señoría que debe tener noticias de nuestro hijo, ¿en dónde está? ¿qué delito ha cometido?

Eduardo tenía la barba pegada al pecho, pensando y oyendo lo que se le decía.

-¿En dónde está nuestro hijo, señor? -volvió a preguntarle la madre.

El Inquisidor levantó los ojos y aparentando ignorancia de lo que se le preguntaba:

-Nada sé, señora, de lo que me preguntáis. Estoy a oscuras de lo que me referís.

Eduardo seguía en este proceder las reglas de su ministerio, que consistían en hacer desaparecer las personas sin dar luz acerca de su suerte.

Así era que los que entraban a la cárcel, no volvían a aparecer las más veces ni en el sepulcro, ni en público.

Era una tumba abierta en el corazón de la sociedad.

Por eso, los padres de Salazar cargaban el luto desde la desaparición de su hijo.

Los padres al oír la contestación del Inquisidor, se quedaron abismados.

-¿Y quién sabrá entonces, señor -le dijeron-, el paradero de nuestro hijo?

-No podré satisfacer la curiosidad de ustedes -contestó Eduardo bajando la vista.

-¿Pero no es Vuestra Señoría el jefe del Santo Oficio?

-Es verdad que soy el jefe, pero el jefe no interviene en los procederes de los miembros del Tribunal.

Ellos pueden apresar sin mi orden, así es que no debe sorprenderles que yo ignore...

-Pero bien podríais, señor, averiguarlo para darnos un consuelo.

Haceos cargo que este hijo es un pedazo de nuestro corazón; que su desaparición nos causaría la muerte.

Indagad, señor, por lo que más queráis.

Eduardo lanzó un suspiro al oír estas palabras.

-Haré lo que pueda, señores -les contestó.

-¿Y quiénes son los otros miembros del Tribunal, para ir donde ellos a fin de saber algo de nuestro hijo?

-El juramento de la orden me prohíbe decirlo -respondió Eduardo.

-¡Qué desgracia! ¡qué desgracia! -exclamaron los ancianos.

No nos queda más esperanza que lo que el señor Inquisidor haga por nosotros.

-En quince días más, quizás sepa lo que me preguntáis -repuso Eduardo.

Los ancianos besaron las manos al Inquisidor, hicieron demostraciones de gratitud y se retiraron con la débil esperanza de saber algo en quince días.

Eduardo quedó solo y no pudo menos de enternecerse a vista de lo que acababa de pasar, y luego como despertando de un letargo:

-¡No! -dijo-, mi Dios me manda sacrificar.

Fuerza, Eduardo, fuerza para seguir adelante.

Pasó entonces a vestirse para ir a la sala del despacho.

CAPITULO XI

El secreto de las confesiones

El abate González volvió al convento radiante de alegría. La confesión que Eduardo le había hecho, le daba la llave de la investigación que tenía que hacer para desbaratar el matrimonio con Margarita.

Las sospechas que había acerca de la conducta de la novia le era fácil confirmarlas. Tenía en su mano el secreto de las familias.

Las habitaciones del abate encerraban el archivo de los secretos de la Orden.

La primera pieza estaba adornada con suma sencillez. Al frente de la puerta de entrada había un escaño de madera blanca. En una de las esquinas tenía una mesa con tallados. Dos estantes altos encerraban la biblioteca. Ocho sillas de vaqueta con brazos llenaban los claros que quedaban entre el escaño, la mesa y los estantes.

Pasando a la segunda habitación, la cosa variaba. Allí se encontraba un verdadero archivo de viejos manuscritos. En el centro de la pieza había una espaciosa mesa, cargada de papeles y cuadernos. Los costados de las paredes estaban cubiertos por alacenas con puertas y un inmenso escaparate cerrado con gruesas llaves. Frente a una ventana alta estaba un escritorio calculado para escribir de pie.

Dos sillones de vaqueta completaban el amueblado de esta pieza. Dominado el abate con la idea que le preocupaba, entró a su morada, se despojó del manto y del sombrero de teja, y enseguida pasó a la segunda habitación que acabamos de diseñar.

De uno de los cajones del escritorio sacó dos pesadas llaves y con ellas abrió el inmenso escaparate o armario.

Las puertas giraron sobre sus goznes y dejaron ver en el centro divisiones que separaban lóos de pergamino que tenían en el lomo marcas con letras diferentes.

El abate sacó uno de esos lóos que tenía la marca *Y*. Lo puso sobre el escritorio y comenzó a registrarlo.

Ese libro era el índice de lo que aquel armario contenía.

Dio vuelta algunas fojas y se detuvo en la letra *C*.

Siguió con detención hasta encontrar la palabra *confesiones*. Esta palabra contenía la siguiente anotación:

«Confesiones: véase el folio letra *S* doble».

El abate cerró con prolijidad el índice, lo ató con un cordel y lo volvió a colocar en su puesto. Enseguida tomó una silla y se subió para alcanzar el folio letra *SS*.

Luego que lo tuvo en sus manos volvió al escritorio a examinarlo. Este folio estaba también dividido por orden alfabético, conteniendo en cada letra el nombre correspondiente a la familia que tenía un director espiritual en la Compañía.

-*S* -dijo el abate-, aquí debe estar el nombre de la familia de Salazar.

Veamos quién es el confesor de la casa.

Siguió recorriendo con la vista, hasta que encontró los siguientes apuntes.

«Salazar, la familia de este noble tomó confesor de la Compañía en 1730.

Hasta 1738 lo fue el hermano Juan Antonio Pereyra. Por muerte de este fue reemplazado por el hermano Diego Espinosa, quien hasta hoy ejerce ese cargo».

El abate tomó un pedazo de papel y copió la partida.

Luego dio vuelta a algunas fojas hasta encontrar la letra *N.* que señalaba el apellido de la familia de Margarita.

Leyó y encontró otra partida en los siguientes términos:

«N. de B., familia ilustre.

»Se confiesa con religiosos de la Compañía desde 1702.

»El hermano Pedro Asencio fue el primero.

»Los sucesores de esta familia han continuado con los de la orden; en 1740 fue reemplazado Andrés Ortega, por el hermano Ignacio Alvarado, quien hasta ahora continúa siendo el director de la familia».

El abate copió la segunda partida al pie de la anterior, y cerrando enseguida el folio, lo volvió a colocar en el hueco que había dejado al sacarlo.

Cerró la puerta del armario y enseguida se fue a la pieza de recibo.

Llamó a un novicio y le dijo:

-Al hermano, Espinosa que le necesito.

El novicio salió en el acto con los brazos cruzados y la vista baja.

El hermano Espinosa vino al instante a la celda del abate González.

-Necesito, hermano -le dijo este al padre Espinosa que estaba con el semblante agachado y las manos puestas en estado de orar-; necesito el libro que lleváis de las familias que se confiesan con vos.

-Con el permiso de su paternidad -contestó Espinosa haciendo un saludo con la cabeza-, voy a traerlo.

El hermano salió y en un corto rato estuvo de vuelta con el libro que se le pedía.

Lo presentó al abate, y este en el instante encontró en la letra *S.* el nombre de la familia Salazar.

-Podéis retiraros, hermano, pronto os devolveré el libro.

El abate quedó solo, se puso a leer lo que había anotado bajo aquel nombre.

Pasó por alto lo que decía respecto a los padres de la familia, y luego se detuvo en lo que correspondía al hijo.

«Confesión del día 12 de agosto». «Confesión del día 4 de Setiembre». El abate leía, y volvía a continuar desmenuzando cada apuntación relativa al día que se indicaba.

«Confesión del día 1.º de junio», leyó el abate y continuó enseguida instruyéndose.

«No puede desprenderse de algunos billetes relativos a relaciones ilícitas con M. de N., los conserva en la cómoda de su pieza».

-Esta apuntación está repetida -dijo el abate-, en cuatro confesiones seguidas.

«Ha sorprendido escenas escandalosas a la señorita M. y no puede privarse de ir a las oraciones a la casa de la antedicha».

-Este es un calavera -continuó el abate-, que no se ha arrepentido. Es reincidente pecador.

El abate tomó nota de esta lectura y copió con exactitud el lugar donde estaban los billetes.

-Está bien -dijo.

Cerró el libro y mandó llamar al hermano Alvarado.

Vino este y luego que volvió con el libro de las confesiones, lo despachó hasta segunda orden.

El abate dio principio de nuevo al examen de las confesiones de Margarita. Leyó con detención lo que a ella correspondía y quedó abismado al conocer lo que era esa mujer.

-¡Oh! -dijo-, ¡ese es un demonio! El matrimonio no se efectuará ya...

Tomó enseguida la pluma y escribió los siguientes apuntes:

«Tiene 18 años. El 15 de febrero de 1744... siete de la tarde... Pedro Urcullo... C... 4 de julio del mismo...».

-Basta con esto -dijo el abate-, cerrando el libro y poniendo arenilla a lo que había escrito.

Con estos datos el triunfo es seguro.

El abate quedó pensativo con el dedo puesto en la frente, y enseguida volvió a abrir el libro y a registrar las partidas relativas a los sirvientes de la casa:

«La negra Rafaela confiesa -leyó-, que las reincidencias de sus culpas son inevitables por el halago de lo que le paga la niña M. Que para el sábado entrante, tenía que acompañarla a las ocho de la noche».

El abate se sonrió y apuntó esta cita denunciada por la sirvienta.

Se instruyó de algunos otros pormenores de las confesiones de las criadas, y devolvió a los hermanos confesores aquellos dos libros que formaban la historia privada de las devotas.

El abate, luego que se hubo desocupado de este trabajo, salió a pasearse por los corredores y a tomar un poco de sol.

Allí empleó un cuarto de hora mirando y observando de reojo a los hermanos de la compañía.

Entre otras órdenes, comunicó a tres de sus inferiores, la siguiente:

«El señor Inquisidor Mayor entregará a ustedes tres talegos con onzas que guardaréis en el lugar de los depósitos secretos.

Mañana volverán a ir, y les volverá a entregar igual suma.

Cuidado conque el público les vea o malicie que traen ese dinero.

Confío en la discreción de ustedes; esas cantidades se necesitan para la Iglesia que está escasa de recursos».

El abate se retiró a su celda y se recostó a descansar.

Los demás hermanos continuaron en el orden habitual, poniendo el oído uno al otro y hablando en voz baja.

El silencio era extraordinario.

Vivían en aquel convento doscientas y tantas personas entre hermanos y sirvientes, y al juzgar por lo que el oído y la vista percibían, se podía haber creído que la vida no se conocía allí; porque el hombre pasaba como una sombra, sin ser sentido en su andar ni oído en el hablar.

CAPITULO XII

Tentativa frustrada

Cuando el hombre recibe un golpe inesperado, el espíritu se preocupa de tal modo, que llega a olvidar los negocios de la vida.

No piensa en los medios de desvanecer la impresión; el pensamiento se detiene en ella, la examina, la recorre; la ve por todas sus faces mortificantes, mas no se acuerda que es necesario vencer ese estado, crearse nuevos encantos, nuevas esperanzas, nuevas ilusiones que reemplacen a las ya perdidas.

Eduardo atravesaba una de esas situaciones. Días antes se creía un ser feliz, porque creía haber encontrado la compañera que su ser reclamaba para no atravesar la existencia cual si fuera un habitante del desierto; una mujer para que llevase al hogar los gérmenes de la virtud y con ellos la tranquilidad que engendra y mantiene el amor de dos seres que se ligan para vivir felices. Ahora se consideraba todo lo contrario, porque las revelaciones de Salazar le habían dejado en la incertidumbre, sin saber si la futura esposa era o no la mujer que idealizaba su imaginación. Ese cambio violento en sus sentimientos le había extraviado, enceguecido. Por eso, lejos de haber procedido como hombre de honor, había caído en el abuso de su autoridad, encerrando a Salazar en un calabozo.

Su espíritu era absorto por la duda. Cuánta crueldad meditaba para saciar la hiel que amargaba su pensamiento, le parecía un acto justo y permitido.

La inquietud le abatía, y fuera de sí, había olvidado hasta su propio ministerio.

Atormentado por esas ideas, luego que los padres de Salazar le dejaron, se marchó al tribunal.

Bajó del coche, y al entrar, dijo al portero:

-No hay audiencia para nadie.

Entró enseguida a la sala del despacho, y llamando con una campanilla de plata al carcelero, le dio orden que trajese a Salazar con los ojos vendados.

Esta costumbre se observaba con todos los que comparecían a la sala, a fin de que no conociesen el interior de la cárcel, la distribución de los calabozos, ni nada de lo que podía verse en el tránsito de la prisión a la sala del despacho.

El carcelero se presentó en pocos momentos más, conduciendo de la mano a Salazar.

-Dejadlo aquí -le ordenó Eduardo-, y cuida que persona alguna se acerque hasta que llame con la campanilla.

El carcelero cerró la puerta secreta con cuidado, dejando a Salazar, sin ver aun nada, frente al dosel del Inquisidor.

Luego que estuvieron solos, Eduardo se levantó de la silla y quitó la venda a Salazar.

El joven respiró al ver la luz.

El Inquisidor estaba cubierto con un dominó negro de pies a cabeza.

-Sentaos -le dijo al reo.

Salazar estaba pálido, no sabía lo que se le esperaba.

Obedeció y se sentó como a seis varas del dosel.

El Inquisidor se levantó entonces, y le interrogó tomando un crucifijo en las manos:

-«Juráis, señor Santiago de Salazar, no decir nada de cuanto vieseis u oyereis en esta santa casa».

Salazar se hincó delante del Cristo y con acento apagado y humilde contestó:

-Sí, juro.

-«Si así no lo hicieseis -repuso el inquisidor-, Dios os lo demande».

Levantaos, señor de Salazar.

El joven volvió a sentarse.

El Inquisidor se cubrió con el dosel y en cuatro minutos volvió a abrirlo, presentándose en traje de particular.

Salazar lo miró con terror y rabia.

Eduardo le saludó con suma seriedad.

-Señor de Salazar -le dijo-, me presento a vos tal cual me presenté en vuestra casa.

El asunto que me obliga nuevamente a veros, es ajeno de mi ministerio, y si he procedido hasta este momento como lo he hecho, vos tenéis la culpa.

-Veo, señor -repuso Salazar-, que estáis en el traje con que fuisteis a verme, con el que me dijisteis que procederíais como hombre sin abusar del poder.

Yo, creyéndooos, esperé que en vez de una orden de prisión, me habríais mandado una esquela de desafío; pero me encuentro preso, muerto de frío, y sumergido en un calabozo, que seguramente será el arma con que acostumbráis tomar satisfacción.

Eduardo se mordió los labios de cólera y mirando a Salazar con fuerza, dio un golpe en la mesa, poniéndose de pie.

-Me tenéis sumamente incómodo -le contestó-, sumamente. No habéis creído, bastante el calumniar a Margarita, faltarme a vuestra palabra, sitio que aun me provocáis ofendiéndome personalmente.

¡Cuidado con abusar más de mí!

El Inquisidor se sentó con la mirada amenazante, lanzando una ojeada rápida sobre Salazar, que tenía el rostro encendido de furor.

-Yo no he faltado jamás a mi palabra, señor Inquisidor, jamás. No he faltado a la cita porque os escribí. Estoy en vuestro poder para que me martiricéis, pero no para que me deshonréis.

-¿Y qué esperabais, señor de Salazar, después de vuestro billete?

-O que os hubieseis resignado a silenciar la entrevista, o que nos hubiésemos batido.

-¿Batirnos? ¿y la duda? ¿cómo saber la verdad? ¿creáis que el honor de la mujer a quien amo quedaría a salvo y yo satisfecho sin la entrevista? Batirnos habría sido el paso que hubiese dado convencido que erais un calumniador; pero antes no.

-¿Con que antes no? -repuso Salazar, mirando a Eduardo con una sonrisa amarga- ¿antes no?

-No, señor, porque lo que yo quiero es convencerme de si Margarita es pura; calumniada por vos.

-¿Calumniada por mí? -dijo Salazar levantándose de la silla con impaciencia.

-Y si no lo es ¿por qué huís de la prueba?

Salazar se acordó de la palabra que había dado a Margarita, y palideciendo volvió a sentarse con desfallecimiento.

-Yo no digo que no la calumnio. Creed lo que queráis de ella.

Eduardo se irritó al comprender el nuevo misterio que arrojaban estas últimas palabras.

-¿Qué significa esa falta de claridad? ¿no me dijisteis que teníais pruebas que atestiguaban las faltas de Margarita?

-Lo dije.

-¿Y cómo decís ahora que la calumniáis y que no la calumniáis?

-No tengo que satisfacer a nadie; Margarita no pertenece a vos; si fuese vuestra esposa, lo comprendo.

Tanto derecho tengo para preguntaros como para responder. ¿Sois su padre, su tutor, su hermano?

-Nada de eso soy, pero va a ser mi esposa y esto es bastante.

-En el día no sois más que un amante, lo mismo que yo; nada más.

-¿Vos, señor, un amante lo mismo que yo?

¿Vos que la habéis acusado de corrompida, y yo que la he defendido y defiando su inocencia? ¿Vos que la entregáis con vuestra lengua a la deshonor, y yo que quiero salvarla de esas acriminaciones? ¿Vos no sois, señor de Salazar, más que un difamador, no un amante?

Salazar rompía con los dientes un pañuelo que tenía en las manos, vencido con las confesiones que había hecho al Inquisidor la noche del sábado. No hallaba qué contestar a tal recriminación.

La posición de Salazar era falsa, y al procurar defenderse, incurría en la falta que Eduardo le achacaba de difamador. No podía sostener la discusión a que le arrastraba el Inquisidor. Procurando salir de ella, asumió el papel de hombre ofendido para buscar en un lance la solución a su posición equívoca. Por eso repuso con resolución.

-Difamador, me decís, señor Inquisidor, porque el poder os autoriza para abusar de mí. Dadme libertad y repetid esas palabras.

El hombre de honor no injuria al débil, lo coloca en un puesto que le permita defenderse; es cobardía el hablarme así, cuando se está como yo me encuentro.

Eduardo perdió la calma al oír esta provocación sangrienta, y sin reflexionar se lanzó con los puños enristrados sobre Salazar, el cual se puso en estado de defensa conteniendo al agresor y obligándole a que respondiese al reto.

-¿Qué os figuráis, señor de Salazar? ¿creéis que esas palabras las habéis arrojado al aire? tengo sangre que derramar, para haceros ver que no soy un cobarde.

Salazar al ponerse en actitud defensiva, metió una de sus manos al pecho.

Eduardo se detuvo al frente del joven. Hizo rechinar los dientes de cólera, y solo por temor de dar un escándalo detuvo su impulso.

-Traed armas -le contestó Salazar-, y veremos cuál es el que tiene más honor.

¿De dónde sacáis, orgullo? ¿quién sois?

Estas ofensas del reo eran más que suficientes para precipitar a Eduardo. Se abalanzó y le dio una trompada.

Salazar sacó del pecho un puñal y se abalanzó sobre Eduardo. Le tiró una puñalada al corazón y el brazo débil del joven fue contenido por el brazo robusto del Inquisidor. Lo tomó de la muñeca y lo desarmó.

-¡Asesino! -le gritó Eduardo.

Salazar quedó mustio.

-Sois un asesino -volvió a repetirle Eduardo.

Eduardo se retiró a su asiento mirando con aire risueño y significativo al joven, que no levantaba la cabeza del pecho.

Hubo un largo momento de silencio; la reflexión había sucedido a la exaltación de la cólera.

Eduardo tomó el puñal y lo colocó sobre la mesa.

Salazar estaba silencioso, con la vista gacha; apenas se atrevía a moverse del asiento.

Acababa de hacerse reo de homicidio, sin asesinar; un delito tal, le ponía en manos de Eduardo sin defensa.

Eduardo levantó la cabeza con una palidez mortal, miró al joven detenidamente, y con un tono tranquilo interrumpió aquel silencio.

-Bien podría en el acto haceros matar, pero no quiero vengarme por las injurias hechas a mi persona, el asunto que me trajo a veros no fue para reñir; olvidemos lo que acaba de pasar y contestadme a lo que deseo saber:

¿Es criminal Margarita?

El joven respiró al oír estas palabras de olvido y generosidad.

Levantó sus ojos y miró al Inquisidor que revelaba suma tristeza en el semblante.

-Dispensadme, señor -contestó Salazar-; mi situación respecto de Margarita es excepcional. Nada puedo decir de ella, quizá sufro más que vos en estos momentos, pero nada puedo decir.

-¿Y a qué entonces me prometisteis?...

-Es verdad que os prometí, pero las circunstancias han variado.

-¿Cómo han de haber variado las circunstancias, cuando no hemos tenido la entrevista ni sabéis si Margarita os ha acusado?

-Margarita no me ha acusado, señor, estoy seguro de ello.

-¿Quién os lo ha dicho?

-Lo sé.

El Inquisidor se sorprendió al oír esa confesión del joven que revelaba un mundo de nuevas sospechas.

-Entonces ¿os habéis visto con Margarita?

Salazar se aturdió al verse descubierto, habiendo revelado un secreto sin previsión.

-No digo tal cosa, repuso el joven.

-¿Pues que me decís entonces? no os comprendo.

-Nada puedo decir, ya os lo he dicho, nada.

-¡Este es un misterio infernal! -exclamó Eduardo-; un misterio que me hace perder la razón en cavilaciones profundas.

Eduardo se levantó del asiento y comenzó a pasearse con los ojos fijos en el suelo. De repente se detuvo delante de Salazar y con aire melancólico dijo al joven:

-¿Que interés tenéis en hacerme sufrir? ¿no veis que la gran pasión que tengo por Margarita, el amor que por ella siento es el que me ha colocado en esta situación? ¿que sacaría con mataros en un duelo? ¿quedaría por eso menos inquieto?

Decidme la verdad de todo, y en el acto cesará vuestra prisión.

Dadme una prueba de que es culpable y os seré agradecido; decidme que la calumniáis y entonces nos romperemos los cascos. Vos sois joven, roláis en el mundo, podéis haceros de otro amor; pero yo no, porque odio a la sociedad, el único bien a que aspiro es el unirme a esa joven.

Sacadme de la duda.

Eduardo habló con tal unción y acompañó estas palabras en un acento tan triste, que Salazar pareció conmovido; casi se resolvió a decir la verdad.

-Yo podría renunciar a Margarita -contestó-, si ella renunciase a mí; pero antes es imposible que os satisfaga como lo deseáis.

Probadme, señor, que Margarita os ama y entonces será otro mi proceder; pero antes no, porque estoy resuelto a no faltar a mi palabra dada.

-¿Entonces no creís lo que os dije?

Margarita me ha dicho que os aborrece y que de nadie será sino mía.

-Lo propio me ha asegurado respecto de vos, y lo propio me ha jurado respecto al amor que dice tenerme.

-¿Entonces los dos no somos más que rivales?

-Por lo que veo, nada más.

-¿Y por qué la acusasteis de criminal amándola? ¿cómo podéis amarla injuriando su reputación?

-Porque creí que me traicionaba, y el despecho me hizo olvidar las consideraciones que era de mi deber guardarle.

-¿Me queréis decir que por despecho hablasteis lo que no era?

-En este momento no acuso ni vindico. Os he dicho que aun no es tiempo de saber esto

Eduardo se mordió los labios de cólera al verse detenido en su indagación.

-Nada comprendo -dijo Eduardo-, nada; solo saco una verdad en limpio, triste por cierto: de que habláis mal de la mujer cuando no os corresponde; de que el honor de ella os sirve de juguete cuando dudáis de su corazón; de que la mujer no es para vos una persona de respeto y de consideración, sino un juguete que ensalzáis cuando la creís vuestra, y la degradáis cuando otro os despoja de ese corazón.

No podéis amar con tales principios, con tal educación, porque os falta la idea de la pureza que idealiza, la concentración que eleva.

La mujer no es, señor, ese estropajo de la prostitución, ni el blanco de desahogos envenenados.

La mujer es un bálsamo derramado por la Providencia en este mundo de dolores: es la escala que nos conduce a la adoración de Dios.

¿La habéis concebido como yo, señor de Salazar? estoy seguro que no, porque entonces no habríais hablado así de Margarita.

Salazar estaba dominado por sentimientos distintos a los de Eduardo; amaba a Margarita, para el placer; estaba adormecido por los goces sensuales; no sentía el amor que nace del alma, viste las formas de algo que lo espiritualiza en la concepción de lo bello y lo diviniza a medida que la imaginación recibe los rayos abrasadores del sentimiento apasionado.

Salazar, más claro, tenía la idea que la juventud galante tiene de la mujer: la concebía un ser voluble, atendible en tanto cuanto podía servir para darle goces.

-Estáis equivocado, señor Eduardo -contestó este-, muy equivocado al creer que la mujer es cual vos la comprendéis.

Entre nosotros no es otra cosa que lo que es en los pueblos orientales.

Nacida para regenerar la humanidad por el amor, no sirve sino para anarquizarla y extraviarla. No tiene idea del deber ni de su misión.

Ese ángel que creéis lanzado para embalsamar la vida, apenas conserva una chispa de la divinidad.

Sois muy novicio, señor Eduardo, en el mundo; por eso tomáis tan a pecho el amor de Margarita.

Id al corazón de la sociedad, y entonces veréis lo que es la juventud: justiciera con la reputación de la mujer, revela sus faltas íntimas porque sabe que no tiene a consecuencia con ellas. Al que ama hoy lo burla mañana. ¿Para qué abrigar ilusiones por el vicio?

-Y si eso es así -le interrumpió Eduardo-, ¿quién tiene la culpa sino vosotros mismos que derramáis la seducción en cuanto corazón os presta oídos? Eso que me decís, disculpa a la mujer lejos de acriminarla.

-Nosotros no derramamos la seducción, estáis engañado -le observó Salazar.

Desde el seno de la maternidad, ella es educada para la vida material.

Las alas de la virginidad le han sido cortadas en los primeros pasos de la vida.

Desde que nace la mujer, no tiene otros ejemplos que los del escándalo. Se le acostumbra a amar el lujo, a fingir sentimientos, a dar preferencia al oro como elemento esencial de la existencia; y formada así, su conciencia se manifiesta en la sociedad tal cual la han formado.

Su espíritu nadie cuida de educarlo, por eso es esencialmente ignorante y frívolo. Sin darse cuenta del mundo, vivo en él esclavizada de las preocupaciones y de las estúpidas rivalidades que surgen con el roce social.

Para encontrar aceptación en la mujer, nosotros tenemos que acomodarnos a sus gustos, a su educación, a sus exigencias; y como ella es frívola, tenemos que tratarla con frivolidad, como ella es ansiosa de elogios, tenemos que enamorarla, y como ella es en fin, sensualista, material en sus aspiraciones, tenemos que emplear el lenguaje de la seducción porque es el que más le agrada, el que más la atrae, el que más la esclaviza.

Eduardo miraba con detención a Salazar; no quería creer lo que oía; se admiraba de la profanación que se hacía del respeto a la debilidad.

-Eso me explica, señor -le dijo Eduardo-, que la sociedad está mal encaminada; pero jamás que la mujer sea lo que creáis, una esclava de serrallo.

Ella no procura otra cosa que agradar al hombre. Su ambición es formar una familia. Inocente en sus albores, es presa del amor. El hombre la educa infundiéndole sus sentimientos, y ella se dobliga a las exigencias del que ama. ¿Por qué entonces no la dirigís al bien...? No la dirigís, porque vuestros deseos morirían, tendríais que ser lo que no habéis columbrado aun, hombres morales, hombres abnegados para salvar de la corrupción a la virtud. La corrupción no viene de la mujer, vosotros la lleváis al corazón de las madres y de las familias. Esta es la verdad. Reformaos primero, y la mujer también se reformará. Reformaos y sabréis lo que es el honor de la mujer, que es el vuestro, el de vuestros padres, el de la sociedad entera. Reformaos y entonces comprenderéis mi situación. Pero dejemos esta disertación y ocupémonos de lo que nos interesa más. ¿Qué resolvéis respecto de mi situación?

-Nada puedo resolver.

-¿Que pensáis hacer entonces de mi quietud?

-Ya lo he dicho. Necesito una prueba de que Margarita os ama.

-¿No creís en mi palabra?

-El mismo derecho tengo yo para que creáis en la mía.

Eduardo se puso a meditar.

-Esto no tiene remedio, será preciso hacer lo que el abate me aconsejó. Hágase la voluntad de Dios.

Luego se dirigió a Salazar y le dijo:

-Supuesto que nada confesáis, es menester continuéis preso.

-¿Y hasta cuándo? -repuso Salazar impresionado de tristeza.

-Hasta algunos días más.

-Pero colocadme en un lugar mejor al calabozo en que me encuentro, en un lugar en el que pueda ver luz, tener cama, alimentos.

-Está bien.

Eduardo volvió a tomar el dominó negro, ató los ojos a Salazar y tocó enseguida la campanilla.

El carcelero compareció por la puerta secreta, y sin proferir una palabra esperó la orden del Inquisidor.

-Colocad a ese hombre en la pieza de los convertidos.

El carcelero condujo a Salazar a una pieza aseada, con una alta ventana que le daba luz y allí le quitó la venda.

-Se me trata con consideración -dijo Salazar, al ver su nuevo alojamiento.

CAPITULO XIII

Dos amantes que se reconocen

Eduardo había procurado en la entrevista a que asistimos en el capítulo anterior, evitar la comparecencia de Margarita al Tribunal, pero la conducta de Salazar había hecho fracasar su intento.

El abate triunfaba en sus planes.

Para que tuviese lugar la comparecencia de Margarita, faltaban algunos días, y en este intervalo tenían lugar acontecimientos de alguna importancia, tanto en la casa de Magdalena cuanto en el Tribunal de la Inquisición.

Nos detendremos en ellos según el orden en que se desarrollan.

El salón de recibo de Magdalena reunía por las noches a algunos individuos que gozaban con el trato de Rodolfo y del de su bella esposa. La juventud, aun cuando no tuviese esperanzas de obtener de Magdalena favores especiales, asistía alternativamente allí, porque era de buen tono la amistad de un noble europeo y de la mujer que descollaba por la hermosura.

El salón estaba adornado con sencillez, pero con esa elegancia que revela el buen gusto de la dueña de casa.

Magdalena regularmente estaba rodeada de visitas que formaban, su círculo, y Rodolfo se entretenía en otro círculo que gustaba de él.

Los jóvenes por lo regular iban allí por corto rato, a causa de la necesidad que tenían de darse tiempo para visitar a las personas que amaban.

Magdalena se sentaba en el centro de un sofá color verde, y los tertulios colocaban sus asientos alrededor de Magdalena.

La sociedad criticaba este sistema de vida, acusándola de demasiado libre, al sentarse cerca de los hombres; pero ella había despreciado la crítica por creerla infundada y nacida de la ignorancia.

Al siguiente día de la función de toros, que hemos referido, es decir, el lunes por la noche, Magdalena estaba como de costumbre, llenando los deberes de etiqueta con las personas que frecuentaban su casa.

El público no ofrecía variedad en sus actos: la vida uniforme y escasa de acontecimientos, ponía en apuros a los visitantes por el poco material que encontraban para sostener una conversación.

Cuando la juventud no es ilustrada, sus conversaciones no pasan de disertaciones vacías y frívolas.

Se acercan al lado de una persona y luego que le espetan ese raudal de voces que son el catecismo de la galantería, el individuo se encuentra detenido sin saber qué decir.

En tales casos acontece, o que la conversación rueda sobre murmuraciones algún extraño, y entonces la fecundidad del ingenio es inagotable, o pasa a la narración de noticias en que la imaginación es reemplazada por la memoria.

Los que se ocupan de amar y se encuentran correspondidos, tienen la superioridad sobre los demás hombres, de ser incansables, para hablar noches de noches con la persona que se despoja de la hipocresía y se reviste de franqueza.

Aun cuando los asuntos de que se ocupen no pasen de reconvenciones y cuentos, o de celos y quejas, ellos se creen felices; porque el tiempo no lo sienten y la ocupación que de él hacen, les es satisfactoria.

Así era que la juventud que frecuentaba la casa de Margarita se encontraba muchas veces reducida a oír lo que hablaban los dueños de la casa y a hablar poco.

Un acontecimiento cualquiera era un punto disputado para narrarlo de preferencia.

Los jóvenes llegaban, y a merced que entraban su primer cuidado era preguntar si sabían tal o cual acontecimiento que acababa de pasar.

El primero lograba producir el efecto de la novedad, pero los posteriores no hacían más que producir el efecto odioso de una repetición.

Las cabezas vacías descubrían en un cuarto de hora todo el caudal de que estaban provistas.

Por lo que hemos dicho, la cuestión del día anterior era un precioso asunto que irremediamente debía ser el grande asunto a tratarse en los salones la noche del lunes.

Magdalena había asistido a los toros por primera vez en Lima, porque aquella era también la primera función de temporada que se había dado desde la llegada de la fragata San Fermín.

Estaba rodeada, como dijimos, de algunas personas que acababan de entrar.

Vestida con un traje celeste, la serenidad de su mirar infundía a la par de amor, respeto.

Afable con todos, su fisonomía graciosa y sentimental, revestía esa sonrisa que revela el agrado de una buena educación.

La dignidad natural de Magdalena impedía los avances de la juventud galante.

-¿Ayer se habrán divertido ustedes bastante? -les interrogó Magdalena a los tertulios.

Los jóvenes se movieron a un tiempo en sus asientos, y como tocados por un agente eléctrico, contestaron casi a una voz

-Sí, señora.

El joven Álvaro de Pinela, algún tanto más despierto que los otros, retornó la pregunta sin dar tiempo a sus amigos a que hablasen.

-Tuvimos el placer de divisar a usted en una de las galerías; ¿le agradó a usted la función? aunque tal vez habrá visto otras mejores en Europa.

-En mi país no se conocen estas funciones, señor; pero en Madrid las vi una vez.

Nunca las he podido presenciar por completo.

-La falta de costumbre, señora -observó el señor de Aliaga-, tal vez le prive de gozar en la lucha de una fiera con la destreza del hombre.

-Puede ser que eso sea -repuso Magdalena-; pero lo cierto es que en esas luchas se derrama sangre.

El espectáculo de la muerte nunca puede presenciarse con agrado; quizá la falta de costumbre...

-Nosotros -agregó Pineda-, no perdemos un solo movimiento de los que acontecen en el combate.

Allí se ve la habilidad del torero que burla la furia del animal; el arrojo del que se le presenta y lo mata dando la estocada con firmeza.

Hay mil lances, señora, que necesitan explicación al paso que suceden, para gozar de ellos.

Rodolfo se acercaba en estos momentos al círculo de la conversación, y al oír las palabras de Pineda, tomó parte en la discusión con un tono tranquilo y agradable:

-Desde muy joven he visto toros en mi país; pero nunca he podido soportar esa costumbre, porque dígame lo que quiera, aquel es un espectáculo de sangre y ferocidad, que hace contraer malos hábitos.

-Estamos encontrados en opiniones -le repuso Pineda-, pues lejos de hacer contraer malos hábitos, educa al hombre a ser fuerte y valiente.

-Ese es un error, señor Pineda -contestó Rodolfo-, que me dispensaréis lo demuestre por ser general aquí y en mi propia patria.

Las luchas -continuó después de una ligera pausa- que tenían lugar en la edad media, los torneos, sin embargo de que allí se manifestaba el valor de los caballeros y la destreza en el manejo de la lanza y del caballo, fueron condenados por la civilización, atendiendo a los odios y ferocidad que despertaban entre los hombres.

Y a la verdad ¿qué beneficio resultaba de que uno derribase a otro? ¿qué causa o principio triunfaba? ¿qué bien reportaba el vencedor o el público? ninguno.

Se rompían lanzas en los encuentros, y al abrir las celadas se encontraban cadáveres. El público aplaudía; ¿pero qué? la mayor fuerza o destreza del vencedor.

En los tiempos antiguos había luchas de fieras con hombres, y el público asistía a ver desgarrar las entrañas de los que caían bajo las dentadas del tigre o los colmillos de la pantera.

Los romanos se extasiaban en esos combates que en el Coliseo se veían. Tito inauguró esos espectáculos haciendo perecer a veinte mil prisioneros en una temporada de luchas.

Las víctimas desaparecían en las bocas de las fieras; el pueblo se divertía en aquellos espectáculos ¿pero qué sacaban de tales juegos? la habitud de presenciar el triunfo del tigre sobre el hombre, el triunfo de la ferocidad sobre el sentimiento humano. Esa escuela presentaba, sin embargo, la abnegación del combatiente; había virilidad a pesar de ser un cuadro de barbarie; pero en los toros ¿qué encontráis, señores? nada más que una parodia ridícula de aquellos tiempos; un abuso de la sagacidad del hombre que asesina al animal engañándolo.

El pueblo se habitúa a ver correr la sangre del bruto indefenso que se postra ante la estocada del diestro toreador.

Eso no puede ser aceptable, porque marca la degeneración de los pueblos. Mientras Roma fue virtuosa, no se conocieron los espectáculos de sangre. A medida que fue corrompiéndose, entregándose al despotismo de los emperadores, los teatros no presentaban atractivo. Los ejercicios ecuestres, los juegos viriles que fortalecían el cuerpo y vigorizaban la raza, fueron sustituidos por los goces enervantes; y cuando el espíritu se agotaba en ellos, inventó los espectáculos sangrientos para producir impresión en la degradación. Comenzaron por los combates de gladiadores en los que los hombres se ultimaban en lucha a presencia de un pueblo que aplaudía al vencedor y victoreaba al que sucumbía y sabía caer en actitud artística. Después esto fue insuficiente. Se inventó la lucha a muerte de las fieras con los hombres, para gozarse en el descuartizamiento de los infelices entregados al suplicio, que divertía a los romanos degenerados.

-Pero no hay duda, señor -observó a Rodolfo Pineda-, que esa sangre fortifica y aumenta el valor.

-No lo creo, señor, porque el valor no nace de una educación sangrienta.

El valor le encontraréis en el hombre culto, más bien que en el habituado a ver sangre.

El honor y el valor marchan por lo regular unidos.

Pineda se encontró algo embarazado, y a fin de no darse por vencido, continuó repitiendo, bajo diferentes formas, sus argumentos.

Los demás permanecían atentos a la discusión.

En esto se presentó el señor Inquisidor Mayor acompañado del prepósito González.

El Inquisidor, vestido de gala, se adelantó con el abate a tomar asiento en el círculo de tertulios.

La conversación fue interrumpida.

Los jóvenes aprovecharon la ocasión para comenzar a despedirse, y en un cuarto de hora más el salón se encontró con Magdalena, Rodolfo, el abate, Eduardo y el presidente de la Real Audiencia, que se hallaba entre los visitantes.

-Contrariando las reglas de mi orden -dijo el abate-; he venido por cumplir con ustedes acompañando al señor Eduardo.

Se refería a la visita que había ofrecido días antes.

-Agradecemos su fineza -le contestó Magdalena haciendo una cortesía-. Gracias a esta circunstancia, es que tenemos la honra de ver a usted en casa.

El Inquisidor dio las gracias con la cabeza, sonriéndose con delicadeza.

-Extrañábamos -dijo Rodolfo-, que el señor Inquisidor Mayor hubiese abandonado nuestra amistad.

Creo que hará dos meses que se sirvió usted visitarnos.

-Permanezco retirado de la sociedad -le contestó Eduardo-, y no debe extrañarle a usted mi falta de cortesía al no haber frecuentado una sociedad de tan amables personas.

Magdalena que miraba a Eduardo con esa simpatía que involuntariamente producen ciertas fisonomías al verlas por la primera vez, fijó más su atención al escuchar la voz de Eduardo.

Era también la primera vez que la oía desde su llegada, porque en la visita de salutación, Rodolfo le había recibido y ocupádole el tiempo en conversar individualmente.

-Agradecemos sus finezas, repuso Magdalena.

Hubo un momento de silencio, el silencio que precede siempre a la introducción de una conversación después de los cumplidos vagos de la etiqueta.

-Hablábamos ahora poco con los señores que acaban de salir -interrumpió Rodolfo-, sobre las costumbres que gozan con los espectáculos sangrientos.

Eduardo levantó la cabeza creyendo que iba a hacerse alusión al cargo que desempeñaba.

Rodolfo comprendió aquel movimiento y añadió con prontitud:

-Nos referíamos a la función de toros.

Eduardo volvió a su estado normal de concentración.

-Seguramente -observó el abate-, la juventud opinaría aprobando esa costumbre.

-Se ve que usted conoce a su pueblo, contestó Magdalena.

-¡Y qué diría esta sociedad si viese una de esas corridas de Madrid! -exclamó el abate.

-Se extasiaría, se enloquecería -respondió Eduardo con entusiasmo.

Allí se sabe matar al animal sin martirizarlo.

Magdalena sentía que por grados crecía su distinción por Eduardo.

Le pareció que en sus ojos había divisado la expresión de ojos que no le eran desconocidos.

Eduardo, por su parte, respondía en su interior a las mismas impresiones que Magdalena sentía, y como despertando en sus recuerdos, volvió a mirarla con fijeza.

La vista de los dos se encontró y cada uno la bajó involuntariamente.

El abate observaba todo esto, y al notar aquella impresión que atravesó por el semblante de Magdalena y del de Eduardo, comprendió que era tiempo de procurarles la ocasión para que se explicasen.

Con esta idea se paró del asiento y arrastró a Rodolfo y al presidente de la Real Audiencia hacia la pieza inmediata con el pretexto de fumar un cigarro.

Eduardo se encontró a solas con Magdalena.

Un sudor frío corrió por su frente.

Magdalena, dominada por la incertidumbre, creyéndose presa de un sueño, se mantuvo serena y como quien procura desechar una idea grata a la vez que dolorosa.

Hubo un momento de silencio producido por el recuerdo del uno y la duda del otro.

-El señor abate -interrumpió Magdalena con timidez-, nos dijo días pasados que usted era español.

Eduardo al sentir la voz de Magdalena, a solas, volvió a estremecerse.

-Sí, señora, soy montañés.

-Su fisonomía lo dice bien; si no hubiese perecido don Víctor Martínez, o ignorase el nombre de usted, lo creería hermano de aquel amigo.

-¿Me parezco al señor Martínez, señora? -interrogó Eduardo con una expresión de dolor tal, que impregnó a Magdalena de ese mismo espíritu.

-Sí, señor, mucho.

Eduardo se detuvo algún tanto; comprendió quién era aquella mujer.

Ella solo podía haber dado con su nombre.

-Y permítame, señora, el decirle, que al ver a usted he creído ver también a un ángel que hasta hoy llevo grabado en mi corazón.

-No es extraño que usted recuerde en mí a alguna persona de su país. Las mujeres ofrecemos con frecuencia semejanzas.

-Es que no es semejanza solo la que encuentro. Es algo más. Creo no equivocarme al decir a usted que la he visto en Nápoles, la he conocido allí.

Magdalena fijó sus ojos en Eduardo con una profundidad tal, que parecía querer arrancarle del alma el secreto de sus recuerdos. La vista del uno reflejó en la del otro la convicción que Magdalena buscaba. Sin proferir una palabra, el corazón les recordó un pasado de amores.

-¿Es usted Magdalena -exclamó Eduardo-, la mujer que Dios me había deparado?

-¡Y usted Víctor!... -repuso Magdalena, extendiendo la mano para estrechar la del amante de sus primeros años.

Eduardo estrechó aquella mano con efusión, llegando a imprimirle un beso ardiente y apasionado.

Magdalena reflexionó en aquel momento, y retirando su mano se limitó a observarle con la dignidad de una mujer que se respeta:

-Recordad que soy esposa.

Eduardo obedeció, conteniendo la efusión de su alma, que en aquel momento sentía revivir la primera pasión de su vida. Pasado un corto intervalo de silencio, Magdalena lo interrumpió diciendo:

-Me habíais dicho que habíais muerto. Por eso he tardado en reconocerlos y por eso la sorpresa que he experimentado al salir de mi engaño.

-¿Es debido seguramente -le interrogó Eduardo-, a esa creencia que os casasteis con Rodolfo?

-Indudablemente -contestó Magdalena.

Me dijeron que aquel artista, a quien había prometido mi mano, había perecido en una navegación a Inglaterra.

Vuestra desaparición fue tan repentina y la causa que la motivó tan grave, que desde aquel entonces tuve que resignarme a borrar de mi corazón las huellas del amor que os tenía.

Mis padres lograron prosperar, y Rodolfo que me conoció, me pidió para esposa.

Al principio me resistí por el recuerdo que conservaba de Víctor; pero Rodolfo consiguió ganar mi corazón y exenta de otras afecciones, le amé y fui suya.

Rodolfo vino a reemplazaros. Le pertenezco de corazón, y aun cuando os he vuelto a encontrar, espero que no volveréis a recordar un pasado muerto. Os considero un buen y leal amigo de mi marido.

Eduardo escuchaba sin salir aun del aturdimiento en que se encontraba su espíritu; no podía convencerse que aquella mujer era la persona que en su primera edad había amado tanto.

La miraba y la oía, pero sin acertar o comprender el abismo que le separaba de Magdalena.

-¿Y quién pudo, amiga, informaros que yo había muerto? -le interrogó.

-La voz pública, Eduardo.

-¡Tenéis razón! -exclamó- ¡tenéis razón! Esa voz fue esparcida de intento por mis protectores, al mandarme a América.

-¿Y cómo vinisteis a estos mundos? -le preguntó Magdalena-, ¿cómo es que estáis en tan alto puesto? Estoy llena de curiosidad, porque no sé si es un sueño lo que por mí pasa o una realidad lo que veo.

Eduardo suspiró.

-Nada es extraño en este mundo -le contestó-, nada.

El artista Víctor Martínez le encontráis ahora llamándose Eduardo Ramírez y ennoblecido con el título de Inquisidor Mayor.

Aquel artista que vivía trabajando con tenacidad en su taller, lo veis ahora de gran señor, con escudo de armas y poderoso.

Aquel débil hombre que nada podía, que pasaba desapercibido en medio de esa gran población de Nápoles, le encontráis ahora figurando por su posición y poder.

¿No es verdad que esto parece un verdadero sueño?

-¡Es asombroso! -repuso Magdalena- ¡asombroso! ¿Y por qué tal transformación? Espero que una amiga como yo, pueda merecer vuestra confianza.

-Sin duda alguna, Magdalena. Sea cual se sea vuestra posición, siempre mereceréis mi confianza.

Vos sabéis quién soy, nada importa que sepáis lo demás.

Eduardo iba a comenzar la narración de lo que le había sucedido, cuando se dejaron sentir las voces de las tres personas que habían pasado a fumar a la sala inmediata y que volvían al salón de recibo. Esta circunstancia obligó a Eduardo a decir a Magdalena:

-Ahora es imposible... otro día os lo diré todo.

Que nadie sepa una palabra.

El abate al acercarse conoció en el semblante de los amantes de otra época que se habían reconocido.

Rodolfo notó alguna alteración en Magdalena, pero no le causó extrañeza.

-¿Usted se habrá distraído -preguntó el abate a Magdalena-, recordando sus países con el señor Eduardo?

-Sí, señor, le he oído con agrado.

El señor Eduardo había viajado por Nápoles, y he tenido sumo gusto en encontrarle, tanto más que era un amigo de mis padres.

-Cuánto gusto tengo -agregó Rodolfo-, en tener por acá un amigo de los padres de Magdalena.

-Para mí ha sido lo mismo, señores -repuso Eduardo con desembarazo.

-Tenía usted razón, señora, en querer saber quién era el señor Inquisidor Mayor -le observó el abate, con ese modo delicado que envuelve un recuerdo galante y malicioso.

Magdalena se ruborizó, porque creyó que el abate aludía a sus pasadas relaciones, que aun cuando eran la expresión de un amor sano y laudable, no por eso dejaba de ser su recuerdo molesto y nada propio a la situación en que ella se encontraba.

-Era natural mi curiosidad, señor abate -repuso Magdalena.

-Sin duda alguna -agregó Rodolfo.

Se conversó un momento más, hasta que las campanas de la Catedral tocaron las nueve.

El abate se levantó, y Eduardo le siguió, despidiéndose.

-Esperamos que usted tendrá la bondad de frecuentar nuestra casa -le dijo Rodolfo a Eduardo, al darle la mano de despedida.

-Sí, señor, tendré sumo placer en ello.

El presidente de los vocales, fue el último que dejó la casa.

-¿Con que hemos encontrado un amigo de tus padres? -preguntó Rodolfo a Magdalena.

-Sí, Rodolfo.

Pronto te hablaré de él, porque es un hombre muy bueno.

Magdalena se levantó del sofá, y se retiró con Rodolfo a la pieza de dormir.

La luz le incomodaba a Magdalena porque temía que el esposo se apercibiera de su emoción al hablar de Eduardo.

-El Inquisidor Mayor, querido Rodolfo -le dijo ella-, era un artista ahora tres años. Tenía su taller cerca de casa, nos visitaba muy a menudo.

Mis padres le apreciaban porque era moderado, trabajador y honrado.

Desde aquella fecha desapareció de Nápoles, y según decían todos, había muerto. Él no quiere que se sepa esto, quizás le avergonzaría por la posición en que se encuentra.

-¿Pero debe hallarse muy contento por el cambio que ha hecho?

-Así parece.

Él me iba a contar cómo ha sucedido este cambio de posición que no acierto a explicarme, pero temía el hacerlo a presencia de ustedes.

En otra ocasión ha quedado de satisfacerme la curiosidad.

-Tendremos el gusto de oírle.

-No sé si lo haga en presencia tuya, porque le sentí ruborizado al creer que ustedes podían haberle oído. Si él lo permite, te avisaré cuando venga.

-Bien, hija mía. Hazle ver que tengo simpatías por él, y que no se oculte de mí desde que mereces su confianza. Eduardo me parece un hombre formal y de juicio; desearía tenerle por amigo.

Magdalena aceptó la manifestación de Rodolfo, con ese agrado que hace envidiable la vida del matrimonio.

Se amaban, tenía el uno confianza en el otro. La sospecha de una deslealtad no asomaba a la imaginación de los esposos. ¿Por qué no ser verdaderos en la expresión de sus impresiones?

La visita del Inquisidor no dejaba en el espíritu del marido sino sentimientos benévolos hacia su persona. En el de la esposa quedaba algo de incierto que no definía su pensamiento, que le hacía desear la presencia del que acababa de salir, sea por la curiosidad de conocer la vida de un hombre a quien amó, sea porque ese amor no había dejado enfriar aun sus recuerdos gratos.

Para el abate y Eduardo, otras habían sido las impresiones recibidas.

CAPITULO XIV

Conspiración contra la felicidad conyugal

El abate había comprendido el efecto producido por la entrevista de Eduardo con Magdalena, y a fin de cerciorarse hasta qué grado había llegado ese efecto, acompañó al Inquisidor a su casa, luego que salieron de la de Rodolfo.

No quiso distraerle en la travesía del pensamiento que absorbía su atención; se reservaba para el momento en que estuviese en el hogar, para abrir allí el fuego de sus baterías investigadoras.

-¿Qué tal os ha parecido Magdalena? -le preguntó.

-No creía haber tenido tan feliz encuentro.

La conocía ya, y ahora que la encuentro casada y siempre hermosa, he sufrido y he gozado.

-¿Sufrido? ¿por qué?

-Porque en ese matrimonio feliz veo mi felicidad perdida.

-Es una locura pensar en personas que tienen estado.

-Es que Magdalena -repuso Eduardo-, debió ser mi esposa y la perdí...

-Tened alma grande, buen amigo.

En el estado en que vive, la podéis adorar sin traspasar los límites del deber, y un amor así os conservará lejos de las tentaciones mundanas.

Muchas veces la Providencia sino permite columbrar la felicidad, para que sus criaturas aspiren a la felicidad eterna y se abnieguen por esa aspiración a su servicio.

Eduardo al oír que podía adorarla bajo un aspecto, cobró ánimo y respiró con expansión.

-Pero cómo adorarla, buen abate, cuando ella ama y adora a su esposo y sería un imposible que me correspondiese espiritualmente, porque para conservar una afección tal, es necesario convenir en que se precisa alguna correspondencia.

-¿Os creeríais feliz y renunciaríais a la idea del matrimonio, si ella llegase a corresponderos?

Eduardo se detuvo al contestar; pensó en Margarita.

-Quizás renunciaría a todo, y renunciaría sin disputa, si tuviese la convicción de que la mujer en quien me he fijado no fuese digna.

-He ahí vuestro mal -le dijo el abate con prontitud.

Queréis contrariar la voluntad divina casándoos, para olvidar una pasión ideal y austera como la que podría sustentaros Magdalena, dejándoos apto para llenar vuestra misión.

-No, mi amigo, no; es para olvidar una pasión como la que me ha arrastrado hacia la esposa de Eduardo, es para equilibrar algún tanto mi situación respecto a la de Magdalena.

La adoro, es verdad. He sentido despertar, renacer el fuego de mi juventud; pero también he visto y concebido la necesidad de casarme con Margarita.

Ella sabrá hacerme borrar una pasión insensata hoy.

-No hay que lanzarse, Eduardo, a los extremos -le replicó el abate con calma-; es preciso no cegarse con la mujer que creéis digna de reemplazar a Magdalena en vuestro corazón.

No os aconsejo por eso, que vayáis a amarla fuera de los límites necesarios, no, porque es preciso respetar el honor; lo que quiero es que renunciéis al matrimonio y penséis en curar los ardores de la juventud, amando con santidad a un ser puro.

-Pero ¿qué hacer para ello? Yo no puedo abandonar a Margarita antes de conocer su culpabilidad o su inocencia.

-Y si es culpable ¿la dejaréis?

-Sí, lo juro.

-Y entonces ¿qué haréis?

-Me retiraré a la soledad.

Seguiré mi destino sin alzar la vista.

El abate, por las contracciones de la fisonomía de Eduardo, comprendió que el hombre era de pasiones fuertes, y que era menester distraerle abriéndole una nueva esperanza a su espíritu.

-Sois bastante digno, Eduardo, no podía esperar otra cosa de vos, pero yo os quiero y he pensado en prepararos un bienestar que supla los vacíos de vuestro corazón.

-¿En qué habéis pensado?

-En hacer que Magdalena os quiera como a un buen amigo, en quien ella haga reposar esa imaginación, sus dulzuras, sus caricias honestas.

-¿Habéis pensado en eso? -le dijo Eduardo con una expresión de alegría natural.

-Sí, amigo, lo había pensado ya; y según espero, creo que Magdalena repartirá con vos la felicidad que da a Rodolfo.

-¡Sois muy bueno! -exclamó Eduardo-; descubridme todo vuestro pensamiento, contádmelo que me será de sumo consuelo, me dará fuerzas para prepararme a recibir el desengaño de mis ilusiones.

-Como vos sabéis, he procurado hacerme interesante al señor Rodolfo, y para ello no he querido contradecirle en nada que pudiese molestarle.

Al contrario, me le he presentado como un hombre en quien se puede depositar la confianza de las ideas y de los secretos.

Él parece contento con verme en su casa.

Aprovechándome de la franqueza que le he inspirado, por consejos que le di en días pasados, sobre la costumbre que había de que cada casa tuviese un director espiritual, me ha hecho el confesor de su esposa.

Siendo yo el director especial de Magdalena, vos concebiréis que no la he de dejar perderse.

-¿Y que saco yo, mi buen abate, con eso?

-Decidme antes, ¿queréis amar a Magdalena como a una amiga simplemente?

-Nada más.

-Pues bien, entonces apoyado en la confesión que me acabáis de hacer, que salva mi responsabilidad, yo tengo facilidad de disponerla de modo que no sea tan exclusiva con su marido.

Un amor tan egoísta, podría dañar el alma de Magdalena.

Eduardo se sorprendió al oír tal doctrina y asaltado por escrúpulos de la conciencia le observó:

-Creo que tal vez vais, amigo, a cargar con una falta por hacerme bien, porque al distraer a Magdalena de ese grande amor que tiene por Rodolfo...

-¿Creís vos que la voy a hacer infringir sus deberes de esposa? -le interrumpió el abate-; no, Eduardo, nuestros hermanos, sabios e iluminados por Dios al escribir sus obras nos enseñan, que es menester combatir la idolatría en el matrimonio, y la razón es clara; porque en tal caso se olvida, se desvirtúa ese amor especial que debe tenerse a Dios.

-Perdonad entonces mi ignorancia. ¿Y de qué modo pensáis disponerla hacia mí?

-Eduardo, me parecéis destinado para salvar el alma de esa joven, porque vais a servir de instrumento a la Providencia para contrariar esa felicidad de que hoy goza, olvidando el cielo.

Eduardo miró con gusto y asombro al abate que parecía pedir luces o estar iluminado por la expresión que revestían sus ojos.

-Ella es retirada de las diversiones, no piensa más que en su marido.

Está libre de las tentaciones mundanas -agregó Eduardo con viveza e interés.

-He conocido eso -repuso el abate-, lo he conocido, pero nada es imposible al que persevera.

Haced lo que os voy a decir y al fin alcanzaréis el dominio, pero jamás la posesión de esa hermosa mujer.

-¿Me creéis capaz de tener miras siniestras?

-No, jamás, de persona como vos.

-Pues continuad, querido abate.

-Escúchame entonces.

Procurad que Rodolfo os considere como sois, santo e ilustrado: ocultadle vuestras creencias por algún tiempo, porque podrían disgustarle, y así conseguiréis su confianza y sus simpatías.

Luego que hayáis captado su voluntad, hacedos interesante a la mujer, distrayéndola su espíritu con pinturas entusiastas de su patria.

Habladle del Vesubio que toda napolitana recuerda con gusto de los paisajes tapizados de flores de sus dorados campos; de su cielo cubierto de luces matizadas que reflejan el ideal de un paraíso terrestre; habladle de los recuerdos de la infancia, de las conversaciones con sus padres y con ella. Entonces ella os principiará a buscar, porque tendrá agrado en conversar con vos.

Luego que la veáis inclinada a vuestros gustos, haced que concurra a las tertulias; allí ella creará las necesidades de las otras mujeres, la necesidad de distraerse.

Con la confianza que adquiriréis y la frecuencia con que la veréis, ella os irá abriendo su corazón; y a medida que le vayáis siendo interesante, ella sin darse cuenta, principiará a amaros.

Entonces Magdalena será lo que vos queráis que sea; pero cuidado, amigo, cuidado con traspasar ese límite.

-¿Y el apoyo que me prestaréis vos?

-Os lo he dicho: creo inducirla a no idolatrar a Rodolfo.

-Gracias, amigo, gracias -le dijo Eduardo, columbrando en su pensamiento un porvenir risueño.

-Ya es algo tarde -observó el abate-; me retiro al convento.

El abate iba a salir, cuando el Inquisidor le retuvo. Se le vino al pensamiento el comunicar una buena noticia al abate, correspondiendo así a los servicios que iba a prestarle y a los consejos que acababa de darle.

-Aguardaos, querido abate.

Se me olvidaba anunciaros que en algunos días más se sentencia al hereje Moyén.

-¿Cómo así?

-Las proposiciones de que se le acusa están justificadas, y no dudo que tendremos un auto de fe.

-¿Cuándo se le sentencia?

-El Tribunal se reunirá el viernes de esta semana.

-Está bien. Ese mismo día, a primera hora, podremos resolver también el asunto de Margarita.

El abate estrechó afectuosamente la mano de Eduardo y se retiró.

Eduardo quedó triste al oír las últimas palabras del abate:

«A primera hora podremos resolver el asunto de Margarita».

-¿Qué resultará el viernes de Margarita? ¡no sabía lo que era experimentar una situación como la que atravieso! -exclamó Eduardo.

No sabía lo que puede una pasión que es asaltada por la duda, ni conocía los sinsabores que ella causa.

Eduardo se dejó caer en una silla con abandono de sus fuerzas.

Estuvo meditando un momento, vagando en la indecisión; luego se levantó con entereza, diciendo:

-No hay remedio; haré lo que el abate quiera.

Y pronunciando estas palabras se retiró a buscar un descanso en el sueño, a su naturaleza trabajada por tanta variedad de impresiones.

CAPITULO XV

Primera conferencia para la conversión de un hereje

El juicio que Eduardo anunciaba al abate, era digno de llamar la atención.

Para tener un conocimiento exacto de él, es necesario exponer algunos antecedentes.

Por algún tiempo, la educación supersticiosa que nos dieron los españoles, había establecido como verdad matemática: que el extranjero, es decir, el que no era americano, español o descendiente de ellos, no creía en Dios, o por lo menos era hereje.

Esa educación que tenía por objeto aislar las colonias del contacto con el mundo civilizado e impedir la inmigración de hombres que no fuesen ciegos instrumentos de los reyes católicos, había producido los resultados que se deseaban.

El pueblo no necesitaba de más para clasificar de hereje a un individuo, que el saber que era inglés, alemán o francés.

Las familias le miraban con prevención, el público le odiaba; y por lo regular ninguna acogida encontraban aquellos desgraciados, cuyo crimen era no haber nacido en tierras del Rey de España.

Este espíritu que ha dominado en las sociedades de América, y del cual se conservan algunos resabios en las poblaciones un tanto apartadas del roce europeo, daba mayor importancia al juicio que se seguía al francés Moyen. Se le había acusado de haber vertido proposiciones irreligiosas y de haber desviado la inclinación de Enriqueta a hacerse monja. El Tribunal había dejado a un lado el último cargo y concretado la acusación a los siguientes puntos:

- 1.º Que Moyen no profesaba culto conocido.
- 2.º Que acusaba de inmoral e irreligiosa la esclavatura de los negros; y
- 3.º Que la única regla de conducta que tenía, era el juicio que su razón le daba.

Moyen no había negado estas proposiciones; porque realmente las había sostenido y las sostenía como fruto de sus convicciones.

Hombre de carácter y de luces, permanecía tenaz en ellas.

El martirio le había quebrantado la calma habitual que tenía, mas no hécholo renegar de sus ideas.

El tribunal del Santo Oficio, que había quemado a varios individuos por el solo hecho de no haberse confesado en Semana Santa, en porciúncula o jubileos, se hallaba resuelto a sepultar con Moyen la acusación que se le hacía.

Se procuraba convencerle y convenirle al cielo por medio de la muerte.

Los juicios del Tribunal, aunque secretos en la generalidad, solían ser públicos cuando la causa era simpática a las creencias religiosas del país.

Cuando tal cosa sucedía, el reo era notificado, a fin de que dispusiese su defensa o se arrepintiese con tiempo.

Para conseguir este último objeto, se buscaban teólogos eruditos, los sacerdotes más afamados por su saber y santidad, a fin de que entrasen al calabozo del reo y procurasen convertirle.

Cuando uno de estos no conseguía la conversión del hereje, entraba otro sacerdote a reemplazarle, y lo hacía con grande interés y estímulo, confiado en que arrebataría la gloria a su predecesor.

Así era que esos ministros se preparaban con estudios especiales para entrar en la discusión; hacían penitencias, mandas, invocaban el auxilio divino.

Según esta costumbre, Moyén, que debía ser juzgado el viernes próximo de la semana a que aludimos, había sido advertido de que se preparase para la defensa.

Una vez que fue notificado Moyén, quedó entregado al silencio de su prisión, esperando que le proporcionasen los útiles necesarios para preparar sus apuntes de defensa.

Era el miércoles ya, cuando los cerrojos del calabozo sonaron y el calabozo se abrió.

El carcelero se presentó enseguida, sin hablar una palabra, e introdujo en el calabozo dos sillas de baqueta y una mesa pequeña; luego trajo un candelero con una larga vela encendida.

-¿Qué significa esto? -le preguntó Moyén que permanecía tendido en un rincón del calabozo con una cadena atada al pie.

El carcelero se tapó los oídos con las manos y salió precipitadamente sin responder palabra.

Algunos minutos después se presentó un fraile dominico, hombre de edad. Moyén se sentó como pudo al ver aquel personaje.

-Alabado sea Dios -dijo el fraile saludando a Moyén.

-Alabado sea -contestó este.

-Vengo encargado de un alto deber, del deber de convertir al pecador que desgraciadamente ha cerrado sus ojos a la luz de nuestra santa religión católica.

Moyén comprendió al momento que aquel era encargado de arrancarle una retractación.

-Aquí estoy dispuesto a recibir la luz con tal que venga de la razón -contestó Moyén-, pero no para recibir la luz que viene del tormento.

-Mi misión es de paz, repuso el fraile, no vengo a otra cosa que a convencerlos con la verdad y la inspiración que el cielo me dé.

Vengo a discutir, no a castigar, porque esto no me corresponde.

¿Estáis dispuesto a discutir conmigo? Tenéis toda la libertad necesaria para demostrarme vuestras creencias; yo os oiré y os refutaré con el auxilio del Espíritu Santo, a fin de dar un triunfo a la religión y salvaros de la hoguera a que seríais condenado si persistieseis.

-Mi buen padre -dijo Moyen-; con sumo gusto entraré al terreno que me convidáis.

Desde que estoy preso he pedido que se me oiga y ahora es la primera vez que lo consigo.

Yo tengo opiniones y no caprichos.

¿Hay cosa más sencilla ni más noble que el encontrar la verdad por medio de la discusión?

-Tenéis razón, la verdad, en ciertos casos, debe buscarse en la discusión, no en todos.

Pero vamos a discurrir, no perdamos nuestro tiempo.

Entremos a dilucidar las proposiciones que sostenéis.

El padre sacó de su bolsillo un papel en que estaban escritas las proposiciones que ya conocemos y leyendo la primera le dijo:

-Se os acusa de que no profesáis culto conocido.

El padre se levantó de su asiento y como deseando agradar a Moyen trató de procurarle alguna comodidad. Le acercó una de las sillas que habían traído.

-Aquí estaréis más cómodo -le dijo.

-Agradezco vuestra atención, la cadena me impide sentarme en alto.

Moyen cruzó las piernas con algún trabajo y apoyó sus espaldas en la pared.

-Aquí estoy, bien -repitió mostrando suma conformidad.

-Tened paciencia entonces -repuso el padre.

-Vamos adelante.

-¿Sois realmente deísta o ateo?

-Profeso la religión de mis padres.

¿Cuál es esa religión?

-La religión de Cristo, el cristianismo.

-Entonces sois católico, apostólico, romano, porque ese es el carácter distintivo del cristianismo.

-No, mi padre. Soy cristiano y no soy católico.

-Pues ¿qué es el cristianismo, sino el catolicismo?

Esta cuestión es de puras palabras y nada más.

Si sois cristiano, debéis ser católico, esto no admite duda.

-Así lo comprende la generalidad de los pueblos católicos, pero no es así.

El cristianismo es la religión promulgada por el Salvador de la humanidad; y el catolicismo no es más que la religión inventada por los hombres para reemplazar a aquella.

Permitid explicarme.

-Hablad cuanto queráis -le dijo el fraile-, que estoy seguro, por lo que os oigo, de que estáis en error.

Hablad y luego os contestaré.

-Bien, mi padre; me alegro y me consuelo al saber que puedo discutir con una persona tolerante.

El cristianismo, como lo sabéis, fue promulgado por Jesucristo cuando el mundo había perdido el sentimiento moral; cuando los emperadores eran dioses; cuando el género humano nadaba en ese mar de vicios y de despotismos que lo llevaban a sumergirse en el caos.

Jesucristo apareció en medio de ese caos. ¿Cuál su misión? Los hechos han contestado con la regeneración del linaje humano.

A la adoración de dioses forjados para el fomento de los vicios, sustituyó un solo Dios, el Dios único que sirve de centro a toda verdad.

A la barbarie de los despotismos que se cebaban en el exterminio del débil, proclamó la caridad que nace del sentimiento pacificador, que extingue el odio de los hombres entre sí, del amor.

A la tiranía de los privilegios, a la usurpación de los derechos, Jesucristo sustituyó la *igualdad*, y con ella descorrió el velo al mundo que yacía aplastado por los errores, que desde siglos atrás venían sancionando como justa la esclavitud del hombre, convirtiendo en cosa a la humanidad.

He ahí mi padre, el origen de la religión cristiana; amor, igualdad, dignidad.

En los primeros siglos, el cristianismo no tuvo otras manifestaciones. El cristianismo reconoció un Dios único y puso el pie sobre los ídolos del paganismo.

Salvó a la humanidad proclamando la libertad, reconociendo los derechos del hombre.

El cristianismo no asumió caracteres diversos, fue uno y uno su culto.

Los paganos arrojaron los leños que adoraban y vivieron en la conversión practicando el amor al género humano.

A la barbarie de los sacrificios, sustituyó la paz y la caridad.

El mundo se salvó porque el hombre se reconoció igual.

Las pasiones quedaron acalladas, los poderosos depusieron su absolutismo, el débil fue respetado.

La libertad alumbró para las conciencias y para el orden político.

Mientras la voz del cristianismo imperó en todos los pueblos iluminados por su doctrina, las aspiraciones personales durmieron, tuvieron rubor de ostentarse.

El tiempo anduvo, y el genio del mal despertó poco a poco.

La igualdad chocó a los amigos de los privilegios.

El mundo pagano había dejado algunas huellas en los corazones de los pueblos; y de aquí resultó que los mismos que se habían adherido al cristianismo, comenzaron a trabajar por conciliar sus inclinaciones, sus antiguos hábitos con el cristianismo que los destruía.

De una amalgama tal, salió el catolicismo.

No se tuvo el valor de conservar el nombre primitivo a la religión del Salvador, y en vez de cristiana se le llamó católica.

El catolicismo innovó en el cristianismo.

A la igualdad sustituyó el reconocimiento de jerarquías de distinciones y privilegios, y sancionó como de origen divino la soberanía de los reyes.

A la adoración de un solo Dios, creó un calendario de santos que reemplazaron a los dioses paganos.

A la doctrina de amor y de caridad, opuso la doctrina de la violencia y de la censura.

Ved lo que es la Inquisición.

A la libertad de conciencias, a la libertad política, estableció para subrogarle la abdicación de la razón, y apoyó el despotismo de los monarcas.

Decidme, ahora, buen sacerdote, ¿es lo mismo el catolicismo que el cristianismo? ¿es idéntica la religión de mansedumbre y de amor, a la religión de odios y de venganzas?

¡Oh! ¡no! ¡no!

La una derrama la vida y abre las puertas a la inmortalidad, la otra derrama la muerte en cada paso, en cada palabra, y muestra al hombre por eternidad un infinito de tormentos, un infierno de espanto.

Por último, Jesucristo resurreccionó al mundo, los católicos le encaminan al estado de barbarie en que lo encontró el Salvador.

Moyen miraba con fuego al padre que le escuchaba con el semblante cabizbajo.

-¿No es verdad, padre mío, continuó, que tengo razón para ser cristiano y no católico?

El padre levantó sus ojos con calma y mirando a Moyen con compasión le dijo:

-¿Habéis concluido de exponer vuestra doctrina?

-Sí, mi padre, aunque muy en compendio.

-¡Ah! ¡cuánta lástima me causáis! -exclamó el fraile-, ¡cuánta lástima!

El demonio solo ha podido imbuiros semejantes doctrinas.

Vos no conocéis el catolicismo, le habéis confundido, por eso le calumniáis.

Voy a deciros por qué.

El padre se detuvo, y levantando los ojos al cielo con las rodillas puestas en tierra, invocó la inspiración divina para desengañar al reo.

Los ojos se le encendieron de fuego: su cuerpo tomó animación, arrojó la capa sobre la silla y luego poniéndose de pie, prorrumpió con voz de trueno en la siguiente peroración:

-Dios habló, silencio mortales.

Las sagradas escrituras son el testamento de la revelación.

El hombre siempre debe creer y obedecer.

¿Quién eres tú, mortal, para encararte con el Omnipotente?

Ta ley es humillante ante la voz de trueno que hirió de espanto a los hebreos en medio del desierto.

Lee ese testamento y allí veras las bases sagradas de la religión católica.

El hombre pecó; todos los hombres pecaron y todos nacen y nacerán condenados a las llamas eternas, a no ser que la gracia del hijo intervenga para redimirnos.

De la condenación eterna a que fue condenada la especie humana por el pecado del primer hombre, nació la necesidad de la redención.

El pecado contra Dios, solo Dios puede salvarlo.

El crimen infinito solo puede ser absuelto por la inmolación de lo infinito, y es por esto que Dios vino en la persona de su hijo para ser inmolado por los pecados de todos.

Es, pues, la gracia de Dios la que nos salva.

La gracia es el fundamento de la religión.

Dios salva al que quiere, Dios inspira la gracia de salvarse al que quiere. La gracia es pues la salvación.

La gracia solo se obtiene con la fe.

Creer es, pues, lo primero, lo fundamental, lo necesario.

El hombre puede salvarse con la *fe sola*.

La gracia es privilegio de Dios; es la que instituyó la iglesia, es la que inspiró a los privilegiados de Dios para promulgar su palabra. Esta palabra que sale de los

privilegiados de Dios, es la revelación, es lo que se debe creer, aunque parezca absurdo, porque la razón del hombre es hija del espíritu tentador que nos hizo caer en el pecado.

Siendo la razón individual el espíritu del mal, el origen del pecado; el primer deber para salvarse es acallarla, dominarla, obedecer ciegamente a la palabra de los privilegiados por la gracia.

Por eso no hay crimen mayor que pensar libremente.

Los privilegiados son la iglesia, forman la autoridad eclesiástica y civil porque «todo poder viene de Dios».

El sacerdote católico es, pues, el revelador, el interpretador de la gracia, y su poder es sin límites, porque es el representante de Dios que tiene el poder de representar a Dios todos los días en el santo sacrificio de la misa.

¿Y habrá hombres que se atrevan a pensar en despojar la iglesia y a sus miembros de la majestad divina que revisten, proclamándose pensadores, hombres libres e iguales con los privilegiados del Señor? Esa es una blasfemia sin igual, para cuyo castigo son pocas las llamas de nuestras hogueras y los tormentos de la inquisición.

Moyen permanecía con los brazos cruzados oyendo al padre que lanzaba sobre él el anatema de sus creencias.

Se veía a la par de injuriado sin refutación a la doctrina que había sentado.

-Pero permitidme, buen padre le observó aprovechándose de un corto silencio que había seguido a la peroración del fraile, permitidme el observaros que de este modo nada concluiremos.

Me habéis expuesto vuestras creencias, pero no habéis contestado a las opiniones que os manifesté.

Vuestras palabras me confirman más en mi opinión, porque en ellas encuentro dobles razones para combatirlos.

Contestadme antes ¿de dónde vienen los poderes que ejerce el catolicismo? ¿son acaso provenientes del Evangelio?

El padre se reconoció sorprendido al oír el llamado que se le hacía a la discusión, y volviendo a recobrar la calma que había perdido con el entusiasmo que se apoderó de su espíritu, al dejarse guiar por la inspiración de sus creencias ofendidas, se sentó asumiendo un aire de profunda meditación.

-Voy allá -dijo el padre-, os refutaré en el campo a que me provocáis.

No había creído necesario entrar en la cuestión, creía suficiente que escuchaseis la voz del Espíritu Santo que hablaba por mi boca.

Pero os contestaré.

El padre sacó el pañuelo del pecho y se secó el sudor que aparecía por su frente.

Enseguida, se acomodó en la silla y continuó:

-La iglesia fue instituida por Jesucristo.

La cabeza de ella es la de su fundador. Jesucristo cuando subió a los cielos, les confió a estos todo su poder, el poder absoluto de hacer y deshacer las cosas.

-Permitidme, le interrogó Moyén; y hoy ¿quiénes componen la Iglesia?

-Los fieles que forman la congregación cristiana.

-Muy bien, continuad, padre.

-Ese poder que confirió a la iglesia fue absoluto, como decía, según lo comprueba el Evangelio XVIII de San Mateo, en aquellas palabras:

«Todo lo que ataréis o desataréis en la tierra, será atado o desatado en el cielo».

La iglesia fue edificada, o más claro, la iglesia creada por Dios, fue encargada a San Pedro, primer pontífice que tuvimos.

Al hacerle esta confianza y al decirle que lo que atare o desatare sería aprobado por él, es evidente que le confirió poderes omnímodos para gobernarnos.

Los demás pontífices no han sido más que sucesores de Pedro, y al sucederlo, lo han hecho con las mismas facultades que aquel recibió de Jesucristo.

Ya veis cómo los poderes que desconocéis nacen de un origen divino.

Vos me decís, que el catolicismo es invención de los hombres y no la misma religión cristiana: error en que estáis, porque el catolicismo es propiamente el cristianismo; no es una palabra inventada para destruir la otra, ella significa solo universalidad del cristianismo, que el cristianismo es la religión universal.

Es un atributo que expresa su extensión, su grandeza.

Pero agregáis, que la una es religión de castigo y la otra de mansedumbre, la una de amor y la otra de venganzas; yo os contesto a esto: que ese es un abuso que hacéis de vuestra razón, al dudar de lo que ciegamente debéis creer.

Si la Iglesia ha establecido jerarquías, instituciones apremiantes; si ha empleado el rigor, es porque el mundo necesita de ello; y al hacer tales amplificaciones de los evangelios, no se les ha variado en nada; porque el Espíritu Santo ha inspirado a los santos y sabios doctores para hacer lo que han hecho.

Ya veis, pues, como nuestra religión es la de Cristo, religión que calumniáis porque no la comprendéis: ya veis como las venganzas que creéis practicadas no son sino actos justos, nacidos de los poderes que tiene la iglesia.

-Está bien, mi padre -repuso Moyen con calma-, está bien; pero creo que la doctrina que me habéis expuesto tiene un solo fundamento y ese fundamento es falso.

-¿Cuál es el fundamento falso?

-De que Dios ha dado poderes omnímodos a los pontífices.

-¿Por qué decís eso? ¿no creéis entonces en el texto que os he citado?

-Creo en él, pero no lo hago elástico para sacar de allí poderes que no existen, como lo creéis.

-Explicaos.

-La iglesia es, como habéis dicho, la reunión de los cristianos, de los que profesan el evangelio.

Su cabeza es Jesucristo.

Luego, cada ser es un sacerdote, un delegado del delegado del fundador.

Os autorizo, dijo a San Pedro, para que hagáis y deshagáis; y esta facultad confiada no fue a un solo hombre, fue a todos, a la humanidad cristiana.

¿Creéis que ese poder fue una amortización acaso absoluta?

-Absoluta, señor -interrumpió el padre-, absoluta según las palabras citadas.

Por eso es que es infalible el papa.

-Tiene por límite la justicia, mi padre; así es que aquellas palabras significan: que lo que el hombre atare, es decir, juzgase en verdad en la tierra, será juzgado y aprobado en el cielo, porque la justicia es una en ambos mundos.

Por eso es que toda injusticia hecha a nombre de un poder usurpado, jamás puede llevar el sello de cristiana.

Os equivocáis, repuso el padre acalorándose, os equivocáis en todo.

Vos, ni nadie, tiene el derecho de juzgar si es justo o no un acto de la autoridad infalible.

En esto no puede obrar la razón, porque ese es un punto dogmático; la fe sola, la fe es la que nos hace comprender y creer sin dar lugar a dudas, porque la fe es la luz.

La fe, la piedra fundamental de la religión.

-Si me negáis el derecho de raciocinar, diciéndome que debo comprender lo que mi razón ni persona alguna comprende, creo que es inútil seguir adelante.

Siempre que la razón ataca un abuso, vosotros para defenderlo lo combatís anteponiendo la fe.

La fe es una virtud grandiosa del alma, que se mantiene, y produce los más espléndidos resultados, cuando se apoya en las convicciones formadas por la razón; pero jamás cuando va en contra de esta; porque es antinatural unir la luz con la oscuridad, la verdad comprendida con la negación de ella.

-¿Entonces, vos, pretendéis que la fe es perjudicial cuando se cree lo que no se ve?

Pues si tal es vuestra doctrina, tenéis que renunciar a las revelaciones que forman nuestras creencias; tenéis que destruir el poder de la Iglesia y por consecuencia soterrar el monumento de diez y siete siglos, levantado por los mártires del cristianismo y el poder de los Papas; tenéis que desconocer la soberanía del pontificado y a la par derrumbar el edificio social que se levanta y conserva por la institución de la gracia y reconocimiento de la fe; tenéis, en fin, que cerrar las puertas a la salvación y conversión del linaje humano, para enseguida lanzarlo a las tinieblas eternas, a ese mar de fuego y de tormentos que arde desde el infinito de los siglos para escarmiento de los pecadores.

Vos queréis el triunfo del demonio sobre la cruz.

-No, mi padre, no; es todo lo contrario lo que quiero.

¿Y cómo negáis entonces que debe acatarse la fe proclamada por la iglesia?

-Porque la iglesia representada hoy por el privilegio, ha abusado del evangelio, instituyendo la fe para cimentar lo irracional.

-¿Representada por el privilegio, decís? pero añadid que es por el privilegio dado por su fundador.

-Jesucristo no ha dado tal privilegio a un hombre, ni a una congregación.

Él dio su poder a la iglesia, es decir, a todos los cristianos que la forman.

Así es que el gobierno de la iglesia, instalado sin delegación de nuestro derecho, ha ido más allá de lo que la justicia permite.

-La iglesia es la reunión de los creyentes, pero os equivocáis al creer que ellos tengan derechos, son puramente obligaciones las que les han sido concedidas, para obedecer ciegamente a los que ejercen el ministerio del sacerdocio.

No sois, ni podéis ser más que unos súbditos, vasallos sumisos.

Para ello recordad las palabras del apóstol San Pablo cuando dijo:

«Todo poder viene de Dios, todos deben someterse a las potestades superiores, porque están establecidas por Dios, y que el que las resiste, resiste al mismo Dios, y se acarrea su condenación eterna».

Recordad que San Pedro nos enseña: «que obedezcamos a nuestros superiores; tanto al Rey como a los comandantes y otros enviados que se hallan investidos de autoridad».

Así, no vayáis a creer que el poder de los pontífices nace de los derechos que les deis vosotros; sino del que les viene del mismo Dios.

El padre se quedó ufano al haber refutado a Moyen con autoridades y textos respetables.

Moyen silenció un instante y el padre creyó triunfar.

-¿Estáis convencido? -le preguntó.

-Al contrario, mi padre, porque estoy horrorizado de las doctrinas que me exponéis.

-Pues qué ¿despreciáis absolutamente las palabras de los santos?

-Las que me acabáis de exponer me entristecen.

-¿Por qué?

-La autoridad, la soberanía que ejerce el Papa, es una usurpación; porque Dios hizo a todos los hombres iguales, a todos ministros de su culto.

Si consideramos la iglesia como un gobierno, es necesario que los que lo obedecen hayan constituido ese gobierno.

El poder viene de Dios, decís, pero ese poder es concedido a todos con igualdad, es el derecho.

Decir absolutamente: que todo poder viene de Dios, es calumniar al Creador, porque el poder de los tiranos, de los déspotas, encontraría su justificación en tan terribles palabras.

A las autoridades que me citáis, yo os responderé con la citación de otra que creo más racional, con la de Rousseau, el cual hacía esta observación: «puesto que todo poder viene de Dios, el poder de un bandido que me pone un puñal al pecho ¿también viene de él?».

-¡Blasfemáis! -exclamó el padre.

La Iglesia no os autoriza para indagar el fondo de las verdades reconocidas por el mundo católico.

Todo poder viene de Dios, esta es la verdad indiscutible.

Si tenéis fe, debéis creer, y sino callaros, porque el demonio sería el que os inspirase para rebelaros contra el Dios unigénito.

La iglesia, como os lo he dicho, es infalible, y si os manda creer, debéis creer; porque estáis obligado a ello.

«Y a creer tan íntimamente y tan de corazón, que ya no se puede dudar, disputar ni dificultar lo que ella ha juzgado y definido.

»Si habla el ingenio más sublime y el más limitado, debe igualmente rendirse, y ni uno ni otro puede examinar lo resuelto.

»Si alguno negare a la iglesia esta sumisión, pudiera justamente tratarle de rebelde, separarle de su comunión y maldecirle, y esto es lo que ha hecho con tantos herejes indóciles».

Moyen se quedó callado reflexionando, y luego habló:

-Es inútil seguir adelante, vos me combatís con lo que yo no creo y niego. Es inútil.

-¡Inútil! decís bien; ¡inútil!... no teméis al infierno, ni a las hogueras que han de consumir vuestro cuerpo.

Cerráis los ojos a la fe y por eso persistís. Sin fe, seréis siempre un hijo esclavo del error.

Con la fe os salvaréis, porque reconoceréis a Dios en todas partes, sin cometer el atentado de indagarle lo que ha reservado para manifestarlo en los últimos días del juicio final.

¡Hombre desgraciado! desterrad el demonio de vuestro cuerpo.

Moyen oía con calma y conformidad.

El padre quedó atónito esperando la conversión del reo.

Pasaron algunos minutos, y al fin lo interrogó el fraile:

-¿Qué resolvéis?...

-¿Qué queréis que resuelva?

-Que estéis pronto a retractaros de vuestros errores.

-Cada vez creo más que no lo son. Vos me habéis combatido con autoridades y con la fe, yo con la razón solamente; y en un combate tal, es imposible llegar a un resultado. Antes de todo debíamos tratar, a que debemos atenernos: *si a la razón o a la fe*.

-Esa es otra cuestión, otro punto de los que se os acusa y que estoy pronto a discutir a su turno.

-Me parece mejor que reservemos la resolución de este primer punto para cuando tratemos del tercero.

-¡Gracias, Dios mío! -exclamó el padre-, tengo la esperanza de convertir esta alma.

El padre un tanto fatigado por lo mucho que había hablado, se levantó del asiento y dijo a Moyén:

-Mañana trataremos del segundo punto de que se os acusa, y si nos queda tiempo hablaremos del más importante.

-Bien, mi padre. Os espero con sumo gusto.

El padre salió entonces del calabozo y el carcelero cerró la puerta, dejando a Moyén en el lugar expiatorio.

El padre era aguardado en la puerta del Tribunal por otros misioneros de la fe; y tan pronto como le vieron, salieron a recibirlo preguntándole:

-¿Se convierte?

-Así lo espero -contestó el fraile, y se dirigió a su convento con el paso y la calma del que está creído que es sabio y santo, sin serlo

CAPITULO XVI

Una discusión que terminaba a capazos

Nuestros lectores no tienen aun un conocimiento preciso de quién era el francés Moyén.

Este personaje que llamó tanto la atención en Lima, en la época a que aludimos, ha dejado recuerdos que se conservan por la tradición y por el juicio que se le siguió, hoy archivado en la Biblioteca Nacional del Perú.

Voltaire y Rousseau habían atacado la religión católica por cuantos medios les sugirió el ingenio.

Ese ataque había producido un cambio en las ideas que reinaban en Europa.

La juventud, sobre todo, se hizo reformista. Los que tenían una inteligencia despejada, racionaron y sacaron provecho de esos escritos. Los que se dejaban arrastrar por la corriente de lo nuevo sin examinar ni darse cuenta de la verdad o falsedad de los escritos, se hicieron ateos y perdieron el sentimiento moral.

Así fue, que los filósofos del siglo pasado, hicieron bienes y males que no pueden ponerse en duda.

Bienes, al atacar las preocupaciones religiosas y políticas que alimentaban las tiranías.

Males, al formar incrédulos y dar pábulo a los vicios que extraviaron el juicio de la generación atolondrada.

De allí nació el primer paso a la revolución del siglo XVIII, que abrió las puertas a la regeneración de los pueblos, y de allí también los borrones de sangre y de barbarie que empañaron aquella época magna.

De entre aquellos jóvenes reformistas, educados en las doctrinas de los filósofos, Moyén era un secretario de los buenos principios, que había bebido en la lectura de Voltaire, Rousseau y Diderot. Joven de veinte y ocho años, se lanzó a viajar por el mundo.

Dotado de un espíritu aventurero, había recorrido gran parte de la Alemania, de la Italia y en particular de los Estados Unidos.

Allí principió a atacar la esclavitud de los negros; porque el contraste de la suma libertad que se gozaba, con la existencia de la esclavitud, le chocó sobre manera.

Escaso de recursos, se fue al Perú atraído por la fama de opulencia que propalaban las crónicas de aquella época.

Con este motivo, hacía un año que se encontraba trabajando en Lima, con buen éxito, cuando le aconteció la desgracia de ser puesto en prisión.

Moyén, bastante instruido, había encontrado una hospitalidad excepcional, atendido su carácter de extranjero.

Su físico era hermoso. Delgado de cuerpo, tenía una estatura regular; bien compartido, su pecho era alto, sus espaldas desarrolladas, la musculatura ejercitada. La fisonomía tenía un no sé qué de luminosa. El contorno de la cara era un poco ovalado, terminando en una barba redonda y algo arqueada hacia adelante, y naciendo de una frente estrecha en las sienes, algún tanto elevada y prominente en su conjunto. El semblante blanco y rosado, resaltaba por el cabello abundante, color castaño que caía en ondas en torno del cuello y se levantaba sobre la frente. La nariz era pronunciada, alzada suavemente en el centro y en la punta. Los ojos eran rasgados, color cielo, sombreados por largas pestañas negras. Formaban un contraste que respondía a la belleza que admiramos en la tierra. Las cejas se dibujaban sin fuerza a manera de un arco tendido. Tenía una boca pequeña, labios delgados color carmín que no alcanzaban a cubrir el bigote rubio y sedoso que llevaba.

El conjunto respondía a una expresión de fuerza moral y de inteligencia preclara; a una belleza varonil que reflejaba la sanidad de un espíritu inteligente.

Los viajes le habían dado posesión de sí mismo, así era que su voz suave encontraba afecciones en los círculos donde visitaba.

Con motivo de la prisión y del tormento que se le había aplicado, Moyon representaba un cadáver.

El fraile dominico encargado de su conversión, había salido hasta cierto punto interesado por la suerte de este joven, y creía que llegaría a salvarlo convirtiéndolo por medio de la discusión. Así fue que al día siguiente, es decir, el jueves, volvió a presentárselo para seguir la tarea comenzada.

-¿Cómo habéis pasado la noche, señor? -le preguntó luego que hubo entrado.

-Así, así, mi padre. Mis noches las paso en el lugar donde me veis, tendido sobre este cuero y arropado con esta frazada.

El peso de las horas me rinde, y a veces suelo dormir algún tanto.

-¿Nada se os proporciona durante la noche?

-Absolutamente nada.

En el día se me da a eso de las diez, un jarro de agua, un pan y un plato de guiso. A eso de las dos de la tarde vuelve a repetirse la ración, más después, nada.

No tengo ni una vela, ni un poco de fuego para calentarme.

El carcelero entra a las horas indicadas; sin hablar una palabra, ni contestar a lo que se le pregunta vuelve a salir.

-¡Pobre hombre! -dijo el padre entre sí-, pobre!

-Soy bien desgraciado, ¿no es verdad mi padre? -continuó Moyén con tristeza.

-La culpa está en vuestros pecados.

Ofreced a Dios lo que sufrís y alcanzaréis mucho para vuestra conversión.

-¡Ah! la culpa está en el abuso que se hace del débil, no en mis opiniones; porque de ellas solo soy responsable al cielo.

Dios sabrá darme fuerzas para sostenerme en lo que mi conciencia me ordena.

-Y qué ¿en lo que sufrís no habéis visto la mano de la Providencia?

-¿Os reís de mí? en todo esto no veo sino la mano de los nuevos judíos que se han apoderado del templo del Señor para calumniar su religión.

-No blasfeméis tanto, hombre descarriado.

Sabed que estáis sufriendo a nombre de la fe y bajo la autoridad del Santo Oficio, encargado de conservar tan precioso don. La fe autoriza para tomar cuentas al hombre de su pensamiento, y al castigarle en la tierra, deja que el cielo le imponga el castigo eterno; porque en la tierra no se hace más que castigar el escándalo.

-¡Siempre la fe! -exclamó Moyén-, siempre me oponéis esa palabra a toda justicia que invoco, a todo clamor que da la víctima.

La fe la oponéis para justificar cuanto paso dais, hasta el asesinato que se comete haciendo morir a los hombres en el tormento. Declaraos más bien ministros del crimen y dejad de profanar la fe.

El padre iba incomodándose al oír estos reproches.

-Estáis loco -le dijo-, porque habláis en un estilo más que irracional, herético.

¿No sabéis que la fe es la virtud fundamental de las creencias, que ella autoriza todo paso para extenderla?

Sabed que es permitido hacer lo que se quiera, con tal que se logre salvar una alma.

Recordad las invasiones que conquistaron la Tierra Santa; las ejecuciones de veinte mil hombres quemados en seis meses en España; el talamiento que ha habido que hacer de los campos para extender la fe.

Ella nos da valor para penetrar entre los bárbaros y morir sacrificados, y ella también nos da fuerzas para vencer los inconvenientes que se oponen a su propagación.

Vos desconocéis este poder, corroborado por la historia y las autoridades pontificias.

Abrid los ojos a la verdad.

-Por lo que veo, mi padre, creo que habéis resumido los poderes de Dios al disponer del espíritu y del cuerpo; pero lo que me parece más racional preveer es que el pensamiento que os domina, es tratar de convertir al hombre en un ente material y nada más; porque vuestros razonamientos son el martirio, vuestros argumentos el dolor. Fijaos en esto:

Yo pienso de un modo distinto al de vosotros, y sin embargo, creéis convertirme a vuestras opiniones sin hablarme al alma y solo al cuerpo.

-Es que, el dolor vuelve la razón al que se ha extraviado.

¿Cuándo se duda o ataca la fe? ¿cómo queréis que se os combata?

La fe es la creencia de lo que no se ve ni se comprende; así es que sería inútil hablaros al espíritu cuando ella debe imperar sin la intervención de la razón.

Moyen, espíritu joven, sintió perder su serenidad habitual, y sin poder contenerse, exclamó:

-¡Eso es bárbaro! sois unos destructores de la más bella creación de Dios, al querer reemplazar la razón por el tormento; al procurar asesinar el espíritu para establecer el imperio de los sentidos, y acabar con la existencia que tiene su ideal, en la aspiración constante del alma a buscar lo bello, la verdad al través de los mundos que ruedan en el infinito.

Moyen había iluminado sus ojos con una centella de ardor, al proferir tales palabras.

El padre arrugó el entrecejo y con tono amenazante y en actitud oratoria, le dijo:

-¡Sois un hijo del infierno! ¡un excomulgado de la Iglesia, un fariseo, un infame!

Moyen saltó entonces, se puso de pie y quiso lanzarse sobre el padre; pero la cadena le detuvo.

-¿Infame yo? -exclamó Moyen apretando los puños y rechinando los dientes-; ¿infame yo? ¿yo, que estoy preso por vuestras infamias, falsos sacerdotes del Cristo?

El padre se quedó estupefacto al ver la actitud amenazante de Moyen: tuvo impulsos de castigarle allí mismo, pero recordó que degradaba su ministerio continuando en aquella lucha.

-No soy yo quien debo castigar esas injurias -le dijo-, pronto los ejecutores de esta santa casa os responderán por mí.

Si queréis que continuemos...

Moyen se dejó caer en el cuero que le servía de cama, y ahogado en la impotencia por su situación, se sumergió en una profunda tristeza.

-Señor Moyen -le interrumpió el fraile, no queriendo abandonar la gloria de la conversión y estimulado por la vanidad-; hoy no debemos tratar de una cuestión tan delicada; olvidad lo pasado y entremos al segundo punto de la cuestión.

Moyen levantó el rostro con cólera, miró al padre con arrogancia, y luego le contestó:

-Me habéis tratado de infame; vos no podáis atravesar una sola palabra más conmigo, porque sufriré el que se me queme, mas nunca el que se me injurie.

Tened la bondad de dejarme solo.

-Señor Moyen, olvidad todo, no hagáis caso de lo que os dije, fue un momento de acaloramiento.

Continuemos.

-Os he dicho que no.

-Mirad que es corto el tiempo que os queda para salvaros, sed humilde.

-Seré humilde, pero no indigno.

Dejadme solo, dejadme antes que cometa un...

El fraile se puso de pie entonces, aterrorizado. Se acercó al umbral de la puerta y desde allí volvió a dirigirle la palabra.

-Señor Moyen, Dios me ha mandado para salvaros.

Moyen no pudo contenerse de cólera y tomando en sus manos el jarro en que le traían agua, interrumpió al padre lanzándoselo por la cabeza.

El padre huyó llamando al carcelero.

Este acudió al momento, preguntando:

-¿Qué sucede?

-Ese hombre ha atentado contra mi vida.

Me ha tirado con el jarro por la cabeza.

Aseguradlo más y avisad que yo desisto de volver donde él.

El fraile salió para su convento, avergonzado; y el carcelero, por orden del administrador de la cárcel, puso esposas en las manos a Moyén.

El abate González despachó en el acto al hermano Rodríguez que gozaba de alta reputación.

Era un clérigo de estatura baja y un tanto grueso.

Su voz dulce y melodiosa al hablar, hacía buen efecto en los que le oían.

Luego que hubo recibido la orden, se encaminó al convento de Santo Domingo, y allí se instruyó del estado de la conversión y de cuanto había pasado.

Enseguida se dirigió a la cárcel de la Inquisición.

CAPITULO XVII

Segunda conferencia para la conversión de un hereje

El hermano Rodríguez, luego que llegó a la cárcel de la Inquisición, se dirigió al calabozo de Moyén.

Moyén estaba en el propio lugar donde le dejamos, tendido en el cuero que le separaba de los ladrillos del suelo.

Al sentir correr el cerrojo de la puerta, se incorporó, para esperar un nuevo vejamen o un nuevo castigo.

El carcelero se quedó a fuera, esperando órdenes del sacerdote que entraba. El hermano Rodríguez avanzó con un crucifijo en las manos y dirigió la palabra a Moyén con la dulzura de voz que le caracterizaba.

-Espero, señor Moyén, que tendréis la bondad de aceptar los consejos que me he tomado la libertad de venir a daros.

Moyén le miró con interés, y la suavidad de las palabras que le dirigía, desarmaron su excitación.

-Estoy dispuesto siempre, señor abate -le contestó-, a recibir consejos de toda persona.

El hermano Rodríguez colocó sobre la mesa el crucifijo que traía, y dio orden al carcelero lo dejase solo.

Moyen volvió a tomar la postura más política que sus prisiones le permitían, sentándose con las piernas cruzadas y recostando sus espaldas en la pared.

El abate ocupó una de las sillas que habían traído al calabozo. Enseguida le dijo:

-El reverendo padre con quien habéis discutido, me ha informado del estado de vuestra conversión.

Su celo religioso le llevó fuera de la cuestión, y tuvo que retirarse, según me dijo, porque las cosas habían llegado a un punto extremo en que la avenencia era imposible.

Yo he sido electo para continuar en tan honroso cargo, y no dudo que con prudencia y sangre fría, lleguemos a un resultado feliz.

El hermano Rodríguez dirigió estas palabras a Moyen con afabilidad, sin mirarle de frente.

Moyen se alegró, porque creyó mejorar de persona para la discusión.

-Celebro -le contestó-, que hayáis sabido lo que pasó ahora poco.

Yo perdí mi calma, y quizá cometí una falta; pero se me injurió.

-Olvidad eso, olvidadlo.

Tratemos del segundo punto de que se os acusa, y de este modo aprovecharemos los momentos preciosos que el Señor nos concede para la salvación de vuestra alma.

-Con gusto, señor abate.

-Entiendo que habéis acusado de inmoral e irreligiosa la esclavatura de los negros.

-Sí señor, exactamente.

-¿Y en que os fundáis?

-En que la esclavitud nace del ocio y avaricia del hombre; en que establece el derecho del más fuerte por el derecho de la fuerza: en que destruye la igualdad del ser; y sobre todo, en que el hombre se desnaturaliza, porque pasa a ser cosa, propiedad de otro, hombre, resultando de aquí que la más bella creación de Dios, es condenada a la categoría del animal.

-Si miráis las cosas bajo ese aspecto -contestó el abate-, nada hallaréis bueno, tendréis que atacarlo todo, que destruir las riquezas y el orden en los países que reconocen la esclavatura.

Mirad las cosas bajo el aspecto que se deben mirar; bajo el aspecto de la realidad.

La esclavatura no nace de la avaricia, sino de un derecho.

En el África sucede que los jefes y caudillos de los pueblos de raza negra, tienen guerra entre sí. Se encuentran en un estado salvaje, como lo sabéis.

En esas guerras uno de los combatientes vence.

El vencedor toma prisioneros al ejército enemigo, y como entre los bárbaros, el que triunfa tiene derecho de vida y muerte sobre el vencido, regularmente, para sacar provecho de sus victorias, les conceden la vida, y haciéndoles este don, los castigan vendiéndolos a los que llegan a Guinea para exportarlos.

El traficante los trae a la América o a los lugares donde los compran, y allí, el que da algún dinero por ellos, los rescata del primer comprador que fue el que los rescató de la muerte.

Como veis, mi amigo -continuó el jesuita-, el origen de la esclavatura que tenemos se funda en un principio de humanidad, y lejos de ser el resultado de un abuso, es un bien. Por otra parte, el esclavo, una vez que pasa al poder del amo que lo rescata, tiene alimentos, trabajo y es educado en la religión, que se desconoce en el África.

¿No convenís conmigo en estos hechos?

-No, señor abate -contestó Moyen-, no; porque el derecho en virtud del cual se les hace esclavos, no es derecho.

-¿Y que cosa es?

-Un acto de barbarie y nada más, porque nadie ha concedido el derecho de vida y muerte a ningún hombre.

Dios nos creó, y el que nos creó solo puede quitarnos la propiedad que nos dio, la vida.

-Convengo en ello -repuso el jesuita-; pero no dudaréis que cuando se le coloca a uno entre dos males, el menor es necesario aceptarlo.

-Aceptable por la necesidad del momento, pero también es indudable que la necesidad no da poder legítimo.

-¿Luego preferiríais que matasen al prisionero antes de hacerlo esclavo?

-Nada de eso.

-Pues la cuestión es sencillísima: los bárbaros reconocen el derecho o lo que vos queráis que sea, de matar o vender al prisionero; sino se le mata, se le hace esclavo.

-Para mí las dos cosas son malas y por consiguiente ninguna defendería.

-Pero confesadme una cosa, ¿hace bien o mal el que redime al prisionero de que hablamos?

-Mal.

-¿Pues entonces haría bien dejándolo que le matasen?

-Tampoco; peor.

-Exponedme la razón de esto, pues es indisoluble el silogismo que os he hecho.

-Como vos mismo habéis dicho, el prisionero es vendido en cambio de no ser muerto, y esto se hace en virtud del poder que la fuerza da al vencedor. De donde resulta, que el primer paso que se da para esclavizar al negro, es un atentado, y algo más, una práctica que revela la inhumanidad de la barbarie.

La fuerza no da derecho, porque el derecho es la justicia, y la fuerza bruta es tan solo el imperio de la injusticia.

En esto estamos convenidos ¿no es verdad?

-Sí, mi amigo.

-Pues bien: el vencedor al tomar prisionero al negro, no adquiere por consiguiente el derecho de vida y muerte sobre el vencido.

¿Qué es lo que adquiere, entonces, me preguntaréis? el de retención o castigo, sin pasar más allá de lo que pudiera inhabilitarlo para dañarnos.

Por consiguiente, la facultad o poder del vencedor, no puede alcanzar a privar al hombre de lo que posee sin daño de nadie, y mucho menos cuando lo que posee le ha sido acordado por el Creador de un modo igual a todos.

Así, señor abate, no habiendo derecho para vender ni matar al prisionero, todo acto que se ejecute desconociendo ese derecho es un crimen, un abuso.

Así también, el traficante que compra los prisioneros a los reyes negros, no hace más que hacerse cómplice de ellos, por cuanto les ayuda o impulsa a hacer uso de un poder atentatorio a los principios de justicia.

El traficante, no compra por humanidad, compra por ganar.

Ese sentimiento que le atribuíis no existe, y la razón es clara, por cuanto los vuelve a vender.

-Eso es muy ideal, mi amigo -repuso el jesuita-. Os lo había dicho ya, que así nada encontraréis bueno. Atended al hecho de que el esclavo conserva la vida y esto os convencerá.

-Pero ¿qué es la vida sin la libertad, señor abate? ¿qué vale comer después de haber regado el suelo con la fatiga, con el sudor y la sangre derramada por el látigo del amo? ¿qué vale vivir sin otro horizonte que el dolor en expectativa, sin otro porvenir que el ver amanecer el día y llegar la noche sin poder dar un paso por voluntad propia? ¿de qué sirve la existencia sin esperanzas, sin esa aspiración a ser más; sin nombre, sin familia, amontonado en un corral para despertar al venir la aurora y marchar a llenar las funciones de las bestias de carga?

Ese es un espectáculo diario de barbarie que clama al cielo.

El hecho no es el derecho, y si por medio de un abuso se obtiene un pequeño bien para el hombre, no por eso el hecho de la esclavitud deja de ser inmoral e irreligioso.

El abate se sonrió, no quiso tomar a lo serio la cuestión y con tono agradable repuso con una nueva pregunta:

-¿Qué haríais, mi amigo, con los esclavos que tenemos?

Os supongo, que sois la autoridad, por un momento.

-Darles la libertad en el acto -contestó Moyén.

-¿Y cómo?

-Mandando que todo esclavo quedase libre.

-Y los propietarios ¿qué harían?

-Obedecer.

-¿Luego perderían el valor que dieron por los esclavos?

-Sí.

-¿Pues cómo decís entonces que obráis en justicia?

-¿Y en qué la contradigo?

-¡Pues no es nada! destruí la propiedad ajena, propiedad que es sagrada y tan justa como todo otro derecho.

¿Reconocéis el derecho de propiedad?

-¡Cómo no he de reconocerlo cuando en él me apoyo para opinar del modo que me habéis oído!

-¿Cuál es vuestra lógica entonces?

-Decidme, buen abate, ¿es o no propiedad del hombre la libertad?

-No lo dudo.

-Y no podéis menos de confesarlo, porque es uno de los atributos del hombre, como lo es el poder o facultad que tiene de pensar, de sentir.

Pues bien; si es una propiedad la libertad, es claro que no se le puede arrebatar sin cometer un ataque a lo que le pertenece, y si no se le puede quitar, ¿en virtud de qué derecho se le mantiene en la esclavitud?

-¿Os parece poco el derecho de compra?

-Recordad aquellas palabras de un sabio: no puede haber derecho contra derecho; así, el derecho de compra no puede ser derecho, porque destruye el derecho de libertad.

-Yo seré más práctico contestándoos con esta interrogación: ¿es o no derecho el que adquiere el amo al comprar un negro?

-No lo es.

-¿Por qué razón? Según vos, ¿los amos no tienen derecho sobre sus esclavos? ¿luego deben perder el dinero que por ellos han desembolsado?

-Sin duda, deben perderlo. El Rey que vende al prisionero, vende lo que es inalienable. Por consiguiente viola un derecho. ¿Qué es lo que compra el traficante de esclavos? compra lo que no es vendible; y el que compra al traficante no hace más que volver a comprar lo que en su origen no es más que un robo.

¿Quién debe entonces reportar el perjuicio? ¿el negro que es vendido por la violencia, o el que especulaba con ese abuso de la fuerza bruta?

-Os volveré a repetir que sois muy ideal en vuestros pensamientos. Querría por un momento veros practicando lo que me decís.

¿Os atreveríais a ello?

-Sí, señor.

-¿Y qué haríais con una masa de hombres incapaces, que se os presentase a pedir trabajo? ¿qué responderíais a los que despojados de sus capitales os pidiesen un resarcimiento a sus perjuicios? ¿qué haríais, por fin, cuando el país no produjese por la falta de brazos, por el abandono de las industrias?

Entonces no opinaríais como ahora; porque los hechos os horrorizarían.

-Suponiendo que la libertad de los esclavos produjese los resultados que me indicáis, lo cual es erróneo, yo no me detendría por eso.

Nada me importa la ruina de los capitalistas, la falta de producciones; yo contestaría a esos temores:

«Vale más la salvación del principio libertad».

¿Pero a qué ir tan adelante?

La abolición de la esclavitud haría perder a los capitalistas, pero a industria ganaría, porque el negro tendría que trabajar para comer, y la diferencia en la producción sería triple, por cuanto el trabajo del hombre libre es mayor que el del esclavo.

El abate se sonrió al oír este modo de razonar y lejos de juzgar a Moyén adversamente, le creyó falto de razón.

-Me ha gustado, señor -le contestó-, la última razón filosófica que me habéis dado, de que nada os importa la destrucción de un país por salvar un principio.

Luego la conveniencia pública, que es la primera ley de un estado ¿es una mentira?

-Cuando la conveniencia nace de causas antisociales, la ley del estado no es la conveniencia material, sino la conveniencia que nace de la justicia.

-En eso es imposible convenir; porque delante del orden y de la prosperidad pública, todo debe callar.

Eso lo conoce el mundo entero.

-¿Qué haríais hecho, señor abate, si se os hubiese presentado un país sin religión, que viviese feliz adorando dioses falsos?

¿Le haríais predicado el Evangelio?

-Por supuesto que sí.

-¿Y por qué no respetáis en tal caso la conveniencia pública?

-Porque de ese modo yo no operaría sino en el espíritu, y lejos de perjudicarles, les haría un bien al enseñarles la verdad.

-Pues el caso actual es el mismo; y para que no lo dudéis, recordad que Jesucristo trastornó el mundo entero para hacer triunfar un principio.

¿Respetó acaso la conveniencia material?

-¿Y a que vais tan lejos? Jesucristo predicó la religión del verdadero Dios y ante misión tan grande, nada importaba la paz del mundo.

-Jesucristo, señor abate, sacrificó la sociedad para salvarla y la salvó haciendo triunfar la justicia.

Luego ¿qué extraño es que yo opine del modo que he manifestado por extinguir un mal, una institución emanada de los tiempos tenebrosos? ¿No es un principio la libertad? ¿y por qué arredrarse del triunfo de él? La libertad es anterior al mundo y nada importa que el mundo perezca por conservarla.

El abate, como hemos dicho, se sonreía; pero se quiso formalizar al verse atacado a nombre de la religión cristiana; mas ya era tarde, porque Moyen había establecido la cuestión bajo un punto de vista singular, así fue que por no chocar, prefirió contemporizar con el reo para de ese modo vencer su persistencia.

-Todo está bien, mi amigo -repuso el jesuita-; yo soy de vuestra opinión en gran parte, pero creo que es imposible hacer lo que vos queréis de un modo tan rápido y chocando tan abiertamente con las preocupaciones. Mi interés es salvaros de lo que os espera; ¿no sería mejor que renunciaseis a vuestras ideas aparentemente y marchaseis poco a poco a fin de conseguir lo que deseáis? Yo os ayudaría en tan grande obra.

Moyen se abismó al oír estos consejos; tuvo la satisfacción de verse triunfante; pero confundido, al escuchar una propuesta tan inesperada.

Al principio, Moyen estuvo para aceptarla, creyó en las intenciones del jesuita, pero la resolución lo embargó por algunos momentos y se puso a meditar.

El veneno estaba muy encubierto.

El jesuita miraba de reojo al reo y se complacía al verlo indeciso.

-Esta presa es mía -se dijo para sí-. Está dudando ya, esto es avanzar mucho.

Moyen pensaba en lo que envolvían las palabras *renunciar aparentemente*. Mil ideas surcaban por su cabeza.

¿Sería conveniente aceptar tal partido? ¿no se vulnerarían los principios que defendía?

Esta última consideración le detuvo, se le presentó la que le aconsejaba el jesuita como indecorosa y falaz. El pensamiento vistió con imágenes degradantes la transacción.

-Si la verdad es verdad -se dijo a sí mismo-, ¿por qué ocultarla?

Esta idea le condujo a comprender lo que encerraba la propuesta del abate; su juicio se fijó en lo grandioso de la misión del hombre, y luchando su espíritu contra la falsía del medio que se le proponía, Moyén no pudo contener la expresión de su corazón.

-El medio que me proponéis, señor abate, es inicuo.

Prefiero morir, antes de aceptar una villanía.

El jesuita se sorprendió al conocer este resultado, pero encubrió la impresión que le hacía, y lejos de llevar las cosas por un camino extremo, volvió a la conquista del hereje revistiéndose de un aspecto sencillo e inocente.

-Me sorprendéis, mi amigo, con tales contestaciones.

¿En qué he podido ofenderos? ¿cuál la villanía, el medio inicuo que os he propuesto?

Id con calma y veréis de distinto modo.

-Señor abate -repuso Moyén-, al proponerme una renuncia aparente de mis ideas, me habéis querido perder para el mundo; porque una renuncia aparente, es una aparente defección, un engaño.

Si mis ideas son buenas, ¿a qué decir que son malas en público? ¿no hay un engaño en esto? ¿no hay una falta de conciencia?

-Carecéis de mundo, mi amigo. El mundo os falta al hablar de ese modo. ¿Qué es lo que queréis? el triunfo de un principio, me habéis dicho: pues bien, ¿preferiríais perderos y perder el resultado que anheláis, siguiendo un método que repulsa la sociedad, o emplear lo que la sociedad quiere para conseguir el mismo resultado? Siguiendo o persistiendo en las ideas de que se os acusa, mañana iréis a morir en una hoguera y la sociedad os maldecirá.

Con vos perecerán vuestras ideas y todo se habrá perdido; al paso que engañando a ese público para hacerle el bien, lo cual es permitido, os salvaréis vos y venceréis al fin.

-No apruebo ese sistema, porque el solo hecho de renunciar a mis ideas, convence al público de que son malas, y con esto se habrá perdido la fe en mis convicciones, mientras que yendo a morir en una hoguera, la sociedad que me maldiga, verá en mí una víctima sacrificada al triunfo de un principio.

Ninguna causa triunfa sin el martirio de sus apóstoles.

Y sobre todo, señor abate, yo no podría traicionar mis convicciones por nada de lo que hay en este mundo, aun cuando tuviese la conciencia de que hacía bien al público.

-Con hombres tan pertinaces -dijo el abate-, todo raciocinio es inútil.

-Las matanzas de los primeros cristianos fueron por una pertinacia también.

-¡Y cuántos bienes no habrían hecho -repuso el abate-, si hubiesen sido más astutos para propagar la religión!

-El cristianismo habría sucumbido, señor abate, porque gracias a esas pruebas inmortales es que el paganismo se vio derrotado.

Gracias a la crucifixión del Cristo, que el orbe creyó en su doctrina.

Gracias a esas pruebas de abnegación, que la luz brilló para todos.

-Mi amigo, todo es muy hermoso en teoría, pero en la práctica todo lo contrario. Cuando se quiere atacar un mal o se quiere hacer una reforma, es preciso consultar el estado de la opinión pública, contemporizar con ella hasta cierto punto; no chocar directamente con ella, porque los espíritus se alarman, se predisponen, y lejos de aceptar el bien o los principios, que se le proponen, los desecha con odio. Mas, seguid un camino distinto, plegaos a las costumbres, id poco a poco infiltrándoles lo que queréis, y entonces un modo insensible conseguiréis en dos o más años lo que conseguir en un día. ¿Hay en esto un mal proceder? Decid que la prudencia obrará entonces y no la villanía.

-Yo pienso de distinto modo, señor, porque soy franco y tengo la convicción de mis opiniones. Con el mal, con el error, jamás debe contemporizarse. La sociedad puede resentirse de un ataque violento, pero gana, porque se acostumbra a los procederes claros que ahorran tiempo, no oscurecen la verdad, y la vida de mentiras y falsías llega a desaparecer.

El sistema de los engaños es perniciosísimo por cuanto descansa en la mentira.

El que hace uso de tal sistema, lo hace nada más que porque le falta el valor para arrostrar la grito pública.

En todo ello, no se descubre sino un fondo de debilidad y de egoísmo.

¿Qué diríais, señor, si encontrándoos en guerra con una nación, el jefe enemigo al veros fuerte os dijese: «estoy rendido» y vos marchaseis en esa creencia a tomarle, y al tiempo de llegar donde él, fueseis atacado?

¿No diríais que era una perfidia?

Por cierto que sí, una traición.

Lo mismo, lo mismo podría decir el público de mí, si aparentemente me rindiese para herirle por la espalda.

¡Oh! yo no acepto jamás tal proceder.

Si hoy engañáis para hacer el bien, ¿quién me asegura que mañana no engañaréis para hacer el mal?

¿No es una escuela réproba enseñar a la sociedad que cimente sus operaciones en bases tan odiosas?

Ahora mismo, ¿quién me diría que vos no me engañáis?

Llegaréis a vencer quizás, pero habréis sustituido al error un mal peor, el hábito del engaño.

Proceded francamente, perderéis al principio, pero al fin si triunfáis, triunfaréis completamente, porque el error desaparece sin dejar otros males a curar.

He aquí por qué reprobé con todas mis fuerzas lo que me proponéis.

El abate comprendió que era inútil proseguir adelante con este método de conversión.

Moyen había herido en el corazón la doctrina del jesuita: era, pues, infructuoso el continuar.

La hora era avanzada y la conferencia de aquel día iba a tocar a su fin.

El jesuita no quiso desesperar de Moyen y en vez de cortar con él, procuró conservarlo adicto a su persona.

La conversión de Moyen era un asunto que daría crédito y gloria a la orden que la consiguiese; por eso el empeño de Rodríguez en granjearse el aprecio del reo.

-Creo, mi amigo -le dijo el abate, poniéndose de pie en actitud de irse-, que hoy es demasiado tarde para seguir adelante.

Nos queda un día más, y no desconfío en que vuestro talento os llevará al buen camino.

Ocupadme en lo que creáis útil.

Mañana vendré, y con lo que hayáis pensado sobre lo que ahora hemos conversado, creo que podremos entendernos.

¿Se os ofrece algo?

-Gracias, señor abate, gracias -repuso Moyen con el rostro sombrío.

Necesito todo, porque todo me hace falta.

Haced por lo menos que me quiten las esposas.

-Haré lo posible, mi amigo; pero estoy seguro que nada conseguiré, porque los encargados de esta cárcel son muy crueles.

Si por mí fuese, yo os pondría en libertad.

Moyen manifestó su gratitud agachando la cabeza, y el abate Rodríguez salió del calabozo con la esperanza de obtener algunas ventajas al día siguiente.

CAPITULO XVIII

Quién era el carcelero

Moyen quedó en el estado de resignación que acostumbraba.

Cargado de prisiones, la fe en sus ideas le hacía encontrar un consuelo en el martirio que sufría.

Luego que el abate salió, volvió a tenderle en el cuero que le servía de cama.

Era ya tarde, el sol principiaba a ocultarse y Moyen buscaba en el sueño un lenitivo a las largas horas de oscuridad y de silencio en que vivía.

Nada esperaba, a no ser la llegada del día siguiente en que el abate debía venir a continuar la conversión.

El reposo principiaba a encontrarlo en el adormecimiento que precede al sueño, cuando sintió correr el cerrojo de la puerta del calabozo.

-¿Qué será esto? -se preguntó a sí mismo; y levantando la cabeza fijó su vista en la puerta que se abría.

El carcelero se presentó entonces trayendo una luz.

-Señor Moyen -le dijo-, vengo a quitaros las esposas.

Moyen se sentó con gran trabajo, y con algún asombro y alegría presentó las manos al carcelero.

-Aquí están -le contestó-, extendiéndole los brazos.

El carcelero se acercó, y con un martillo y un fierro procedió a hacer saltar la chaveta que aseguraba las esposas.

-¿Mucho os habrán incomodado, señor? -le preguntó el carcelero, a medida que golpeaba el fierro.

Moyen se sorprendió al oír que el carcelero lo dirigía la palabra.

-Bastante -le contestó.

-Habéis conseguido lo que nadie ha conseguido.

Sois bien afortunado.

-¿Por qué me decís eso?

-Porque se os ha mandado quitar las esposas, daros buen alimento y cama para que durmáis.

-Y también -agregó Moyen-, ¿que converséis conmigo?

-Sí, señor, todo lo debéis al señor abate Rodríguez.

El carcelero continuaba sacando la chaveta.

-Es mucho favor este -repuso Moyen.

Celebro que un sacerdote se haya conolido de mí.

-Es muy bueno ese señor.

-Sí, muy bueno.

¿Y por qué no me contestabais antes cuando os dirigía la palabra?

-¿Por qué? porque habría quedado excomulgado en el acto y habría venido a ocupar un lugar junto a vos.

-¿Quién os lo ha dicho?

-¡Que! ¿no sabéis que el que había con un hereje sin licencia, queda excomulgado?

La chaveta cayó a un fuerte martillazo y el carcelero tomó en sus manos las esposas.

Moyen respiró con gusto.

-Me parece que estoy libre -dijo-, al sentir sus manos desembarazadas.

Tal es el placer del oprimido cuando siente el menor alivio en sus prisiones.

El carcelero se paró entonces y preguntó a Moyen:

-¿Qué queréis comer?

-Lo que queráis darme -le contestó-, porque tengo hambre.

-Pues bien, voy a traeros pronto una cosa ligera, que os ha mandado el abate.

El carcelero salió dejando la vela sobre la mesa.

Moyen no atinaba a explicarse este cambio.

-¡Quizás mi último día esté próximo -se dijo-, y por eso se me quiere alimentar!...

Al cabo de algunos minutos, el carcelero se presentó trayendo una fuente de plata ocupada por un asado.

La colocó al lado de Moyen.

Volvió a salir y trajo una media botella de vino, un cubierto y enseguida la cama ofrecida.

-¿Estáis contento ahora? -preguntó el carcelero al reo.

-Estoy muy agradecido. ¿No queréis tomar algo de lo que me habéis traído?

-Gracias, señor, gracias.

Moyen principió desde luego a comer.

El hambre por una parte y el tiempo que no probaba un pedazo de alimento como ese, lo hicieron olvidar su situación.

El carcelero se quedó de pie esperando a que Moyen concluyese.

-¿Está bueno el asado?

-Muy bueno.

-Lo creo, señor, porque nada hay malo cuando hay hambre.

-Tenéis razón.

Y Moyes seguía comiendo.

-Si ahora años hubiese tenido un pedazo de carne como ese -interrumpió el carcelero-, ¡cuán distinta sería mi suerte!

Estas últimas palabras las pronunció con tanta tristeza, que reveló no hallarse contento con el empleo que tenía.

Moyes se fijó en ellas y preguntó al carcelero:

-¡Qué! ¿no estáis bien en el puesto que ocupáis?

-¿Quién puede estarlo, señor, sino obligado por alguna necesidad?

-Pues yo creía que servíais por gusto.

-No, señor, no puede servirse por gusto un destino como este.

-¿Y por qué estáis en él entonces?

Moyes sirvió un poco de vino en el jarro que tenía a su lado y bebió con alegría.

-Estoy por castigo, no por mi gusto.

-Me extraña lo que decís.

-¿Creéis que un hombre puede estar por gusto dando alimento y guardando a los que han de morir en sus calabozos o en el tormento?

-Yo creía que ese destino era voluntario.

-Estáis equivocado, señor. Quizás vos lo serviréis mañana...

-¡Yo! -dijo Moyes con espanto-. ¡Yo!

-No os asustéis. Vos, señor.

-¿En que os fundáis?

-En que si sois condenado, se os puede conmutar la pena en carcelero, verdugo u otro destino parecido.

-Aun cuando me destrozasen, no admitiría alguno de esos destinos.

-Lo mismo decía yo antes de ser carcelero, más la necesidad me obligó.

-La necesidad jamás obliga a infamarse.

-Eso es bueno para dicho -repuso el carcelero con una sonrisa de experiencia-, mas no para ejecutado. Cuando se os principie a aplicar un hierro hecho ascua, entonces convendréis conmigo, como yo convine a mi vez.

-Qué ¿habéis estado preso aquí?

-Sí señor, por eso os hablo de este modo.

-¿Por qué causa?

-Porque el hambre me hizo gritar por las calles y proferir palabras inmorales y sediciosas.

-¿Podéis contarme lo que os pasó?

-Sí, señor, pero cuento con vuestro sigilo por si llegáis a ser indultado...

-No tengáis cuidado.

El carcelero se asomó a la puerta y luego volvió a sentarse en una de las sillas de baqueta.

Moyen siguió comiendo despacio y bebiendo de cuando en cuando algunos tragos del vino que tenía al lado.

-Pues señor -dijo el carcelero-, que era un hombre cano y algún tanto avejentado; como habréis conocido por mi voz y semblante, soy italiano.

-Decís bien, se os conoce en el acento.

-Yo vivía en Roma ahora cuatro años y trabajaba de pintor.

Ganaba lo necesario para comer, pero no contentándome con tan pequeña entrada, resolví venirme a la América, porque esto de ser rico es mucho halago.

-Este es el pecado que hoy estoy pagando en gran parte -le interrumpió Moyen.

-¿Sois codicioso?

-No; pero quise tener fortuna para volverme a Europa.

-Pues bien; sucedió que arribé al Brasil y allí principié a trabajar.

El negocio no daba bastante, y con este motivo me vine a esta ciudad.

Al principio lucré algún dinero y tenía esperanza de hacer fortuna.

En este estado permanecí un año, hasta que me vi acometido de fiebres continuas que me debilitaron al extremo de no poder trabajar.

Durante algún tiempo me alimenté con los ahorros que tenía, pero estos se concluyeron y tuve que vender cuanto poseía.

Una vez que me encontré con el alma y el cuerpo solos, la necesidad me hizo salir a pedir limosna por las calles.

Había días en que recogía lo suficiente, pero otros en que me recogía sin alimentarme.

Mi situación era horrible, la paciencia me faltaba porque luchaba sin cesar entre la necesidad y la vergüenza.

Llegó uno semana, señor, en que me pasé los días sin probar alimento.

La situación a que había llegado me era insoportable.

Pensé largo tiempo sobre el medio de mantenerme, y no encontré recursos en mi imaginación; mas al fin supe que los presos eran alimentados por el Estado, y la noticia vino a abrirme un horizonte de esperanzas.

Pero ¿cómo estar preso? era necesario cometer un delito: esta idea me espantó.

Cometer un delito para comer...

Pensé en ello y resolví morirme antes de dar tal paso.

-Apruebo vuestra resolución -le interrumpió Moyén.

Eso es noble y digno.

-Realmente, señor, noble y digno cuando el estómago tiene algún alimento, mas esas ideas se pierden cuando el hambre despliega su furor.

-No siempre.

-Así lo creía, y en esa idea permanecí hasta que sentí desfallecer mis fuerzas, nublárseme la vista y caer mi cuerpo.

El hambre me asaltó con vehemencia y mi juicio se trastornó.

En nada pensé entonces, salí a la calle y me paré en medio de ella, gritando:

«¡Tengo hambre! ¡tengo hambre!».

Una multitud me rodeó, más nadie me extendió la mano para socorrerme.

Está loco, decían, y algunos se reían de mi desesperación.

Yo continuaba gritando hasta que perdí las esperanzas de ser socorrido; entonces principió a declamar contra la autoridad, contra el Papa.

La concurrencia se aumentaba, y ciego de debilidad caí en tierra, diciendo:

¡Malditos sean los hombres que no se compadecen del pobre!

Yo no vi más porque perdí el conocimiento.

A las seis de la tarde volví en mí y me encontré en esta cárcel encerrado en un calabozo.

Recordé, y vi a mi lado un pan y un plato de comida.

¡Gracias a Dios! dije entonces, ¡tengo qué comer!...

-¿Y esa es la causa porque se os encarceló? -le preguntó Moyén.

-Esa, señor.

El carcelero dejó correr entonces una lágrima de dolor por sus mejillas.

-¿Y cómo vinisteis a ser carcelero?

-Porque el tribunal me sentenció por las palabras que había proferido, a perder la mano derecha en el fuego o a servir este destino.

-¿Y por qué no admitisteis lo primero?

-Porque no pude soportar el dolor cuando principió la operación.

-¡Qué bárbaros! -exclamó Moyén.

-¡Y cuánto me temo que hagan lo mismo con vos!

-Moriré antes.

-Cuando sintáis sobre vuestros pies las ligaduras que os atan a un madero, que os impiden moveros; cuando sintáis carbonizaros poco a poco, bajo una llama lenta, no diréis entonces que preferís morir.

Moyen se estremeció al oír esta clase de tormento que se le esperaba, y dejó caer la cabeza sobre la barba en demostración de un dolor íntimo.

El carcelero se puso de pie entonces, y recogiendo el servicio que había traído, le dijo a Moyen:

-No os entristezcáis por ahora, yo os avisaré con tiempo cuando se os condone.

-Gracias, mi amigo. ¿Cuándo volveréis a verme?

-Cuando sea necesario.

El carcelero salió y dejó a Moyen con la vista fija en la puerta que se cerraba.

-Parece ser este un hombre de bien -se dijo, y se acostó sobre la nueva cama que le habían traído.

CAPITULO XIX

Tercera conferencia para la conversión de un hereje

Moyen, a pesar de lo regalado que había sido la noche anterior, no pudo dormir como debía esperarse.

El cambio de hábitos le había colocado en una situación febril; sin embargo, sus huesos descansaron en el blando colchón, y sus fuerzas se rehabilitaron algún tanto con el alimento que se le había servido.

La noche le fue llevadera.

Esperaba con impaciencia la venida del abate para ventilar la cuestión ardua de la soberanía de la razón; cuestión que hasta hoy agita aun el edificio social en sus bases política y religiosa.

No hay que dudarlo. El triunfo de la razón, de su independencia, es a los ojos de la filosofía la piedra angular sobre que tiene que basarse el régimen de la libertad.

El abate y el reo iban a ventilarla, a apurar la fuerza de sus creencias y de sus opiniones.

Moyen tenía razón en esperar al abate; porque su conciencia reposaba en la sanidad de sus principios.

El abate se presentó el día designado, a eso de las nueve, en el calabozo de Moyen.

La fisonomía del reo se alegró al ver al abate Rodríguez.

En el acto se sentó en la cama y contestó con amabilidad al saludo del jesuita.

-¿Habéis pasado buena noche, mi amigo? -le interrogó el abate, a tiempo que sondeaba con la vista el semblante de Moyen.

-Gracias a vuestros favores, señor abate, me he alimentado y descansado.

-Algo costó conseguir lo que habéis visto; pero al fin se logró aliviaros en lo posible.

-Estoy reconocido, señor abate, a vuestro servicio.

El abate se sentó enseguida con la calma del hombre que tiene la convicción de vencer a su adversario, y se dispuso a entrar en materia.

-Hoy es el último día -le dijo-, que tenemos para discutir.

Esta noche debéis comparecer al tribunal a defenderos; pero espero que saldréis bien, porque tengo la esperanza de que convendremos en la cuestión en que discordáis con nuestras creencias.

-Tendré el gusto de oíros -señor abate.

-Según me informó el padre Dominico, la cuestión última estaba reducida a que vos no admitíais otra autoridad en vuestras creencias que la de la razón, y que entre la razón y la fe, vos dabais preferencia a la primera. ¿Es así?

-Sí, señor.

-Pues bien, deseo saber el fundamento que tenéis para pensar así.

-Voy a explicarme -repuso Moyen-, acomodándose en la cama.

Luego que se hubo sentado con la comodidad posible, continuó:

-La autoridad que reconozco para mis convicciones, es el fallo de mi razón.

Os diré por qué: la razón es para mí la inteligencia, el juicio de ella. La inteligencia y la libertad son dos facultades emanadas de la Providencia y concedidas al hombre para que las ejerza.

Pienso de este o del otro modo, no en virtud de lo que otro piensa, sino por efecto de mi propia luz, de esa irradiación que recibo en mi espíritu, por lo que mis facultades perciben o por las impresiones íntimas que se elaboran en el alma. Las facultades con que Dios dotó al ser creado, no las hizo dependientes de poder alguno en la tierra.

La igualdad corrobora esta verdad.

No habiendo instituido poder alguno que nos domine a este respecto, y habiendo dotado a cada uno de la facultad de hacer lo que su inteligencia le aconseja, como también héchole responsable de sus actos, creo, señor, que el orden moral y material de las sociedades no puede admitir otra autoridad que la autoridad de la razón.

Si hay otro poder superior, lo desconozco.

-Vuestros principios son exactos, mi amigo -repuso el abate-; aunque no de un modo absoluto.

Podéis tomar por gula la razón en todos los actos de la vida, mas no en aquellos que Dios ha puesto fuera de su alcance.

Esto lo veréis especialmente en la religión.

En la vida tenemos dos fenómenos a observar, que son obras de Dios: uno espiritual, imperceptible a los sentidos, pero que no por eso deja de ser menos real: la revelación de actos que son leyes divinas y cuya causa no es conocida por ser superior a la inteligencia del hombre; y otro material, que es perceptible y sujeto al alcance de la razón del hombre.

Así, diariamente observaréis fenómenos que parecen increíbles, que procuraréis estudiar y que sin embargo no podréis daros cuenta de la razón que los produce. Sin embargo, tenéis que creer en ellos sin comprenderlos, en virtud del poder de la revelación que es superior al de nuestra razón.

Es a este poder al que nosotros llamamos fe. ¿No convenís en la exactitud de lo que os digo?

-Permitidme una distinción.

Una cosa es lo que no se puede comprender, pero que creemos porque no está en pugna con la razón; y otra cosa es lo que se puede comprender y que desechamos porque es opuesto a la razón, como el absurdo.

Puedo aceptar fenómenos incomprensibles, como por ejemplo, la acción de los astros en las producciones de la tierra, las mareas y los acepto porque nada tienen de antirracionales, como hechos cuya explicación sabré algún día; pero no puedo aceptar sin ponerme en pugna con mi conciencia, con la justicia eterna aquello que conozco es el mal, el error, la injusticia; porque obrando de otro modo sería suponer dos pensamientos

contradictorios en el Creador: que me había concedido la facultad de juzgar y al propio tiempo la negación de esa facultad.

-No confundáis las cosas.

Os he reconocido que la facultad de juzgar, de razonar, la tenéis siempre, pero limitada.

Esa limitación no es contradicción.

-Es contradicción, señor, por cuanto si se me concedió la facultad de razonar, no fue para que ese razonamiento tuviese que someterse a lo que él negaba.

¿Que es la fe? creer lo que no se comprende, aun cuando pugne con la razón: luego si debo creer lo que rechaza mi razón creo una cosa que la inteligencia me hace condenar. Según vuestra doctrina, mi razón, razona sin que le sea lícito razonar y tiene que juzgar en contra del convencimiento que me suministra.

Por ejemplo: si la fe me ordena creer que el papa es infalible y la razón me dice que no crea tal cosa, ¿a cuál debo obedecer?

-A la fe.

Luego se me obliga a creer lo que no puedo creer, se me manda destruir la convicción que me sugiere mi inteligencia.

¿Y que haré en tal caso? es natural que siga el juicio de mi razón, porque así fui constituido.

Obrar de distinto modo, sería pretender reformar la creación.

-Esa contradicción que creéis encontrar y que en la apariencia es tal, desaparece enteramente considerando las cosas con método.

En esto de la razón hay que hacer una distinción o separación, es decir, considerarla según sus facultades y lo que es en sí.

Mirada bajo este último punto, la razón es una facultad dada por Dios para dirigir nuestros actos.

Mirada bajo el primero, esa facultad existe, pero no como vos creéis, con el poder, con el derecho de juzgarlo todo.

Juzgaréis lo que Dios ha puesto a vuestro alcance y en esto seréis omnímodo; pero no aquello que no ha demostrado, porque en ello abusaríais de la facultad acordada.

Al propio tiempo que se nos dio la facultad de razonar, se nos impuso también el deber de no emanciparnos totalmente del Creador; por eso es que estamos sometidos a él, haciéndole el sacrificio de no investigar sus arcanos, y creer lo que él nos ordena. Esa dependencia, es el lazo que nos une al Hacedor Divino, porque así reconocemos nuestra pequeñez, y de ahí nace esa sublime virtud de la humildad que nos eleva al cielo.

No podéis tener dificultad en aceptar esta doctrina, porque vuestra razón comprende que hay necesidad de sacrificarla a ella. En tal caso vuestra razón juzga si los preceptos que os mandan tener fe son o no divinos. Para ello os basta examinar si Dios es o no es autor del derecho revelado. Si lo es, vuestra inteligencia tiene que satisfacerse con el reconocimiento del hecho, pero nunca ir a investigar la razón que tuvo Dios para producirlo, porque eso equivaldría a querer juzgar el juicio del mismo Creador.

Por esto os decía: que no había contradicción en la limitación del poder de la razón. Habrá, si queréis, un misterio, pero nada más que un misterio.

De lo que os acabo de expresar se deduce: que la razón del hombre está subordinada a la razón de Dios, y que el derecho revelado, que es el que constituye la fe, es superior a la razón frágil de las criaturas.

-Esa limitación, señor abate -repuso del Moyen-, que establecéis, no existe para mí, porque es el absurdo más manifiesto pretender que el hombre sea y no sea, exista y no exista a un mismo tiempo. La libertad es el poder de hacer o no hacer lo que la justicia permite. Para conocerla, ¿qué haré? Estudiar la ley.

El estudio de ella tengo que hacerlo por medio de mi propia razón.

Ahora si se me dice: no pienses por ti mismo es claro que se me esclaviza, y vengo a quedar dependiente de otro pensamiento, de otra voluntad. De donde resulta: que el limitar la razón es esclavizarla, es decir, que el ser pierde su libertad.

Desde que no es libre pasa a ser un ente que se mueve y ejecuta actos a impulso de una fuerza extraña.

Así veréis que la personalidad humana desaparece, desaparece la responsabilidad de las acciones y la obra del Creador es mutilada.

A esto me decís, que estáis conforme; pero que no debo olvidar al mismo tiempo la limitación impuesta a mi razón.

¿Limitación para pensar? ¿limitación para razonar? ¿cuándo? ¿de qué modo?

Yo no sé más, sino que tengo una razón, una razón dada por Dios. Si esta razón que me fue dada para juzgar, para ver la verdad y ajustar a ella mi proceder, está limitada al propio tiempo para no juzgar, para no ver la verdad, es claro que se me concedió dos facultades; la de ver y la de no ver lo que veo.

¿Es todo esto razonable, señor abate?

Por otra parte, ¿con qué razón Dios limita mi razón? ¿es para que seamos humildes y reconozcamos nuestra pequeñez?... Esa no es razón que explica la limitación. El orgullo humano bien podría revelarse creyéndose lo que no es; podría pretender alcanzar una grandeza que no le es permitida; pero todas esas aspiraciones no serían fruto de la razón sino del extravío de la inteligencia débil de algún mortal.

La humildad nace precisamente del juicio que uno se forma de la inmensidad del Creador.

Ahí están esos soles que nos bailan con sus luces, esos cielos que nos extasían Con su grandeza ¿qué mayor prueba de lo pequeño que uno es y de la inmensidad del Eterno?

Si queréis limitar la razón a nombre del que la creó, no obtendréis otro resultado que el atribuir a Dios el pensamiento de que el hombre fue lanzado al mundo para que viviese como un rey ciego de la creación, condenado a saber que hay luz y no verla, y a aspirar a las regiones de lo bello sin poder penetrar en ellas, a que sienta los dones del Padre universal sin consentir le adore admirando y conociendo sus obras.

¿Qué objeto puede presumirse al suponerle que impidió al hombre tomar conocimiento de sus leyes y de sus creaciones? ¿Puede creerse que Dios temió le comprendiese el hombre? que en la razón que tuvo para crear el universo ¿hay algún pensamiento indigno de su esencia?

Si todo esto es inadmisibile ¿qué razón dar para decir que la razón está limitada en su ejercicio, para que no penetremos en lo más sublime del pensamiento divino?

Decidme, señor abate, ¿cuál es por fin la explicación razonable que puede impedir razonemos en la razón del Eterno?

-He ahí, dijo el abate, lo que es preciso creer por la fe, porque es imposible averiguar esa razón que buscáis. «Felices los que creyeron y no vieron», ha dicho Jesucristo.

Esta es la autoridad que nos ordena no pasar más allá.

-Dejemos los textos, señor abate, porque si sometemos nuestra razón a la autoridad escrita, nada avanzaremos. A este texto, podía decirnos también lo que Jesucristo, revelando la luz con que todo hombre viene a este mundo, decía a la faz de los judíos espantados: «todos sois dioses, todos sois capaces de hacer iguales cosas y aun mayores que las que hace el Hijo de Dios, el Verbo hecho carne». (San Juan)

-Pero eso no niega que debéis someteros a la autoridad del derecho revelado, que os he expuesto.

-¿Cómo no lo ha de negar? Al decir tales cosas, proclamó de una manera indisputable que la razón o la luz de todo hombre, es la participación de la luz o de la razón del Creador.

De ese modo afirmó la independencia del pensamiento de todo hombre.

-Es verdad que en esas palabras se sanciona la independencia de todo hombre, pero la limitación de esa independencia está en las palabras que os he citado.

-¿Y cómo sabéis que esas palabras limitan la independencia?

-Porque el sentido común lo demuestra.

-Luego ese sentido común, ese fallo que yo llamo razón, es el que os hace afirmar tal cosa.

Luego vos mismo anteponéis la razón al texto; porque sin ella no podríais explicaros la interpretación que lo dais.

Y si por obra exclusiva de vuestra inteligencia deducís una limitación de tan sencillas palabras, ¿qué me diríais si yo dedujese otra consecuencia distinta?

-Os diría que errabais.

-¿Por qué?

-Porque lo que yo he deducido es lo mismo que han resuelto los concilios y la costumbre.

-¿Y quién dio facultad a los concilios para resolver tal cosa?

-El poder de la infalibilidad conferido por Dios.

-¡Oh! eso no es exacto. La infalibilidad y la limitación de la razón la habéis deducido vosotros de los textos del Evangelio, y esa deducción la habéis hecho porque así habéis pensado, porque así habéis razonado. Si habéis razonado, no ha sido por cierto en virtud de un privilegio, sino en virtud de la libertad que tenéis de razonar. Antes de adoptar esas interpretaciones, razonasteis; y antes de dar vuestro fallo, erais falibles y teníais la facultad de pensar sin limitación, porque tentabais nada menos que el explicar la razón que Dios tuvo para sentar tales principios.

Siempre, pues, tenemos de precursora la razón; y si la razón precede a todo juicio, y antes de ese juicio os considerabais falibles y con facultad de investigar, ¿de cuando acá se viene a negar la independencia del pensamiento? ¿Me diréis que solo aquellos hombres de los concilios tuvieron esa facultad? Establecéis en tal caso de hecho el privilegio de que otros piensen por nosotros, y esto es anticristiano y antievangélico.

Pues bien, yo con la misma facultad que los comentadores del Evangelio, juzgo que el juicio de ellos fue errado: que las palabras «Felices los que creyeron sin ver», no son la institución de la fe ciega, sino un consejo de virtud para los que sin alcanzar a darse cuenta de los hechos, creen en ellos por amor a la justicia. Juzgo además que las palabras: «lo que ataréis en la tierra atado será en el cielo», no expresan la infalibilidad absoluta de los pontífices, sino la infalibilidad subentendida de atar lo que justamente fuese atado. Y aun más, de que ese poder le fue dado a todo hombre y no a San Pedro solo; porque el mismo Jesucristo ha dicho también: «todos sois dioses (entendiéndose al obrar en justicia) *capaces de hacer iguales cosas y aun mayores que las que el Hijo de Dios ha hecho*».

-Si desconocéis la autoridad del derecho revelado, si ponéis en duda el poder con que los santos padres han explicado las escrituras sagradas, es porque no sois cristiano, y a los sectarios del ateísmo o del deísmo no puede argüirse con los principios fundamentales del catolicismo.

Vos desconocéis la fe y pretendéis destruir el derecho de la Iglesia por fallo vuestro. No respetáis la autoridad de diez y ocho siglos: nada respetáis. Queréis penetrar en lo que nos es prohibido penetrar: yo no puedo desde luego discutir con vos.

-¿Me creéis ateo? ¿Me juzgáis deísta por mis opiniones? ¡a mí, señor, que adoro a Dios; a mí que gracias a él no tengo manchas que me hagan bajar la frente! Yo que admiro y respeto, que me humillo y me postro ante el Dios de la inmensidad; ¡que cumplo con sus mandatos amándole y amando a la humanidad! ¡oh! señor abate -exclamó Moyén lleno de unción y de ardor-; yo no soy lo que vos creéis; soy cristiano, un sectario que defiende al Cristo de las calumnias que se le prodigan haciéndole responsable de las iniquidades de los hombres; no soy más.

-¿Sois cristiano y no os sometéis a la Iglesia? ¿cuál es entonces vuestro culto, el culto que tributáis a Dios?

-Para mí, Dios está en todas partes y en todas partes le adoro.

Cuando me paseaba por el mundo yo le adoraba en el templo de la naturaleza.

Cada objeto de la creación, cada arbusto, cada flor, cada montaña, toda la inmensidad que tenemos a nuestra vista eran para mí otros tantos toques de arrobación hacia la Providencia.

Mi pensamiento no ha encontrado límites al culto que debemos tributarle.

Hoy, que me encuentro privado de la luz y del espectáculo de la creación, adoro a Dios en el santuario de mi corazón; ¡este es el último templo en que el hombre adora al Dios de bondad y no de venganzas!... señor abate.

-¿Y cómo habíais de convencerlos, cuando bajo todas sus faces no sois más que un hereje? -exclamó el jesuita, que comenzaba a indignarse del fracaso de sus esfuerzos.

-¿Pero convencerme de qué?

-De la santidad, de la divinidad de nuestra religión.

-Yo no niego esos atributos a la religión de la justicia, a la religión de Cristo.

-Pues si no los negáis, ¿por qué negáis la superioridad de la fe?

-¿De qué modo me habéis probado esa superioridad para que reprochéis una convicción no discutida?

-¿No os he demostrado lo que es el derecho revelado?

-No, señor abate, porque me habéis dicho que la fe me manda creer sin convencerme.

-¿Y pretendéis poner en duda eso?

-No solo lo dudo, sino que lo niego.

-Pues a esa negación es imposible contestar razonando, porque nuestro pensamiento se extravía.

-Y sin embargo, señor abate, vos me decís que no se puede razonar y razonáis al propio tiempo.

-Razono, para convencerlos y nada más, y ese razonamiento se apoya en lo que ha resuelto la Iglesia.

-¿Pues que hacéis al hablar sino razonar? Para destruir la razón, razonáis, ¿no es esta la mejor prueba de la verdad de mi doctrina? Para imponerme la fe, hacéis uso de la razón, y sin embargo que ella precede a la primera, aun para vuestros fines, vos queréis subyugarla en mí. Para atacar la razón tenéis que razonar, y si alguna vez llegaréis a apagarla, el mundo sería un cadáver porque le quitaríais la palabra, la libertad, que es la personalidad de cada ser.

El abate se vio reducido a contemplar con lástima a Moyén.

Este había llevado la cuestión a un terreno tal, que el jesuita prefirió callar, porque se vio sorprendido con la nueva lógica del reo.

Los estudios que había hecho, no le habían prevenido contra tales argumentos, así fue que se resolvió a pintar a Moyén el resultado que le esperaba si persistía en sus doctrinas.

Dejó la vía del razonamiento en que se había comprometido, y procuró conmovérle hablándole a la sensibilidad.

Hubo un rato de silencio después del cual el abate volvió a dirigir la palabra a Moyén.

-Por lo que veo, mi amigo -le dijo el jesuita-, es inútil continuar disertando como lo hemos hecho, porque no saldremos de un círculo en que el pensamiento vaga.

Mirad la cuestión bajo otro aspecto.

¿Qué sacaríais con declarar la emancipación del pensamiento? Los resultados vienen a probar los beneficios que resultan de limitarlo.

Declarad la razón independiente, y de hecho caerá el orden social, porque la autoridad política perdería su fuerza, no habría un poder que limitase o contuviese las exigencias anárquicas de cada uno.

Pero contened esas exigencias, y entonces el orden continuará, habrá obediencia, y en la obediencia encontraréis la prosperidad pública.

Esto es lógico.

-Lógico realmente -contestó Moyén-, pero lógico para perpetuar el orden existente que reposa en el error y el mal.

-¡Qué! ¿no estáis contento con el desarrollo de las riquezas y la paz que reina?

-Prefiero la anarquía.

-Eso es monstruoso, señor Moyén.

-Nada de eso.

El mundo, señor abate, nos presenta un espectáculo elocuente de la necesidad que hay para desear un cambio en el orden actual.

En las sociedades se ve a la generalidad de los que la componen sufrir sin esperanza un yugo pesado que las degrada. Separemos nuestra vista si queréis, de esa porción que llamamos esclavos y cuya vida es la vida de la bestia: separemos la vista de esa porción que vive del trabajo cotidiano y que después de dar su vida por un pan jamás llega a saber lo que es el hombre, su destino, sus derechos, ni a columbrar los rayos de la eternidad; separémosla aun de la indigencia y del dolor que alimenta a esas masas que pueblan el universo; separémosla de ese mundo especial, y detengámosla un momento en lo que es esa paz, ese bienestar a que aludís; ¿qué encontráis? Al hombre viviendo de la explotación del hombre; clases y privilegios que devoran el sudor del pobre, insultando a los cielos con sus actos crueles y crapulosos. Encontraréis una porción de seres que a

medida que viven del fausto conseguido por medios nada honorables, no conservan en sus almas más que la última esencia de la corrupción. Autoridades absolutas, que pretenden derivar sus títulos de Dios para ejercer la venganza, y encharcar la tierra con pantanos de sangre humana. Encontraréis aun más; un fango de vicios y de mentiras, un lodazal de infamias y de depravación en donde la sociedad se revuelca con ansiedad buscando el placer, buscando el goce que cree oculto en los escombros de la prostitución. La religión calumniada, el derecho violado y en ese océano de crímenes la virtud maldecida...

-Basta, señor -interrumpió el abate-; basta, esas son fantasías; idealidades. El mal es patrimonio de este mundo y jamás lo destruiréis, porque aquí estamos para purificarnos y expiar nuestras faltas. Si no hubiese dolores, miserias, lágrimas, el mundo no sería mundo, sería gloria. Allá en los arcanos de Dios, solo podréis encontrar la solución de lo que buscáis; acá en la tierra nada se puede innovar, porque las sociedades han sido constituidas tal cual las habéis diseñado.

-Yo no haré ese agravio a Dios jamás, porque sus preceptos son para salvar las sociedades de ese estado, no para mantenerlas en él.

Si viese que fruto del Evangelio era el estado actual, entonces convendría con vos; pero veo que en ninguna parte se observa, y me corroboro cada vez más en mis ideas.

-¿Y de qué modo haríais practicar el Evangelio? ¿no veis que nuestra misión es predicarlo y enseñar su práctica?

-Esa es vuestra misión y la de todo hombre; sin embargo de que lo predicáis diez y ocho siglos ha, veo que la corrupción progresa.

-Progresa porque el pecado ataca nuestra obra.

-Decidme más bien, porque los medios que empleáis son malos.

-¿En qué os fundáis?

-En que no habláis a la razón de los que os oyen; en que lejos de predicarles el amor, les enseñáis el odio.

-¡Desgraciada de la humanidad si no tuviese el freno de la fe y de los castigos eternos!

-Pues más desgraciada no puede ser. Si empleaseis la razón en la educación, el hombre se convertiría; porque la verdad aparecería en todos; pero ella os quitaría también la autoridad absoluta que ejercéis.

El abate se resintió de estas últimas palabras de Moyén, y desesperando de la conversión se puso de pie violentamente, tomó su sombrero y le dijo por despedida:

-Prefiero cortar esta cuestión porque nuestras pasiones se exaltarían si continuásemos adelante. He cumplido con mi deber.

No he podido convertirlos. Llevo este dolor en mi pecho. Hoy se os condenará irremediabilmente con arreglo al derecho.

Se os enviará a morir en una hoguera; vuestros miembros sufrirán a pausas el efecto de las llamas; el tormento bastará para haceros desaparecer del mundo y lanzaros a las hogueras eternas del infierno.

Esto lo veo y lo siento; ¡pero qué hacer! ¡Adiós, hombre desgraciado!

Estas fueron sus palabras al salir del calabozo.

Moyen se estremeció al considerar lo que le esperaba, y lejos de desfallecer, respondió al abate que salía:

-¡Moriré dando testimonio de la verdad!

CAPITULO XX

Una sesión secreta del tribunal de la Inquisición

La noche del día en que había tenido lugar la última de las conferencias, estaba destinada para el juzgamiento de dos reos: Salazar y Moyen.

El primero de estos juicios iba a ser privado. El segundo público.

El Tribunal se componía de siete miembros y había sido citado para las ocho y media de la noche con el objeto de sentenciar a Moyen en plena sesión. Para darle solemnidad al juicio, habían sido invitadas las comunidades religiosas y las principales dignidades del estado.

Pero antes de este juicio público iba a tener lugar el juicio privado de Salazar.

De él no iban a conocer sino las personas que tenían un interés personal: el abate González y el Inquisidor Mayor.

Con este motivo, a las siete y cuarto de aquella noche la sala del Tribunal estaba alumbrada por cuatro bujías. Sus luces eran veladas por pantallas negras adornadas con dibujos colorados.

Dos personas aparecían sentadas bajo el dosel. Estaban cubiertas con una especie de dominó negro, teniendo en la cabeza un bonete que remataba en punta, del mismo color.

En el pecho de aquella vestimenta se mostraba una calavera blanca y al frontis del bonete otra más pequeña.

El traje cubría completamente el cuerpo de pies a cabeza, dejando dos pequeñas aberturas a nivel de los ojos, con el objeto de poder ver sin que los que les mirasen se aperciesen del movimiento de las pupilas.

Este era el traje de los jueces del Tribunal de la Inquisición.

Las dos personas que se encontraban bajo el dosel, conversaban en voz baja.

Aquello ofrecía un aspecto lúgubre y aterrante.

Tres golpes se dejaron sentir en la puerta principal. La conversación cesó entre las dos personas que estaban en la sala. El que ocupaba la silla de preferencia respondió a los golpes de afuera con otros tres que dio en la mesa con un pequeño martillo de marfil.

En el acto la puerta giró sobre sus goznes y por ella entraron dos hombres conduciendo de la mano a dos mujeres, que tenían los ojos vendados y desfallecían al andar. Los conductores las llevaron hasta colocarlas en los asientos que se encontraban sobre la plataforma, cerca del dosel; y enseguida se retiraron, cerrando al salir la puerta por la cual habían penetrado.

-¿En dónde estamos? -preguntó una de aquellas mujeres.

-Mamita no te separes de mí -dijo la otra-. Estoy muerta de miedo.

-No os asustéis, señoras -les dijo el abate levantándose de su asiento a quitar las vendas que cubrían los ojos de estas personas.

-¡Ay! -exclamaron las dos a un tiempo, al oír la voz de un hombre.

El abate se acercó, y quitándoles las vendas se retiró a su asiento. Las dos mujeres se horrorizaron al verse en aquel lugar; y por un impulso simultáneo se arrojó la una en los brazos de la otra, ocultando su cara la madre en el pecho de la hija y esta la suya en el de la madre.

Eduardo observaba por entre la careta esta escena; y conmovido al ver afligidas y asustadas a Margarita y a la madre, quiso hablarles: pero el abate le impuso silencio con un signo. Eduardo no debía hablar, porque su voz era conocida. El papel que estaba obligado a representar era el de un mudo. El abate iba a hacerlo todo.

-No temáis nada, señoras -les dijo el abate.

En una hora más volveréis a vuestras casas.

Se os ha traído por suma necesidad para hacer efectiva la responsabilidad de un hombre que parece haber abusado del honor y reputación de ustedes, calumniándolas.

Queremos aclarar un hecho y nada más.

Las dos mujeres, levantaron entonces sus cabezas y esperaron con impaciencia salir de aquel misterio.

-Antes de proceder -les observó el abate-, es necesario cumplir con una fórmula del tribunal. Tenéis que prestar el juramento de estilo.

El abate y Eduardo se pararon, tomando el primero en sus manos el crucifijo que había sobre la mesa, y luego les leyó la fórmula que hemos dado a conocer en otro capítulo, reducida a no revelar nada de lo que pasase o vieses.

La madre y la hija se hincaron y juraron como se les mandaba.

Enseguida volvieron a sentarse.

-El Tribunal -dijo entonces el abate- se ha visto en la necesidad de saber la verdad de lo que hay entre la señorita Margarita y el señor Salazar. Este joven está preso por varias causas, y entre una de ellas se le imputa la de tener relaciones con la futura esposa del señor Inquisidor Mayor. El señor Inquisidor no ha querido entender en este juicio, porque le es personal, y nosotros que tenemos la obligación de velar por la moral pública, hemos creído necesario dar este paso, para cerciorarnos de lo que hay de efectivo.

Ahora que sabéis la causa por la cual habéis comparecido a este Tribunal, voy a proceder a interrogaros.

¿Conocéis al señor de Salazar?

-Sí le conocemos -respondió la madre.

-Permitid, señora -le advirtió el abate-, que vuestra hija sea la que conteste.

-Sí, señor.

El abate dio entonces dos golpes con el martillo y continuó.

-¿Lo habéis amado? ¿le habéis prometido ser suya? ¿le amáis aun?

-Nunca le he amado, señor -repuso Margarita-, siempre me ha causado fastidio por sus desmanes.

-¿Es cierto que vos autorizasteis al señor Inquisidor para que castigase al señor de Salazar por el último billete que os escribió?

-Cierto, señor.

-¿Y por qué autorizasteis al señor Eduardo?

-Porque va a ser mi esposo, y no tengo parientes que me venguen.

-Está bien -le dijo el abate-; y volvió a tocar por tres veces la mesa con el martillo poniéndoles antes las vendas a las dos mujeres.

A esa señal de los tres golpes, el carcelero abrió la puerta secreta y por ella introdujo a Salazar. Le colocó al frente de Margarita y se retiró volviendo a cerrar la puerta.

El abate se paró entonces, y quitando la venda a los tres reos, volvió a colocarse en su puesto.

Eduardo permanecía inmóvil esperando el estallido de este procedimiento, que el abate había preparado con sigilo para producir el efecto que deseaba.

Salazar había oído las respuestas de Margarita. El abate le había hecho colocar inmediato a la puerta secreta, que era en donde estaba sentada Margarita. Los dos golpes de martillo que dio al comienzo del interrogatorio fue para que el carcelero hiciese fijar el oído a Salazar.

Esas confesiones de Margarita le habían indignado, porque le habían descubierto la falsía de la mujer a quien amaba y por la cual se encontraba preso. Así fue que al encontrarse frente a frente de ella su semblante expresó cólera.

Margarita no pudo soportar la presencia de Salazar. Dejó caer la cabeza sobre el pecho doblegada por la vergüenza y el temor.

La madre asumió un rol de despecho o ira, y sin esperar un momento apostrofó a Salazar.

-Os encontráis, joven libertino, en manos de la justicia. Habéis tratado de deshonrar a mi hija calumniándola. Ya que estáis a mi alcance y no podéis abusar de la debilidad de una desgraciada mujer, respondedme: ¿quién os autorizó para escribir a Margarita aquel billete insolente que no se dirige sino a mujeres sin honor?

Margarita arrojó de soslayo una mirada suplicatoria a Salazar tratando de contenerlo en la respuesta; pero el joven estaba desengañado, ninguna influencia tenía en su corazón la mujer que antes amaba. Por eso, despechado, respondió a la madre:

-Escribí ese billete a Margarita, porque ella me había jurado un amor eterno, me había dado pruebas de ese amor; me pertenecía, señora.

-¡Esa es una calumnia infame!- exclamó la madre.

Margarita conoció que había llegado la hora de su perdición y que solo la audacia podía salvarla. A la exclamación de la madre, ella desmintió a Salazar diciéndole:

-Eso que dice este hombre es falso.

El abate vio que era preciso abreviar la discusión y arribar a la verificación de lo aseverado por Salazar. Se interpuso entre las recriminaciones diciéndoles:

-Procedamos con calma. ¿Cuáles son señor de Salazar las pruebas que poseéis para dar valor a vuestras afirmaciones?

-¿Me exigís las pruebas?

-Sí, señor.

-¿A presencia de la madre?

-Sí, señor.

Salazar dirigió entonces a Margarita la palabra.

-¿Por qué no confesáis nuestras relaciones?...

-Sois un deslenguado -le contestó esta con furor-; calumniadme miserable, cuanto queráis.

Los ojos de Margarita en aquel momento eran dos ascuas. Su semblante seductor se había transformado en una visión diabólica.

Eduardo observaba aquella escena sin perder un movimiento. Devoraba con su vista las gesticulaciones, los semblantes.

Salazar no podía ya volver atrás. Había establecido la acusación y nada le contenía para seguir insistiendo en ella.

-Margarita -le dijo-, estoy convencido que me mentáis cuando me jurabais amor. Mientras os creía, estaba resuelto a morir antes que acusaros. Hoy no tengo porque guardaros consideraciones.

Vos no sois la responsable de vuestra perdición. Voy a decirlo todo.

-Decidlo pronto -le dijo la madre con impaciencia-; decidlo para que se conozca la inocencia de mi hija.

Salazar, despreciando las insinuaciones que Margarita le hacía con la vista, de callar, continuó dirigiéndose a los miembros del Tribunal.

-Hace tres meses que esa joven me entregó su corazón.

Los detalles de lo que pasó cuando esto sucedió, los referí al señor Inquisidor Mayor.

Volveré a repetirlos.

Salazar hizo la historia entonces de aquel tiempo de amores, y siguió adelante.

-Últimamente, había quedado de ir a casa de ella con el señor Eduardo; pero Margarita me dio una cita a la plaza del Acho y allí me suplicó, me exigió no cumpliera lo convenido con el señor Inquisidor, jurándome era falso que lo amase.

-Todo eso que estáis diciendo es un cuento -interrumpió la madre-, un cuento; porque mi hija no se separa de mí, ni nunca recibe a solas.

-¿Nunca? ¿que hacéis a las oraciones? -le interrogó Salazar encarándose a la madre.

-A esa hora duermo la siesta y mi hija también.

-Pues a esa hora es cuando vuestra hija recibe.

-¡Esto es demasiado! -exclamó la madre-. ¡Cómo se abusa de la debilidad de la mujer! Es falso, señor.

-Pues probadlo, señor Salazar -le interrumpió el abate.

Margarita levantó su rostro bañado en lágrimas, último recurso a que apela la mujer cuando le faltan razones con que defender su conducta, y dijo a la madre:

-Dejad que crean lo que quieran, mamita; yo cargaré con todo. ¿Qué me importa que me acriminen cuando mi conciencia está tranquila? Nada de lo que dice ese malvado es cierto. Vámonos, será mejor.

-Nada de eso, señorita -observó el abate-. Es necesario que conozcamos la verdad de lo que acabamos de oír. De ese modo quedaréis más contenta, porque lograréis vindicaros, con tanta mayor facilidad, cuanto que sois inocente, según lo afirmáis.

Y sin detenerse el abate, interrogó a Salazar.

-¿Tenéis pruebas para no resultar calumniador?

-Las tengo en mi casa.

El abate estaba prevenido para cortar todas las salidas que importasen evasión. El secreto de las confesiones le había indicado el lugar en donde Salazar ocultaba sus cartas con Margarita, y prevalido del poder inquisitorial se había apoderado de los papeles del reo.

Por eso, al oír que Salazar aludía a esas cartas, el abate se levantó de su asiento, abrió una carpeta y dijo al amante, señalándosela:

-Tal vez las pruebas que necesitáis son estos papeles.

Salazar corrió sorprendido a ver los papeles, y reconoció que ellos eran la correspondencia de Margarita

-Sí, señor, era lo que necesitaba. ¿Pero cómo es que esas cartas se encuentran aquí?

-No podéis averiguar eso. Servíos de ellas si queréis y si no [re]nunciad a vuestra justificación.

Salazar se quedó pensativo. Las dos mujeres se empinaron a ver lo que eran aquellos papeles; pero el abate los cubrió con la carpeta. Salazar entonces los tomó y dijo:

-He ahí las pruebas.

-¿Cuáles son? -preguntó la madre.

-Estas cartas, señora -repuso el abate.

La madre y la hija se precipitaron sobre los papeles, vieron las cartas y se quedaron heladas.

-¿Son vuestras esas cartas? -preguntó el abate a Margarita.

-No lo son -contestó la joven-, y se retiró confundida a su asiento.

La madre quedó muda al oír que la hija mentía.

-¿Qué decís a ello, señor de Salazar? -repuso el abate.

-Haced que escriba la señorita para ver si es o no su letra igual a la de las cartas.

Margarita agachó la cabeza y contestó con el semblante del culpable:

-No sé escribir.

-¿Es verdad señora? -se le preguntó a la madre.

-Yo no sé nada, que conteste ella.

A esto sucedió un momento de silencio.

Se había llegado a un punto en que las pruebas escritas no se sabía si eran pruebas, a pesar de que la conciencia estaba convencida de la verdad de los cargos de Salazar.

Salazar estaba aturdido, Eduardo abismado.

El abate se sonreía bajo la careta, y a fin de acabar aquella conferencia, se resolvió a hacer uso de otras armas peores, que aun tenía reservadas.

-No me ocultéis nada, señorita -dijo el abate-; porque todo lo sé.

-He dicho la verdad, contestó Margarita.

-Pues bien, variemos de punto y contestadme a las informaciones que he recibido del Santo Oficio. ¿Qué edad tenéis?

-Tengo 16 años.

-Tenéis 18 -repuso el abate.

Margarita sintió esta rectificación como si le clavasen una saeta. Y sumamente enfadada volvió a repetir:

-Diez y seis solo.

-¿No queréis confesar tampoco esta verdad? bien, vamos adelante.

¿Qué os sucedió el 15 de febrero de 1744 a las siete de la noche?

-Nada.

-¿Nada? ¿No estuvisteis en aquel día y a esas horas con don Pedro Urcullo?

Margarita se sorprendió altamente.

-¿Quién es este hombre, qué sabe?... -murmuró la hija aterrorizada de tener por delante un juez que conocía su vida licenciosa. Pensó era preciso usar de algún ardid para cortar la investigación, y asumiendo el papel de una persona que se exalta, respondió a la pregunta del abate:

-¡No me nombréis a ese! -exclamó Margarita.

-¡Fue vuestro primer...!

-¡Silencio por Dios! -volvió a gritar-, ¡silencio!

¿Quién sois vos para mortificarme así?

-Yo soy un instrumento de Dios encargado de castigar los crímenes. Confesad si son ciertas las cartas que aquí están y silenciaré lo demás.

-¡Esas cartas no son mías; pero guardad silencio!

Margarita ocultaba la cara entre sus manos y pedía el silencio para su pasado. La voz del abate le estremeció, porque le descubriría sus faltas secretas.

-¡Silencio, señor!

-Hablad la verdad entonces.

-La he dicho ya.

-Pues si persistís en negar, os recordaré al señor Castro; lo que os pasó con él el 4 de junio del mismo año.

Margarita se retorció los puños, sintió caer sobre sí otra acusación.

-Yo no puedo soportar más -dijo entre dientes, dejando caer sobre el respaldo de la silla su semblante, revestido de una palidez mortal.

¡Me muero!... -y al pronunciar estas palabras quedó en un letargo; parecía desmayada.

-¡Sois muy crueles! -exclamó la madre-, ¡sois muy crueles!

Ved lo que hacéis con mi hija inocente...

La madre se arrojó sobre su hija para socorrerla, Eduardo quiso volar en su protección, pero el abate le contuvo.

-Dadle un poco de agua y se le pasará -dijo el abate-; y acercándose al oído de Eduardo le agregó en secreto:

-Esto está concluido; nada más se puede adelantar.

¿Os habéis convencido de ser verdad la acusación de Salazar?

-Ella lo ha negado y nada puedo decir.

-Pues me obligáis a daros otra prueba. Esperad hasta mañana.

-Haced despejar la sala.

En el acto vendaron los ojos a los reos, y llamando con el martillo, se presentaron tres empleados del tribunal, que recibieron la siguiente orden.

-A las señoras que vayan libres a su casa, y al señor que vuelva al calabozo.

La orden fue ejecutada, y el salón quedó despejado.

Eran ya las ocho y cuarto de la noche y el juicio de Moyén debía principiar.

CAPITULO XXI

Un juicio público en el tribunal de la Inquisición

Un cuarto de hora después de la salida de Margarita, la sala del Tribunal presentaba un espectáculo enteramente distinto. Las siete sillas que había sobre la plataforma, estaban ocupadas por los siete jueces del Santo Oficio, vestidos en la propia forma que lo estaban según lo hemos dicho en el capítulo anterior. Los bancos de la sala se encontraban ocupados por las órdenes religiosas y autoridades civiles, que habían sido invitadas para asistir al juicio. Entre estas personas se notaba, en un extremo de la sala, a un hombre que parecía preocupado con alguna idea. Era Rodolfo, que como juez civil, concurría a presenciar el juicio de Moyén. En cada esquina de aquella sala, había un candelabro, y una grande araña de plata en el centro, que alumbraban aquel recinto. Sobre la plataforma se distinguían los bultos negros de los jueces. El centro de la sala estaba vacío, pero se notaba un banco que parecía aguardar a algún individuo, era aquel el banco destinado a los reos. Nadie hablaba, todos esperaban algo. En esto se dejó oír el sonido de una cadena que marcaba los pasos de un hombre. Al momento todos fijaron sus miradas en la puerta del frente. Allí apareció un individuo, que se apoyaba en los brazos de dos hombres, traía atada al pescuezo la punta de la cadena que llevaba en el pie izquierdo. Era Moyén que comparecía a defenderse. A la presencia de este hombre, Rodolfo se estremeció, sintió correr por sus venas una especie de frío, producido por sus sentimientos humanos. Moyén siguió andando en medio de aquel silencio con la pausa del que se ve agobiado por multitud de dolores. Su larga cabellera mostraba ya algunas madejas blancas, nacidas en la prisión, que caían en desorden sobre su frente. Un paño oscuro lo privaba el ver por donde marchaba. Venía cubierto con una capa de paño azul. Los conductores se detuvieron al llegar al banco de los acusados y le sentaron. Moyén se sintió solo, pero la resignación que tenía hacía que nada le causase sorpresa ni temor. Se sentó y esperó. Entonces uno de los conductores le quitó el paño oscuro de los ojos, y el reo vió con admiración el espectáculo que presentaba el Tribunal. Paseó su vista por las bancas de los concurrentes, y con gran calma volvió a fijar sus grandes ojos en los jueces que había sobre la plataforma. El silencio era profundo. Entonces se levantó de su asiento el último de los jueces y saludando con una venia al Inquisidor Mayor, que estaba bajo el dosel, dijo:

-«Con el permiso de los señores inquisidores apostólicos instituidos contra la herética gravedad y apostasía en la ciudad de los Reyes y provincias del Perú, pasó a dar instrucción de la causa criminal de fe, que ante nos ha seguido contra el hereje Francisco

Moyen, acusado de los crímenes que se expresan en las acusaciones hechas por el señor Promotor Fiscal».

Enseguida continuó este hombre haciendo una relación exacta de la causa que tenía a la vista.

El Tribunal y el auditorio escuchaban con las cabezas agachadas. Moyen mantenía su frente levantada, y de cuando en cuando se sentía el ruido de las cadenas por algún movimiento de su cuerpo. El juez hacía resonar su voz fuerte leyendo con fervor los escritos que obraban en autos. Llegó al lugar en que se encontraban las pruebas, y aquí fijaron todos su atención con singularidad.

Concluida la lectura de las pruebas, el que hacía de relator, exclamó.

-¡Está convicto y confeso!...

Todos miraron al reo con el semblante encendido en cólera. El reo les contestó con una mirada serena y altiva. Rodolfo lanzó un suspiro silencioso. Aquel hombre sufría.

El relator continuó leyendo hasta que llegó a la conclusión, en la cual se pedía la aplicación de la pena de muerte, de una muerte ejemplar, y pública.

La conclusión del escrito del acusador era ardiente y terrible, hecha con todo el calor del hombre que se cree encargado de vengar a Dios en la tierra. El auditorio se mostró contento del trabajo del acusador, porque sintió expresar, que respondía a la voz de sus conciencias y de sus creencias. El relator una vez que hubo concluido, se sentó en su silla.

El silencio volvió a aparecer. La vista de todos se encontraba fija en Moyen, esperando que se defendiera. En este intervalo, el Inquisidor Mayor interrumpió el silencio con estas palabras:

-Podéis defenderos, señor Moyen, sin atacar la religión.

Moyen se puso de pie, acompañando el movimiento de su cuerpo con el ruido de la cadena. Se pasó las manos por el cabello echándolo hacia atrás. Paseó su mirada tranquila por todos los bancos de los concurrentes; y enseguida con voz serena, dio principio a lo que en aquellos tiempos se llamaba una defensa.

-Señores jueces inquisidores: sin otro auxilio que el de mi razón, sin otra guía que la de mi conciencia, levanto mi voz ante las autoridades que me rodean para proclamar la verdad a despecho de los tormentos y de la muerte que estoy resignado a sufrir.

¿Y cómo no proclamarla, cuando el crimen que se me imputa, por el cual se pide la inmolación de este cuerpo, no es otro que el sostener la verdad?

No soy el hombre de la inmoralidad, de la blasfemia, de la sedición como se me acusa. Soy en este momento el hombre elegido por la Providencia para vindicarla, con la abnegación de mí mismo, defendiendo la justicia de la humanidad inmolada por las pasiones, el error y la superstición.

Si los pueblos hubiesen estado condenados a buscar la verdad en el testimonio de los hombres, Sócrates no habría proclamado un Dios único en medio del paganismo. Platón habría sido una nulidad. Jesucristo habría dejado de ser un hijo del Eterno.

El juicio del mundo habría sido siempre la expresión del error. Es por esto, que al pedírseme la defensa de mis principios, no voy a valerme de otra inspiración, de otras fuentes de luz, que de las verdades reconocidas por mi razón.

Y antes de todo permítaseme ocuparme de una cuestión previa, que hasta cierto punto es la verdadera cuestión.

¿De qué se me acusa?... de crímenes se ha dicho; de crímenes cometidos por mí. Al oír esta palabra crimen, mi pensamiento se ha detenido, he vuelto mis ojos hacia mí, he examinado mi conciencia, y no he encontrado aceptable una ofensa prodigada sin más valor que el de la calumnia.

El Inquisidor Mayor al oír esta frase, tocó la campanilla y llamó al orden al reo.

-Podéis defenderos, pero no clasificar el juicio del señor acusador.

-Yo no injurio, no hago más que dar el verdadero nombre a las mil injurias que se me han hecho.

-Obedeced -repuso el Inquisidor-, y si no se dará por concluido el juicio.

Móyen hizo un gesto de cólera y de impotencia al contestar.

-Comprendo, señores jueces, que no es en la tierra en donde por ahora debo encontrar el reconocimiento del derecho. Obedeceré. Día vendrá en que la humanidad considere un sueño la edad de los siglos en que vivimos.

El reo meditó un momento y luego continuó su defensa.

-Se me acusa de criminal. ¿Y en dónde está el crimen? ¿Quién se atreve a adjudicar tal nombre a la opinión de un individuo? Para que haya crimen es preciso que haya intención de dañar, obrar en contra de sus convicciones. Pues bien ¿quién ha sondeado mi pensamiento para saber que mis principios son contrarios a mi conciencia?

¿Con qué autoridad se viene a interpretar lo que dentro de mí pasa? El pensamiento es libre como toda emanación de Dios, y lo proclamo bien alto, porque esa es la base de mi defensa.

Los jueces y el auditorio se conmovieron al escuchar estas palabras. Se miraron unos a otros como si se preguntaran si aquello no era una blasfemia. Solo Rodolfo parecía aprobar con su semblante aquella proposición.

Moyen seguía adelante. Tenía levantado el brazo derecho y la fisonomía inspirada.

-Dios no nos ha obligado a creer por la fuerza -continuó-; la religión de Dios es la religión de la verdad comunicada por medio de la razón.

«Quien *quiera sígame*», ha dicho el Cristo, y no: *seguidme*. Ha dejado a cada cual la libertad de seguirle. Y si Dios, de quien vosotros os llamáis encargados, deja al arbitrio del pensamiento el obrar del modo que uno quiera, ¿con qué derecho, de dónde sacáis autoridad, poder mayor para reprimir, encadenar, destruir lo que el mismo Dios ha creado? ¡El pensamiento es libre! he aquí señores jueces el principio que determina mi inculpabilidad.

-¡Blasfemáis! -exclamaron los jueces-, ¡blasfemáis! desconociendo la autoridad de los encargados de conservar la fe.

-Blasfemaría -repuso Moyen-, si reconociera la autoridad que mi conciencia rechaza.

Los concurrentes, excepto Rodolfo, se levantaron de sus asientos lanzando un grito de reprobación.

-¡Castigad al reo! ¡es hereje!

Moyen recorrió con su vista a los que le querían tan mal.

Esperó que hubiese un poco de silencio, y tan pronto como la calma volvió, respondió con un tono insinuante y la frente tranquila.

-Parece, señores, que os temieseis a vosotros mismos, de que vuestra razón os alumbrase, de que yo os convenciese de algún error. ¿Por qué me queréis negar el derecho a hablar? ¿son acaso el apoyo de la autoridad que defendéis, esas voces de castigo que oigo? ¿queréis convencer al cuerpo o al espíritu? Si tenéis conciencia de que yo me equivoco, ¿a qué pedís tormentos para la materia? si lo contrario ¿por qué no me decís: he aquí la razón de vuestro error?

A la verdad no se teme, se la busca, se la acata.

El Inquisidor Mayor contestó entonces con gravedad:

-Nuestra autoridad emana del poder infalible de los papas.

Vos no venís a discutir, ni a poner en duda lo que está reconocido y sancionado.

El derecho de defensa que se os concede no os autoriza para escandalizar con la ostentación de doctrinas que están reprobadas.

Con que así, podéis continuar, sin olvidar la amonestación que os acabo de hacer.

Moyen se quedó pensativo, mirando con fijeza al que le dirigía la palabra.

-Bien lo presumía -repuso el reo con ese aire de dolor y de firmeza que se advierte en los grandes genios-; bien lo presumía de que me impediríais el defenderme; por que mi defensa iba a ser la defensa de la verdad, y la verdad para que triunfase tenía que derrocar todo ese fantasma de abusos y de barbarie en que descansa la autoridad de los falsos cristianos, de vosotros, ministros de...

Estas palabras de Moyen fueron interrumpidas por un grito general de reprobación:

-¡Ese hombre es un demonio! ¡castigadle! ¡castigadle!

El tumulto aumentaba, hasta que la campanilla del Inquisidor llamó al orden. El silencio se restableció y luego dijo:

-Suplico a la ilustrada reunión que está presente, guarde completo silencio; pues aun cuando es muy laudable el fervor religioso que manifiesta, nuestra institución prohíbe el uso de la palabra a los que no son miembros del Santo Tribunal.

Y luego se dirigió al reo, que permanecía de pie contemplando con los brazos cruzados la concurrencia.

-Vuestras últimas palabras comprueban de un modo evidente lo criminal que sois.

Por compasión se os permitió que comparecieseis a implorar perdón; pero estáis poseído del espíritu maligno; por eso abusáis de las consideraciones que se os guardan. Para dar una prueba más evidente de nuestro amor por la salvación de las almas, voy a haceros algunas preguntas que servirán de conclusión a este juicio.

-¿Me negáis el derecho de defensa? -preguntó Moyen.

-Vuestra defensa está reducida -contestó el Inquisidor-, a pedir perdón de vuestras faltas y a retractaros de los errores que profesáis.

-¡Esa no es defensa! -exclamó el reo con calor y animación.

Mi conciencia no me acusa de faltas que haya cometido.

Mis principios no los he expuesto aun, no los he demostrado, ¿de qué pido perdón entonces? ¿de qué errores me arrepiento? ¿queréis lanzarme a las hogueras sin oír, sin permitir el defenderme?

Eso es atentatorio y cruel.

-Pues tenéis que conformaros con ello -repuso el Inquisidor-; porque entre los católicos no se permite discutir nuestras creencias.

Lo que nos interesa saber es si persistís o no en vuestras opiniones.

Si persistís, sois reo de hecho; y si no, otra suerte os espera.

-Señores jueces: es imposible -contestó Moyén.

En ningún texto divino, en razón alguna, ni creencia cristiana, podéis encontrar apoyo para condenarme sin oírme.

La religión que os autoriza para ejercer el poder que ejercéis, nada extraño es que os faculte también para ser los representantes de una tiranía infernal.

Al oír el auditorio esta frase, estalló como un volcán. Las preocupaciones, el fanatismo, dominaron a aquellas personas y exclamaron, en tumulto:

-¡No más consideraciones! ¡Es un hereje! ¡Muera el impío!

Moyén les miraba con altivez y escuchaba con calma aquellos dictérios.

Dos padres dominicanos, llevados de su ardor religioso, no se limitaron a proferir amenazas, se abalanzaron sobre el reo en actitud de despedazarle.

En esto un hombre se pone de por medio, detiene a los frailes y salva a Moyén de aquel ultraje.

El auditorio y los jueces se quedan abismados de este acto. Reconocen a Rodolfo, defendiendo al reo.

-¿Qué vais a hacer? -les dijo Rodolfo.

-A castigar la herejía -le responden-. Ha blasfemado.

-Castigadle si queréis, pero sin abusar de la debilidad de este desgraciado.

Eso es indigno.

El Inquisidor Mayor se levantó de su asiento al presenciar esta escena, y sin considerar a Rodolfo por su acción noble:

-Silencio señores -dijo-; ¡silencio! Señor Rodolfo retiraos a vuestro asiento sino queréis caer en anatema.

Rodolfo estaba conmovido, irritado, y al oír aquella amenaza, respondió:

-Siempre que se trate de evitar un crimen, yo haré lo posible, aun cuando se me crea criminal.

-¡Retiraos, señor! -volvió a mandarle el Inquisidor.

Rodolfo se volvió a su asiento con continente digno.

Moyen siguió con la vista a aquel hombre, y su alma respiró al encontrar en aquella concurrencia un corazón noble.

A esta escena siguió un momento de silencio.

El Inquisidor lo interrumpió con las siguientes palabras:

-Este juicio está concluido.

El reo está convicto y confesó.

Vamos a fallar.

Moyen volvió entonces a hablar:

-Me vais a condenar, siendo inocente.

Voy a morir por la libertad del género humano, vinculada en las verdades que sostengo. Este tribunal me niega el derecho de defensa; apelo a Dios de tamaño ultraje, y ante él os hago responsables del crimen qua cometéis. Sois unos asesinos.

Os perdono...

Moyen tuvo que interrumpir su frase por el nuevo estallido de las preocupaciones.

Su voz se perdió en el tumulto de las declamaciones e improprios con que cada cual procuraba satisfacerse a sí mismo, al lanzarlos a Moyen.

El reo no pudo seguir y se sentó con serenidad.

La gritería fue calmando hasta que la voz del Inquisidor se dejó oír con estrépito:

-Señores: podéis retiraros, porque el Tribunal va a sentenciar.

Las comunidades principiaron entonces a salir, haciendo un saludo al desfilarse ante el dosel donde estaba el Inquisidor Mayor. Tras de las comunidades siguieron las corporaciones civiles, haciendo igual cortesía, excepto Rodolfo que pasó derecho.

El Inquisidor se fijó en Rodolfo.

La sala quedó despejada. Moyén permanecía aun en su asiento, observando con grande aplomo a los concurrentes que se retiraban y se santiguaban al pasar por su lado. Una vez que los jueces se encontraron a solas con Moyén, el Inquisidor Mayor volvió a dirigirle la palabra.

-Antes de hacer recaer sobre vos, señor Moyén -le dijo-, el rigor de la ley, por conmiseración y lástima os aconsejo y pido en nombre de Dios, que renunciéis a vuestras ideas y reconozcáis la fe católica.

Moyén no se inmutó, al oír este nuevo género de procedimiento que se empleaba, y contestó con gravedad:

-Mis ideas no son mercancía, son mi conciencia y mi honor. ¿Cómo queréis que renuncie a ellas?

-Nadie os exige renunciar al honor; pero sí que sacrificuéis vuestras creencias a la fe -repuso el Inquisidor.

-¿Es acaso obligatorio el hacer lo que me exigís?

-Es obligación, y por eso se os manda que renunciéis.

-La religión de Mahoma exige también, como la vuestra, seguir la fe como vos lo exigís.

-Pero aquella es la religión de un falso profeta y la nuestra no.

-¿Y qué razón daríais para resistiros si un mahometano os tuviese en la cárcel porque no seguíais su fe?

-Le diría que no podía exigir tal apostasía de un católico.

-Pues entonces, ¿por qué exigís de mí lo que reprobáis, lo que negáis pueda exigir de vos el sectario de otra religión?

-Porque yo os hablo a nombre de Dios.

-Eso no me lo habéis probado, y cual otro sectario de un profeta falso, me mandáis creer sin convencerme. Haced esto último, convencedme y entonces tendré a honra renunciar mis creencias.

-Volvéis a discutir, señor Moyén, y esto os es prohibido. ¿Os retractáis, sí o no?

-No.

-Repetid vuestra resolución.

-No.

-No culpéis de vuestra muerte a los ejecutores de la ley. Nuestra misericordia no puede libertaros.

Moyen se puso de pie entonces, y en actitud resuelta e inspirada dijo al Tribunal:

-Vais a fallar y a condenarme a muerte; vais a cometer un crimen. Sé que ese crimen lo apoyaréis en autoridades; pero jamás, en la ley divina, porque es defendiéndola que voy a ser sacrificado. Hoy vuestro fallo será aplaudido, pero mañana el mundo maldecirá vuestro poder y vuestros nombres. La sangre derramada por el abuso, será rescatada con la sangre de los que han ejercitado una autoridad de exterminio para la humanidad. El absolutismo os llevará a despertar los pueblos del letargo en que se encuentran y la libertad del género humano será la consecuencia de tanta barbarie entronizada para tiranizar a los hombres.

Los jueces se horrorizaron al oír estos pronósticos. Quisieron imponer silencio al reo, pero la actitud de Moyen les impuso a su vez, y hasta cierto punto les dominó.

-Eso que decís es importuno y agravante -le dijo el Inquisidor-. El juicio está concluido.

-El juicio estar concluido -repuso Moyen-, concluido ante vosotros, pero abierto ante la posteridad y Dios. La sentencia que vais a pronunciar, será la cabeza del proceso que la historia os forme.

Ante esa posteridad, ante ese Dios a quien vejáis, ante ese monumento de justicia que llamamos historia, es a quien entrego mi defensa. Ella sabrá decir si mi muerte es producida por un crimen o por amor a la verdad; ella dirá también si yo soy criminal o vosotros; ella en fin, recogerá nuestros nombres y sabrá cuáles han de entregarse a la infamia eterna o a la gloria. El juicio está concluido, pero...

El Inquisidor tocó la campanilla y mandó guardar silencio al reo. Moyen se detuvo al verse interrumpido. Quiso continuar, mas ya era tarde; porque los jueces se pararon de sus asientos y dos agentes del Santo Oficio le vendaron los ojos. Moyen se encontró a oscuras y arrastrado de los brazos por dos hombres que le sacaban con lentitud de la sala. Cinco minutos después, Moyen se encontró en su calabozo a solas.

Luego que el reo salió, las puertas de la sala fueron cerradas, y el Tribunal volvió a ocuparse de la causa de Moyen, para pronunciar la sentencia. Uno de los jueces se acercó a la mesa y la redactó, los demás continuaron en silencio. Luego que acabó de escribirla, avisó a los jueces que había concluido.

-Leedla señor -le dijo el Inquisidor Mayor.

El juez acercó una de las bujías, y leyó la sentencia que estaba redactada en los términos siguientes:

«Vistos: por nos los Inquisidores apostólicos la herética pravedad y apostasía, en esta ciudad de Reyes y provinciales del Perú por autoridad apostólica, juntamente con el ordinario de este Arzobispado de Lima, un proceso y caso criminal de fe, que ante nos ha pendido y pende, contra el reo Francisco Moyen nacido en Burdeos, provincia de Francia, etc., etc.

El juez siguió leyendo a continuación los fundamentos de la sentencia, que eran ajustados a un modelo que tenía a la vista. Concluidos estos, siguió del siguiente modo:

«Y habido nuestro acuerdo

y

deliberando con personas de letras,

y rectas conciencias.

Cristi nomine invocato.

»Fallamos atentos los autos y méritos de dicho preso, el dicho Promotor Fiscal haber probado su intención, según y como probarle convino para que el dicho hombre Francisco Moyen sea declarado por hereje; pero queriendo nos haber con él benigna y piadosamente y no seguir el rigor del derecho, por algunas causas y justos respetos que a ello nos mueven, en pena y penitencia de lo que por el fecho, dicho y cometido, le debemos mandar y mandamos, que salga en auto de fe público, estando en forma de penitente con San Benito a media aspa, coraza, sogá al cuello, mordaza, y una vela de cera verde en la mano donde le sea leía esta nuestra sentencia con méritos y por la vehemente sospecha de que su tenacidad puede escandalizar al público, le mandamos abjurar y que abjure públicamente los errores que el dicho proceso ha sido testificado y acusado, ad cautélam sea gravemente advertido y reprendido; y lo condenamos en confiscación de todos sus bienes que aplicamos a la Real Cámara y Fisco de su Majestad y en su real nombre al receptor general de este Santo Oficio; y si abjurase sus errores le desterramos de nuestras Américas e islas adyacentes, sujetas a la corona de España perpetuamente y de la Villa de Madrid, Corte de su Majestad, por diez años, los cuales cumplirá en uno de los presidios de África, Orán, Ceuta o Melilla o en la casa de penitencia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Sevilla a arbitrio del Ilustrísimo Señor Inquisidor General y señores del Supremo Consejo de la Santa Inquisición, a cuya disposición será remitido en partida de registro; y por espacio de diez años, confiese y comulgue las tres pascuas de cada año, y todos los sábados del mismo tiempo, rece una parte del rosario a María Santísima; y que al día siguiente de dicho auto salga a la vergüenza pública por las calles acostumbradas, en bestia de albarda con las mismas insignias a voz de pregonero que publique su delito, mas si no abjura, mandamos sea pulverizado en la forma y modo que se acostumbra en iguales casos; y por esta nuestra sentencia definitiva juzgando, así la pronunciamos y mandamos etc., etc.».

Luego que el juez hubo concluido de leer la sentencia, la pasó al Inquisidor Mayor para que la signase.

El Inquisidor tomó una pluma e hizo un signo; los demás jueces hicieron lo mismo, variando cada uno el signo que remplazaba la firma.

Nadie puso dificultad y todos aprobaron aquella sentencia con una sangre fría sin ejemplo. Concluido esto, el Inquisidor Mayor dijo:

-Podemos retirarnos. Hemos concluido el trabajo de hoy.

Los jueces se despojaron de sus ropajes y se retiraron a sus casas, convencidos que habían hecho un servicio a la religión con el paso que acababan de dar.

CAPITULO XXII

La evidencia del vicio

La sentencia que el Inquisidor Mayor acababa de firmar, lo dejaba tranquilo en cuanto satisfacía las exigencias de sus creencias católicas; pero su espíritu quedó atormentado y en lucha abierta con las pruebas que había recibido en la sesión secreta, en la que Margarita fue acusada por Salazar.

La noche la pasó en un estado febril, esperando con impaciencia la cita que le había dado el abate González, para presentarle una prueba más evidente de la culpabilidad de la futura esposa.

La tarde del siguiente día al del juicio, comenzó a caer. Eduardo al sentir la campana del reloj que daba las ocho de la noche, se puso su sombrero, cubriose con la capa y se fue al convento de San Pedro en busca del abate.

La hora que Eduardo ansiaba, la deseaba también Margarita. El motivo que impulsaba a ambos era diferente.

Margarita había pasado el día encerrada en su habitación, triste con el recuerdo del juicio secreto y las reconvenciones de la madre; mas luego que la noche llegó, salió a la sala de recibo, sin arreglarse, y se sentó con un semblante melancólico y sin hablar palabra, en uno de los sofás.

Al toque de las ocho, Margarita se puso de pie, se dirigió a su aposento y se cubrió con un pañuelón. Enseguida se presentó a la madre, y lo dijo:

-Voy a visitar a Rosita, ¿me da usted permiso?

-¿Quién te acompaña? -le interrogó la madre.

-Rafaela (era una morena sirvienta) -le contestó.

-Anda y vuelve temprano.

Margarita se acercó a la madre, le dio un beso en la mejilla y se marchó.

La joven, en cuanto puso el pie en la calle, se olvidó de lo que la entristecía, y con paso rápido se dirigió a la plaza principal. Luego que allí llegó, preguntó a la morena:

-¿Es aquí dónde debemos esperarlo?

-Sí, mi amita.

-Observa bien; cuida si pasa el señor de Castro.

Margarita y la criada se sentaron entonces en unos bancos de madera que allí había y se pusieron a observar a los que pasaban. En esto atravesaron junto a ellas dos hombres cubiertos con sus capas; miraron con atención y pasaron. Margarita se cubrió completamente con el pañuelo. Estos dos hombres siguieron su camino hasta ponerse tras de las sólidas pilastras de los arcos de los portales observando a aquellas dos mujeres. Las dos seguían esperando. Pasaron algunos curiosos y apenas se fijaron en ellas. Alrededor de la pila se divisaban algunas mujeres solas, que andaban con paso tranquilo, y jóvenes que parecían buscar algún entretenimiento. Entre aquellos jóvenes, Margarita vio acercarse un encapado. Ella le quedó observando; el joven se detuvo frente a ella, y sin hablar una palabra sacó un pañuelo del bolsillo, lo desenvolvió y se quedó con él en la mano. La criada Rafaela se puso de pie al ver la señal y se acercó al joven:

-¿Es usted el señor de Castro?

-Sí.

-Descúbrase usted.

Castro bajó el embozo de la capa, y la criada lo reconoció.

-Aquí está la señorita -le avisó Rafaela.

Castro avanzó entonces y se sentó al lado de Margarita.

-¿Mucho os he hecho esperar, mi amor? -le interrogó este.

-No, acabo de llegar no hace mucho.

Uno de los encapados que estaba en el portal, dijo al otro:

-Ya veis, acaba de acercársele un joven.

El otro encapado suspiró y nada respondió.

-Este lugar está muy frío -dijo Castro a la joven-, ¿vamos a una pieza cómoda?

-¡Jesús! -le contestó la joven-, ¿a dónde me queréis llevar? ¿será dónde estuvimos el lunes?

-No, amor mío, es a otro lugar más seguro.

-¿A qué parte?

-A una casa en donde todo el que quiere encuentra habitación sin que nadie moleste.

-¡Y qué gente irá allí! ¡no, por Dios!

-Pierda usted cuidado, yo le respondo de su seguridad.

Vamos.

Margarita miró a Rafaela y esta le hizo señas de que fuese.

-Vaya con usted -le dijo-, la niña es capaz de hacer conmigo lo que quiere.

Castro se levantó del asiento y tomó de las manos a Margarita para pararla.

-Es usted muy *lizo* -le dijo Margarita, parándose y tomando el brazo de Castro.

Los dos se echaron a andar entonces por la calle que lleva al Puente; y como media cuadra antes de llegar a este, se detuvieron en la puerta de una casa sombría.

-Aquí es -dijo Castro-. Permítame usted ir a hacer abrir la pieza.

-Vuelva pronto -le dijo la joven, a tiempo que Castro entraba en aquella casa.

La criada se acercó a Margarita, y esta le dijo:

-Cuidado con que vayas a decir nada en casa.

-¿Cuándo lo he hecho? -le observó la criada.

-Sí, eres tan buena.

Castro volvió al momento, diciendo a Margarita:

-Esperemos un momento que van a poner luz.

A este tiempo pasaron dos hombres encapados.

-¿Qué andarán buscando esos caballeros? -observó la niña-. Ya les he encontrado dos veces esta noche.

Castro se desentendió de esta observación, y en vez de contestarle, le interrumpió, preguntándole:

-¿Mucho os costó salir?

-No, porque mi mamita nunca me lo prohíbe yendo con una criada; pero si fuese con algún señor, jamás me lo permitiría; porque la costumbre critica tanto el que nos acompañen los hombres.

-¿Usted acostumbra visitar acompañada de su mamita?

-A veces. Pero eso no me impide visitar cuando quiero. Gracias a que nos es lícito salir con una criada, de lo contrario, ¡cuán esclavas no seríamos!

-Tiene usted razón.

Castro miró para adentro de la casa y vio luz en la pieza que había tomado.

-Ya podemos entrar -le dijo.

Los dos entraron y colocaron a la criada en el umbral de la pieza.

Los desencapados, luego que vieron a Margarita y a Castro que penetraban en la casa, se acercaron a pasos lentos.

Se detuvieron un momento en la puerta de calle y luego avanzaron hacia adentro.

En el extremo del patio encontraron un hombre sentado, que parecía ser el guardián de la casa.

Uno de los encapados se inclinó hacia aquel hombre y le preguntó:

-¿De quién es esta casa?

El hombre se puso de pie para contestar.

-¿Qué quieren ustedes, señores? ¿necesitan alguna pieza?

-Puede ser, pero ¿quién vive aquí?

-Nadie, señor, es una casa para todos.

-¿Cómo para todos?

-El que necesita dormir, pasar una noche o un rato, encuentra aquí piezas pagando un peso.

Los encapados se miraron al oír esta contestación, y pronto volvió a dirigirle la palabra el encapado que antes había hablado.

-¿Ahora están desocupadas las piezas?

-Están todas desocupadas -respondió el hombre-, excepto el número 9 que tiene gente.

-¿Quién está allí?

-Dos personas que no conozco.

-¿Se les puede ver?

-De ningún modo, señor.

-¿Y en dónde está la pieza número 9?

-Allí, señor (señalando una puerta cerrada, pero que se marcaba por la luz de las rendijas).

Los encapados arrojaron una mirada sobre la puerta que se les señalaba.

-Daría lo que se me pidiese por ver a esas dos personas -dijo el encapado que nada había hablado aun.

-Es imposible, señor.

-Qué ¿no hay ninguna ventana, ninguna abertura, por donde se les vea sin que ellos lo sepan?

-Hay una ventanita en el techo, pero es prohibido el...

-No tengas cuidado, te daré una onza y te aseguro que nada te sucederá. Llévame a la ventanita.

El hombre de la casa meditó, balbuceó la oferta y la creyó pequeña.

-¿Y quiénes son ustedes

-Unos quídam, que nos divertimos en saber lo misterioso.

-Quizás sois algunos maridos. No, señores, me voy a exponer sin necesidad a perder mi empleo.

-Si fuésemos lo que tú crees, ¿nos detendríamos en este lugar? Ya habríamos echado abajo la puerta.

Déjate de escrúpulos y llévanos.

El encapado sacó entonces de un bolsillo una bolsita con dinero y la puso en manos del hombre.

El hombre entró a su pieza y vio lo que se le daba.

-¡Son cuatro onzas! -dijo para sí-, esto no se puede perder.

Volvió enseguida a donde los encapados, y les dijo:

-Sígueme, pero cuidado con hacer ruido.

El hombre marchó por delante guiando a los curiosos. Les hizo atravesar un pasadizo que daba a un segundo patio, y en una de las esquinas de aquel lugar, el encargado abrió una puerta pequeña que daba entrada a una escalera.

-Por aquí, síganme, señores.

Los tres subieron la escalera con algún trabajo por la oscuridad que reinaba, hasta llegar a los techos de la casa. El conductor se volvió a ellos y les advirtió:

-Pisen muy despacio, porque los pasos podrían sentirse abajo.

Los dos curiosos principiaron a pisar con tal tino, que nada se percibía. El conductor luego que hubo andado algún trecho, se detuvo y les dijo:

-Aquella es la ventanita de la pieza número 9 -señalándola por la luz que allí se reflejaba.

-Está bien -le contestaron estos.

-Anden con cuidado, les dejo solos.

-Bueno, bueno.

Los encapados continuaron hasta llegar a la ventanita. Luego que allí estuvieron, clavaron los ojos sobre el interior del cuarto. Era aquella una pequeña pieza con muebles.

Arrimada a un lado de la pared había una mesa con una vela, al lado de mesa había dos sillas, en estas dos sillas estaban sentados los jóvenes que venían siguiendo los encapados.

Habían dejado sus disfraces; así era que se mostraban descubiertos.

-¡Qué tal! -dijo uno de los encapados al otro en voz muy baja-; ¡qué tal! ¿no os decía que era Margarita?

El otro no contestó palabra, quedó silencioso observando y viendo lo que le parecía un sueño.

-¿Estás convencido ya de lo que es esa joven?

-Sí, lo estoy -respondió Eduardo-; sí, lo estoy.

-Pues bien, vámonos; ya no hay nada que hacer aquí.

-Esperad un momento, mi abate, esperad; dejadme presenciar este desengaño, hasta el último extremo.

-Haced lo que gustéis -repuso el abate continuando en la misma actitud.

El abate y Eduardo se pusieron a oír lo que conversaban los jóvenes en la pieza número 9, y a no perder con la vista los ademanes de los amantes. La actitud en que estaba Margarita y Castro, nada tenía de criticable, porque sentados con una pequeña mesa de por medio, no hacían sino conversar.

-Si no hubiera sido por cumplir mi palabra -dijo Margarita-, no habría salido hoy.

-Gracias, bella criatura -le respondió Castro-, gracias por ese sacrificio.

-Esto solo se puede hacer por un grande amor y nada más.

-¿Siempre me amas a mí solo?

-¿Lo puedes dudar cuando te doy estas pruebas?

-Tienes razón -repuso Castro acercándose a la joven y dándole, un beso en la frente. Ella lo recibió sin oposición.

Los observadores se miraron uno a otro, y el abate temiendo alguna indiscreción de Eduardo, le dijo:

-Es mejor que nos vayamos, no seamos testigos de este grande escándalo.

-Bien -repuso Eduardo-, vámonos.

Los encapados se retiraron y volvieron a descender del techo hasta salir a la puerta de la calle.

-¿Qué hacemos ahora? -le preguntó el abate.

-Vamos a casa de la madre -contestó Eduardo-, a decirle: que el amor que tenía a su hija no existe ya y que retiro mi promesa de enlace.

-Andad vos solo, porque no es regular que yo entre a casas como la de Margarita.

-Está bien, iré solo.

Estos dos personajes tornaron entonces por la calle de Santo Domingo, hasta llegar a la casa de Margarita. El abate se separó y se fue a su convento. Eduardo entró solo. La madre estaba sola, un poco dormida en el sofá. Al ver llegar a Eduardo se incorporó, y con grande amabilidad se paró a hacerle sentar a su lado. Eduardo, con un aire desenvuelto y arrogante, se colocó en una silla inmediata al sofá.

-¿Por qué tan perdido, mi amigo? -le preguntó la señora.

-Me ha sido imposible venir. Mil ocupaciones...

-A eso nada se puede exigir.

-¿Y la señorita hija de usted? -preguntó Eduardo.

-Salió a hacer una visita a casa de Rosita... pero volverá pronto. Estaba tan triste, por un incidente que ayer pasó y del cual usted tendrá conocimiento, que...

-Nada sé de nuevo, a no ser una entrevista que tuvieron ustedes con Salazar. El Fiscal me dio aviso, hoy mismo de ello.

-¿Con que ya lo sabía usted? ¡qué desvergüenza lo que se ha hecho con nosotras!

-Yo no tengo que hacer en las funciones privadas del Tribunal; pero creo que los que le componen son muy caballeros y jamás se proponen...

-¿Qué estáis diciendo, señor? ¡qué! ¿no sabéis que ayer mi hija se desmayó por el atrevimiento de uno de los jueces?

-Se fingiría desmayada -contestó Eduardo-, con ese despecho que se apodera del hombre que ha dejado de amar por un desengaño.

-Os estáis chanceando, señor Eduardo -repuso la madre con cierta sonrisa vergonzosa.

-En este momento hablo la verdad.

-¡Qué ingratos son los hombres! -dijo la madre con admiración-; ¡creer que mi hija sea capaz de fingir, cuando sabe usted que se encuentra aislada por amarle como le ama!

-Ese es otro fingimiento, señora.

-Viene usted muy lizo hoy -le observó la madre con agrado-. Seguramente estará usted amando a otra ya.

-Eso es bueno para su hijita, que ama a cuantos le dicen bonita, o le miran un cuarto de hora con detención.

-¡Qué injusto es usted! -contestó la señora, mirando a Eduardo con aire significativo y triste.

-Nada de eso; es porque soy justo que me expreso así.

-Usted viene extraño hoy, ¿qué le ha sucedido?

-Acabo de recibir un desengaño terrible, señora, por eso vengo extraño.

-Cuénteme usted.

-Acabo de abrir los ojos ante un cuadro de inmoralidad; acabo de quitarme una venda que me conducía a un suplicio; ¡acabo de palpar la realidad de que Margarita me engañaba!...

Eduardo acompañó estas palabras con calor y sentimiento. La señora se asustó y no pudo menos de cortar la frase, diciéndole:

-Algún equívoco, algún equívoco ha sufrido usted.

¿Qué es lo que ha visto? Mi hija es incapaz de ser lo que usted cree.

-Es capaz -contestó Eduardo con animación- de todo.

-No, señor, usted esta en algún error; ¿qué es lo que ha pasado?

La señora creía que Eduardo se refería a las cartas de Salazar y contra esta prueba veía la esperanza de oponer la argucia de la experiencia.

-¿A qué se refiere usted? ¿quizá a algunos chismes o calumnias de ese atrevido que está en la cárcel?

-No, señora, a nada de eso.

-Pues sea usted claro, dígame lo que hay, que me interesa como a madre.

Eduardo se levantó de la silla y se asomó a la puerta para ver si venía alguien; luego se volvió a su asiento y dijo a la señora:

-Dentro de un momento le contaré todo. Esperemos a Margarita. Mientras tanto, hágame dar un poco de agua.

La señora llamó a una esclava y le pidió un vaso de agua. La criada no tardó en traerlo.

Eduardo bebió con ansiedad. La criada se retiró, y al salir de la sala, dijo:

-Ahí viene mi amita.

En efecto, el sonido de las ropas y los pasos ligeros que se sintieron, avisaron la llegada de la niña y de la criada. Entró a la sala echándose atrás el pañuelón y se detuvo al ver a Eduardo, saludándole:

-Buenas noches, señor; felices los ojos que le ven.

-Más felices son los que la han visto -le respondió Eduardo.

Margarita no hizo alto en lo que se lo decía, y se sentó al lado de su mamita.

-Cómo te has tardado, niña -le observó la madre.

-Son las nueve solamente, mamita. Rosita le manda mil finezas. Allí estaban unos señores que me han estado jaleando con bromas.

-¿Qué te decían? -le preguntó la madre con amabilidad.

-¡Ah! ¡si supiese el señor Eduardo! me embromaban con que si era cierto que me casaba pronto.

-¿Y qué contestó usted? -le interrogó Eduardo.

-Que para principios del año lo haría, según me lo había dicho usted.

-Pues muy mal ha contestado usted, ese día primero del año no llegará para mí.

La madre y la hija se miraron, y luego preguntaron a Eduardo:

-¿Por qué no llegará?

-Porque la Margarita que yo amaba, murió.

-No sé lo que usted trae hoy -repuso la madre.

Eduardo se incorporó en la silla y con aire serio dijo:

-Les diré con franqueza a lo que he venido, y la razón por que estoy tan extraño.

La hija esperó con terror y la madre con curiosidad.

-Diga usted.

-Por una gran casualidad he visto hoy, a las ocho, a la señorita en la pieza número 9 de la casa que está antes de llegar al Puente, encerrada con el señor de Castro.

Es falso que haya estado en casa de Rosita. Ha estado en una cita.

-Mamita, eso es falso -interrumpió Margarita.

-No es falso, señorita, míreme de frente.

Margarita bajó la vista avergonzada.

-Había tenido malos informes de su hija; pero no los había querido creer, más hoy yo he visto la evidencia del vicio.

-Falso, mamita, falso -interrumpió de nuevo la hija.

-Nada de eso, Margarita. Usted sabe la verdad.

Cuando pedí la mano de esa niña, la creí pura; pero hoy estoy convencido que es todo lo contrario.

-Es usted muy avanzado, señor -repuso la madre-. Mi hija no puede ser lo que usted cree.

-Es todo, señora, encubierta con las apariencias de la educación.

No le falta más que dejar el título de señora o marquesa para ser lo que son las...

-Esas son calumnias -interrumpió la joven-, pretextos con que el señor quiere evadirse para faltar a su palabra, burlar a una pobre mujer.

-Llámelos usted como quiera; pero el hecho es que usted es lo que he dicho ya. Con este convencimiento he venido a decir a ustedes que yo no me caso con Margarita.

-Le juro a usted por lo más sagrado, por Dios -dijo Margarita enternecida dirigiéndose suplicante a Eduardo-, que yo no he...

-¡Calle! ¡calle! -le interrumpió Eduardo-; no perjure, ahórrese esta nueva falta.

Margarita llevó el pañuelo a los ojos y pareció llorar.

-Usted, señor -le dijo la madre-, ha comprometido el nombre de mi hija ante el público, y me es extraño que por bagatelas tan insignificantes quiera exonerarse de un compromiso como el que tiene.

-Mi compromiso fue con la pura Margarita, esa ya no existe, como lo he dicho.

Margarita levantó la cara con altivez, y contestó, dirigiéndose a la madre:

-Mamita, no se le dé nada; yo no tengo necesidad de matrimonio. Bien me habían dicho que el señor era un corrompido, y que se burlaba de las mujeres.

-Está usted escupiendo al cielo, señorita -repuso Eduardo-. Mi corrupción está en no amar la corrupción.

-Pues hágame el favor de no molestarme -le dijo Margarita-; déjeme en paz.

La madre se quedó abismada en apariencia y quiso volver a emplear los buenos modos; mas Eduardo se paró de su asiento, y tomando la capa y el sombrero se despidió, diciendo:

-Pueden ocuparme como amigo, vivo en tal parte, como ustedes lo saben. Adiós.

-Espérese usted -le dijo la madre.

-No tengo más que hacer en esta casa -contestó Eduardo y salió.

La madre continuó llamando al que salía.

-¡Señor Eduardo! ¡señor Eduardo!

El señor Eduardo no hizo caso y siguió su camino sin mirar hacia atrás.

-No se apure, mamita -le observó la hija-; él volverá.

CAPITULO XXIII

Una madre que cosecha el fruto de su vida

El matrimonio de Eduardo con Margarita quedaba sin efectuarse.

A la salida de Eduardo, la madre quedó convencida que no debía contar más con el hombre que debía dar su nombre y su mano a Margarita; esperanza lisonjera que la hacía esperar en un porvenir que ansiaba para rehabilitar a los ojos de la sociedad su reputación perdida.

Sucede con frecuencia, que la sociedad es indulgente y consiente los extravíos de la mujer casada; y al propio tiempo es implacable con los extravíos de la mujer soltera, por ligeros que estos sean; siendo de observar que en la primera el grado de culpabilidad

como las consecuencias de sus faltas, son altamente desmoralizadoras y sin excusa e incomparables con las de la segunda.

Debido a esa costumbre, sin apoyo alguno en la moral, es que se creía que el modo de volver la reputación a una niña, a una familia desgraciada, era casándola; considerando el matrimonio como un bautismo que borraba el pasado, y servía de pretexto e inmunidad para lanzarse al mundo en brazos de la prostitución.

Se comprende el efecto que en la madre de Margarita hizo la ruptura de Eduardo, desde que le quitaba la esperanza de rehabilitar a su hija y de colocarla en una posición holgada y respectable.

Se habían quedado mustias y colocadas frente a frente de sus conciencias. A la madre la asaltaban remordimientos que acallaba por efecto del golpe recibido y por la convicción que acababa de tener del desborde de su hija. Margarita no temía sino un nuevo disgusto, que veía venir al quedarse a solas con la madre.

La hora de la explicación íntima, de la reconvención había llegado.

-Ya ves, hija -dijo la madre interrumpiendo el silencio y dirigiéndose a Margarita que se mantenía sentada en el sofá, con la cara caída sobre el pecho, y observando de reojo a la madre-; ya lo ves. Por tu cabeza has perdido el honor y un partido tan ventajoso como el de Eduardo. No has querido aprovechar la educación que te he dado. Eres incorregible. Tu conducta me obliga a tomar medidas que te pesarán.

-Vuelve usted, mamita, con los sermones de siempre -le respondió Margarita-. ¿Cree usted lo que ha dicho ese hombre?

-Recuerda los billetes que te presentaron en la Inquisición; recuerda las veces que te he castigado, y no me preguntarás si debo creer lo que es cierto.

Margarita, lejos de contestar a la madre, se limitó a decir en voz baja:

-¿Qué me importa Eduardo? Parece que fuera el único hombre que hubiese en el mundo.

-No es eso lo que te digo -repuso la madre-. Te hago ver solamente, que tu reputación está perdida y que los hombres te han de mirar para divertirse contigo, ninguno para hacerte feliz.

-¿Y qué me suponen los hombres? ¿Acaso tengo necesidad de ellos para vivir?

Estas palabras las pronunció Margarita con un aire tal de despecho, que demostraba no tener rastro alguno de los sentimientos de decoro y de dignidad, que son el principal adorno de una mujer.

La madre, haciendo el papel del diablo predicador, procuró despertar en la hija esos sentimientos que le había hecho perder con el ejemplo de su vida.

-Mira, hija -le observó con voz amorosa-; el honor es la vida de la mujer. La mujer, antes que desear fortuna, poseer riquezas, precisa conservar ileso su honor. Sin él, ella no es sino un juguete, un pasatiempo que se toma hoy para despreciarlo al siguiente día.

Si te casas, ¿qué responderías a tus hijos el día en que te pidiesen cuenta de tus faltas?

-Habiendo fortuna -repuso la hija-, hay todo, mamita; porque los hombres no buscan hermosura ni virtudes, sino tan solo dinero.

-¡Jesús, niña! -exclamó la madre-. Veo que estás perdida.

-¿Perdida? ¿por qué he de estarlo?

-Porque no te avergüenzas de tu deshonra.

-¿Qué es lo que usted me dice?

-Que estás perdida, porque has perdido la vergüenza.

-¿Y es usted la que me dice esto? ¿Acaso yo he hecho algo que no le haya visto hacer a usted? ¿Qué ejemplo, qué educación he recibido sino la de sus propios desvíos?

Yo no creía malo lo que veía que usted hacía. ¿A qué me reprende entonces, por haber seguido sus pasos? Todo lo comprendo ahora que he perdido mi honor; pero no es usted la que tiene que hacerme cargo de ello, porque usted me enseñó a despreciarlo cuando no comprendía su valor, haciéndome partícipe de sus citas y de sus infidelidades a mi padre. Si yo estoy perdida, usted es la causante de mi desgracia. Una joven que entra al mundo, sin experiencia y aleccionada por lo que ha visto, tiene que ser presa de las insidias de los que nos rodean; porque no se comprende lo que es malo y hace cuanto vio hacer a su madre, sin comprender que la madre pudiera proceder mal y escandalizar a sus hijos.

Estas palabras de Margarita cayeron en el alma de la madre con todo el peso de una justicia que condena sin dar recurso alguno a la vindicación. Las palabras de la hija encerraban todo un proceso.

La madre se sintió sin fuerzas para resistir a cargos que le revelaban toda su inmensa responsabilidad y le presentaban como la responsable de las faltas de la hija. Humillada, ajusticiada por su conciencia, no pudo responder a Margarita. Bajó la vista y se reconcentró en un mundo de recuerdos y remordimientos.

Escena profunda que explicaba la causa de la corrupción de Margarita.

La fisonomía de aquella madre se encendió como el carmín al principio de los cargos que se le hacían. Luego, cediendo a las impresiones que se sucedían en su espíritu, el semblante revistió una palidez mortal.

La hija veía humillada a la madre, y la madre no se atrevía a mirar a la hija. Las palabras de Margarita vengaban, eran una expiación del pasado de la madre.

¡Pero ay de las venganzas que vienen por mano de los hijos!...

Aquello equivalía a haber acercado el fuego a un depósito de pólvora. La explosión debía suceder.

La madre, reconcentrada en sí misma, se sintió arrebatada de súbito por un terror pánico, y transformando su fisonomía, se levantó eléctricamente y cayó de rodillas delante de Margarita.

-Perdóname, hija mía -le dijo-, anegada en llanto y poniendo las manos en actitud de orar. ¡Perdóname!

La hija, asustada del semblante de la madre, lanzó un grito de espanto y de horror, echándose de espaldas en el sofá:

-¡Madre mía! ¡madre mía!...

-¡Sí, hija desgraciada! -exclamó la madre-, ¡te pido perdón porque tu madre es la causa de tu perdición!

La madre al decir estas palabras echó las manos sobre el cuerpo de la hija, tratando de abrazarla. Margarita al sentirse tocada por aquellas manos, y dominada por el espanto que le produjera la fisonomía de la madre, aterrorizada, fuera de sí, dio un salto cual si una chispa eléctrica la hiriese, y corrió al interior de la casa pidiendo socorro.

-¡Por piedad! ¡perdóname Margarita! -siguió repitiendo la madre.

Las fuerzas la abandonaron y cayó desmayada en la alfombra.

A los gritos de Margarita, la servidumbre acudió a la sala de recibo. Allí encontró a la ama de la casa, revestida la fisonomía de una expresión diabólica; y en vez de socorrerla huyó espantada.

Pasados algunos momentos los sirvientes se repusieron y acudieron a asistir a la señora. Dos negros la tomaron en peso y la llevaron a la cama. Allí se le atendió debidamente. La señora, sin darse cuenta de lo que había pasado, al volver en sí, su primera pregunta fue:

-¿Y Margarita?

-Está en su pieza de dormir -le contestaron las sirvientas.

En efecto, Margarita se había asilado en su dormitorio. Desde allí se informaba de la salud de la madre. Cuando supo su restablecimiento calmó la agitación natural en que se encontraba.

La escena última le había impresionado; pero como el amor filial lo había ido perdiendo por grados, a medida que había ido perdiendo el respeto, esa impresión dolorosa o de susto que le había preocupado, pasó sin dejarle una lección provechosa.

Lejos de arrepentirse del orden de vida que llevaba, su pensamiento se fijó en buscar los medios de vengarse de Eduardo.

Concentró su espíritu, y sin abrir los ojos ni cambiar de postura, tramó su plan.

Al dar las once de la noche se levantó del asiento, en donde se había colocado, profiriendo estas palabras

-La ruptura con Eduardo me va a avergonzar. Él ha abusado de mí persiguiéndome para que fuese su esposa. Me deja en una situación ridícula. Es necesario que ese hombre muera o se case.

Margarita, sin añadir una palabra más se entregó al sueño, lisonjeada con la esperanza de satisfacer su pensamiento, importándole poco el añadir un crimen a la deshonra que sobre sí pesaba.

PARTE SEGUNDA

CAPITULO XXIV

La novia del hereje

Aun no hemos tenido la oportunidad de dar a conocer a Enriqueta, la joven a quien Moyén había elegido para desposar.

Era Enriqueta una persona a la cual había favorecido la naturaleza dotándola de una alma bella y de un físico que respondía a la belleza de su espíritu.

Joven, hermosa, de fisonomía angelical, era una joya encontrada en el camino de la vida, destinada a brillar en medio de las lindas mujeres que producía la patria de los Incas.

En su semblante no se encontraban aquellos signos que revelan un espíritu falaz. Frente espaciosa y recta, rostro expresivo, animado por dos ojos grandes, azules, velados por

largas pestañas, labios finos y encendidos con los tintes de una sangre pura, que descubrían al reír dos filas de dientes esmaltados, semejantes a un engaste de perlas. Su cabellera era abundante, color castaño, la cual caía en rizos naturales alrededor de su cuello torneado y albo. De tez pálida en el fondo, un tinte suave como el de la rosa le daba animación, resaltando con el traje oscuro que vestía de costumbre.

Enriqueta estaba dotada de una inteligencia clara y despejada, y de un corazón puro y magnánimo.

Tal era la joven a la cual Moyén había elegido para unir su suerte.

La prisión de Moyén la hacía sufrir tanto por la separación, cuanto por el apodo con el que la designaba el espíritu supersticioso de su país. La designaban las gentes con la palabra *mora*, porque amaba a un francés tenido por hereje.

Enriqueta había pasado sus primeros años al lado de parientes que vivían en las iglesias, de gentes *beatas*. Desde la más tierna edad la habían enseñado a mirar el mundo como un lugar de perdición, presentándole por única existencia virtuosa, aquella que se entregaba a mortificar los sentimientos de la naturaleza y a acabar con las aspiraciones del corazón.

Educada en tales ideas, sus parientes la habían decidido a tomar la vida monástica, para la cual esperaba la mayor edad.

Tenía a la fecha en que la conoció Moyén, la edad de diez y seis años.

Desde el día en que estas personas se encontraron, ese magnetismo inexplicable de las inclinaciones, atrajo el uno al otro; y el amor nació entre ellos.

Desde ese momento, un mundo nuevo se ofreció a la existencia de Enriqueta. Su pensamiento vio la felicidad en donde le habían hecho comprender que solo existía el dolor. Divisó al través de su pasión, un estado superior al que le habían designado, en el cual podía conservar la virginidad de su alma, siendo útil, a la humanidad y digna de Dios.

Fue entonces que su razón le pintó el ascetismo como un caos revestido de los colores del espanto, al cual la naturaleza condenaba como una mutilación del ser creado.

Aquella joven se creó la necesidad de vivir al lado del hombre que creía completarle sus ambiciones. Enriqueta amó y varió de resolución. Quiso ser esposa y no un cadáver. De ahí nació que sus ideas, sus instintos, su corazón se entregase a Moyén; y Moyén que divisaba en aquel símbolo de un pensamiento naciente la tranquilidad de un porvenir soñado, se entregó también a ella con toda la fe y toda la fuerza del amor.

Este cambio de Enriqueta en el curso de un año, es decir, al cumplir los diez y siete de edad, había producido causas agravantes que precipitaron la persecución de Moyén.

Alegre y consagrada al amor del hombre que iba a ser su esposo, había vivido en los placeres de la castidad y del respeto que caracteriza todo amor verdadero. ¿Qué era para ella el día cuando Moyén estaba en sus ocupaciones? Una eternidad que la impacientaba, que desaparecía al volverle a ver.

El matrimonio de estos dos jóvenes iba a efectuarse, cuando de la noche a la mañana Moyén desapareció de la sociedad, y la voz pública lo designó encerrado en la cárcel de la Inquisición. «Es hereje», era la acusación que le hacía el vulgo. Desde entonces Enriqueta sintió la desgracia. Ya no eran horas las que esperaba pasar lejos de su amante; entre el pasado de sus caricias y el porvenir de sus ensueños, divisaba un abismo. Estaba de por medio el Santo Oficio. ¿Qué hacer para libertar a Moyén? He aquí el pensamiento que embargaba la atención de Enriqueta. Separada de él, el dolor reemplazó a la esperanza. El corazón apasionado cambió el traje de desposorio por el luto de la ausencia. Enriqueta sintió levantarse en su seno el tormento de un amor que lucha con el imposible. Sufría por no ver al joven que le descorrió el velo al mostrarle un mundo nuevo; sufría porque veía con el corazón las distancias que imposibilitaban su matrimonio; sufría, en fin, porque presentía que Moyén era martirizado en la prisión. Aquella alma virginal, destinada para inspirar un amor grandioso y elevado, sufría el embate de los abusos de los sectarios de la destrucción.

Enriqueta, a medida que veía pasar los días sin ver a Moyén, las impresiones que sentía le iban destruyendo paso a paso sus torneadas formas. Reducida a la inacción, todo su anhelo era saber algo de Moyén. Con este motivo se iba de noche a casa de Magdalena (que vivía vecina) a tomar noticias; las noticias que se dejaban traslucir.

Enriqueta y Magdalena habían estrechado vínculos de amistad; porque la simpatía de las virtudes reúne siempre los corazones que las profesan.

Rodolfo y su esposa habían tomado sumo interés por la suerte de esta joven; así era que la ayudaban a sentir y a buscar los medios de salvar al reo. Con este motivo, Rodolfo, luego que hubo presenciado el juicio de Moyén, pensó que era imposible libertar al futuro esposo de Enriqueta. Rodolfo, desesperado de los medios legales, se atrevió, al día siguiente del juicio, a aconsejar a Enriqueta que diera un paso atrevido; que se encarase con el Inquisidor Mayor y le pidiese que de algún modo salvase al reo, Enriqueta, cuando oyó esta proposición, se ruborizó y aun se negó a aceptarla; mas Magdalena que había conocido al artista antes que al Inquisidor, creyó que el corazón de aquel hombre no había cambiado; y apoyada en esa creencia, se esforzó en persuadir a la joven para que aceptase la propuesta de Rodolfo. Enriqueta cedió después de una larga resistencia y convino en ver a Eduardo.

-Le hablaremos las dos -le dijo Magdalena-, y espero que conseguiremos mucho.

-Bien, mi amiga -le respondió Enriqueta-, le hablaremos.

¿Cuándo?

-Es necesario que sea lo más pronto -observó Rodolfo-, porque las circunstancias son apremiantes.

-Entonces será mañana -repuso Enriqueta.

-No hay inconveniente.

-¿Y en dónde le veremos? -preguntó la joven.

-Le mandaremos llamar aquí -contestó Magdalena-, porque tiene alguna confianza con nosotros.

-Descansa en ti, querida amiga -dijo la joven, iluminando su rostro con una expresión de candor y gratitud que enajenaba.

-Descansa en mí; yo te mandaré llamar en cuanto esté aquí.

-Gracias, gracias.

Enriqueta pronunció estas palabras, suspiró y se retiró a su casa.

-¡Qué joven tan bella y tan desgraciada! exclamó Rodolfo luego que salía-, es digna del amor, sabe amar...

CAPITULO XXV

La entrevista.- Explicación de una historia misteriosa.- Un seductor descubierto

Eduardo había recibido una invitación de Magdalena, pidiéndole tuviese la complacencia de pasar por su casa.

Eduardo contestó que estaría a sus órdenes inmediatamente. Esta invitación satisfacía su espíritu mortificado con las cosas de Margarita, porque Magdalena era para él un recuerdo de amor y una esperanza de felicidad.

Rodolfo había salido intencionalmente para dar más libertad a las súplicas de Enriqueta por Moyén y al apoyo que a esta intervención prestaría su esposa.

La hora de la entrevista había llegado: Eduardo se presentó y Magdalena le recibió con la expresión agradable de sus finos modales, haciéndole tomar asiento.

Un sirviente se presentó a la puerta de la sala. Magdalena le ordenó:

-Anda a donde te he mandado.

Era para ir a llamar a Enriqueta.

Enseguida se dirigió a Eduardo para disculpar la invitación que le había hecho de pasar a visitarla.

-Muy extraño debe haber parecido a usted, Eduardo -le dijo-, mi llamado; pero usted me disculpará cuando sepa que a ello me obligaba un deber de amistad y el natural deseo de tener el placer de verle en esta casa.

Eduardo no comprendió el doble objeto de esta explicación. La juzgó con la ligereza que lo hace siempre la vanidad humana, tomándola como una introducción o como un pretexto que Magdalena empleaba para verle a solas.

-Es verdad -le contestó Eduardo-, que hace días debía haber repetido mi visita; pero he estado tan ocupado, tan agitado, que no he podido llenar un deber y una necesidad de mi corazón.

Magdalena, queriendo dar otro giro a la conversación que Eduardo le daba, se apresuró a explicar las ocupaciones y agitaciones de que este se disculpaba, refiriéndose a los trabajos del Inquisidor.

-Así lo he creído -repuso Magdalena-. Nos han hablado de un juicio célebre, que me interesa en sumo grado. ¿Sería impertinencia -agregó- el preguntar quién es el presidente del Tribunal de la Inquisición?

-¿Por qué me hace usted esa pregunta, Magdalena?

-Porque mi esposo me le ha pintado como sumamente arbitrario.

-Siento no poder satisfacer su curiosidad, porque es prohibido el descubrirle.

-¿Y usted, Eduardo, que jerarquía tiene en el Santo Oficio?

-Aun cuando llevo el título de Inquisidor Mayor, nada tengo que hacer con los juicios del Tribunal. No podré darle más explicaciones a este respecto, porque es prohibido dar a conocer los secretos de su organización y marcha.

-¿Quién se lo impide?

-Un juramento dado.

-Todo esto es bastante singular y extraño.

Magdalena pronunció estas palabras con cierto aire de duda que hizo ruborizar a Eduardo; pero conociendo que era una imprudencia molestarle, varió al instante de conversación.

-Todos estos días -agregó-, dando una pausa a la explicación que acababa de tener lugar-, he estado deseosísima de conocer el misterio que encierra el cambio de su posición, Eduardo. Usted me había ofrecido satisfacer esta curiosidad natural en una amiga antigua.

Eduardo se serenó, creyó que al fin descubría Magdalena el verdadero móvil que le indujo a llamarle, y que esa curiosidad, ese interés que se tomaba no podía explicarse sino por un sentimiento de afecto que revivía al encontrarlo.

-¿Tiene usted Magdalena -le interrogó Eduardo-, interés en mi suerte?

-¿Puede usted dudarle?

La disposición del espíritu de Eduardo dio a la contestación de Magdalena el sentido de una manifestación simpática de sentimientos, y en tal sentido repuso:

-No debe extrañarle, porque entre usted y yo no puede haber indiferencia por nuestros destinos.

Magdalena volvió a apresurarse a contener el alcance de las palabras que se le dirigían.

-Siempre tiene que existir el interés de la amistad.

-¿Y es por ese solo interés que usted desea conocer el misterio de los últimos años de mi existencia?

-Indudablemente, mi amigo. Otra clase de interés no se comprendería en mi posición.

-Lo comprendo, lo comprendo.

Eduardo manifestó en la animación de su mirada el placer que su alma sentía al creerse en camino de arrancar una manifestación amorosa de Magdalena; y en este sentido continuó:

-Usted podrá apreciar bien lo que la estimo y el grado de confianza que me inspira, cuando voy a confiarle el secreto de mi vida.

-Gracias, mi amigo. Así debe ser, usted debe confiar en la lealtad de mis sentimientos.

-Voy a darle la prueba de ello, Magdalena. Debo comenzar por declararle que el artista Víctor Enríquez desapareció para ser suplantado por Eduardo el Inquisidor Mayor.

Magdalena sintió pasos en el patio e interrumpió a Eduardo diciéndole:

-Permítame un momento que le interrumpa, porque ahí viene una amiguita que desea verle para solicitar de usted una gracia.

Eduardo se mostró contrariado, y sin tener tiempo de nada, Enriqueta se presentó en la sala, vestida de negro, con el semblante melancólico y la voz débil y tímida.

Magdalena se adelantó a recibirla, le dio un beso, la presentó a Eduardo y luego la sentó en el sofá a su lado.

El Inquisidor tomó un asiento al frente de ellas.

-Este es el Señor -dijo Magdalena a Enriqueta-, de quien te hablé ayer.

Enriqueta y Eduardo se hicieron una cortesía. Luego, mirando la joven con franqueza al Inquisidor y dirigiéndose a su amiga, le interrogó:

-¿El señor sabrá ya el motivo que me obligaba a importunarle?

-Aun nada le he advertido -le contestó Magdalena-, pero puedes hablarle sin temor, porque es muy buen amigo de casa.

Eduardo observaba y oía sin tomarse grande interés por Enriqueta. La reciente lección que había recibido de Margarita, le había hecho desconocer la sanidad de las intenciones en las limeñas. Estaba además, contrariado por la interrupción que había sufrido en su diálogo íntimo con Magdalena. Bajo tales impresiones, se propuso despachar lo más pronto posible a la solicitante.

-¿La señorita desea ocuparme en algo? Desearía saber en qué puedo serle útil.

-Sí, señor -contestó Enriqueta.

-Puede usted hacerlo con franqueza.

La joven dirigió a Magdalena una mirada de protección, diciéndole:

-Hazme el servicio de hablar por mí.

-No tengo embarazo en ello -le respondió Magdalena.

Y luego dirigiéndose a Eduardo, continuó:

-Esta señorita pide a usted la libertad de Moyén. Ella es su prometida, y según las noticias que tiene, presume que el Tribunal le ha sentenciado ya. No tiene otra esperanza que usted, Eduardo. Yo soy su amiga, y penetrada del amor santo que por él tiene y conoedora de sus virtudes, es que agregó a la súplica de ella la mía.

El Inquisidor, a medida que hablaba Magdalena, manifestaba una sorpresa fingida; y en vez de contestar directamente a lo que se le pedía, se limitó a interrogar:

-¿Con que la señorita es la prometida del señor Moyen?

-Sí, señor -le respondió Magdalena.

-Debe, realmente, amarle mucho, cuando toma sobre sí la tarea de trabajar por su libertad.

Enriqueta sintió que le brotaban llamas de sus mejillas; mas, Magdalena volvió a tomar por ella la palabra:

-Es en virtud de ese amor, señor, que mi amiga se atreve a dar este paso.

Eduardo se sonrió, como quien duda de la pureza del amor, y volvió con otra observación imprudente.

-Según los informes que he recibido -agregó-, desearía que la señorita Enriqueta renunciara a intervenir por una persona que lleva en sí el apodo de hereje.

Enriqueta se puso pálida, dominó su timidez y como herida en el corazón, alzó la cabeza y contestó a Eduardo.

-Si no tuviese la convicción, señor, que Moyen es el más moral y virtuoso de los hombres, esté usted seguro que tendría motivo para avergonzarme de lo que hago por él; pero sepa usted que me enorgullezco declarándome la prometida de Moyen, del hereje; porque si la maldad de los hombres y la corrupción de la sociedad califica de hereje al hombre honrado y moral, tengo la suficiente fuerza de espíritu para despreciar ese apodo de la ignorancia y consagrarme con más fervor al amor que le profeso.

-No me refería precisamente -le observó Eduardo-, a lo que usted ha creído. Me refería a lo poco aceptable que es a la sociedad el que una joven pura y soltera como usted lo es, intercediese por un joven.

-Señor -le replicó con animación Enriqueta-, cuando existe un vínculo entre dos corazones, y ese vínculo es santo, puro, lejos de ser mal visto el que uno de ellos obre en protección del otro, creo que ese paso debe respetarse. Entre Moyen y yo existe un vínculo indisoluble: la santidad del amor que nos profesamos. Íbamos a realizar nuestra unión ante el mundo y me ha sido arrebatado, privada de su vista, de mi felicidad. ¿Hay falta, vituperable, después de conocida mi situación, en suplicar por la libertad de Moyen?

Cuando una doncella pide en virtud de un santo principio de justicia ¿tiene de qué avergonzarse?

Eduardo comprendió la impertinencia de sus observaciones. El semblante de Enriqueta estaba radiante de vida al concluir de hablar. Por sus mejillas rodaban dos lágrimas de ángel.

-Magdalena se interpuso entonces, para guiar a Eduardo por un camino delicado.

-Ya veis, mi amigo -le dijo-, lo que es esta joven. Reclama con sobrado motivo, y a un pedido de esta naturaleza, no dudo que el corazón de Eduardo responda como debemos esperarlo.

Eduardo se conmovió. La voz de Magdalena le dominaba. Si le hubiera sido posible, habría accedido. Reflexionó, meditó las influencias que tenía que contrariar, y después de una pausa breve, contestó con un acento dolorido:

-Lo que ustedes me piden es un imposible.

-¡Un imposible! -exclamaron las dos jóvenes a un tiempo, asombradas de lo que oían.

-Sí, un imposible, porque el Tribunal ya ha fallado.

-Lo sabía -repuso Magdalena, por eso es que hemos recurrido al poder de usted.

-Es que no tengo poder sobre el poder del Tribunal -observó Eduardo.

-¿Pues no es usted el jefe de ese Tribunal? -repuso Magdalena.

-Creo que poco antes -le dijo Eduardo-, había dicho a usted que yo no era jefe ni miembro del Tribunal del Santo Oficio.

-Me sorprende lo que usted me dice -le objetó Magdalena-, tanto más cuanto que Rodolfo me ha dicho que creyó reconocer a usted en la voz, cuando tuvo lugar la última sesión.

Los colores saltaron a la cara de Eduardo, pero reponiéndose, volvió a contestar esa especie de desmentido que Magdalena le había dado.

-El señor Rodolfo se ha equivocado; esté usted segura de ello. Yo no asisto a las sesiones del Tribunal.

-¿Entonces -le interrogó Magdalena-, qué significa el llamarse usted Inquisidor Mayor?

-Voy a satisfacerle su curiosidad en pocas palabras. Regularmente tengo que sufrir mucho con el título que llevo, porque la generalidad me cree cómplice y autor de lo que hace el Santo Oficio. No me crea usted como la generalidad, porque cargaría con un sinnúmero de desagradados y de odios. Es verdad que llevo el título de Inquisidor Mayor, pero no es más que un título de nobleza como cualesquiera otro. Yo corro con la administración del Santo Oficio, pero sin intervenir en las causas ni en cuanto allí pasa. Hay un Tribunal secreto y este es el que juzga y hace ejecutar las sentencias. Una vez que él falla, no hay poder en la tierra que revoque su fallo. Las personas que lo componen jamás se sabe quiénes son. Un juramento, como lo he dicho antes, impide toda explicación. Por lo que le digo, usted verá que mi poder es nominal.

Enriqueta lanzó un suspiro profundo y Magdalena se quedó aterrada con la explicación que acababa de oír.

-¿Entonces cree usted -repuso Magdalena-, que Moyén no puede ser libertado?

-Siento el decir que no. El Tribunal ha fallado.

-¡El Tribunal de la infamia! -exclamó Enriqueta.

Eduardo bajó la cabeza y tuvo vergüenza de defender al tribunal que en secreto dirigía y que en público negaba.

-¿En dónde se ha visto -continuó la joven exaltada-, que un tribunal arrebate a un hombre de la sociedad y tenga vergüenza de darse a conocer?

Si a Moyén se le acusa de algún delito ¿por qué los que lo juzgan no son francos en manifestarse, ejerciendo un acto que creen de justicia?

-No se exalte usted -le interrumpió Eduardo-, no se exalte; porque el tribunal es compuesto de católicos.

-Bien me había dicho Moyén cuando me aseguraba que los católicos eran los verdugos de la humanidad.

-Está usted atacando la religión, señorita, lo mismo que lo ha hecho Moyén.

-No señor, ataco a los malvados que se escudan con ella.

-Pues esa es una de las causas por la cual está condenado Moyén -repuso Eduardo.

-Si esa es, haga usted que la misma sentencia, recaiga sobre mí, porque yo pienso como él.

Eduardo sintió este reproche de Enriqueta, teniéndole por delator. Quiso responder con impaciencia, mas se retrajo y comprendió que era preferible vengarse de otro modo, dando un golpe disimulado a la joven.

-¡Oh! es usted muy injusta, señorita, al dirigirse de ese modo a mí; porque si en mi mano estuviera, yo salvaría a Moyén de la muerte a que ha sido condenado.

Enriqueta, que ignoraba la sentencia que pesaba sobre su amante, no pudo resistir la impresión, al saber la noticia que le daba Eduardo. Dio un grito espantoso de dolor y cayó en un éxtasis sorprendente de enajenación. Su rostro palideció, sus labios finos y rosados se pusieron cárdenos. Aquellos ojos dulces y alegres se cerraron. Las convulsiones se apoderaron de su cuerpo. Enriqueta quedó sin sentidos.

-¡Qué ha ido a hacer usted! -le dijo Magdalena a Eduardo-, ¿qué ha ido a hacer, dándole la noticia de la sentencia?

Magdalena y Eduardo se pusieron a asistir a Enriqueta.

-Perdone usted -le decía Eduardo-, manifestando arrepentimiento y dolor. Creía que le era conocida.

La joven seguía en el éxtasis. Las criadas de Magdalena acudieron a sus voces, Magdalena trajo corriendo un frasquito que puso en las narices de Enriqueta. Contenía éter. Luego que lo aspiró, la joven principió a volver en sí. Se pasó un momento de silencio profundo: la joven siguió aspirando el espíritu, y empezó a restablecerse. Su primer movimiento fue abrir los ojos, y al ver a Eduardo delante de ella, dio un grito de espanto.

-¡Quitad a ese hombre de mi vista!...

Enriqueta volvió a cerrar los ojos y a cubrirse la cara con las manos.

Eduardo retrocedió con asombro.

-No tengas cuidado -le dijo Magdalena-, ese señor te pide perdón por su indiscreción.

-¡Ah! ¡no, no! -volvió a exclamar la joven sin abrir los ojos-; siento horror a sus miradas. Llévame de este sitio.

Eduardo se retiró a una pieza inmediata y la joven incorporándose fuera de sí, espantada, salió para su casa acompañada de dos criadas.

Magdalena la acompañó hasta la puerta.

-¡Ese hombre es malo! fueron las últimas palabras de Enriqueta al despedirse de Magdalena.

Su conciencia le revelaba la verdad, le demostraba ser ese uno de los verdugos que sacrificaba a Moisés.

Magdalena que tenía idea distinta de Eduardo, sintió aquellas palabras de Enriqueta; porque las creyó injustas; así fue que al volver a la sala, donde había vuelto a entrar Eduardo, llegó avergonzada y sin saber qué hacer para satisfacer a su amigo.

-Usted dispensará, Eduardo, lo que ha pasado -le dijo Magdalena con el semblante sonrojado-. Es una joven Enriqueta, digna de disculpa, porque sufre por un verdadero amor.

Eduardo revistiéndose de una indiferencia suma respecto de lo que había pasado, lejos de contestar la satisfacción que se le daba, procuró variar de conversación.

-Dejemos a un lado lo que acaba de pasar -le dijo-. Esa joven se escuda con el velo de un amor para hacer lo que se le ocurre. Es mujer y es preciso olvidar sus palabras.

-No sea usted injusto -repuso la amiga-. Enriqueta no es una vulgaridad. ¿Cree usted que yo sería su amiga si la creyera una loca en su conducta?

-Es tan difícil conocer en esta sociedad lo que es el amor, que es posible esté usted, Magdalena, equivocada.

-Pero cuando se tiene la prueba de que ese sentimiento, que rechaza toda infamia y excluye toda intención dañosa es el que domina a Enriqueta, no es posible engañarse, como usted lo presume. Todos los días veo a esta amiga, y en su vida íntima, habitual, la encuentro siempre tan digna y tan pura que no me es dado abrigar la menor duda respecto a su honorabilidad.

Su pensamiento inmutable está en Moyén. No ambiciona más que unirse a él.

Siempre tierna, ruborizándose de las palabras que presentan un doble sentido. Enriqueta es un ángel, mi amigo, un ángel que debe ser protegido en este mundo, porque no hay muchas como ella.

-Así debo creerlo -contestó Eduardo-. Respeto su juicio, Magdalena.

Esto equivalía a poner término a esta conversación. Luego tomando un giro diverso le dijo Eduardo:

-Cuando fuimos interrumpidos, iba a hacer a usted la confidencia del secreto de mi vida.

-Tiene usted razón -le interrumpió Magdalena-. Creo que ahora habrá motivo que me prive de satisfacer este deseo.

Eduardo tenía interés en hacer sus confidencias a Magdalena, porque esperaba alcanzar por este medio el revivir sus recuerdos de amor. No se hizo esperar.

-¿Se acordará usted Magdalena del mes de diciembre de 1743?

-Estábamos en vísperas de casarnos -le contestó esta.

-El día 24 de aquel mes -continuó Eduardo-, a la hora en que acostumbraba ir de visita a casa de usted, sucedió el encontrarme en la mansión del anciano Riketi, en compañía de sus dos hijas y de un joven Sirey, persona que había sido mi rival antes de hablarla para esposa y que no debe haber usted olvidado.

Magdalena recordó en el acto la persona que se le nombraba; pero sin violentarse observó a Eduardo:

-Pero ese Sirey no fue rival de usted en tiempo alguno. Me visitaba sin mostrar sus pretensiones, y recuerdo que se retiró de la noche a la mañana, sin saber el motivo.

-Ese Sirey -continuó Eduardo sin detenerse en la rectificación que se le hacía-, se atrevió por despecho o por malignidad a herir el honor de la que iba a ser mi esposa, dando a entender que Magdalena le había pertenecido.

-¡Malvado! -exclamó Magdalena.

-Sé que calumniaba a usted; pero esa calumnia hería el honor de la persona a quien yo amaba tanto, y mi deber era castigarle. Le llamé a un lado y le exigí una retractación inmediata. Sirey se rió de mí, y se retiró a seguir conversando con las jóvenes, que preguntaban lo que acabábamos de conversar.

-No es cosa, les respondió. Este señor (designándome con la mano) está loco. Me acaba de decir que su prometida es un ángel.

Estas palabras fueron acogidas con una carcajada estrepitosa por las hijas de Riketi. Yo perdí la serenidad de mi espíritu, y sin poder contenerme, me acerqué a Sirey y le di una palmada en la cara. Este, pretendiente de una de aquellas niñas, se volvió hacia mí, diciéndome:

-Partamos.

-Al instante, le contesté.

Salimos de la casa, venciendo las resistencias que nos oponían las jóvenes. Llegamos a la puerta de la calle, y sin hablarnos, [an]duvimos rápidamente una cuadra.

Al fin Sirey se detuvo y me dijo:

-El insulto que me habéis inferido, importa un desafío a muerte.

-A muerte -le contesté yo-, a muerte. El honor de mi futura lo exige.

-El mío también.

-Pues vamos a batirnos.

-¿Qué lugar elegís?

-Vuestra propia pieza.

-Nos pueden oír -observó Sirey.

Reflexioné y me convencí.

-Pues vamos a Santa Lucía, al pie de ese tajamar, sin padrinos y sin más compañeros que nuestras armas.

El joven aceptó, y a fin de proveernos de armas, fuimos a casa y de allí sacamos dos espadas. Las ocultamos bajo nuestras capas, y sin proferir palabra alguna, nos dirigimos al lugar convenido. Al dejar mi casa, arrojé una mirada sobre la vuestra: era una despedida, una separación; mas no como la que he sufrido.

-¡Pobre Eduardo! -se dijo a sí misma Magdalena, enterneciéndose-. ¿Todo eso hacíais por mí?

-¡Ah!... -suspiró Eduardo-, ¡y lo haría!...

-Es usted un alma noble. Proseguid.

Eduardo estaba animado, excitado con el recuerdo, y con los ojos rojos en Magdalena. Volvió a continuar:

-Llegamos al lugar, y allí en medio del silencio y sin otra luz que los rayos débiles de una luna naciente, arrojamos nuestras capas, y sacando las espadas, nos pusimos frente a frente y sin proferir otras palabras que «a muerte», dimos principio al combate. El brillo de los aceros era alternativo, nos batíamos con furor. El ruido era más notable por el silencio del lugar. Al cabo de diez minutos, Sirey dio un grito y dejó caer la espada.

-Estoy herido -me dijo.

Al instante suspendí la mía y me acerqué a él, preguntándole:

-¿Qué hay?

Sirey se apretó el pecho con las manos; me señaló la herida, mas sacando un pañuelo del bolsillo, lo dobló con ligereza y se vendó.

-Aguardad un momento -me dijo-. Aguardad.

Continuó fajándose, y luego que se apretó bien, se agachó al suelo y volvió a tomar la espada.

-Es necesario continuar -me dijo-; defendeos.

-Retractaos -le contesté yo-, y daremos por concluido el desafío.

Sirey era un valiente y un loco, y lejos de convenir en lo que le proponía, me contestó con impaciencia, poniendo la espada en actitud de atacarme:

-El desafío es a muerte, defendeos, porque os mato como a un puerco.

Viendo aquella actitud, y sintiéndome ofendido nuevamente, tomé mi espada y volvimos a continuar la lucha. El furor me cegaba, y Sirey herido en el pecho, se cegaba también, lanzándome estocadas de muerte.

Una de esas me hizo un rasguño en el costado, sentí el frío del acero en mi sangre, y mi furor creció; entonces ya no medité, ni nada pensé sino en matar a mi adversario.

Sirey en medio de esta refriega se me vino a fondo con una estocada; pude desviar la punta de su espada con presteza y al propio tiempo clavarle la mía con toda la fuerza de mi brazo.

La estocada que me tiró era decisiva, porque se vino encima con todo el cuerpo; así fue que el impulso de mi brazo y el empuje de su ida a fondo, hizo que le atravesase del pecho a la espalda. Sirey no pudo resistir esta herida y cayó de golpe al suelo.

Mi espada quedó internada sin poder salir.

El joven se revolcaba en la tierra, lanzando gritos espantosos de dolor. Corrí a auxiliarle, pero fue en vano: la herida era de muerte. En esto sentí pasos que se acercaban, que acudían a las voces de Sirey; y yo, por no ser sorprendido, corrí a esconderme en el centro de la ciudad. Quise irme a casa de usted, Magdalena, pero era una imprudencia. Entré a mi pieza, tomé algún dinero que tenía, y en aquella misma noche me embarqué en una nave que partía para Roma, resuelto a escribir a mi prometida desde allí, para que fuese a unirse conmigo; pero estaba escrito que así no sucedería.

Magdalena que veía en esta narración los efectos que había producido en Eduardo, el amor que le había inspirado, no pudo menos que enternecerse al considerar que había sido ella la causa de aquella muerte.

Si hubiese estado soltera, se habría arrojado en los brazos de Eduardo por tanto sacrificio; pero Magdalena era mujer que no olvidaba el honor ni se le despintaba la imagen de Rodolfo, a quien amaba con fe y fidelidad; así fue que, lejos de manifestarse a Eduardo, procuró conocer por entero la historia que contaba ya un desafío consumado.

-Nada de eso sabía, buen amigo, nada -le dijo-. Y bien, ¿por qué se fue usted a Roma?

-Porque allí había un amigo mío, un sacerdote que siempre me ofrecía en sus cartas una protección contra cualesquier revés de la fortuna.

Magdalena se movía con impaciencia en el asiento, su fisonomía se encendía por grados, la impaciencia por conocer el desenlace se revelaba en su mirar.

-Continuad, amigo -le dijo.

Eduardo observaba a Magdalena y conocía no serle indiferente ya. Sin hacerse esperar, continuó la historia de este episodio de su vida.

-Ese sacerdote llamado Rondani, luego que me vio en su convento y supo la causa de mi llegada, se estremeció, varió de color por algunos instantes, y sin pérdida de tiempo me dijo:

-No tengáis cuidado. Voy a libertaros de la muerte.

Yo me quedé esperando la protección del sacerdote, más él no se hizo esperar; entró a una segunda pieza que tenía, y de allí me trajo algunas monedas de oro.

-Tomad mientras este dinero -me dijo-, y variad en el acto de nombre, de traje, y alojaos en un barrio concurrido. Mañana os daré las instrucciones necesarias.

Yo tomé aquel dinero y me retiré a ejecutar lo que se me había indicado.

Al día siguiente volví donde el sacerdote y le encontré muy contento.

-Todo está arreglado -me dijo.

-¿Cómo así? -le pregunté yo.

-El general de la Orden ha escrito a Nápoles, para que se corra la voz de que Víctor Manríquez ha muerto. Lo he impuesto de todo lo ocurrido y he conseguido con él que os embarquéis para España y de allí paséis a América, llevando pliegos para el Preósito de la Orden en el Perú.

Al oír estas instrucciones, no pude olvidar la mujer que amaba, y con este motivo advertí al sacerdote:

-Necesito que me siga una joven con quien debo casarme.

-Es imposible por ahora, después se verá.

-Quise persistir en mi idea, pero el sacerdote me demostró la imposibilidad de darme gusto, y lo necesario que era hacerme desaparecer totalmente.

Las circunstancias me obligaron a aceptar aquel partido, y con el corazón transido de dolor, salí a embarcarme para venir al Perú.

Magdalena, usted comprenderá lo que sufriría al alejarme de la Italia, al perder de vista ese Edén del Universo en donde quedaba también el Edén de mi existencia.

¡ Ah! si en aquellos instantes hubiese tenido la persuasión de que usted habría venido a unirse conmigo, yo habría partido alegre, pero el destino acababa con mi porvenir al dejar la Italia; porque perdía la mujer por cuyo nombre había cometido un delito, y la perdía para... siempre.

Eduardo al pronunciar estas palabras se enterneció, dejó caer la cabeza sobre el pecho, agitada por una conmoción fuerte. Magdalena dejó aparecer en sus párpados el brillo de lágrimas expresivas.

Miró a Eduardo y no pudo menos que prodigarle un consuelo.

-No es tan cruel el destino -le dijo-, desde que la Providencia nos ha vuelto a dejarnos encontrar, aunque en distinta situación.

-Para mí -repuso Eduardo-, más me valía no haberla vuelto a encontrar, porque es su propia situación la que me hace comprender la imposibilidad de que yo sea alguna vez feliz.

-Es que en el corazón humano -le observó Magdalena-, siempre hay un lugar preferente para la gratitud y la amistad.

-Pero la amistad que reemplaza al amor, no me negará usted que es un martirio o una posición ridícula. Si usted me dijera que en su corazón había un lugar -agregó Eduardo con una expresión ardiente y decidida-, para santificar el amor que devora mi existencia, la extingue y la vivifica, entonces, Magdalena...

Magdalena se precipitó a contener la declaración que tomaba proporciones incalculables, rechazándola.

-A una mujer de honor -le dijo-, no se le ofende, señor Eduardo.

-Es que -le contestó el Inquisidor dando rienda suelta a su alma-, en donde hay amor, pasión, el honor y todo no tienen valor alguno.

-Está usted extraviado, Eduardo. El honor es el elemento principal del amor y sin él no hay felicidad posible.

-Pero ¿ha olvidado usted que yo debí ser su esposo? ¿ha olvidado que el amor de mi juventud primera no ha podido morir en mi corazón, y que sin usted, Magdalena, la vida me es una carga insoportable?

Eduardo no era dueño de sí propio. Encendido por la pasión, confiando en el recuerdo de sus intimidades en Nápoles, en vez de refrenarse, prosiguió en su declaración con más calor. Siguiendo la costumbre de su época, hincó una rodilla en tierra y suplicó a Magdalena, tratando de tomarla del traje.

Magdalena, aunque en usted no exista pasión por este desgraciado, engáñeme, engáñeme diciéndome que me ama.

Magdalena, asustada, ofendida, sorprendida, repelió instintivamente las manos de Eduardo y se puso de pie en disposición de fugar.

Eduardo la detuvo del traje sin abandonar la postura suplicante que tenía.

-¡Dejad! -le ordenó Magdalena revistiéndose de la majestad que suministra la dignidad.

-No, no la dejaré a usted hasta que me diga que me ama.

Hizo un esfuerzo Magdalena para salir, pero no pudo desprenderse de las manos del Inquisidor. Entonces dio un tremendo grito:

-¡Salid de aquí! ¡Andrés! (Era el nombre del sirviente).

A este grito se presentó Rodolfo en el umbral de la puerta, y contemplando el cuadro que tenía a la vista, se adelantó con aire sereno pero imponente.

Eduardo se puso de pie y agachó la cabeza, avergonzado y confundido.

Magdalena corrió al encuentro de Rodolfo y este le abrió sus brazos para recibirla. El esposo la estrechó y luego la dijo

-Dejadme solo.

Magdalena se resistió, porque temió algún resultado funesto entre aquellos dos hombres, y lejos de irse, le dijo a Rodolfo:

-Perdonad a ese hombre.

-Dejadme solo, Magdalena, nada temas.

Rodolfo tomó a su esposa del brazo y la condujo fuera de la sala, y enseguida volvió a donde Eduardo estaba sin alzar la vista.

-Señor, espero que si hay honor en vos, me satisfagáis del ultraje que acabáis de hacerme.

-Yo no hacía nada... -contestó Eduardo-, nada...

Rodolfo revistió su rostro de una sonrisa aterrante, tuvo impulsos de ira para acabar con Eduardo, pero se contuvo.

-Bien podría rasgaros el cráneo en este momento -le dijo- bien podría hacerlo; pero entre hombres de honor es un abuso tal medida. ¿No hacíais nada, y procurabais echar sobre mi

cabeza la deshonra? Señor Eduardo, dejémonos de palabras... Os emplazo a batiros para mañana.

Eduardo meditó, y viendo que aceptando tal partido saldría de allí sin ruido y sin escándalo, contestó sin mirar a la cara:

-Sí, señor.

-¿Armas?

-A pistola.

-¿En dónde?

-En Amancaes.

-¿Qué horas?

-Las siete de la mañana.

-Pues bien, si me faltáis, os juró que moriréis. Salid ahora de aquí.

Rodolfo le señaló la puerta con el dedo y se quedó en actitud grave y amenazante, sin apartar la vista de Eduardo que salía.

Rodolfo se encaminó enseguida donde estaba Magdalena, y encontrándola llorosa y asustada, la dijo para consolarla, tocándole con cariño la cabeza

-Todo lo he sabido, querida esposa, ese Eduardo es un pobre que merece desprecio.

-Tienes razón. ¿Qué le dijistes?

-Le he ordenado que no volviera más a casa.

Magdalena se serenó al ver la calma de Rodolfo, y alejó de sí el temor de un duelo.

CAPITULO XXVI

Del modo como se batía el Inquisidor Mayor

Pasadas las escenas de aquel día, los esposos volvieron a la tranquilidad habitual. Por la tarde salieron a dar una vuelta por las calles. Rodolfo no demostraba la menor alteración en su voz ni en su fisonomía, a pesar de tener que batirse al día siguiente. Una vez que

principió a oscurecerse, Rodolfo instó a Magdalena para que hiciese una visita a la familia de Fuente Gonzalo.

Esta instancia tenía por objeto el que Rodolfo necesitaba de un poco de tiempo a solas en su casa, para arreglar algunos apuntes, las armas, y disponer por cierto de sus cosas para el caso de un revés. Magdalena salió a visitar. El esposo quedó solo y se encerró en sus piezas, que tenían una ventana a la calle y una puerta al patio.

-Yo iré por ti a las nueve -le dijo Rodolfo a Magdalena-, al tiempo de salir.

-Te espero -le contestó Magdalena, y partió a tiempo que el reloj daba las siete y media de la noche.

Rodolfo, aquel hombre severo y de honor, que había tenido que disimular a vista de su esposa, luego que se vio solo no pudo menos de dar algún desahogo a su espíritu.

-¡Gracias a Dios!... -dijo a tiempo que andaba-, ¡gracias a Dios!... al fin tengo un momento para descansar, en que poder confiar a la soledad la cólera que me devora.

Rodolfo se fue enseguida a la segunda pieza de las que tenía para sí, y de una cómoda sacó un par de pistolas grandes de chispa, un tarro de pólvora, algunas balas y un puñal reluciente. Volvió con todo y lo colocó sobre la mesa de escribir. Sacó el puñal de una vaina de suela dibujada, lo miró con detención y leyó unas palabras que había grabadas en la hoja.

*Protege al débil,
venga el honor.*

N

-Este puñal -dijo Rodolfo mirándolo-, contiene el testamento de mi padre.

Él me lo dio con esas palabras que me recuerdan la sangre de que descendo.

Es bastante fuerte, y no lo dejaré olvidado para hundirlo en el corazón de Eduardo si se negase al duelo.

Le dio una última mirada, y enseguida le tomó del puño y lo clavó sobre la mesa.

-Penetra bien -continuó.

Lo sacó de allí y volvió a guardarlo en la vaina; se lo puso en la cintura, encubriéndolo con el pantalón y la chupa.

Enseguida se puso a examinar las pistolas, les puso un poco de pólvora en la chimenea y ensayó el estado de las piedras.

Tiró el gatillo y la pólvora prendió.

-Están corrientes, mañana las cargaremos en presencia de Eduardo.

Diciendo esto, acomodó las pistolas en un cajoncito con la pólvora y las balas.

-Por lo que respecta a las armas, nada tengo que hacer.

Rodolfo se sentó enseguida en la silla que le servía para la mesa de escribir y tomó la pluma con el fin de hacer algunos apuntes.

-¡Quién lo había de pensar! -dijo Rodolfo a solas-, ¡quién! ¡que yo había de disponerme a morir cuando recién principiaba a vivir!

Rodolfo inclinó la cabeza y se puso a escribir.

Se pasaría una media hora de silencio, al fin de la cual dejó caer la pluma y suspiró:

-Ya he concluido mi testamento -dijo.

Ahora me resta dejar un adiós a Magdalena, por si la bala me arrebatara la vida.

¡Ah! ¡cuánto amo a Magdalena!

Rodolfo al pronunciar el nombre de su esposa se enterneció, dejó caer la cabeza sobre el pecho, y luego recobrando la fuerza de su espíritu, continuó:

-Si el infame que obliga al hombre a adoptar el desafío para lavar una afrenta, comprendiese cuántos dolores causa, estoy cierto que renunciaría a atacar el honor.

Bien pude haberme vengado de Eduardo cuando le sorprendí, pero habría causado escándalo y un escándalo que habría refluído en contra de mi mujer.

Él ha atentado contra el honor de mi esposa, ha querido arrebatarme la honra de mi casa.

Eduardo ha cometido una falta, ¿qué hacer para vengarla? ¿relegarla al olvido?...

¡Oh! no, las venganzas que vindican el honor son justas. Olvidar una afrenta, es cobardía.

¡Ah! ¡padre mío! -exclamó Rodolfo-, tú me has dicho: «Venga el honor».

Lo vengaré con la muerte del traidor a la amistad, del seductor que no respeta el deber.

Rodolfo se manifestó acalorado al pronunciar estas últimas palabras.

La reflexión le enfrió enseguida, y el amor por su esposa reapareció tierno y con vehemencia.

-¡Y si yo muero! -se dijo a sí mismo con tristeza-, ¿qué será de mi Magdalena?...

El desafío es un medio incierto de venganza: el plomo del culpable mata muchas veces al inocente; falta la seguridad del castigo... ¡pero qué hacer! la justicia no me vindicaría, y el público no me creería digno.

El desafío es necesario para las sociedades que abusan del honor, y mucho más cuando la cultura no ha llegado a formar la opinión de lo bárbaro y cruel del medio.

Si yo divisase mi vindicación en la reprobación que la sociedad hiciera del hecho de Eduardo, ese castigo me bastaría; pero se me creará cobarde y otros vendrán en pos a injuriarme...

Vale más poner un término a esto. Me batiré.

Rodolfo, al concluir de hacer estas reflexiones, volvió a tomar la pluma para escribir a Magdalena un adiós, por si la muerte le arrebatava al día siguiente.

«Magdalena querida -le decía-, esposa fiel, cuando abras este pliego en que te consigno el adiós de la vida, no encontrarás en él sino la patente de tu honradez y la prueba del amor, por el cual voy a dar mi existencia».

Rodolfo, al concluir esa frase, sintió golpes en la puerta de su pieza, dejó la pluma en el acto, y tomando la luz fue a abrir la puerta de la segunda pieza, que era la que golpeaban.

-¿Quién es? -preguntó sin abrir.

-Un servidor de usted -le contestó una voz de hombre.

Rodolfo abrió entonces y se encontró de golpe con un bulto cubierto de negro, un agente de la Inquisición.

-Pasad adentro -le dijo Rodolfo-, algún tanto sorprendido por aquella figura. ¿Qué mandabais?

El encargado pasó adentro de la pieza y respondió:

-De orden del Santo Oficio os serviréis leer esta orden.

Rodolfo tomó el papel que se le pasaba, y poniendo una luz en una mesa, abrió el pliego y leyó:

«De orden del Santo Oficio, el agente segundo pasará a casa del señor don Rodolfo de Aguilar y le intimará prisión por el delito de herejía y complicidad que manifestó en la sesión última, al defender al reo Moyen».

Signado con dos cruces.

Rodolfo al leer esta orden, sintió correr por sus venas un frío extraordinario de indignación.

Miró con semblante mortal al agente, y sin atreverse a revelar la verdadera causa, a descubrir el medio a que recurría Eduardo para burlar el desafío, dio por única contestación al Inquisidor que permanecía de pie:

-Responded al Santo Oficio que no obedezco.

El agente pareció agitarse bajo el traje negro, y asombrado de aquella respuesta, repuso:

-A la orden del Santo Oficio no se le contesta así: se obedece.

-A las órdenes que nacen de un infame, solo así se contesta.

-Obedeced, señor, de lo contrario os haréis más criminal.

Rodolfo presumiendo que aquel hombre podía emplear la fuerza, se dirigió aceleradamente a la pieza interior, y tomando una espada que allí tenía, volvió precipitadamente a donde el agente.

-En el acto salid de aquí -le dijo-, porque os exponéis...

El agente se retiró con pausa, preguntando con humildad:

-¿Contesto que no obedecéis?

-¡Salid pronto!

Rodolfo cerró la puerta y volvió a su cuarto de dormir.

-Así era de esperarse -dijo-, así. De un miserable solo pueden esperarse ruindades. El desafío no tendrá lugar ya. Guardemos estos papeles. Me vengaré de otro modo.

Rodolfo guardó los papeles en un cajón, puso las armas en su lugar, excepto el puñal que lo dejó en la cintura, y enseguida principió a acomodarse para ir por su esposa.

-Son las ocho y tres cuartos -dijo Rodolfo mirando el reloj-. Ya es hora de traer a Magdalena.

Rodolfo estaba concluyendo de ponerse la capa, cuando fue interrumpido por nuevos golpes que daban a la puerta.

-Voy allá -contestó de adentro-. Este es algún nuevo expediente de Eduardo.

Tomó la espada desnuda, la ocultó con la capa y fue a abrir la puerta.

-¿Qué se os ofrece? -preguntó a tiempo que abría la puerta.

-Os intimo prisión -le contestó el agente de la Inquisición que volvía con ocho soldados armados de sables-. Seguidnos.

-¿Quién os manda?

-El tribunal del Santo Oficio.

-Yo soy magistrado y ese tribunal no puede mandarme.

-Obedeced y no repliquéis.

-No obedezco -contestó Rodolfo con energía.

Entonces el agente se dirigió a los soldados y les mandó:

-Tomad por la fuerza a ese hombre.

Los soldados sacaron sus sables y procedieron a ejecutar la orden.

-Cuidado con dar un paso adelante -les gritó Rodolfo-. Mi persona es inviolable. Soy magistrado.

Los soldados se contuvieron, mas el agente se encolerizó y volvió a ordenarles:

-Si en el acto no aprehendéis a ese hombre, os declaro reos. A nombre del Santo Oficio, os lo mando.

A estas palabras, los soldados se abalanzaron a penetrar en la pieza; pero Rodolfo dio un paso atrás, apagó la luz, dejando a oscuras aquel lugar; y con la espada en la mano se entregó a defender sus fueros y su persona.

Hubo un momento de terror en la tropa, de detención; nadie se atrevía a dar un paso adelante.

-Os juro que el que avance, muere -les intimó Rodolfo.

El agente sintió encendérsele la sangre, y agitado por aquella resistencia, excitó a los soldados a penetrar en la pieza.

-¡Adelante! -les dijo-, desgraciado de él si os toca.

Es a nombre de la religión que os mando.

Aprehended ese hombre que es un hereje.

-¡Un hereje! -exclamaron los soldados y se precipitaron hacia adelante.

Rodolfo les opuso el filo de su espada.

Los sables chocaron contra el acero de Rodolfo.

La oscuridad favorecía a este.

A los hachazos, el esposo contestaba con estocadas, que evadían los soldados eludiendo el cuerpo.

-Me ha herido -exclamó uno de los de la tropa.

El combate se suspendió, y tomando a aquel hombre, lo retiraron de la lucha.

-Id a traer una luz -ordenó el agente a uno de los soldados-. Así nos será más fácil el aprehender a este hombre.

Las hostilidades cesaron.

-En vano resistís -le dijo el agente a Rodolfo-, no os hagáis más criminal.

-Prefiero el que me tomen muerto -contestó este-, antes de ceder a las órdenes de unos facinerosos que abusan de la religión. Sois un agente de pillos, no de jueces.

-Ved como blasfema -les dijo el agente a los soldados.

Los soldados crearon coraje al comprender que Rodolfo blasfemaba.

Las creencias heridas, el honor militar ofendido, un compañero herido, todo ese cúmulo de sentimientos a la vez, dieron a aquella gente el valor desesperado de tomar al reo cuanto antes.

Así fue que luego que el que fue a traer la luz apareció, el agente volvió a dar la orden de ataque.

Rodolfo no se intimidó, y con abnegación, se puso a defender su puesto.

-¡Adelante, muchachos! -les gritó el agente-, ¡adelante!

Los soldados hacían chispear la hoja de sus sables, descargando hachazos de muerte contra Rodolfo, mas Rodolfo los paraba con destreza.

Por la puerta no cabían más que dos hombres, así es que el puesto era muy defendible por uno solo.

La rabia crecía por grados, el filo de la espada iba perdiendo el prestigio que le daba la resolución de Rodolfo; el combate se singularizaba.

-¡A nombre de Jesucristo, avanzad! -les gritó el agente.

Al oír aquella invocación, los soldados se precipitaron sobre Rodolfo; pero este sin retroceder, inutilizó a los dos primeros, hiriéndolos con vigor.

Entonces los otros perdieron el temor, y por encima de aquellos dos cuerpos, se precipitaron de golpe.

Rodolfo retrocedió, y paso a paso siguió luchando, hasta apoyar sus espaldas en un rincón de la pieza.

-¡Entregaos! -le gritaron los soldados.

-¡No! prefiero morir -contestó Rodolfo.

El combate fue entonces muy desigual, eran seis contra uno.

Rodolfo estaba fatigado y por grados perdía la fuerza su brazo.

De súbito recibió un golpe en el hombro, se sintió herido, y recogiendo sus fuerzas por un impulso de desesperación, Rodolfo, lejos de defenderse, arremetió con furor, abriéndose campo al través de los soldados, tirando cortes a un lado y otro, hiriendo aquí, asustando allá.

Rodolfo no se detuvo y se precipitó sobre el agente de la Inquisición, que mandaba el combate desde el extremo opuesto de la pieza. Llegó donde él y le rasgó la cabeza de un golpe.

A este tiempo los soldados le acometieron por la espalda, tendiéndole de dos hachazos y haciéndole saltar la espada.

-¡Asesinos! -gritó Rodolfo-, ¡asesinos!... y quedó rendido.

En el acto se echaron sobre él, que había perdido el sentido, le amarraron los pies y las manos, y con gran celeridad le pusieron en la calesa que estaba a la puerta.

El agente y un soldado entraron también y condujeron aquel cuerpo inerte, a la cárcel de la Inquisición.

Luego que allí llegaron, el agente con la cabeza ensangrentada, se bajó y dio parte a Eduardo que esperaba, de lo ocurrido.

Eduardo conociendo el mal estado del agente, hizo venir a otro.

Cinco minutos después, los soldados se retiraron al cuartel, y un coche preparado, recibió el cuerpo de Rodolfo, aun inerte, y lo condujo al Callao.

A las cuatro de la mañana, Rodolfo era embarcado en un pontón destinado a guardar reos.

De allí debía ser trasbordado a un buque mercante, que en pocos días más salía para Cádiz.

Se le remitía en calidad de preso a las cárceles de Sevilla.

CAPITULO XXVII

El regreso de Magdalena al hogar

Como la prisión de Rodolfo había tenido lugar a inmediaciones de la casa de Enriqueta, el ruido del combate había hecho que esta al sentirlo corriese apresurada a proteger a su amiga.

Los guardias le impidieron entrar, así fue que tuvo que volverse con gran zozobra y cuidado por Magdalena.

Eran ya las nueve, y Magdalena que esperaba impaciente la llegada de Rodolfo, en vez de ver aparecer al esposo, vio presentarse despavorida a una de las sirvientas anunciando la prisión que acababa de tener lugar.

Magdalena, lejos de anonadarse por aquel golpe, arrobada por el dolor, la cólera y el amor, se lanzó precipitada fuera de la casa donde estaba y corrió por las calles creyendo poder proteger aun a su esposo.

Llegó con la respiración cortada y allí oyó el relato de lo ocurrido. No sabían los criados nada de las heridas, pero Magdalena presumió que las habría recibido después de un combate como el que acababa de pasar.

La esposa aterrorizada, volvió a las piezas de Rodolfo, y allí a presencia de las manchas de sangre que había en la alfombra, del trastorno de la pieza y de la espada de Rodolfo,

Magdalena no tuvo fuerzas para resistir, la respiración le faltó y revestida de una palidez alarmante, cayó de golpe en uno de los sofás de la pieza.

-¡Aire!... -exclamó-, ¡aire! que me ahogo...

La pieza se llenó de gente, procurando darle algún socorro, algún alivio, a la bella napolitana.

Enriqueta apareció en medio de esta confusión y con grande entereza penetró hasta donde estaba su amiga.

-¡Magdalena! ¡Magdalena! -le llamó la joven a tiempo que le abrazaba bañándole el rostro con sus lágrimas.

Magdalena no respondió, parecía un busto de mármol, inerte y sin vida. El corazón de la esposa latía, y Enriqueta con su cabeza puesta en el pecho, se consolaba al saber que su amiga tenía vida.

Parecía querer comunicar el calor de su sangre al frío cuerpo de Magdalena.

Dos ángeles que se unían en la tierra para sufrir por dos amores que simbolizaban la virtud.

Enriqueta, desesperada por el estado de su amiga, llamó en su auxilio los recursos propios de la situación.

Recordó en aquel estado el éter que Magdalena le había hecho aspirar en la mañana, y dejando el cuerpo de su amiga, corrió a buscar el frasquito que lo contenía.

En pocos minutos volvió y lo puso en las narices de la esposa.

Magdalena al aspirar aquel espíritu hizo un movimiento convulsivo.

Enriqueta se consoló.

Volvió a ponerlo, y Magdalena suspiró entonces.

Dio vuelta el rostro, mas la joven le hizo aspirar por tercera vez. Entonces Magdalena entreabrió los ojos y respiró con ansiedad.

-¡Aire!... ¡aire!...

Enriqueta se levantó y con el rostro brillante por las lágrimas, suplicó a los que ocupaban la pieza, se retirasen.

-Tengan ustedes la bondad de dejarnos solas.

Magdalena está fuera de peligro.

Los que allí estaban contemplaron un momento más a aquellas dos jóvenes; y extasiados por la belleza de ambas, se retiraron en silencio.

-Está en manos de un ángel -dijo uno de los que salía-, es imposible que peligre.

Enriqueta, luego que se vio a solas con Magdalena y las criadas, volvió a aplicarle el espíritu.

La esposa principió a volver, un rayo de carmín coloró sus mejillas. La vida asomaba.

Enriqueta, hizo llevar entonces a la cama a la esposa y allí principió a prodigarle sus cuidados.

Magdalena tan pronto como comenzó a volver, lo primero que encontró a su lado fue a su amiga.

-¿Aquí estabas? -le preguntó Magdalena con suma dulzura.

-Aquí, no tengas cuidado, querida amiga.

Magdalena extendió sus brazos torneados y asió con expresión a Enriqueta.

Esta le echó los suyos al cuello y ambas mezclaron sus lágrimas y sus suspiros.

Eran ya las once de la noche.

-¿Qué me aconsejas, Enriqueta, qué haré por Rodolfo?

-Ahora es ya tarde -le contestó-, ten conformidad; mañana veremos lo que es necesario hacer.

-¡Oh! no, es preciso que yo haga algo, pronto. ¿A quién veré?

-¿Pero sabes por qué causa han llevado preso a Rodolfo?

-No sé más que lo que ayer pasó con Eduardo; pero no creo que tal sea la causa.

-¿Con ese hombre de funesta fisonomía?

Magdalena le contó a la ligera lo ocurrido y luego agregó:

-Pero Rodolfo le despreció -se contentó solo con arrojarle de casa.

-¡Ah! no dudes, es alguna venganza de ese hombre.

-No lo creas, otra causa debe haber: ¿Cómo han de perseguir al hombre que perdona?

Enriqueta se abstuvo de contradecir a Magdalena, procuró más bien desviar la conversación.

-Mañana veremos al Virrey -le dijo-, y él salvará a Rodolfo. Le expondrás todo y...

En esto entró una criada con un papel en la mano.

-Señora, este papel me he encontrado en el patio.

Enriqueta lo tomó y corrió a la luz para leerlo:

Era la orden de prisión que se le entregó a Rodolfo.

-¿Qué es? -le preguntó Magdalena.

Enriqueta leyó entonces la orden

-«Por el delito de herejía y complicidad que manifestó en la sesión última, al defender al reo Moyén» -dijo esta-. He aquí el delito. Eres muy desgraciada, Magdalena. Esos pícaros nos unen en un dolor.

-Abrazame, Enriqueta, abrazame. Dios nos unirá también en el cielo.

Las dos jóvenes entregadas a un propio sentimiento, desahogaron sus corazones con la efusión del dolor.

-No te separes más de mí -le dijo Magdalena.

-Siempre estaré a tu lado.

Hubo un rato de expresión tierna y muda.

-¿Siempre veremos al Virrey? -le preguntó Magdalena.

-¿Qué otro recurso tocar?

-Tienes razón. Tú le hablarás de Moyén y yo de mi Rodolfo. El Virrey no podrá negarnos la libertad de nuestros amores. Nos hará justicia.

-Sí, Magdalena, haré ese último sacrificio.

Magdalena pensó un momento y luego hizo un ademán para levantarse.

-¿Qué quieres?

-Voy a ver las habitaciones de Rodolfo, puede que haya algunos otros papeles. Él ha estado encerrado, según han dicho los criados.

-No te muevas, yo iré. Cuídate por ahora.

Enriqueta tomó la luz y recorrió las piezas de Rodolfo.

Se acercó a la mesa y nada encontró. Su vista se detuvo en uno de los cajones que estaba entreabierto, lo sacó y tomó los apuntes que había estado haciendo, los leyó con avidez.

-Rodolfo ha testado -dijo Enriqueta-, y la carta que está principiada, prueba que algo preveía. Guardemos esto. Es mejor que por ahora Magdalena no vea estos papeles.

Enriqueta reunió aquellos papeles y los guardó en su pecho.

Luego que se cercioró que nada más había, se volvió donde Magdalena y le dijo:

-Nada hay de nuevo por ahora.

-¿Has buscado bien?

-Descansa en mí, querida amiga, descansa.

-Entonces no hay más que hacer sino lo convenido.

-Es lo más propio.

-¿Sabes a qué hora se levanta el Virrey?

-Según me han dicho, nunca da audiencia antes de las doce del día.

-Iremos a las once.

CAPITULO XXVIII

Los consuelos dados por un jesuita

El abate González, que era el que había aconsejado a Eduardo para que en vez de asistir al desafío se apoderase de Rodolfo, tanto por evitar el que se desconceptuase el Inquisidor Mayor por si llegaba a saberse la causa del duelo, como por libertarse de un hombre que podía causar males a la Orden, tan pronto como llegó a su noticia el embarque de Rodolfo, se apresuró a penetrar en el hogar de Magdalena, con el fin de reducir todo al silencio.

Con este objeto, a las nueve del día siguiente, el abate se hizo anunciar en casa de Magdalena.

Como debe suponerse, la esposa, acompañada de Enriqueta, había pasado la noche sin pegar sus ojos.

En medio de la excitación febril en que se encontraban, la imaginación de las jóvenes amigas se ocupó en idear recursos para salvar a aquellos dos hombres que formaban parte de sus existencias.

Esto sucedía a fines de agosto de aquel año.

Las jóvenes, tristes y llenas de esperanza, se vistieron de negro muy temprano, para estar listas a las once del día.

La palidez causada por las emociones de la noche anterior, hacía resaltar las formas delicadas y graciosas de las dos.

Estaban ya vestidas, cuando el criado anunció al abate González.

Que pase adelante, contestó Magdalena, creyendo encontrar en este hombre una luz, un consuelo a sus dolores.

Enriqueta se alegró también, y juntas salieron a recibir al abate.

El abate, con esa santidad aparente que revestía, y la suavidad de sus modales, estrechó las manos de aquellas dos mujeres inmoladas a la ambición de las maquinaciones de la Orden.

-Celebro encontrarlas juntas, señoritas.

-Vamos a sentarnos -le dijo Magdalena.

El abate y las jóvenes pasaron al salón de recibo y se sentaron juntas, frente al jesuita González.

-¿Qué noticias me trae usted? -le preguntó la esposa con aquella ansiedad de espíritu que exige todo en una palabra, que necesita de suma brevedad para satisfacerse.

-Hoy a las ocho de la mañana -le contestó el abate-, he sabido el desgraciado suceso de anoche. Presumiendo el estado de aflicción en que se encontraría usted, he creído de mí deber pasar a ofrecérmele para cuanto pueda servirle. En estos casos, la amistad debe manifestarse.

-Señor abate -repuso Magdalena con vivacidad-, mi esposo ha sido aprehendido anoche, me han dejado huérfana, me quitan mi subsistencia y mi vida. Aquí tiene usted la orden

(pasándole el papel) de prisión. Ese crimen no lo ha cometido Rodolfo, ese es un pretexto, una perfidia. ¿Qué haré para que se me oiga?

-Por ahora es necesario tener prudencia y no precipitarse. Nadie mejor que yo, sabe que el señor Rodolfo es incapaz de cometer un crimen, lo creo inocente; pero el Santo Oficio tiene que proceder a veces por informes secretos que son ciertos, o por informes calumniosos que levantan algunos hijos del demonio. El Santo Oficio, una vez que conozca la inocencia del señor Rodolfo, esté usted segura que saldrá libre.

-Me consuela usted; mas, para que se conozca esa inocencia, es necesario acelerar el esclarecimiento, darse prisa. Con este fin, he resuelto ir hoy donde el Virrey, a informarlo de todo, junto con mi amiga y hermana que tengo a mi lado.

-No haga usted tal cosa, señora; tal paso le reportará graves males.

-¿Por qué?

-Porque si el Virrey llega a tomar parte en este asunto, necesariamente ha de pedir informe al Tribunal. El Tribunal dirá lo que dice en la orden de prisión, y estoy seguro que en tal caso, se abstendrá de influir; se empeñará porque castiguen al señor Rodolfo. Lo que conviene es silenciar y obrar por bajo de cuerda.

-Pero, ¿cómo? yo a nadie conozco ¿de quién me valdré?

-Usted tiene un amigo que puede hacer mucho: Eduardo.

-¿Habla usted de ese hombre -interrumpió Enriqueta-, que se goza en el mal ajeno? Ese hombre no puede ser amigo de Magdalena.

El abate se sorprendió, y Magdalena que nada buscaba sino el encontrar un medio de hacer algo por Rodolfo, bajó la cabeza.

-Está usted equivocada -repuso el abate-, Eduardo es un hombre de bien. Extraño, señorita, su avanzado juicio.

Magdalena miró a Enriqueta con ternura, y la joven lejos de avergonzarse, sostuvo a la amiga con su vista.

-El señor Eduardo -repuso Enriqueta-, se revela por su exterior. Quizá sea un juicio avanzado el mío, pero creo que él es la causa de la prisión de Rodolfo.

-¡Jesús! señorita, podría asegurar que Eduardo siente de corazón lo que ha pasado. Es innecesario conocer sus virtudes para comprenderlo.

Magdalena, que recordaba la escena del día anterior, al oír que el abate le aconsejaba que se empeñase con Eduardo, sintió encendérsele el rostro.

-Eduardo, señor abate -dijo Magdalena-, no es ya amigo mío.

-¿Qué dice usted?

Lo que usted oye, señor.

El abate que sabía la realidad de lo ocurrido, continuó haciendo el papel de sorprendido, y a fin de quitar a Magdalena la idea que había formado de Eduardo, volvió a dirigirle la palabra con un aire de sencillez tal, que la esposa siguió creyendo en su inocencia.

-¿Será indiscreción el que procure saber la razón de ese cambio?

-De ningún modo, señor, de ningún modo. Usted es mi confesor, el director dado por mi esposo, creo de mi deber el exponerle todo.

-Si son cosas privadas, señora, valdría más que las dejásemos para el confesonario.

-¡Oh! no, mi amiga las sabe ya, y como no son faltas mías, voy a exponerlas.

-¿Su amiguita las sabe? deseo entonces conocerlas cuanto antes.

Magdalena hizo entonces la reseña de lo que había sucedido y que nuestros lectores conocen, y enseguida concluyó:

-Tal agravio, tal abuso rompe los vínculos más estrechos.

-Mas no creo -replicó el abate-, que en todo eso haya una falta. A mi ver, no hay otra cosa que una ligereza, disculpable por las afecciones que la causaron. Es una fragilidad.

-Perdóneme usted, señor abate -le interrumpió Enriqueta-, una ligereza de esa especie compromete el honor de la mujer, el honor, que es lo único que la puede conservar digna.

-Soy de tu opinión, Enriqueta -le observó Magdalena-. Cuando el hombre se atreve a desconocer la virtud, no ama; porque si amase respetaría la honra, no exigiría un crimen como condición del amor.

-Tienen ustedes razón -repuso el abate-; no crean ustedes que trato de disculpar a Eduardo; lo que deseo es que ustedes conozcan que a pesar de haber una falta en la apariencia, no la hay en la intención, y por consiguiente, cuando la intención falta, racional y justamente, la apariencia de los actos no puede vituperarse como un crimen.

Para mí, Eduardo se halla en este caso.

Enriqueta miró a Magdalena y esta a aquella, como preguntándose una a otra si aprobarían aquellas máximas.

La esposa pareció manifestarse adherida a los principios del confesor; porque su espíritu abatido no ansiaba otra cosa que el volver a encontrar a Rodolfo. En tal disposición, se apresuró a preguntar al abate

- ¿Y usted cree que Eduardo podría salvar a Rodolfo?

-No lo aseguraría, pero lo creo. Aun cuando no es miembro del Tribunal, puede pedir se le encargue el conocimiento de la causa. Él goza de ese privilegio.

Enriqueta que vio ceder a su amiga y que recordaba las disculpas de Eduardo cuando se empeñó por Moyén, observó con vivacidad:

-El señor Eduardo ha dicho ayer, que él nada puede.

-Puede que así suceda en ciertas causas, señorita -le contestó el abate-; mas no en todas.

-Ese señor lo puede todo -replicó Enriqueta-; pero cuando no quiere acceder, se disculpa. Además, señor abate, Magdalena no debe jamás atravesar palabra con Eduardo; porque Eduardo es la causa de la prisión de Rodolfo.

El abate se violentó un tanto al oír aquellas palabras resueltas de la joven, y sin esperar a que se descubriese causa alguna del desafío, procuró desvirtuar aquel cargo.

-Extraño, señorita, que sin un convencimiento pleno se acrimine así a un hombre.

-Perdone usted, no le acrimino. Eduardo ha sido expulsado de esta casa, y permitirle que vuelva, sería una degradación en mi amiga. Estoy segura que Rodolfo preferiría la muerte antes que su esposa se mancillase.

-Pero esas no son sino palabras, señorita. En casos como estos, es necesario perdonar, admitir la reconciliación que es provechosa.

-Una reconciliación que haría desmerecer a mi amiga.

-Es usted muy exagerada, ¿cree usted que si yo no tuviese la conciencia de la buena intención de Eduardo, aconsejaría una falta?

Magdalena dispuesta como hemos dicho a encontrar un medio de rescatar a su marido, cerró los ojos a los consejos de Enriqueta y aceptó el partido de hacer lo que el abate le decía.

-Señor abate -le dijo-, descanso en usted; haré lo que usted quiera.

Enriqueta susceptible a las ideas de honor, se impacientó al palpar la debilidad de su amiga, y parándose del sofá, le dijo con resolución:

-Magdalena, te deshonras si admites a Eduardo.

-¿Por qué? ¿hay algo de criminal -le observó- en procurar la salvación de mi marido?

-Tú no puedes amar más de lo que yo amo; sin embargo, yo que no he recibido el agravio que tú de ese señor, jamás aceptaría el tenerlo por amigo a título de libertar a Moyén.

-¿Pero no respetas acaso el juicio del señor abate?

-Lo respeto, pero el señor abate no conoce a Eduardo aun, por eso mantiene ese juicio respecto a su persona.

-Enriqueta, no olvides que el señor y yo le conocemos tiempo ha.

-¿Persistes entonces?

Magdalena reflexionó un momento, el abate observó, mas al fin se resolvió.

-¡Dios ve mi corazón! haré ese sacrificio por Rodolfo.

Enriqueta miró a su amiga con detención, la contempló, y enternecida por recuerdos o pensamientos que surcaban en su imaginación, la joven dejó correr una lágrima de amor y de dolor.

Se abalanzó al cuello de su amiga y dándole un ósculo le dijo:

-Eduardo es la causa de tu. desgracia...

-¿Por qué me dices eso?

-Lee esos papeles.

Enriqueta sacó de su pecho un paquetito y lo pasó a Magdalena. El abate se conmovió, mas la esposa abriéndolos leyó el principio del testamento que decía:

«Disposición de mis bienes por si muero en el desafío, que debe tener lugar mañana a las siete, con Eduardo Manríquez».

-¡Rodolfo se iba a batir!... -exclamó la esposa.

-¿A batirse? -interrogó el abate con admiración.

-Lee ese otro papel -le dijo Enriqueta.

Magdalena lo desdobló y con los ojos llenos de lágrimas leyó:

«Magdalena querida, esposa fiel: cuando abras este pliego en que te consigno el adiós de la vida, no encontrarás en él sino la patente de tu honradez y la prueba del amor por el que voy a morir».

Magdalena apenas pudo concluir de leer estas líneas.

Cayó de golpe sobre el respaldo del sofá, ahogada por el llanto.

-Rechazo a Eduardo... -fueron las palabras de la esposa al acabar de leer aquellos papeles.

El abate se asustó un tanto, y mirando con semblante airado a Enriqueta, le dijo:

-Usted ha de matar a su amiga con esas impertinencias.

-Prefiero verla muerta antes que degradada -le contestó la joven.

-Dios la castigará -repuso el abate con cierto aire de amenaza.

Enriqueta se quedó callada y atendió a cuidar a su amiga que sufría.

-Ahora te amo más, Magdalena -le dijo Enriqueta-. Eres siempre la misma.

El abate que presenciaba aquella emoción de sentimientos, conoció que era inútil el quedar más tiempo. Se despidió, para provenir con tiempo los resultados que podrían sobrevenir.

-Me retiro -le dijo a Magdalena-, usted verá lo que ha de hacer. Yo volveré trayéndole las noticias que voy a buscar.

Magdalena no hizo alto en aquellas palabras.

Sufría mucho en aquel momento. Enriqueta contestó la despedida con un saludo de cabeza.

El abate se fue.

CAPITULO XXIX

Un Virrey sometido a la Compañía de Jesús

A poco rato de haberse despedido el abate, las dos jóvenes se dirigieron a la casa del Gobierno en busca del Virrey, resueltas a practicar lo que habían ideado la noche anterior.

Creían que la autoridad suprema por un acto de justicia las salvaría de los dolores que sufrían, restituyendo a la una el esposo y a la otra el joven que debía ser su marido.

Las desgraciadas jóvenes obraban sin tener un conocimiento regular de la autoridad del Virrey a dar tal paso. La razón era evidente.

El Virrey, aun cuando era el delegado del amo que residía a tres mil leguas de distancia, y de un amo que era considerado ejerciendo el poder por delegación de la Divinidad, estaba consagrado pura y exclusivamente al sostén del orden que permitía explotar las riquezas del país, dejando el dominio absoluto de la sociedad al poder eclesiástico, que por cierto era el mejor guardián de ese orden deseado.

Consecuente a este régimen era la sociedad en sus diferentes manifestaciones: tolerante respecto de las acciones privadas, fuesen de la naturaleza que fuesen; intolerante respecto de todo acto que apareciera con un carácter público.

Baste solo recordar el poder de los jesuitas en aquella época, para darse cuenta de lo que serían las costumbres ajustadas al principio de San Ignacio: «*no importa el fondo con tal que las apariencias sean buenas*». Principio que era traducido en muchos círculos por un otro, como consecuencia de aquel: «*más valía ser cauto que casto*».

Este principio de muerte para el corazón y la virtud, de envenenamiento para la educación, era aplicado con rigor por aquella parte de la sociedad que se aferraba a los vicios con la ansiedad del náufrago que divisa un madero en que salvar la vida. Así era, que el fallo público jamás condenaba un acto inmoral en privado, y combatía con fanatismo un acto público, que aunque bueno en el fondo, podía envolver una apariencia de innovación.

Subiendo por grados, de la sociedad a los poderes, se comprenderá el estado de intolerancia que debía dominar al Virrey, que era el *caput* del pueblo colonial; y se comprenderá también el gran sacrificio que hacía Enriqueta en ir ante él a interceder por un hereje y un amante.

Mas la joven tenía un gran corazón, y a pesar de los dicterios que se le lanzaban, ella descansaba en sus virtudes, y en sus virtudes encontraba valor para sacrificarse por su amor.

Eran las once del día.

Magdalena se había serenado de las impresiones que había recibido durante la visita del abate. Nuestras dos heroínas se dirigieron a palacio.

Entraron allí con alguna dificultad.

El Virrey, tan pronto como supo la llegada de Enriqueta y de Magdalena, hizo que uno de los ayudantes de campo que estaba en la antesala, las hiciese pasar adelante.

Magdalena tomada de la mano de Enriqueta, penetró en una de aquellas salas de recibo que habitaba el Virrey.

La esposa, al pisar los umbrales del salón, se sorprendió de encontrar al abate González.

La joven soltera hizo un signo de disgusto.

El abate se adelantó a recibirlas, y al saludar a Magdalena le dijo en voz baja: «pedid solo un indulto, no mostréis papeles».

Magdalena avanzó con su amiga, y el Virrey con gran galantería, les dio asiento.

El abate previendo este paso anunciado por Magdalena en la visita de la mañana, tomó el partido de estar al lado del Virrey con el objeto de evitar que la esposa manifestase el testamento de Rodolfo y la carta que comprobaba la verdadera causa de la prisión del esposo.

El abate era además el capellán de palacio, y el hombre de consulta.

El Virrey algún tanto viejo, hacía descansar los actos gubernativos de su vida en la sanción que les prestaba el abate.

Un sacerdote absolvía en la tierra y esto era suficiente para serenar la conciencia.

Magdalena, animada por la fuerza de espíritu que poseía, no tardó en exponer al Virrey el objeto de su visita.

-El señor Virrey -le dijo-, no extrañará que una persona como yo, le importune algunos instantes.

-Señora -le contestó el Virrey-, me es grato el teneros en palacio, y manifestaros los mejores deseos por serviros. ¿Que deseabais?

El abate arrebató la palabra para ahorrar a Magdalena la relación de lo ocurrido.

-Si la señora me permite -le dijo-, le ahorraré el sentimiento de exponer el objeto de su visita.

Magdalena creyó que el abate tenía interés en salvar a Rodolfo, y respetando la oferta, le contestó:

-Le agradeceré, señor abate, me evite esa incomodidad. Usted sabe lo ocurrido.

-Pues, señor Virrey -dijo el abate-, esta señora es la esposa del señor Rodolfo.

-¿Del señor Rodolfo? -interrogó con admiración el Virrey-, ¿del señor juez que anoche fue arrestado?

-Sí, señor.

-¿Sabíais ya el hecho, señor Virrey? -le interrogó Magdalena.

-Lo sabía, señora.

-Pues bien -continuó el abate-; la señora deseosa de libertar a su marido, viene a implorar un indulto del señor Virrey.

Enriqueta que observaba con impaciencia, quiso aprovechar la oportunidad para interceder al propio tiempo por Moyén.

-Y yo, señor Virrey -agregó ella-, no puedo menos de pedir la libertad también del señor Moyén, porque soy su futura esposa.

El Virrey que estaba instruido ya por el abate, de ser la causa de las prisiones de estos dos hombres el crimen de herejía, al conocer las súplicas que se le hacían, no pudo dejar de manifestar su extrañeza.

-Me pedís, señora Magdalena -respondió el Virrey-, un imposible. La herejía es un crimen que Dios encarga castigar. Él solo puede acceder a la súplica que hacéis.

En cuan a la súplica de la señorita Enriqueta, me abstengo de responder por respeto al sexo.

Las jóvenes se quedaron estupefactas.

Magdalena en vez de anonadarse, cobró alientos, porque confió en que una vez informado el Virrey de la verdadera causa de la prisión, aceptaría su súplica.

-Señor Virrey -le dijo con prontitud-, mi esposo no es hereje, la causa real porque se le ha encarcelado es distinta.

El abate conociendo que Magdalena iba a exponer la verdad interrumpió para impedir que descubriese el secreto.

-Permítame advertirle que el señor Virrey sabe todo lo ocurrido.

-Señor abate -contestó ella-, pero aquí traigo documentos que si el señor Virrey los ve, se convencerá de lo que usted debe haberle expuesto.

-¿Documentos dice usted? -repuso el Virrey.

-Sí señor. Aquí están.

Magdalena sacó los papeles y los pasó al Virrey, mas el abate, por un acto de cortesía se paró a tomarlos. Los recibió y dirigiéndole la palabra al Virrey, le dijo:

-Si queréis informaros de estos papeles a que aludí anteriormente, os los leeré.

-No, no. Ya sé lo que contienen.

Magdalena se abismaba en aquel caos de inteligencia misteriosa; no encontró cómo sacar una resolución equitativa.

-Y qué ¿esos papeles no os han probado -dijo Magdalena-, la inocencia de mi esposo? ¿no está allí el verdadero cuerpo del delito?

-Sí señora -interrumpió el abate-, el señor Virrey conoce completamente todo lo que hay en este asunto.

Me parece más oportuno el dejar a Su Majestad que a sangre fría lo vuelva a considerar y entonces os mandará su respuesta. Yo haré lo posible, lo que es permitido a un ministro de la verdad.

-Creo que eso será lo más conveniente -repuso el Virrey.

Descuidad señora, voy a hacerme cargo de la cuestión leyendo los documentos y reuniendo las pruebas; y luego que escuche el dictado de mi conciencia y el de la justicia, os contestaré definitivamente.

Magdalena columbró una esperanza. Divisó alguna buena intención en el Virrey.

Por otra parte, la prevención del abate a quien respetaba ella, la prevención hecha en la mañana de ese día, hicieron comprender a la esposa que exponía el resultado si insistía más sobre el particular.

Así fue, que repuso después de un corto momento de meditación:

-¿Cuándo podré tener la repuesta?

El Virrey miró al abate sin atreverse a contestar, mas el abate que estaba cerca de la mesa de escribir, junto al Virrey, trazó con distracción estas palabras en un papel

-«Contestad, que lo haréis lo más pronto posible».

El Virrey leyó de reojo y respondió.

-Lo más pronto posible.

-Así lo espero, porque os creo el representante de la justicia -repuso Magdalena.

Enriqueta, que había esperado la conclusión de la súplica de Magdalena, no tardó en volver a insistir sobre la libertad de Moyén.

-Dispensadme, señor Virrey -dijo Enriqueta-, si vuelvo a importunaros sobre el ruego que os he hecho.

Moyén no tiene parientes ni nada en este país: no tiene más que un corazón que late por él, el mío. Se le va a inmolar y a mí se me va a arrebatar la vida.

El Virrey creyó que se le faltaba al respeto que era un escándalo el que cometía la joven al confesarle su pasión: así fue que la sangre fría que acompaña a la etiqueta la perdió y con ella los miramientos debidos a la belleza y a la virtud.

El Virrey arrugó el ceño, y lejos de responder a la súplica de la joven, le dijo:

-Nada extraño es que una señora casada pida por su esposo; pero es altamente irregular, señorita, que vengáis a insultar mis canas y la autoridad que invisto, haciendo alarde de un sentimiento como el que manifestáis.

-Yo le había observado lo mismo -agregó el abate-, pero qué queréis, señor, eso nace de la ilustración que ha adquirido esa joven, de esa ilustración que traen los herejes extranjeros.

-Tenéis razón, señor abate -replicó el Virrey-, tenéis razón.

Ved el grado de perdición a que ha llegado esa joven; seguramente no será dirigida por algún hermano de la compañía.

-Lo era, pero ha renunciado a él.

-¡Qué tal atrevimiento! Señorita, vale más que volváis a vuestra casa y os reconciliáis con la Compañía de Jesús. Ninguna joven a vuestra edad cometería la falta que acabáis de cometer.

Esta descarga de impropiedades cayeron sobre la desgraciada Enriqueta con todo el peso de una grosería. Su espíritu luchaba con las preocupaciones, era injuriada y a la par calumniada.

En cualquiera otra persona, esas palabras habrían pasado sin contestación.

Margarita se habría reído de ellas, a la vez que hubiese demostrado sentimiento; pero Enriqueta no, porque la virtud lejos de abatir fortifica.

Enriqueta, luego que acabó de oír aquella respuesta, con la altivez que solo da la inocencia, levantó su rostro encendido de rubor y de energía, y con el metal de voz más firme y dulce respondió:

-Señor Virrey, si os ha causado extrañeza que una joven confiese una pasión, cual lo es el amar casta y virginalmente, mucho más me ha producido a mí el que un anciano en quien yo creía encontrar un apoyo, se atreva a mancillar mi amor con palabras tan poco dignas.

-Advertid, señorita -le observó el abate-, que habláis con el representante de nuestro amo el Rey.

-Nada me importa que sea el representante de Su Majestad; porque mi reputación no es de la autoridad.

-¡Ja, ja! -se rió el Virrey-; esta señorita me hace reír. ¿Está loca?

No puede por menos, porque si no lo está es escandalosa la imprudencia que demuestra.

La joven sintió aglomerársele la sangre a la cabeza, su imaginación brilló.

-¡Ah! señor Virrey, tenéis razón en creerme loca, en creer lo que creéis de la mujer que os habla como yo.

Estáis acostumbrado como hombre a tratar a la mujer como especie distinta de la raza humana.

Las leyes, las costumbres, los usos, todo nos ha reducido a la nulidad. Nos negáis la inteligencia, la razón; no nos creéis útiles para más que para cuidar el orden doméstico.

Nos creís máquinas incapaces de hacer nada por nosotras mismas.

Hoy no somos sino un mueble de adorno y de comodidad; tenéis razón, pues, de creerme loca; porque traspaso esos límites de esclavitud, sin otra razón que la de que soy mujer.

Mas, ¡ay! si fuese hombre, entonces crearíais propio un paso como el que doy, porque entre los hombres nada es impropio, aun los vicios...

Yo he venido a pedir un acto de justicia, y un acto de justicia que se invoca a nombre de un sentimiento divino, jamás será un escándalo, señor Virrey, ¡jamás! porque la justicia y el amor son virtudes.

Es verdad que nadie se atrevería a dar un paso como el que doy, pero también es verdad, y lo digo con orgullo, de que nadie podrá levantar su frente más pura que la mía.

El Virrey y el abate escucharon con atención a la joven, y vagando entre si aquello sería el desenfreno de la inmoralidad o un resultado de pasiones disculpables, el Virrey se decidió por lo primero.

-No sé cómo clasificaros, señorita; porque no sé si lo que he oído, es un sueño o una realidad.

Sabed que como mujer soltera, vos no tenéis voz activa, no podéis pensar en vos misma; y que si fueseis casada, vuestro marido sería el que hablase en lugar vuestro.

Salvad ese principio de vanidad para no exponeros a caer en la falta que estáis cometiendo.

-Muy bien dicho, señor -repuso el abate-. ¿Qué sería de la sociedad si sucediera lo que la joven ha dicho? ¿Qué sería? ¡He aquí lo que se gana con la civilización!...

-¿Qué sería? -exclamó Enriqueta-, no se viviría del engaño de la hipocresía daría pábulo a los vicios sociales.

Si la mujer no yaciese sometida a la obediencia y a la inacción en que se nos mantiene, esté usted seguro, señor, de que otro sería el estado de la sociedad.

La mujer revestida de dignidad, no sería el juguete de las pretensiones de los hombres, no estaría expuesta a la inmolaición de su honor; no se viviría de la falsía, siempre engañando, siempre tolerando, por tener una distracción, algo que la haga ocuparse; y sobre todo, ¿por qué queréis negarnos la independecia de nuestras acciones públicas? ¿no toleráis las faltas privadas?

Si sois magistrado, no os fijéis en la persona que había, fijaos en el hecho, en si lo que se pide es malo o no.

-Me parece -dijo el Virrey al abate-, que esto es imperdonable. Vale más que evitemos estos escándalos.

Os encargo el que procuréis el arrepentimiento de esa joven, aleccionándola en la prudencia.

Yo no puedo soportar más.

-Tal es mi desgracia, señor -agregó Enriqueta con ternura-, que por último resultado he de llevar el convencimiento de la pérdida de Moyén, sin dárseme una razón, sin oírseme a nombre de la justicia.

Yo tengo corazón, tengo alma como vos, señor Virrey por eso es que sufro, y por eso prefiero arrastrar la maldición del vulgo y de las preocupaciones; porque prefiero llenar mi deber, pedir a nombre de mi amor.

Magdalena, que presenciaba esta escena con gusto, cuando oía el despejo de la palabra de la amiga; y con sentimiento cuando escuchaba los reproches que le hacían, involuntariamente se levantó del asiento, y dándole un beso en la frente, le dijo:

-La mujer siempre será esclava y tendrá que luchar contra el tutelaje del hombre.

Vámonos, amiga, esto no tiene remedio.

Enriqueta se paró también, y mirando con indignación a aquellos hombres, les dijo:

-Espero que mandéis por mí muy pronto para ocupar un calabozo. He dicho algunas verdades, lo cual es suficiente para ser tenida por criminal.

-Dios os proteja, señorita -le respondió el Virrey.

-Dios os perdone -agregó el abate.

Magdalena tomó el brazo de su amiga, y salieron ambas, la una con una débil esperanza, y la otra con el convencimiento de que Moyén estaba perdido.

El abate, luego que vio alejarse a los jóvenes, dijo al Virrey:

-Os lo había prevenido, que la una era casi loca y la otra una infeliz.

Luego poniéndose los papeles bajo del brazo, continuó:

-Estos son papeles tan indecentes que no podéis verlos sin hacerlos daño.

Me los llevo.

-Bien, señor abate. ¿Para qué me sirven cuando, según me lo habéis dicho, son escandalosos?

El abate, con aquella adquisición, se retiró diciendo para sí:

-Tengo los documentos que temía; ahora desaparecerá Rodolfo sin escándalo y Eduardo salvará su honor. Vamos a seguir nuestro trabajo.

CAPITULO XXX

La capilla

Mientras Magdalena trabajaba por libertar a su marido, las secretas maquinaciones del abate y de Eduardo hacían desaparecer a Rodolfo del Perú, sin que alma viviente lo

supiese. Un bergantín se hacía a la vela y le conducía a las costas de Cádiz, haciendo escala en Talcahuano. Al propio tiempo, como si una misma estrella alumbrase el destino de las dos amigas, el Santo Oficio hacía poner en capilla al francés Moyen.

Poner en capilla a un reo de la Inquisición, era señalarle la hora que debía morir.

La capilla duraba el tiempo que el Tribunal fijaba. Como Moyen estaba sentenciado a morir, el Santo Oficio, que ansiaba dar espectáculos al público para probar su celo y mostrarse digno de su ardor religioso, determinó que se llevase a cabo el fallo que había dado en la causa ruidosa del hereje. Con este objeto, el miércoles 3 de setiembre, el carcelero acompañado de la comunidad franciscana y de tres inquisidores, pasó al calabozo del reo, y sacándole la cadena que le ataba a la muralla, le puso una barra de grillos. Enseguida, uno de los inquisidores leyó la sentencia a Moyen y le notificó para que pasase a la capilla, a fin de arreglar su alma y ponerse en vía de la eternidad.

Moyen escuchó la sentencia sin proferir una sola palabra. El inquisidor que la leyó, una vez que hubo concluido, la presentó al reo para que la besara en demostración de humildad. Moyen, a este acto, contestó con un signo repulsivo: extendió el brazo y rechazó el papel.

-¡Siempre soberbio! -exclamó el Inquisidor-. ¿Preferís morir o retractaros como lo dispone la sentencia?

-¡Siempre digno! -repuso Moyen con gravedad-. Prefiero morir.

-Pasad entonces a la capilla.

Moyen principió entonces a moverse y a avanzar con suma dificultad. Los frailes le rodearon, y a la par que andaban pausadamente, entonaban un canto de ordenanza, un canto de alabanzas a Dios y de súplica por el alma del pecador que acompañaban.

La capilla era una pieza espaciosa, que estaba adornada con un pequeño altar, tres o cuatro sillas y una mesa larga cubierta de un manto negro. En esa pieza el reo se confesaba y estaba acompañado por los religiosos que se le destinaban para auxiliarle. Las monjas se encargaban de presentarle los mejores platos de comida, y los habitantes se entregaban a rogar por el alma de la víctima.

Después de haber atravesado algunos callejones, Moyen entró en aquella pieza, y luego que allí estuvo, se sentó en una de las sillas. La comunidad se retiró a su convento, y los inquisidores se esperaron un momento más con el fin de saber si Moyen elegía algún confesor.

-¿Designáis, señor Moyen -le dijo uno de ellos-, cuál debe ser vuestro confesor?

-A nadie designo, prefiero estar solo para aprovechar los momentos que me restan de vida -contestó el desgraciado.

Los inquisidores se retiraron con esta contestación y dejaron a Moyén a solas.

Este, en vez de entregarse al abatimiento consiguiente a su situación extrema, se ocupó en pasear su vista por lo extenso de las paredes.

Su vista se detuvo en las diferentes inscripciones que había, y muy especialmente en las cuartetas, décimas, sonetos y otra clase de versos que estaban inscriptos como para adornos de la capilla.

Moyén, movido por la curiosidad, y ansioso de una distracción, a falta de tener un libro, se paró con dificultad, y colocándose frente de los versos, se puso a leer los siguientes:

«En el trono del amor
está sentado, un cordero
blanco, hermoso y hechicero,
mirando al Padre y Pastor.

»De sus ojos brotan luces,
brotan raudales de amor,
que bañan en vivos gozos
a la grey y al buen pastor.

»Bellas sus manos destilan
mirra de fragante olor,
y dicen los cortesanos
que es aroma del amor.

»Oh cordero sin mansilla,
oh cordero y buen pastor,
el alma mía te entrego,
yo te rindo el corazón.

»Yo te adoro aquí postrado,
te ofrezco aquí cuanto soy,
te pido que me retournes
una mirada de amor.

»Si vírgenes te acompañan,
si solo vírgenes son,
las que cantan los cantares
del místico puro amor,

»yo que soy inmundo cieno,
malicia y putrefacción,
¡Qué podré decirte a ti!
¡Qué pudiera cantar yo!

»Pero tú, sol de justicia,
cuyo vivo y puro ardor
acrisola cuanto toca
con rayos vivos de amor,

»Purifícame piadoso,
derrama en mí tu esplendor,
te entonaré agradecido
los cantares del amor.

»Pregonaré sin cesar
tu benigna compasión,
y entre humildes penitentes
cantaré al Padre y Pastor.

»¿Quién, diré como el Cordero,
quién iguala al Buen Pastor,
que con su vida alimenta
al mismo que le inmoló?

»¿Quién el manso, quién el puro
quién el vivo resplandor
del mar de misericordia
sino el mismo, el mismo Dios?

»El inmenso, el infinito,
el omnipotente amor,
el que abrasa los extremos
de toda la perfección.

»Bendito seáis por siempre,
bendito seáis, Señor;
Dios de los puros y humildes,
Dios verdad del mismo Dios».

-¡Ah! -exclamó Moyen al concluir de leer estos versos-, el que escribió estas líneas debió ser cristiano. Han hecho bien en ponerlas en esta antesala de la eternidad.

Moyen siguió andando, y creyendo encontrar otro desahogo a su corazón, se puso a leer otra de las composiciones que seguía a la anterior:

«Quién quiere seguir la cruz
y morir con Cristo en ella,
ha de renunciar gustoso
todo aquello que deleita.

»Ha de someter callado
su voluntad a la ajena,
ha de beber la injusticia,
ha de obedecer sin réplica.

»Ha de morir a toda hora
sin exhalar una queja,
ha de bendecir humilde
la mano que le atormenta.

»Ha de ser un cuerpo muerte,
ceniza, y aun menos que ella,
olvidado de sí mismo,
de sus dolores y penas.

»Ha de ser un instrumento
de la sabia Providencia,
a todo siempre dispuesto
como la inerte materia.

»Ha de ser el todo y nada,
la muerte y la vida misma,
la víctima, el sacerdote,
el silencio y la elocuencia.

»Ha de ser un puro grano
que el Padre Eterno aquí siembra,
que en todos muere y renace
dando a todos forma nueva.

»Ha de ser copia ajustada
de la verdad y belleza,
ha de ser imitación
de la vida verdadera.

»Ha de ser lo que él no sabe
siendo en realidad la escuela
donde el maestro soberano
a los humildes enseña.

»Ha de ser duro martillo
del infierno y su ralea,
ha de ser del Evangelio
la victoriosa bandera.

»Ha de ser, por fin, la cruz
todo transformado en ella,
brotando hermosa verdad
siempre fuerte, siempre eterna».

-He aquí -dijo Moyén al concluir de leer-, he aquí el compendio de la constitución de los jesuitas.

Se han propuesto hacer de la humanidad un *puño de bastón*, y lo conseguirán con el tiempo si llegan a regentear dos siglos más.

Ved ahí la escuela... la escuela bosquejada con debilidad. Ved ahí la educación que tiende a despojar al hombre de su dignidad moral.

¡Desgraciados los países en que esa secta de inmoralidad y avaricia encuentre acogida!

¡Desgraciados! porque inapercibidamente pierden el sentimiento humano, el sentimiento de lo bello; pierden todo, porque pierden al hombre y con él la verdad.

Moyén deliraba siempre que encontraba un rastro de los jesuitas; porque tenía la convicción de la historia, de la razón que acusaba a esa Orden de asesina, estafadora y corruptora de la educación pública. Por eso no es de extrañar que se exaltase al leer algunas máximas puestas por ellos en la capilla. Moyén volvió a leer los versos, y al retirarse del lugar donde estaban, sin apartar la vista de ellos, dijo:

-¡Con qué gloria y consuelo no moriría si supiese que el pueblo aprendía, principiaba a odiar a los jesuitas! ¡Quién pudiera impregnar en el corazón de esta sociedad, adormecida por los halagos de ellos, la necesidad de alejarlos, impedir que con su tacto acaben de marchitar esa flor naciente de la juventud! ¡Ah! ese día sería el principio de la resurrección para la libertad y la civilización.

Moyén continuó entreteniéndose en leer la multitud de inscripciones que seguían. Entregado a sí mismo, se desahogaba en criticarlas a la ligera. Después de los últimos versos que le habían causado fuerte impresión, el reo recorrió a la ligera los demás, hasta que llegó a unos que hablaban del infierno. Leyó mentalmente la parte de los que pintaban la entrada de un pecador a rendir cuenta de su vida ante el Eterno, y luego continuó en voz alta:

«Parece, ¡ah! le veo
callado temblar,
oyendo los cargos
de exacto fiscal.

»Parece le oigo
no hay remedio ya,
todo lo perdí

por mi voluntad.

»El infierno vivo
do voy a parar,
será mi morada
por siempre jamás.

»¡Ayes y más ayes
allí sonarán,
entre mil tormentos
de una eternidad!

»Fuego, pez y azufre
se respirará,
martirios y azotes
no habrán de cesar;

»y el cuchillo agudo
del siempre jamás
que al alma allí parte
sin haber piedad.

»Parece, ¡ah! le veo,
sentenciado ya,
y presa segura
del monstruo infernal

»Aun oigo la risa
burlona y mordaz,
con que los verdugos
el tormento dan».

El reo quiso continuar leyendo, pero sintió que la tal lectura le exaltaba, le impacientaba.

-Siempre con las penas, con las venganzas -dijo-. No se cansan de calumniar al Dios de misericordia; así es como educan y hacen del corazón humano un foco de espantos y de horror. ¡Qué no sufrirán los que con esas creencias mueren!

Moyen siguió andando hasta tomar un asiento. Allí se dejó caer, cansado por el peso de los grillos y fatigado por la debilidad de sus fuerzas.

-Si en la muerte -dijo-, no se divisase más que el renacimiento del hombre, no habría cobardes en el mundo; ¡pero se han propuesto hacer creer que la muerte nos trasporta a un castigo eterno, que es un mal inherente a la creación, cuando es todo lo contrario!
¡Qué sería de la humanidad condenada a vivir, a no dejar la tierra! Sería el infierno que se

encuentra bosquejado en esas inscripciones. ¡Siempre deseando, siempre aspirando! Viviendo sin darse cuenta de las verdades aun no manifestadas: ¡lejos de los cielos, de nuestro padre que apenas comprendemos y amamos en el mundo! ¡La muerte! don precioso de Dios, que nos libra de beber la injusticia a cada paso, de contemplar las miserias que nos rodean. ¡La muerte! ¿qué sería de nosotros si no existiese? la vida del hijo maldito, la vida del judío condenado a andar siempre sin encontrar descanso, atravesando los desiertos del pensamiento y de la duda sin jamás salir del estrecho círculo del mundo.

Moyen fortalecido por sus ideas, continuó en sus reflexiones sobre la muerte.

-¿Qué era yo antes de nacer? -se interrogó-. De la nada principié a animarme bajo la forma del marisco. Con el tiempo tomé otra figura, el de la masa que precede a la formación del cuerpo. ¡Entonces no sabía lo que era y ya vivía! Una mera transformación me sacó del seno materno y entonces principié a ser la miniatura del hombre. Mi cuerpo ha continuado desarrollándose y en ese desarrollo perfeccionándose. Mis facultades han comprendido, y mis sentidos han gozado. ¿Será mañana el último elaboración de mi existir?

Moyen levantó su frente y con entusiasmo continuó:

-No, mañana este cuerpo que se ha ido transformando paso a paso y en progresión, mañana recibirá otra transformación, la transformación lógica de la existencia; dejará de ser un ser de la tierra y pasará a ser un ser de los cielos. La concha del marisco se rompió y de allí salió el cuerpo; mañana perecerá este cuerpo, y mi espíritu desprendido de la tierra, volará, a la patria universal; a esos mundos en donde el padre ama a sus hijos, en donde el dolor es desconocido; en donde la luz es perpetua. ¡Allí, de cuántas dudas, de cuántos males no descansaré!...

Moyen enfervorizado, se dejó caer de rodillas y levantando los ojos al cielo exclamó:

-¡Dios de bondad y de amor, gracias te doy por la muerte que legasteis al mundo! Mañana me remontaré sobre esos soles, sobre esos astros, sobre esos espacios que atestiguan tu poder, y allá a tu lado, os pediré perdón de mis faltas; perdón para los verdugos que me arrebatan con un sacrificio.

Moyen se levantó y volvió a sentarse.

-La muerte, es la resurrección -dijo.

Enseguida se entregó a una meditación profunda. Cerró los ojos, cruzó los brazos y quedó inmóvil. En tal estado permaneció largo tiempo. El pensamiento revoloteaba agitado por distintas ideas. La fisonomía revelaba las impresiones que sufría.

Hubo un rato en que la sonrisa apareció por sus labios; mas esa sonrisa fue pasando y por grados principió a aparecer un síntoma de amargura. ¿Qué recuerdo entristecía aquella

alma? El semblante seguía denotando un dolor profundo; una lágrima se desprendió de sus ojos.

-¡Nada siento -dijo Moyén alzando la vista iluminada por el brillo de las lágrimas-, nada siento al morir sino el dejar a Enriqueta!... Joven que se inmoló al amarme, espíritu inocente que será sacrificado a las preocupaciones de la sociedad. ¡Enriqueta!... ¡cuánto la amo! El mundo la dejará pasar sin postrarse ante sus virtudes. Quizás muera de dolor y si muere; ¡Dios nos unirá en la gloria!

Moyén recordaba con sentimiento a la bella y virtuosa Enriqueta; y con razón, porque había tenido la felicidad de encontrar en estos mundos esa imagen que marca la felicidad para los corazones sinceros y leales.

Moyén volvió a entregarse a una meditación reconcentrada. Lanzó su espíritu a los mundos que columbraba, y extasiado en contemplar panoramas ideales sobre la eternidad, pasó el resto del día en coloquios íntimos, hablando mentalmente con Dios.

Aquel día, Moyén, revestido de una tranquilidad admirable, se alimentó con los obsequios de las monjas. Durante aquel espacio de tiempo, fue interrumpido por tres visitas de sacerdotes que venían a ofrecerle su salvación si se confesaba. Moyén repelió a aquellos sacerdotes y rogoles que lo dejasen solo. Así fue que los sacerdotes, desesperados de la obstinación del reo, se resignaron, según sus creencias, a dejarle condenarse en los infiernos.

Llegó la noche, y el reo, después de haber orado largo rato se entregó a dormir. La paz de su conciencia no le alteró y con el semblante alegre y el color sonrosado, se levantó al día siguiente para esperar las once, hora en que debía marchar al suplicio.

El carcelero, acompañado de un inquisidor, se presentó temprano en la capilla, y este último preguntó a Moyén:

-¿Necesitáis algo?

-Desearía arreglar mis vestidos y mi cara -contestó-; quisiera vestirme de gala, porque hoy es el gran día para mí.

El inquisidor se sorprendió a la par del carcelero, y ambos salieron a dar gusto al reo. Poco rato después, le trajeron los útiles para limpiarse y alguna ropa interior de muda. Moyén se afeitó a presencia de los dos hombres que hemos indicado, se mudó, y una vez que hubo concluido, les dijo:

-Gracias, señores: ¿ropa exterior no hay?

-Esa la recibiréis al tiempo de salir.

-Está bien.

Los hombres salieron y el reo quedó esperando su última hora.

CAPITULO XXXI

El auto de fe

Eran las diez y tres cuartos de la mañana del día 4 de setiembre, cuando los hermanos de la compañía de Jesús, las comunidades religiosas y la hermandad de la caridad, se presentaron a las puertas de la cárcel de la Inquisición para acompañar en procesión al reo Moyén. A esa hora, el verdugo vestido de punzó, junto con dos agentes de la Inquisición, se presentó en la capilla, llevando uno de ellos el traje ofrecido poco antes.

-Aquí tenéis, la mortaja -le dijo el verdugo-. Vestíos con ella.

Moyén la tomó en sus manos, y con la serenidad acostumbrada, la desdobló y se la puso. Era una especie de túnica blanca.

-Creo que está al cuerpo -dijo el reo acomodándose la.

Nadie le respondió; sin embargo, volvió a dirigirles la palabra.

-¿Muy poco debe faltar para mi salida?

-Ya es hora -contestó el verdugo-; marchad.

Moyén, al oír la orden, sintió correr por su sangre un frío glacial. La naturaleza hablaba. Se hincó de rodillas delante de un crucifijo. Después de un corto recogimiento levantó sus ojos, y con una unción conmovedora, dijo a media voz:

-¡No me desamparéis, Dios mío, en esta última prueba que doy por la verdad!

Moyén se puso de pie enseguida, y tranquilizado completamente, dirigió la palabra a los circunstantes:

-Estoy pronto a marchar.

El verdugo se adelantó entonces, y sacando de sus vestidos una mordaza, la puso en la boca del reo. Luego le juntó las manos y se las aseguró con esposas. Enseguida le sacó los grillos, dejándole las piernas libres para andar.

-Marchemos ahora.

Moyén, con el aire de resignación y grandeza que le distinguía, emprendió pausadamente la marcha. Al llegar a la puerta la capilla le hicieron pararse. Los dos inquisidores que

habían entrado a la capilla, se colocaron a la espalda del reo. Al lado de Moyén se pusieron seis jesuitas y al frente el verdugo; así era que el reo marchaba en un círculo. De esta cabeza de acompañamiento, se guían los hermanos de la compañía, y sucesivamente las demás comunidades religiosas que hemos indicado, formando calle. Los hermanos de la caridad abrían la marcha.

Cada uno de estos cuerpos llevaba una vela encendida en la mano. De trecho en trecho iban algunos directores que llevaban una campanilla para ordenar la marcha del cortejo fúnebre. Tras de los inquisidores, un piquete de caballería cerraba la marcha, llevando un gran lienzo en que se veían pintadas las armas de la Inquisición.

Una vez que el acompañamiento estuvo ordenado, emprendió la marcha con toda solemnidad, entonando un cántico de alabanzas a Dios, y del cual se conservan algunos trozos que nos atrevemos a consignar.

«Alabado sea por siempre
alabado seáis, Dios mío,
alabado y ensalzado
por los siglos de los siglos.

»Alabado seáis, señor,
alabado padre mío,
por los ángeles y arcángeles
por los siglos infinitos.

»Alábetse al despertar,
alábetse aun dormido,
alábetse en mi trabajo
y en mi reposo tranquilo.

»Alábetse por los prados
a la margen de los ríos,
en la espesura del bosque
tañendo mi caramiño.

»Alábetse en el augusto
sacrosanto sacrificio,
alábetse al recibirte
en el pobre pecho mío».

»Alábetse cuando sales
como padre amante y fino,
a visitar al enfermo
y aliviar al desvalido.

»Alábetse yo, Señor,

siempre te alabé rendido.
Siempre dándote gracias
por todos tus beneficios.

»Siempre amándote, Señor,
lo que en mi pecho esté escrito.
Sea siempre lo que cante
sea siempre lo que digo.

»Sea por fin medicina
en mi tormento y martirio,
mi última despedida
y en mi postrimer suspiro».

Mientras las comunidades cantaban estas alabanzas, los jesuitas que rodeaban al reo le exhortaban al arrepentimiento. El reo oía y marchaba con paso firme, paseando su vista por las veredas, puertas y balcones ocupados por una crecida concurrencia. La comitiva tomó por la calle que conduce a la plaza principal, para de allí volver por la calle de Judíos a consumir el *auto de fe* en la plaza de la Inquisición, construida en forma de parrilla.

La curiosa multitud estrechaba las filas; las campanas de la Catedral; de la capilla de la Inquisición y de dos o tres iglesias más, tocaban agonía. Era aquel un cuadro de terror y de conmoción. El público sufría, pero sus creencias dominaban el sentimiento de humanidad que se les revelaba, y acababa por justificar la muerte del hereje.

El canto paró un momento y los auxiliares de Moyén dejaron oír palabras de consuelo y de fervor.

-Vais a morir, hermano -le decían-, arrepentíos para que Dios os perdone.

Moyén, como no podía responder, por la mordaza puesta para impedir que el público le oyese, no hacía más que contestar con un signo negativo a las exhortaciones de los sacerdotes.

El acompañamiento siguió andando, y al dar vuelta la plaza, varió de cántico; haciendo resonar sus voces con los salmos de David. El reo no demostraba variación; seguía en posesión de sí mismo. El séquito a poco andar penetró en la calle de Judíos. Moyén divisó la casa de Enriqueta, y con la vista fija en el balcón siguió ahogando el sufrimiento de su alma.

Al bullicio de las comunidades, Enriqueta sin saber lo que pasaba, acudió al balcón movida por la curiosidad; abrió las celosías, y sin fijarse en la cabeza del acompañamiento, se pone a contemplar aquel espectáculo. La marcha pausada de la comitiva puso al alcance de su conocimiento al reo. Enriqueta le contempló sin atreverse

a creer lo que veía. La mirada de Moyén se encontró con la de Enriqueta, y esta, paralizada por la misma impresión quedó mirándole e inmóvil.

El reo llegó a ponerse al frente del balcón, y movido por un impulso incontenible, se despidió con la cabeza y los ojos. Enriqueta le miró y no contestó.

Moyén se consideró abandonado de todos, hasta del amor de la mujer que idolatraba.

La multitud observaba, fijándose en la persona a la cual Moyén se dirigía. Reconoció la novia del hereje, y en el acto la gritaron mil voces del populacho:

-La «Mora», la «Mora» -señalándola con el dedo.

Enriqueta seguía impassible, su fisonomía dulce principiaba a inmutarse; sus ojos se animaban de una fuerza extraordinaria, y con la vehemencia del estallido de un volcán, lanzó sobre aquella multitud una carcajada terrible.

-¡Ja! ¡ja! ¡ja!...

Moyén oyó aquel sarcasmo, y volvió a mirar a Enriqueta. Volvió a encontrarse la vista de ambos, y la desgraciada volvió a lanzar otra carcajada más espantosa que la anterior:

-¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!...

Entonces el reo comprendió que Enriqueta había perdido el juicio; y en efecto, Enriqueta estaba loca. La joven se retiró del balcón, y corriendo por los corredores de la casa, no hacía más que reír con estrépito. Las impresiones de una pasión sacrificada le habían trastornado el juicio.

La comitiva seguía adelante, y el cántico mortuorio no cesaba. Al fin llegaron a la plaza de la Inquisición. Las comunidades fueron colocándose alrededor de una plataforma levantada para ejecutar allí al reo. El reo siguió avanzando, y sin trepidar subió tres gradas que conducían al lugar del martirio. En el medio de esta plataforma, había un madero forrado de cobre, y a los pies de este madero acopio de leña preparada para incendiarse con prontitud. Moyén, luego que subió, sintió cesar el cántico religioso. Un silencio profundo sobrevino; las campanas también callaron.

Era la una del día. El sol alumbraba con claridad, las nubes se habían recogido a los extremos del horizonte; parecía que se abrían las puertas del cielo para dar entrada al alma de Moyén.

En aquel momento de silencio, los dos jesuitas que acompañaban al reo, volvieron a exhortarle; mas él un poco aterrado a presencia de la muerte que le esperaba, se detuvo al dar la respuesta; pero su espíritu volvió a recobrar su imperio, y respondió con la cabeza.

-No.

Al dar esta repuesta avanzó hacia el madero. Los jesuitas bajaron de la plataforma; solo el verdugo quedó echo cargo de Moyén, acompañado de dos amanuenses. Entonces el verdugo ató de la cintura al reo y por medio de una rondana le suspendió una vara y media del piso. Luego le ató los pies al madero con unos alambres, e igual operación hizo con el pecho. Una vez que Moyén estuvo bien afianzado, aquellos tres encargados de consumir el acto, principiaron a encender los leños que estaban bajo los pies de Moyén. El humo comenzó a subir y enseguida apareció una débil llama. Las comunidades en coro rompieron a este tiempo el cántico religioso: «*Credo in unum Deum*». La hoguera siguió acrecentando sus llamas y Moyén empezó a sufrir el pausado martirio del fuego lento.

En pocos momentos el cuerpo desapareció envuelto en este infierno de la superstición. Un rugido profundo y desgarrante salió del pecho de la víctima. Acababa de morir.

Una vez que se hubo consumado el *auto de fe*, un sacerdote dominico subió a una cátedra y a presencia de las llamas que aun ardían, predicó largo tiempo sobre lo que el público acababa de presenciar. Enseguida, la concurrencia se retiró a sus casas, condoliéndose del hereje a quien consideraba ya habitando el infierno.

CAPITULO XXXII

Los milagros del Cristo de la Inquisición

Cuatro días después de pasado el suplicio de Moyén, el abate González trabajaba las resistencias de Eduardo para inducirlo a reanudar su amistad con Magdalena. El abate se proponía en esto dos fines: el primero, impedir que Magdalena propalase los secretos que poseía respecto al Inquisidor Mayor, que indudablemente podrían ser muy perjudiciales a la Compañía. El segundo era asegurar a Eduardo por medio de un amor ilícito, para que no volviese nuevamente a pensar en casarse.

El abate comprendía que en el corazón de Magdalena se conservaban recuerdos afectuosos del primer amante, que la tuvo por prometida; que esos recuerdos amargados por los papeles de Rodolfo, podían perder su carácter odioso si se conseguía borrarlos de la imaginación de Magdalena, con actos que empeñasen su gratitud.

Eduardo deseaba el amor de Magdalena, pero no sabía cómo vencer las propias resistencias de su decoro, humillado ante la mujer que idolatraba. El abate encontró ese medio y se lo aconsejó al Inquisidor, quien no trepidó en acogerlo.

Respondiendo a ese consejo, dirigió a Magdalena la siguiente carta:

«Amiga y señora:

»Al escribir a usted estas líneas, no crea que sea para acibarar su situación. Presumo que se me crea el autor de la prisión del señor Rodolfo; pero Dios conoce mi inocencia, y tengo documentos que la acreditan.

»Cuando he sabido la prisión de su señor esposo, después del desgraciado suceso... no he dejado piedra por mover, a fin de obtener su libertad para volverle a usted el reposo y recuperar mi honor, aparentemente comprometido. Mis oficiosidades no han salido frustradas, porque he alcanzado se concluya pronto el juicio que se le sigue y tengo fe en que volverá a su lado.

»El señor Rodolfo, convencido de estas verdades, me ha remitido por conducto de los señores jueces que le han enjuiciado, una carta que estoy obligado a poner en sus manos personalmente. Espero que usted se servirá designar el día y la hora en que pueda ir a llenar un deber, impuesto por la amistad y distinción con que siempre he mirado a usted.

»Soy etc.

«Eduardo Enríquez».

Eduardo se refería a una carta que tenía de Rodolfo, y a fin de certificar ese hecho, había falsificado la letra y la firma, teniendo por modelo el testamento que el abate había recogido.

Esta falsificación hecha con exactitud, era por cierto el mejor documento, la más explícita prueba y único medio quizá de atraer favorablemente el espíritu de Magdalena.

Luego que Eduardo hubo concluido el anterior billete, lo presentó al abate para su aprobación; este lo leyó, y enseguida le ordenó:

-Está muy bueno, mandadlo pronto.

Eduardo llamó a uno de sus criados y lo remitió a Magdalena.

La esposa que deliraba por recuperar a Rodolfo, al recibir aquel billete se sorprendió altamente. Vio en él la posibilidad de volver, pronto a recuperar su marido, y sin calcular en los resultados contestó con presteza:

«Señor Eduardo:

»Os espero en el momento para obtener el consuelo que me indicáis.

»Soy etc.

»Magdalena».

El criado corrió con la contestación donde su amo, y Magdalena agitada por aquellas líneas, se preparó a recibir a Eduardo.

Esta prontitud de cambio en el espíritu de una mujer, como la esposa de Rodolfo, era comprensible atendida la orfandad en que se encontraba, el amor excesivo que abrigaba por su marido y la incertidumbre en que se hallaba todo aquel que veía entrar a la cárcel de la Inquisición un hijo, un amante o un esposo.

Eduardo recibió la contestación, y cambió de semblante al pensar que tenía que volver a encontrarse con la mujer que sacrificaba a su pasión.

-Id en el acto -le dijo el abate-; serenidad y prudencia.

Eduardo tomó la carta falsificada, y recordando las instrucciones del abate, marchó a casa de Magdalena.

-Aquí os espero -le dijo el abate al salir-, para saber el resultado de lo que pase.

-Muy pronto volveré, contestó Eduardo, muy pronto.

Magdalena esperaba ya en la sala de recibo, cuando el Inquisidor Mayor entró con el rostro encendido por la vergüenza. La esposa revestida de toda su dignidad, le hizo sentarse, tratándolo con seriedad. Luego que pasaron los primeros trámites de la introducción, Magdalena hizo a un lado las vaguedades y entró de lleno a la cuestión que le interesaba.

-Después de lo ocurrido, señor Eduardo, nuestra pasada amistad no puede volver a anudarse sin que Rodolfo la autorice. Por ahora no extrañará usted el trato que le doy.

-Tiene usted razón -contestó Eduardo bajando los ojos.

-Pues ya que está usted en casa -continuó Magdalena-, espero me entregue la carta de mi esposo, porque sin ella, sin leerla, no puedo continuar hablando con usted.

Eduardo entró la mano a uno de sus bolsillos, y sacando la carta la presentó a Magdalena.

-Ahí tiene usted la prueba de mi inocencia -le dijo al entregársela.

Magdalena la tomó con avidez, y desdoblándola se puso a leerla en el acto. Eduardo, inmóvil, temiendo se descubriese la falsificación, quedó observando la impresión que Magdalena revelase en su fisonomía. La carta decía lo siguiente

«Mi Magdalena:

»Gracias a los servicios del señor Eduardo, puedo escribirte estas líneas para que sepas de mí y hagas lo que brevemente te aconsejo. Eduardo es un hombre honrado, le había

juzgado mal; pero aquí he comprendido que todas sus faltas son disculpables. Rompe los papeles que dejé en mi mesa, porque son una calumnia contra el hombre que me protege. Los escribí estando en un error.

»Se me había puesto en una prisión mortífera; pero el señor Eduardo ha logrado, mediante sus esfuerzos, alojarme con comodidad. No te aflijas por nada, porque espero salir pronto vindicado de una acusación falsa. En el día te considero aislada y triste; desecha tus dolores y consérvate sana para recompensar tus sufrimientos al salir. No te agites y haz cuanto te aconseje el señor Eduardo y el virtuoso abate, tu confesor.

»Querría decirte mucho más, pero me es prohibido el escribirte otras cosas.

»Un abrazo de tu esposo que te ama.

»Rodolfo».

La esposa, al concluir de leer estas líneas besó el papel, lo humedeció con sus lágrimas y volvió a leerlo de nuevo con ternura. Enseguida se adelantó donde Eduardo y extendiéndole la mano le dijo:

-Deme usted la mano de amigo.

Eduardo perdiendo el temor, extendió la suya y apretó la de la esposa.

-Eduardo siempre es el mismo -le contestó este.

Magdalena volvió a sentarse, habiendo quedado reconciliada con el Inquisidor. A la etiqueta pasada sucedió la confianza y la franqueza que se abre al encontrar un protector y un amigo perdido.

-¿Y ha visto usted a mi Rodolfo? -le preguntó Magdalena, que no pensaba en otra cosa.

-No me ha sido posible -contestó Eduardo-, a pesar de haberlo solicitado; mas creo que tan pronto como concluya la confesión, lo conseguiré.

-¡Qué no sufrirá!...

-En el día habita una pieza cómoda y recibe alimentos sanos. A ese respecto he conseguido, bajo mi responsabilidad, esté bien atendido.

-Esos son servicios, mi amigo, que empeñan mi gratitud.

-Es un deber puramente el que cumplo.

-Pero un deber que en las circunstancias presentes es una generosidad y una prueba de honradez.

-No, es puramente un deber.

Eduardo, yo aprecio eso como merece. Yo miraré en usted siempre al verdadero amigo.

Eduardo inclinó la cabeza y silenció. Magdalena volvió a romper la conversación.

-¿Y no podrá usted hacer llegar a manos de mi esposo una carta mía? ¡De cuánto consuelo no le servirá, a él que es tan extremoso!

Eduardo reflexionó un momento, y luego contestó:

-Puede usted escribirla, haré lo posible porque llegue a sus manos.

-Gracias, gracias, se la mandaré pronto.

El Inquisidor siguió conversando un rato más, y teniendo presente las reglas que el abate le había dado, de no propasarse un átomo en esta vez y ceñirse estrictamente a la reconciliación, se separó ahogando los impulsos de su pasión. Eduardo se paró para salir, mas la esposa que había recibido de su esposo el consejo de hacer cuanto el Inquisidor le aconsejara, le rogó le acompañase un rato más. Eduardo se resistió disculpándose con ocupaciones que había interrumpido.

-Entonces volverá usted todos los días -le dijo-, porque en el aislamiento en que estoy necesito de sus consejos.

-Sí, volveré; Magdalena, volveré cuantas veces pueda.

-Haga usted ese sacrificio, y procure no descuidar la carta para Rodolfo.

-Eso es para mí obligatorio.

Eduardo se despidió; y Magdalena un tanto alegre por las noticias que creía ciertas, se dijo a sí misma, volviendo a abrir la carta de Rodolfo:

-El hombre de bien, siempre vuelve sobre sus pasos.

Magdalena que había procedido con ligereza al cambiar de resolución, aceptando nuevamente la amistad de Eduardo, tan pronto como quedó a solas, se puso a releer las líneas de Rodolfo. Sin darse cuenta, se fijaba en la letra, porque allí creía divisar la mano de su marido. Las primeras impresiones pasaron, vino la calma y con ella la reflexión. Magdalena se puso a considerar sobre el sentido de la carta de su marido, y en un estado de meditación triste y cavilosa pasó algunos momentos

Eduardo al presentarse de vuelta donde el abate, le expuso el resultado de su entrevista, y el abate que no quería dejar de la mano el asunto, continuó aconsejando al amigo la marcha posterior que debía seguir.

Del estado de reflexión en que Magdalena había quedado, resultó un embarazo para los planes de Eduardo; la duda se le apareció al considerar el paso que su marido daba al recomendarle la amistad del que había procurado deshonrarle. Ella, que conocía el carácter severo de su marido, se sorprendió de aquella contradicción en su espíritu. Esta duda trajo la consecuencia de examinar si realmente aquella letra sería de su esposo. El espíritu de la esposa se alteró en estas conjeturas, y en el acto se puso a comparar la letra de Rodolfo con la de la carta. Trajo algunos manuscritos y dio principio al trabajo. Ya el juicio de Magdalena estaba prevenido por la duda. Se puso a comparar, y a pesar de lo bien falsificado de la letra, Magdalena encontró diferencia por la prevención en que se iba colocando su alma.

-Si este es un engaño -se dijo-, el crimen es inaudito.

Continuó en sus investigaciones, y el cotejo siguió entonces letra por letra. Eduardo al falsificar no advirtió de haber empleado dos clases de erres en las palabras «*porque*» y «*protege*» que hablan en el primer período. Magdalena se fijó en el acto y exclamó:

-Rodolfo no usa jamás la segunda forma de la erre y aquí aparecen dos distintas. Esto no es de él.

Falló con celeridad y se resolvió a cerciorarse, llamando a su director espiritual.

-Qué sería de mí -se dijo-, si yo admitiese a Eduardo por medio de un engaño. El abate es un sacerdote, y él salvará mis escrúpulos y mis dudas.

Magdalena se detuvo un momento, y tomando un papel trazó las siguientes líneas:

«Señor abate:

»Hallándome en un estado triste y necesitando de los consejos de usted le ruego se sirva pasar a casa tan pronto como le sea posible.

»Soy etc.

»Magdalena».

Llamó a uno de los criados y lo despachó con presteza al convento de San Pedro.

Magdalena quedó enseguida resuelta a no recibir al Inquisidor hasta obtener una plena convicción de que la carta era de Rodolfo.

El abate no demoró en ir a satisfacer el llamado de Magdalena.

A las seis de la tarde se encontraba en presencia de la napolitana.

-Aquí me tiene usted -le dijo el abate al entrar-, ¿qué novedades ocurren?

-Algunas, señor abate -le contestó Magdalena-. Voy a exponerlas para que usted me dé su dictamen; es un caso crítico que necesita de su resolución, porque en el estado en que me encuentro, todo me es altamente delicado.

-¿Qué es lo que ocurre?

-¿Nada sabe usted de lo pasado hoy con el señor Eduardo?

-Nada -contestó con sorpresa-, ¿qué ha sucedido?

-Hoy me ha escrito esta carta (presentándosela), y según su contenido procedí a aceptar la entrevista que tuvo lugar ya.

-¿Me permitirá usted el leerla?

-Cómo no, señor; impóngase de ella y luego le referiré lo demás.

El abate, como si jamás la hubiese visto, la leyó con detención y serenidad.

-Está bien -le dijo a tiempo que concluía-. ¿Y qué más ha habido?

-¿Usted cree que hice bien en hacerle venir?

-Muy bien, ¿qué otra cosa podía haber hecho usted?

-Así lo he creído, señor; pero después de la entrevista he cambiado de opinión.

-¿Qué dice usted? eso es raro.

-No, señor, tengo mis razones para ello. Lea usted esta otra carta que me entregó.

El abate tendió el brazo y la tomó. La leyó con la misma detención y serenidad que la anterior.

-Esto está en muy buen pie, señora -le dijo al devolvérsela-. Cuánto me alegro de saber del señor Rodolfo.

Magdalena miraba al abate con curiosidad, buscando consuelo en las palabras que le decía.

-Realmente, que si esa carta fuese de Rodolfo -le observó-, yo sería muy feliz.

El abate, que era uno de los falsificadores, hizo un movimiento de admiración al oír la sospecha de la esposa.

-Pues qué ¿usted duda? -le repuso.

-Creo que no es de él, y que Eduardo la ha inventado.

-¡Oh! eso es imposible. O yo estoy ciego o soy un necio que me engaño al creer incapaz de un crimen a Eduardo.

-Lo mismo he pensado, mas después de un examen detenido que he hecho de la letra de la carta, comparándola con las que conservo de Rodolfo, he encontrado, que hay por qué dudar, pues la encuentro distinta.

El abate creyó perdido a Eduardo, miró a Magdalena y enseguida le interrogó:

-¿Esa sola duda tiene usted? ¿en qué se funda? Desearía notarla porque este es un hecho extraordinario.

Magdalena tomó la carta y los papeles, y luego dijo:

-Aun cuando me era dudoso creer que el espíritu de mi esposo variase tan pronto, consintiendo en que Eduardo volviese a verme, sin embargo, he encontrado que en la carta, en estas palabras: porque protejo (señalándolas con el dedo) se encuentran dos formas de erres, cuando mi esposo jamás usa la primera.

El abate clavó la vista en la variación que se le hacía notar, y examinándola con detención observó con serenidad:

-Esa es una bagatela, mi señora, una bagatela. A veces usa uno distintas formas de letra sin saberlo. Para mí es una pequeñez que debe desatenderse, considerando que el conjunto de la carta es de la misma letra de su señor esposo; y no veo la razón para que Eduardo se atreviese a cometer un crimen de esa naturaleza, por volver a la casa donde recibió un golpe justo, pero bochornoso. No tenga usted tal presunción; para mí la carta es verídica.

Magdalena quedó mirando al abate; quiso convencerse, pero cierta inquietud interior lo hizo volver a insistir en su opinión.

-Dispéñeme -le observó-, que no quede tranquila con lo que usted me dice. Tengo no sé qué persuasión de que esa carta es falsificada. Rodolfo no puede haber variado de moral; él es tan rígido, tan severo, que no me explico cómo me aconseje lo que me dice respecto de Eduardo.

-Yo no veo debilidad de carácter, señora, en ese consejo. El señor Rodolfo es hombre de talento y no es difícil el comprender, que a vista de la nobleza desplegada por la persona a la cual creía su enemiga, haya querido hacerle justicia vindicándole a los ojos de usted.

-Bien se podría convenir en ello -replicó Magdalena-, si Rodolfo fuese a estar separado de mí mucho tiempo; pero dice la carta que saldrá pronto, y no veo la necesidad de una vindicación tan precipitada para Eduardo. Mi esposo me ha dejado un testamento, y en él

declara que se iba a batir. ¿Cómo es presumible que él me aconseje una reconciliación, después de lo ocurrido, sin estar presente?

-A eso contestaría lo que he dicho antes; y además, que el hombre de bien confía en el que cree que lo es. Y sobre todo ¿quién sabe cuál sería la situación de su marido cuando escribió? Vale más creer del mayor mal el menor: entre una falsificación y una debilidad de espíritu, que para mí no existe, lo último es más aceptable.

Magdalena se quedó pensativa y tomando una resolución dijo:

-Para mí es increíble una debilidad en Rodolfo; pero supuesto que usted cree que es verídica la carta, ¿no sería conveniente suspendiese las visitas Eduardo hasta la salida de mi esposo?

-¿Y quién calcula los males que sucederían si Eduardo resintiese?

La esposa se acordó de su marido y se mostró indecisa.

-Pues no sé qué hacer. Usted tampoco sabe la realidad de esto. Mi posición es delicada, no sé qué hacer. ¡Oh! Dios mío, sacadme de esta duda.

El abate que nada se atrevía a aseverar terminantemente, pensó en los medios de tranquilizar a Magdalena. Se manifestó reconcentrado un largo rato y enseguida dijo:

-En estos casos críticos, cuando el sacerdote no se atreve a fallar resueltamente, no queda otro recurso que recurrir a las determinaciones de los santos, a la opinión de Dios que todo lo sabe.

-Pero es un imposible, señor abate, saber esa opinión.

-No, señora, el Santo Cristo que está en la sala de la Inquisición accede a las súplicas de los que lo invocan.

-¿De qué modo?

-Respondiendo a lo que se le interroga.

-¿Se chancea usted, señor abate?

-Yo no me chanceo con los asuntos de la religión, señora.

-Pero lo que usted me dice es...

-La incredulidad es un mal; permítame que le haga esta observación. Hay hechos que comprueban lo que digo. Cuando los reos no quieren confesar la verdad, la última prueba

que se intenta es ponerlos al frente del Santo Cristo e invocado para que resuelva, siempre contesta con la cabeza sí o no, según es o no cierto el delito que se les imputa.

Magdalena se sorprendió de esta explicación y quedó silenciosa; mas el abate continuó:

-Y si usted aun duda de esto, es fácil que vayamos a solicitar de él nos saque de la incertidumbre en que está usted.

La esposa movida por la curiosidad y el deseo de saber lo que resultaba, contestó sin vacilación:

-Sí, señor abate, haga usted por que cuanto antes podamos consultarle.

-Esta noche quizá podamos ir, pero ha de tener fe al ponerse en sus manos.

-La tendré.

-Pues ya nada más tenemos que hablar sobre el particular. Me voy a solicitar la llave de la sala y allí espero a usted dentro de media hora.

-Está bien, señor.

El abate salió en dirección de la casa de Eduardo.

-Tenemos novedad en la corte -entró diciendo el abate a la pieza de Eduardo-, tenemos novedad.

-¿Cómo así?

-Magdalena piensa que la carta de Rodolfo es falsificada.

Eduardo, asustado por aquella contrariedad grave, manifestó toda la sorpresa de la situación.

-Contadme, contadme, que este es un accidente fuerte.

-Pero todo está salvado ya.

-Hablad, explicaos, mi amigo.

El abate hizo entonces relación de todo lo ocurrido, y luego concluyó:

-Es necesario no perder tiempo, vámonos a preparar la sala, porque Magdalena irá pronto.

-Esperaos un momento, voy a concluir de leer esta carta de Margarita.

Eduardo tenía en sus manos un pliego escrito por las cuatro caras; era una larga epístola de Margarita que buscaba reconciliación, procurando vindicarse de su vida pasada.

-¡Otra vez Margarita! -observó el abate-. ¿Qué dice esa loca?

Eduardo se puso a leer la carta, y a pesar de lo resuelto que estaba a no acordarse más de ella, sin embargo, la palabra escrita de una mujer a la que había amado, no dejó de causarle alguna impresión.

Como aquella carta era demasiado larga, presentaremos algunos de sus fragmentos:

«Todo este tiempo he hecho una vida ejemplar -decía-, para probar a usted que no soy una mujer como me ha creído. Le he extrañado mucho, y mis noches las paso acordándome de usted, nadie viene a casa y a ninguna parte salgo. ¿Continuará siempre en su resolución? estoy flaca, lo paso llorando. Nadie le amará como yo en el mundo.

»Ya no tengo cara para dejarme ver, porque he quedado entregada al ridículo con el retiro de usted.

»Siempre le amo, y esté usted seguro de que si usted vuelve, se admirará de lo variada que estoy.

»Conozco que mi posición es muy triste, y que sin usted yo quedaré deshonrada.

»Si alguna vez he podido darle sentimientos, aun cuando en la apariencia fuesen justificables; en la realidad no lo son, porque soy inocente. Y aun cuando llegase a haber cometido una falta, usted que sabe mi desgracia, el estado de abandono en que he estado, y las mil tentaciones de que me he visto cercada, le harán ver que todo en mí es disculpable.

»Deseo verle para darle pruebas de mi fidelidad y de mi honor. Tengo que contarle muchas cosas que me han dicho y algunas que le interesan por lo expuesto que está. Contésteme cuándo le podré ver, para libertarle del peligro que corre por las relaciones que se dicen de usted con la napolitana».

-¿Qué será esto? -preguntó Eduardo al abate al concluir de leer-. ¿Cómo habrá sabido lo de Magdalena?

El abate pensó un momento, y luego respondió:

-Nada hay oculto en este mundo. Es necesario hacer callar a Margarita, porque si se enojase podría hacernos mucho mal.

-¿Entonces la veré?

-Lo creo necesario, pero cuidado con ir a hacer un disparate. No hay que volver a las andadas.

-Por ese lado nada temáis. Estoy frío y desengañado.

-Está bien. Señaladle el viernes entrante y recomendadle que cuide de estar sola.

Eduardo contestó, como el abate decía, y pidió a Margarita un lugar secreto donde verla, dándole por excusa lo impropio que era el que le viesen volver a la casa sin antes convenir en algo.

Dejó al arbitrio de la joven resolviere la hora y señalase el lugar.

Concluida esta operación, el abate sacó el reloj, y parándose dijo al Inquisidor:

-Es hora de que nos vayamos.

-Vamos -repuso Eduardo-, y tomando la llave de la sala, se encaminaron a la cárcel de la Inquisición.

El abate y Eduardo entraron en el tribunal y cerrando con prolijidad las puertas se dispusieron a preparar la escena que iba a representarse.

Dieron principio por encender seis luces que rodeaban al Santo Cristo a que se refería el abate.

Este Santo Cristo estaba colocado sobre la puerta principal de la entrada, en una especie de nicho abierto en la pared.

El Santo Cristo era como de vara tres cuartas de alto; estaba colocado en una cruz, y la cruz tenía por fondo en el nicho un manto blanco que dejaba un hueco atrás, de modo que en aquel hueco cupiese un hombre sin ser visto.

Luego que encendieron las luces, Eduardo y el abate trajeron una alta escalera y la pusieron arrimada a la pared. Eduardo subió y se colocó con cuidado tras del manto blanco, y el abate arrastró la escalera hasta tenderla en uno de los costados de la sala.

-¿Estáis ya listo? -le preguntó el abate desde abajo.

-Sí, lo estoy.

-Ensayad.

Eduardo ensayó entonces, y el abate que miraba desde abajo, le dijo:

-Está bien. No hay que precipitarse, escuchad con cuidado mi voz.

-Corriente, id por Magdalena que ya os debe esperar.

-Cuidado, cuidad de no cometer alguna chabonada. Voy ya.

El abate diciendo estas palabras, salió de la sala y se puso de pie a esperar la llegada de Magdalena en la puerta de la cárcel.

No habrían pasado cinco minutos cuando una joven, con su cara descubierta y vestida de iglesia, se paró en la puerta de la cárcel.

-Aquí esperaba a usted señora, le dijo el abate a la joven que llegaba.

Magdalena suspiró.

-Aquí está Rodolfo, dijo. ¡Quién pudiera entrar donde él!...

-Me parece oportuno que pase usted adentro -le observó el abate-, aquí podrían verla los que pasan.

-Tiene usted razón, vamos adentro.

El abate con toda la delicadeza y finura de un hombre de corte, hizo entrar a la esposa a la sala del tribunal.

-Si gusta usted descansar antes de hacer nuestra súplica, sírvase sentarse en estos bancos. Por ahora no puedo ofrecerle más.

-Gracias, señor abate, me sentaré un momento.

El abate y la esposa se sentaron en uno de aquellos bancos.

Magdalena miró al fondo de la sala que estaba a oscuras, y sin ver lo que había volvió sus ojos hacia el Santo Cristo que estaba con luces alrededor.

-Qué tenebroso es este lugar, observó la esposa: ¿este es el Santo Cristo milagroso?

-Sí, señora, ¿no le ve usted ese semblante serio y majestuoso que inviste? Es una de las obras más bien acabadas que tenemos en América.

Magdalena no desmintaba los ojos del Santo Cristo, y el abate continuó:

-Según la tradición, señora, este Salvador es trabajado por los ángeles.

-Sin embargo, carece de dulzura su fisonomía -observó la esposa.

-Un Cristo no puede tener semblante dulce, porque siempre debe estar amenazando al mundo por los pecados.

-Yo creía que debía mostrar la mansedumbre del crucificado, del que perdonó a sus enemigos al morir.

-Eso es bueno para el Evangelio, mas no para una imagen.

-¿Me decía usted que fue trabajado por los ángeles?

-Contaré a usted su historia:

« El Santo Oficio encargó a Europa un crucifijo; de allí remitieron un cajón con una imagen representando a Dios, cuando marchaba con la cruz al hombro.

»El cajón venía enteramente cerrado; los que lo traían, observaron que de noche se sentían golpes de martillo dentro del cajón; quisieron abrirlo, pero no pudieron porque las herramientas se quebraban al tocarlo».

Abreviaré la relación.

«El hecho fue que tan pronto como llegó aquí, al abrirse el cajón, se encontró con este Señor enteramente distinto al que mandaban de Europa».

Magdalena volvió a mirar al Santo Cristo y sin hacer alto en lo que oía, dijo al abate:

-Creo que sería oportuno no nos demorásemos.

-Estoy a sus órdenes. Orad antes, señora, mientras yo también rezo para que acceda a nuestras súplicas; y enseguida le consultaremos.

El abate se retiró de la esposa e hincándose delante del crucifijo, hizo que oraba en silencio.

Magdalena se hincó también y oró.

Después de un corto rato, el abate se levantó y tomando de la mano a Magdalena, se adelantó hasta postrarse nuevamente delante del Santo Cristo.

Hincados los dos, el abate suspiró con profundidad, luego levantó los ojos, y con voz fuerte y contrita, le dirigió al crucifijo las siguientes palabras:

«Señor mío Jesucristo: vos que sois la bondad infinita; que estáis en todas partes, que cuidáis de los huérfanos y desvalidos; vos Señor, que sabéis la verdad de todo lo que pasa aquí en la tierra, por vuestras llagas santísimas, por vuestros dolores infinitos, por nuestro Padre con quien sois uno, decidme, ¿es o no del esposo de esta penitente la carta que ha recibido hoy?».

Magdalena con los ojos fijos en el Santo Cristo esperó con ansiedad la contestación que el abate pedía.

El Cristo nada respondía; el abate volvió entonces a suplicarle:

«¿Será posible que esta virtuosa hija de Eva quede entregada al sufrimiento? Responded Señor».

A esta segunda súplica, el Cristo principió a bajar la cabeza con gran pausa.

-¡He ahí! -exclamó el abate-, ¿veis señora? os responde que si agachando la cabeza.

Magdalena asustada por este movimiento de Cristo, no pudo continuar mirándole y cerró los ojos.

-Estoy convencida -dijo-, estoy convencida.

El abate se paró y levantó de la mano a la esposa.

Magdalena estaba realmente asustada y conmovida en alto grado por aquel milagro, así fue que rogó al abate:

-Sacadme de aquí, señor, quiero volverme a casa.

-Sí, señora, no tenga usted cuidado, Dios se acuerda de usted.

Magdalena se retiró convencida de que la carta no era falsificada.

-Dios ha hablado -se dijo-, nada, nada puedo dudar ya.

El abate y Eduardo volvieron a dejar las cosas como estaban, y se retiraron contentos de lo que habían hecho.

¡Así era como mantenían su poder los jesuitas!

Hacían intervenir en actos criminales el nombre de Dios, empleando para ello un crucifijo de goznes, cuya cabeza hacían mover según les convenía.

Así era también como se alimentaba la superstición de los católicos haciéndoles creer en semejantes farsas.

CAPITULO XXXIII

La locura de Enriqueta

Mientras tanto ¿qué era de Enriqueta? ¿cuál la suerte que seguía después de haber perdido el juicio?

Enriqueta entregada a la locura, continuaba en un estado de furor y de enajenación mental que paso a paso le iba destruyendo la existencia.

Atormentada por fiebres alarmantes, su fisonomía había cambiado notablemente.

No eran aquellos ojos dulces y sombríos los que iluminaban su rostro; ojos abiertos e inquietos, una mirada altiva y de terror, la mirada de la loca, los ojos de la mujer delirante habían sustituido aquellos espejos de una alma angelical.

Los cabellos caídos tras de la espalda, una cara delgada y de formas concluidas, demostraban la transformación de la mujer que se espiritualiza en el mundo, para ir a los espacios infinitos en busca de su amante.

El padre Ulloa, su confesor de otros tiempos, no desamparaba a Enriqueta, porque tenía el encargo de informar sobre su estado, a fin de poderla mandar cuanto antes al monasterio de las Claras, para que allí tomase el hábito religioso y legase por distintas manos su fortuna a la orden de Jesús.

Enriqueta, cada vez que sentía a este padre a su lado, se estremecía, y con un furor incontenible, lo repelía amenazándole.

El padre se retiraba y siempre volvía al día siguiente para llenar su misión.

Llegaba al convento y allí daba el parte:

-Sigue loca y la fiebre sigue devorándola.

-Avisad cuando la enfermedad sea incurable, le contestaba el abate González.

El padre se retiraba a su celda y seguía al siguiente día esas investigaciones piadosas.

Magdalena, como verdadera amiga de Enriqueta, destinaba la mayor parte del día a acompañarla: y aun cuando tenía que sufrir los arranques de la exaltación cerebral, no por eso desmayaba, sino que se contraía más y más a asistirle, por cuanto se notaba que la loca demostraba algún placer en verla a su lado.

En los ratos de lucidez o de juicio que Enriqueta tenía, era un dolor oírle hablar.

Siempre acordándose de Moyén, preguntaba por él con ternura.

No mentaba la impresión que le había trastornado la cabeza; le creía aun vivo y no perdía la esperanza de volverle a ver, de unir su vida a la de su amante.

-¿Y has sabido -preguntaba a Magdalena- si el Virrey habrá mandado libertar a Moyén?

La esposa bajaba la cabeza con sentimiento; pero se incorporaba para consolar a su amiga sin sacarla de la ilusión que conservaba.

-¡Después de tan larga separación -continuaba la loca-, qué feliz no seré al recobrarle! Mira, Magdalena, cuando Moyén salga te haré la madrina de mi matrimonio. ¡Ah! si tú le conocieses, créeme que envidiarías mi suerte. Tiene un corazón tan puro, que me parece un sueño que en la tierra exista. Su inteligencia clara jamás me hizo pasar un rato de aburrimiento. Es rubio, tiene unos ojos luminosos en que se refleja el genio.

Enriqueta callaba por momentos, y luego encendida por el calor de la fiebre y animada por una sonrisa de felicidad, continuaba hablando a su amiga, que lloraba en el fondo de su alma la desgracia que palpaba

-Cuando le vea a mi lado -le decía-, unida a él por la bendición de Dios, no le dejaré separarse más de mí. Le tendré a mi vista, lo miraré y no me cansaré de mirarle. Saldremos juntos y juntos nos volveremos. Aquí le cuidaré de sus dolores pasados, y prodigándole caricias, él olvidará lo que ha sufrido por amarme. Magdalena, tú nos has de ver viviendo en el matrimonio; cuidando de acrecentar nuestros amores, verasnos partir algunas mañanas a recorrer el campo, y nos verás volver gozosos de haber hablado un día entero de nuestra felicidad. Moyén me extenderá sus brazos al verme y yo descansaré mi frente en su pecho; allí me adormeceré oyendo latir su corazón, sintiendo sus manos sobre mi cabeza; él me despertará de esa embriaguez del amor con un beso de castidad y dulzura; y yo, Magdalena, santificaré ese culto de la virtud con un ósculo del amor que hoy arde, incendia, devora mi existencia...

Enriqueta al llegar a estas palabras se sentaba en la cama, animaba su fisonomía, y arrobada por la fiebre, continuaba en una especie de delirio.

-Sí, Magdalena, el amor que siento me consume; ¿no me ves encendida?... mírame...

La expresión de la vista iba creciendo, la fisonomía variando, la voz alterándose; la dulzura desaparecía: era que Enriqueta volvía al estado de locura.

-Mírame, Magdalena, mírame.

Decía estas palabras y se quedaba callada mirando con fuerza a su amiga.

-¿No es verdad que estoy encendida?... ¡Moyen! ¡Moyen! ¡Ja! ¡ja! ¡ja!...

La carcajada de la loca estallaba; el delirio y la exasperación se sucedían.

Ya no hablaba más de amor, se entregaba a reír como una insensata.

-¡Moyen!... ¡ahí va!... ¡ja! ¡ja!...

Palabras cortadas solían interrumpir aquella enajenación y de cuando en cuando volvía a continuar.

-Vestido de blanco... rodeado de demonios negros... iba a morir... ¡ja! ¡ja!...

Magdalena se levantaba de la silla y procuraba consolarla.

-Moyen estará libre pronto, no te aflijas.

-¡Mientes! ¡mientes!... iba a morir.

Magdalena bajaba la cara y no se atrevía a contestar. Sufría más quizás que lo que su amiga sufría.

La loca permanecía en estos éxtasis largo tiempo, hasta que los nervios se debilitaban por la fuerza de la contracción y quedaba dormida en medio del cansancio.

Al día siguiente de haber presenciado Magdalena el milagro del Cristo de la Inquisición, Enriqueta la mandó llamar muy de madrugada, para contarle lo que había soñado la noche anterior.

Magdalena, siempre complaciente, se fue donde ella para darle gusto en cuanto quería.

-¿Cómo estás, querida Enriqueta? -le preguntó la esposa al acercarse al lecho de esta.

-Me siento débil, pero me creo mejor -le contestó.

Magdalena le tocó la frente.

-Estás muy mejor -le dijo-, la fiebre va a menos.

-Así dicen, pero me siento muy caída.

Magdalena, conociendo que la salud de su amiga marchaba mal, dejó la conversación que podía hacerle daño y procuró distraerla de otro modo.

-¿Qué te ha sucedido anoche? -le interrogó.

-Tal vez te haya incomodado -le observó-, pero como te levantas temprano y estaba impaciente por verte, te he mandado llamar para contarte un sueño.

-No, hijita, nunca me incomodas. Siempre que quieras llámame.

-Mil gracias, amiga, mil gracias. Eres muy prudente.

Enriqueta silenció un momento, y acomodándose en la cama volvió a hablar, con esa melodía y agrado que era el distintivo de su estado ordinario.

-Anoche he soñado, amiga, y he soñado con felicidad.

-Me alegro infinito: ¿qué has soñado?

-A eso de las diez de la noche me dormí profundamente. Estando dormida, vi a la cabecera de mi cama, una figura blanca, alba, en cuyos ojos brillaba una luz tan viva y clara como jamás he visto en mi vida. Mi espíritu triste se alegró y entonces clavé mi vista en aquella luz.

¡Qué luz tan hermosa! Magdalena, consolaba el solo verla.

Me quedé extasiada largo rato contemplándola, hasta que la figura me habló:

-Desgraciada en el mundo -me dijo-, ¿quieres salir de él para saber lo que es el bien?

Aquella voz me hirió en el corazón, no me era desconocida, creí sentir la voz de Moyén.

-¿Quién eres? -le pregunté con animación.

-Hoy no lo sabrás, pero lo sabrás cuando te despojes de ese cúmulo de miserias donde habitas: ¿quieres venir a donde el bien se conoce?

Me quedé mirando los ojos de la visión, y enajenada por sus resplandores le contesté.

-Llévame a donde pueda estar con mi amante.

La visión se acercó hacia mí, y tomándome de la mano me dijo:

-Sígueme.

Sin saber lo que hacía, salí de mi lecho, y arrastrada por una fuerza irresistible seguí a la visión.

Mis pies se desprendieron de la tierra, y tomada de la mano seguí a través de los desiertos del infinito.

Miré hacia abajo y solo vi un abismo.

-Ese es el mundo -me dijo la visión; señalándomelo.

Yo no pensaba ya: mi imaginación se absorbía en éxtasis de admiración, y sin embargo, marchaba adelante.

Remontamos con la rapidez del rayo, y después de haber dejado atrás los mundos y los astros que tachonaban el espacio, la visión encendió aun más su albura, y de improvviso me encontré en medio de una luz que mi vista no resistía.

La visión al verme que cerraba los ojos, me pasó la mano por los párpados y me dijo:

-Ahora podrás ver.

Y en efecto, vi, ¡oh Magdalena! familias extensas que entonaban alrededor de un trono, cánticos de una melodía inexplicable.

Todos allí alegres y hermosos como el ideal de nuestro sentimiento, saludaban con amor al Padre Eterno que acariciaba a sus hijos.

Vi los espacios atravesados por seres que derramaban la alegría y el contento que nacían de sí mismos.

Vi... no sé cómo decirlo; el lenguaje humano no lo explica.

Temo profanar lo augusto del espectáculo.

El infinito no se comprende en la tierra, mi cabeza recuerda pero no puedo expresarme: mas, sí, de que divisé a Moyén postrado delante del trono de Dios que le levantaba dándole la mano.

Estaba tan alegre y tan hermoso que quise correr a abrazarle, pero mis pies no pudieron andar.

-A ese que ves -me dijo la visión-, aun le falta el premio completo a sus virtudes. Dios le ha prometido que pronto vendrá a su lado la joven que amó en la tierra.

-¡Yo soy! -exclamé entonces-, aquí estoy; ponédme a su lado.

-Aun no es tiempo -me contestó.

-¿Y hasta cuándo he de estar lejos de él? -le pregunté.

-Esperad, esperad.

Entonces me puse triste, y la visión que me observaba, me interrumpió en mi estado, repitiéndome:

-Esperad. Bienaventurados los que esperan.

-¡Hágase tu voluntad! -exclamé yo-. Esperaré.

Luego que hube paseado mi vista por aquellos mundos de gloria, me atreví a preguntar a la visión:

-¿Y los pecadores donde están?

-Los pecadores no arrepentidos, los verdugos de la humanidad, los sacrílegos del nombre de Dios; todos esos criminales que se alimentan del hombre, ¡ah, todos esos van a las tinieblas!

-¿No van al infierno?

-Las tinieblas son el infierno.

-¡Cómo! ¿que no es un mar de fuego?

-No, no, el infierno es la privación de la presencia de Dios. En este mundo nada hay material; luz para los justos, tinieblas para los malos.

Estando yo en aquella luz comprendí que el peor infierno eran las tinieblas.

-Ahora -me dijo la visión-, ya que has conocido lo que te espera, vuelve a llenar tu destino en la tierra.

Sentí que descendía y que mis pulmones no podían con los aires que subían de la tierra.

Principié a resollar con fuerza buscando espacio: sentí que la respiración me ahogaba; entonces grité:

-¡Aire! ¡aire!

Al dar estos gritos, los criados vinieron corriendo y me despertaron.

-¡Señorita, señorita!

Abrí los ojos, y con gran dolor me convencí de que aun estaba en el mundo; de que todo era un sueño.

¿No es verdad que he pasado una buena noche?

-Sí, hijita, cierto -le contestó la esposa-. Dios habrá querido darte ese consuelo por lo buena que eres.

-Si supieses lo que deseo el morirme ahora...

Estas palabras acababa de decir Enriqueta, cuando el médico se presentó a visitar la enferma.

Después de un examen detenido que el doctor hizo de la salud de Enriqueta, la misma joven que sufría y que cuando se encontraba en el estado de juicio, conocía el gran decaimiento de sus fuerzas, preguntó al doctor, con una resignación admirable:

-¿Me cree usted con esperanzas de vida?

-Señorita -le contestó el doctor-, sigue usted mejor.

-La medicina es un caos, señor -replicó ella-; yo me siento cada día peor; no sé cómo puede ser exacto lo que usted me dice; pierda usted el temor para anunciarme la muerte.

-Hablo a usted la verdad; usted sigue mejor.

-Esas son siempre las palabras que se emplean para con los tímidos. Yo no me engaño, me creo mala.

El doctor se acercó a una mesa y sin replicar escribió una receta, y enseguida se despidió.

-Id con Dios -le dijo Enriqueta.

El doctor al salir se encontró en la antesala con el Padre Ulloa que le esperaba.

-¿Cómo sigue la enferma? -le preguntó este.

-La enferma no tiene remedio, el mal es interior. Tiene sus ratos de alternativa en que se cree mejor, pero el pulso anuncia la muerte.

-Gracias, señor doctor, gracias.

El doctor alzó una tira de paño que llevaba el padre colgada de la cintura, la besó para ganar cien días de indulgencia, y se retiró haciendo una gran reverencia con la cabeza.

El padre Ulloa entró enseguida a la pieza de la enferma.

-¿Cómo os sentís, hermana? -le preguntó el padre Ulloa, al acercarse a la cama.

Enriqueta lejos de contestar, se inclinó hacia Magdalena y le dijo:

-Este hombre no debe ser sacerdote; cuando le veo toda la máquina se me mueve.

-¿Cómo os sentís hermana? -volvió a preguntarle el padre.

-Sigo lo mismo -le contestó la joven.

El jesuita avanzó un poco, y observando que la joven estaba tranquila, le dirigió la palabra:

-¿Parece que el delirio en que os dejé ayer ha pasado?

-Siempre vuelve usted con esa pregunta, siempre -le observó Enriqueta algo inmutada.

Magdalena miró al jesuita y le hizo señas de que callase la boca; pero el jesuita se desentendió, y volvió a hablarle.

-Vuestra enfermedad no se cura sin que renunciéis a ese capricho que se os ha puesto en la cabeza.

Enriqueta hizo un movimiento de disgusto y pareció encendersele el rostro.

El jesuita siguió diciéndole:

-Ya os he dicho que es pecado pensar en el hereje, que hoy arde en los infiernos.

-¡Salid de aquí! -le gritó Enriqueta al jesuita, perdiendo por grados el juicio. En vano procuráis decirme que ha muerto, porque sé que vive y que pronto se unirá a mí.

El jesuita con la misma calma que antes, se alegró al ver que la joven volvía a la locura, y a fin de abreviar los días con crisis repetidas, continuó diciéndole:

-¿Qué no recordáis, señorita, el día en que Moyén pasó por aquí, vestido con la mortaja marchando a la hoguera en medio de las comunidades religiosas?

Este recuerdo sarcástico, acabó de producir el efecto que el jesuita deseaba.

La joven animó su fisonomía extraordinariamente, y sentándose de un salto en la cama, gritó con estrépito:

-Salid de aquí, verdugo de mi amor. ¡Moyén vestido de blanco!... sí le recuerdo... marchaba a la hoguera...

A la expresión de la cólera, la loca cambió su semblante en una risa feroz.

-Vestido de blanco... -siguió-, ¡ja! ¡ja! ¡ja!...

El jesuita luego que la vio en este estado, se sonrió.

Magdalena fuera de sí al ver aquel cuadro, se levantó dando gritos:

-¡Fuera! ¡fuera! hombre infernal.

El jesuita le lanzó una mirada de perdón, y salió.

-¿Cómo ha ido hoy? -lo preguntó el abate González al padre Ulloa, a tiempo que entraba a darle el parte de costumbre.

-Bien, Vuestra Paternidad; la loca estaba en su juicio cuando entró; pero sabiendo por el doctor que no tenía remedio ya, volví a recordarle la muerte del hereje y ella ha quedado entregado al delirio.

-Eres un hijo digno de la Compañía. ¿El doctor dice que muere?

-Sí, Vuestra Paternidad; me lo ha asegurado.

-Pues ya es tiempo de hacerla llevar a Santa Clara.

-Lo creo muy oportuno, porque en el día tiene a su lado la loca, a Magdalena que la cuida en extremo.

-Anda entonces donde la tía de Enriqueta, y dile que para que se salve su alma, es necesario que mañana la saque en calesa y la lleve al monasterio.

-¿Está todo arreglado ya?

-Todo, hermano, todo. Ya he hablado a la abadesa, y la tía se ha franqueado a cuanto yo le mande.

-Con el permiso de Vuestra Paternidad; voy a cumplir su encargo.

El jesuita hizo una reverencia con la cabeza, y al salir le llamó el abate.

-Y de paso ve también al escribano para que autorice el testamento o poder para testar, que mañana se hará.

-Voy con su permiso.

El jesuita salió y el abate refregándose una mano con otra, se llenó de alegría al divisar tan próxima la adquisición de los bienes de la víctima Enriqueta.

CAPITULO XXXIV

Lo que era un paseo ordenado por el abate González

Sería difícil comprender la conducta del abate González y del hermano Ulloa, si no se tuviese una idea de la influencia que la Compañía de Jesús ejercía.

El dominio que los jesuitas tenían en la sociedad, durante residieron en América, era tal, que aun las acciones domésticas, la economía peculiar de las familias, todo pasó, toda empresa necesitaba de la dirección de ellos.

La voz de cada uno era la voz de la conciencia en las madres, en los hijos, en los sirvientes.

Se les creía santos por la generalidad, y los que no participaban de esta opinión, los creían por lo menos sabios.

Regenteando sin obstáculos y protegidos por la autoridad civil, llegaron a ser dueños de la educación en los países americanos, y a generalizar los principios de obediencia y delación que les prescribía la constitución de la orden; llegaron más bien, a poner por constitución civil de las colonias, la constitución de San Ignacio fundador.

La degradación de los espíritus había llegado al punto deseado.

Estaban los colonos sin personalidad y amoldados a la sumisión.

La España encontraba en este sistema el afianzamiento eterno de la conquista.

«Por *hábito de obediencia*, no se atrevían los americanos a *concebir siquiera* los derechos de sí mismos».

Bástenos recordar lo que era el Paraguay, cuando el doctor Francia gobernaba; el pupilaje había llegado al extremo de que no se comía en parte alguna, hasta que la campana de los jesuitas no daba la señal.

Si en nuestros días hemos presenciado esa degradación, este abatimiento, esa preponderancia del poder de los hijos de San Ignacio ¿cuál no sería ahora un siglo en el Perú, Chile y demás colonias, siendo dueños de la educación y árbitros de los actos gubernativos de las autoridades?

Los jesuitas de aquel entonces, que no tenían obstáculos para imperar a sus anchas, que no tenían que luchar con enemigos fuertes ni débiles; los jesuitas, que por aspirar a ser señores de la tierra habían empapado en sangre los estados, asesinando en 1584 al Príncipe de Orange; en 1587 a María Estuardo por medio de sus instigaciones respecto a Isabel de Inglaterra; que en 1610, hicieron morir a Enrique III y en 1779 a Enrique IV; que fomentaron la persecución de los Hugonotes, y por sus instigaciones tuvieron lugar las espantosas matanzas de San Bartolomé; que en 1586 hicieron degollar en la China a los misioneros de otras congregaciones por celos; que en 1710 solicitaron la bula *Unigenitus* que puso en zozobras a la Francia, y ocasionó en poco tiempo más de 80000 mandatos de arrestos contra las personas más honradas; que en 1724 envenenaron a Inocencio XIII porque quería suprimirlos; que en 1730 el jesuita Tournamint predicó contra el Evangelio; que en 1769 envenenaron a Clemente XIII; que en 1774 hicieron igual cosa con Clemente XIV; que en 1847 conspiraron contra Pío IX e hicieron envenenar al diputado de Polonia, Silviani; que en 1848 se coaligaron al Austria, protegiéndola para acabar con el renacimiento e independencia de los Estados Italianos; esos hombres que no han respetado obstáculos ni se han parado en medios para extender su poder, a pesar de haberseles prohibido el confesar por el Senado Veneciano en 1560, por estar declarados corruptores de las costumbres; a pesar de ser desterrados en 1594 por el Parlamento de París, como perturbadores de la quietud pública, enemigos del Rey y del Estado y corruptores de la juventud; a pesar de que en 1597 Clemente VIII instituyó una congregación para examinar sus doctrinas y les acusó de embrollones y perturbadores de la Iglesia de Dios; a pesar de que en 1606 fueron desterrados de Venecia en donde enseñaban: que en los casos extremos era lícito al hijo matar al padre y la mujer casada al marido; a pesar de que Víctor Amadeo, rey de Cerdeña, en 1727, hizo cerrar todos sus colegios, persuadido de que sus doctrinas no hacían otra cosa sino formar hijos miserables, miserables ciudadanos y súbditos incapaces; a pesar de que en 1752 el Parlamento de París les desterró de nuevo y para siempre de sus estados *por sus perfidias*, etc.; a pesar de que en 1773 Clemente XIV suprimió esa orden por una célebre Bula; a pesar de que en 1846 Vicente Gioberti publicó su obra, que es la condenación a muerte de la orden; de que en 1845 Luis Felipe les cerró sus casas de educación después de la manifestación que hicieron Michelet y Quinet de los progresos y perfidias de las doctrinas que enseñaban; de que en 1847 originaron la guerra civil en Suiza, el Sanderbund fue derrotado y los bienes de ellos confiscados y cerradas sus iglesias; a pesar de que en 1848 fueron expulsados de Gogliari, Génova, Nápoles y de que el pueblo de Roma pidió sus cabezas; a pesar de todo esto y de infinitos crímenes más, los jesuitas decimos ¿a qué grado de preponderancia no habrían llegado en estos países ciegos y dispuestos a admitir cuanto se les enseñaba?

Ellos habían adquirido la porción más crecida de las propiedades, y como por encanto marchaban a absorberse los Estados, porque eran bastante hábiles para apoderarse de los moribundos al testar.

Teniendo, pues, una débil pintura de lo que era esa orden en aquellos tiempos, no nos será difícil el comprender la facilidad que tenían de disponer de Enriqueta por medio de su tía.

Ahora nos será también fácil el concebir lo natural y expedito que les era el encerrar una joven en un monasterio, como también el alto dominio y las tramas que empleaban para sacrificar a Magdalena, quemar a Moyén, y ocultar todo bajo la responsabilidad de los agentes que tenían a sus órdenes.

Enriqueta seguía consumiéndose por la fiebre lenta que se había apoderado de su naturaleza.

La tía que la cuidaba, era una mujer de cuarenta y tantos años de edad; una de aquellas solteronas que se entregan a las prácticas religiosas con tanto entusiasmo, que hacen de la Iglesia su casa, y del confesonario su recreo.

Gruesa de cuerpo, por la inacción de la vida que llevaba, tenía sin embargo un buen fondo.

Había concebido la virtud a su modo y su conciencia se había hecho tan tímida, que no se atrevía a dar paso alguno sin consultar a su director espiritual.

Muy temprano estaba en la Iglesia disputando la tablilla del confesonario.

Si se la hubiese juzgado por la continuidad con que se confesaba, se le habría creído la mayor pecadora del globo; pero no era así atendiendo a lo que pasaba en ese tribunal poderoso del clero.

Regularmente se demoraba un cuarto y hasta media hora en la tablilla; pero no se ocupaba de acusarse de faltas cometidas, sino en conversar y consultar al confesor.

Esta mujer estaba destinada a servir de agente a los jesuitas para llevar a cabo la salvación de la sobrina.

Por eso, tan pronto como recibió el recado del abate, se dispuso con gran contento de su alma, a llenar un deber que sentía le honraba.

Al día siguiente la tía se dispuso a llevar a Enriqueta a pasear.

Con el fin de disponerla a que no se alterase, se valió del doctor para que recetase a la joven la necesidad de andar en carruaje.

El doctor cumplió con el empeño, y la tía que no creía falta el engañar, porque así se lo ordenaba el confesor, instó también a Enriqueta para que cumpliera con la receta del médico.

La joven, que cuando le pasaba el delirio, quedaba en un estado sumo de debilidad al oír a su tía lo que le decía, le contestó con suma ternura.

-Me siento imposibilitada de dar un paso. Creo que si me mueven, moriré.

-No, hijita -le replicó la tía enternecida al contemplar el aspecto de la sobrina-, no hijita, es necesario hacer cuanto el médico diga, porque el dejarse morir es hasta criminal.

Enriqueta miró a la tía con dulzura y con voz apagada y humilde volvió en tono de súplica a decirle:

-¡Pero si estoy tan débil!...

-Yo te cargaré con cuidado, nada sentirás.

La sobrina suspiró manifestando resignación, y después de un corto momento le respondió con un sentimiento profundo:

-Haga lo que usted guste, tía.

La tía se retiró y mandó alistar la calesa para las seis de la tarde.

La hora prefijada había llegado y la conductora de Enriqueta lloraba en la antesala.

Era un tributo que la sensibilidad del corazón rendía al sacrificio de una sobrina bella y virtuosa.

La tía se enjugó las lágrimas y alzando los ojos al cielo exclamó:

-Señor, tened en descuento de mis culpas el dolor que sufro al separarme de la única sobrina y compañera que tengo en la tierra.

Arregló su pañuelón negro, y revistiéndose de toda la resolución que da el fanatismo para ejecutar un crimen, entró a la pieza de Enriqueta, llamó a una esclava y enseguida le dijo:

-Vamos, hija mía, hagamos este sacrificio por Dios.

La joven, resignada ya, principió a moverse en el lecho, hizo un esfuerzo para sentarse y no pudo.

-Creo que es imposible el levantarme, tía -le observó.

-No, hijita, no; déjate así no más; nosotras te vestiremos.

Y en efecto, la esclava y la tía comenzaron a vestir aquel cadáver que aun conservaba los restos de una hermosura angelical.

Enseguida la sentaron con suma dificultad.

Enriqueta solía quejarse, pero ahogaba sus dolores.

La esclava y la tía, la tornaron entonces de los brazos y lograron pararla.

-Apóyate en nosotras, hijita -le dijo la tía-. Apóyate y procura andar.

La sobrina haciendo esfuerzos sobrenaturales, movió sus pies y con gran dificultad logró salir de la pieza de dormir.

En la antesala se sentó un momento.

Un sudor frío bañaba su frente; pero estaba condenada a ayudar y volviendo a tomar la aptitud anterior, continuó hasta bajar la escalera.

Al recibir el aire del zaguán, la enferma sintió una especie de vértigo que la hizo perder las fuerzas y quedar suspendida por las que la llevaban de los brazos.

La tía creyó que allí se moría la sobrina, y sentándola en la última grada de la escalera, procuró animarla con sus cuidados.

La joven volvió los ojos y reclinó la cabeza en el pecho de la tía.

-Id corriendo donde el confesor -dijo la tía a una sirvienta-; y volviéndose al criado calesero que esperaba con la puerta abierta del carruaje, le ordenó:

-Pedid a la señora vecina la medicina para los accidentes.

Los criados partieron, y la tía continuó sosteniendo el cuerpo de Enriqueta.

Magdalena que nada sabía de lo que pasaba, se apareció la primera corriendo con el frasquito.

Miró a su amiga en aquella postración y se arrodilló para socorrerla.

-¿Por qué aquí? -preguntó con espanto.

-El médico le ha recetado que salga en calesa -le contestó la tía.

-Pero es una temeridad. Conduzcámosla a su pieza.

-Es preciso no moverla hasta que vuelva -observó la tía llena de dolor.

-Que vayan a traer el médico -dijo la esposa; y tomando las manos de su amiga, principió a calentarlas con su aliento.

-Enriqueta, querida amiga -le dijo esta-, aquí estoy yo. Mírame, Enriqueta.

La joven continuaba postrada sin alterar su fisonomía pulcra y virginal.

La esposa continuó con sus cuidados, y de cuando en cuando le repetía sus llamados de amor.

Al fin la joven entreabrió los ojos y levantó con pausa la cabeza.

-¿Aquí estás, Magdalena? -le dijo la joven extendiéndole los brazos para estrecharla.

-Sí, hijita, dándole un ósculo en la frente. Tú no puedes salir, ¿vámonos a tu pieza?

La joven miró a la tía como interrogándole, y la tía que en aquel momento era dominada por su corazón, le contestó:

-Si, hijita, volvámonos. Ya has hecho todo lo posible por tu parte.

La tía y Magdalena suspendieron entonces el cuerpo de Enriqueta para volver a subir la escalera; mas en este momento llegó el hermano Rodríguez, enviado con instrucciones por el abate González.

-Aguardaos, señoritas -les dijo-; aguardaos un momento.

La tía se detuvo, y se detuvieron las jóvenes al oír esa voz agradable del jesuita.

-¿Qué vais a hacer subiendo la escalera? ¿no veis que si se hace repechar a esa joven se le agrava el mal?

-¿Qué queréis que hagamos -le observó Magdalena-, cuando de estar aquí ha de sufrir por la intemperie?

-Entradla más bien a la calesa, allí descansará un rato.

-Me parece mejor -observó entonces Enriqueta-, que vaya a morir en mi cama con descanso.

-Señorita, os halláis bastante fuerte para que penséis tan siniestramente.

La voz del jesuita dominó el ánimo de la tía, que luchaba entre el sentimiento y la obediencia.

El doctor llegó a este tiempo agitado por la precipitación con que había venido.

El jesuita se le acercó y le habló en voz baja.

El doctor se aproximó a la enferma, y tomándole el pulso de decidió:

-Es preciso que salga en la calesa, de otro modo no podría responder de la salud de la enferma.

Magdalena se quedó estupefacta, y sin poder contradecir la orden del médico por no arriesgar la salud de su amiga, se inclinó hacia ella, diciéndole:

-¡Qué se ha de hacer, hijita! Haz una prueba para ver cómo te va.

-¿Te parece que lo haga?

-Si por mi fuese, no, pero el médico lo manda.

-Haré lo que se me manda -exclamó con suma tristeza-. Tengo no sé qué presentimiento, creo que al subir a ese carruaje me despido del mundo.

Magdalena alterada por la escena que presenciaba, contuvo sus pensamientos y exhortó a su amiga a llenar el sacrificio que se le imponía.

Enriqueta apoyándose en los brazos de la tía y de su amiga, marchó entonces hasta entrar en la calesa.

La tía subió con ella, y Magdalena que se empeñaba en acompañarla, fue despedida por excusas de la señora y los consejos del doctor.

La esposa se retiró a su casa ahogando el llanto de la despedida que preveía sería eterna.

El doctor y el jesuita se estrecharon las manos, y con la alegría propia de esas naturalezas extraviadas, se despidieron el uno para su convento y el otro para su morada.

El carruaje siguió andando paso a paso, y Enriqueta recostada en el pecho de su tía iba muda por no lanzar quejidos a causa de los dolores que sufría con el movimiento.

Había andado como seis cuabras la calesa, cuando la joven, demasiado molesta ya, suplicó a su tía se volviese.

-Pronto descansarás, hijita, porque aquí nos bajaremos un momento.

-¿En dónde, tía? es mejor que nos volvamos.

-No, hijita, el doctor me ha señalado el tiempo que debes hacer ejercicio, y antes de volvernos me ha ordenado que descansemos para tomar aire en un jardín.

-Pero ya está oscureciendo, tía y el frío me hará mal.

-Cumpliremos con lo que el doctor manda.

Enriqueta se quedó callada y dejó que se hiciese con ella lo que se quería.

El carruaje siguió adelante hasta pararse al frente de la puerta falsa del monasterio de Santa Clara.

Allí se detuvo a la voz de la tía que así lo ordenaba.

El calesero se desmontó y abrió la puerta del carruaje.

La tía se incorporó, y dando un beso en la frente de Enriqueta, dijo:

-Bajemos aquí.

Enriqueta que no sabía dónde estaba, se levantó ayudada de su tía, y mirando por la puerta de la calesa preguntó:

-¿A qué venimos a este convento?

-Es para que tomes el aire del jardín.

-Tía -le suplicó que nos volvamos-, me causa terror esta casa.

La tía suspiró, y con la mayor dulzura le contestó:

-Haremos ver primero si las monjas nos esperan, porque están avisadas de nuestra visita. Sería una falta burlarlas.

Luego se dirigió al criado y le ordenó:

-Pregunta si la madre abadesa puede recibirnos.

El criado entró, y golpeando en el torno, cumplió con el mandato de la tía.

La abadesa vino al instante, y abriendo una puerta que estaba al lado del torno, contestó:

-Que pasen adelante.

La tía y Enriqueta vieron a la abadesa, y comprometidas por la presencia de esta, la tía se apeó del carruaje, y tomando con sumo trabajo a la sobrina, la bajó cargada.

Enriqueta reanimando sus fuerzas y apoyada en el hombro del criado y en el brazo de la tía, caminó hasta donde la Abadesa estaba.

-Adelante, señoritas -les dijo la abadesa-; y tomando el lugar del negro, que se retiró a la puerta, encaminó a la tía y a Enriqueta hasta llegar a un claustro pequeño que en el centro tenía un jardín, y cuyos extremos le formaban unos corredores que daban entrada a piezas pequeñas.

La abadesa al ir andando, se detuvo delante de una puerta que estaba junta, la empujó, y convidando a las recién venidas a sentarse, les dijo:

-Aquí descansaremos un momento.

Ellas no opusieron resistencia, y penetraron en la pieza.

Era esta un cuarto redondo, alfombrado el piso, con una cama limpia en un rincón, una mesa en un costado y algunos muebles más que llenaban los otros costados.

Inútil nos parece advertir que en las paredes se encontraban imágenes de santas y un crucifijo.

-Sentaos aquí, señoritas, sentaos.

A Enriqueta la recostaron en el lecho, y la tía y la abadesa se sentaron cerca de ella.

La joven se tendió como un cuerpo muerto; tal era lo fatigada que estaba.

Conversó la tía en voz baja con la abadesa largo rato, hasta que la primera levantó el eco y consultó a Enriqueta:

-La madre Abadesa me ofrece que si gustas quedarte aquí hasta restablecerte, ella tendría el mayor gusto en cuidarte.

-Agradezco infinito la oferta -contestó la joven con dificultad-; creo que nada me faltaría, pero prefiero estar en mi casa.

-Mira -replicó la tía-, hijita, debías aceptar a mi ver, porque nada te faltaría; yo vendría aquí diariamente, se haría lo que tú gustases.

Enriqueta se quedó callada y luego contestó:

-Aquí estoy triste, y aquí no tendría la libertad de estar con mi amiga a todas horas.

-Tu amiga vendrá a cada rato, por eso no temas.

-No, tía, es mejor que nos volvamos. Deme gusto en esto que es tan insignificante.

Acompañó estas palabras con tal unción y dolor, que la tía no se atrevió a oponérsele.

La Abadesa, que abrigaba la convicción de que quedando allí Enriqueta, solo así podría salvarse, observó a la tía:

-Es necesario sacrificar la voluntad de la joven a su salvación.

-Es cierto -contestó la tía en voz baja.

-Ya es de noche -observó Enriqueta sentándose en la cama con dificultad-, ¿vámonos?

La agitación producida por la marcha, y la tristeza del lugar, principiaron a hacerle reaparecer la fiebre.

Sus fuerzas comenzaron también a rehabilitarse con la excitación de los nervios.

-Tía ¿vámonos? -volvió a decirle Enriqueta.

La tía bajó la cabeza y permaneció asustada.

La Abadesa tomó una aptitud decidida y dijo a esta:

-La joven empieza a agravarse. Retiraos señora, yo quedaré con ella.

Diciendo esto, se levantó y llamó con la mano desde la puerta a dos novicias preparadas de antemano.

-Estad aquí prontas, les ordenó y volvió a entrar.

La tía se paró de la silla, y lanzando una mirada de compasión y amor a Enriqueta, salió precipitadamente para volverse a su casa.

Enriqueta vio esto, se dejó caer del lecho, y procuró seguir a la tía.

-¡Tía! ¡tía! -le gritó.

La tía no oyó; estaba subiendo al carruaje.

La joven sintió un terror involuntario, y agitada por lo que pasaba; se puso a andar.

-Señorita, volveos a la cama -le dijeron las novicias a tiempo que la abadesa salía.

-¡Yo me quiero ir! -gritó la joven-, dejadme salir.

La desesperación la arrebató, la fiebre sobrevino con rapidez y el juicio de Enriqueta se extravió.

-¡Yo quiero salir!... ¡tía!... ¡tía!...

Las novicias tomaron entonces de los brazos a la joven, y luchando con las fuerzas de la loca, la volvieron a acostar en medio de los gritos que daba y del espanto que expresaba; cerrando bien la puerta de la celda, para impedir se oyesen las voces de la víctima que quedaba reducida a una clausura forzada.

CAPITULO XXXV

La entrevista de dos ex novios

Mientras Enriqueta era reducida a clausura, Margarita buscaba una solución a su existencia desordenada.

Esta joven personificaba la corrupción de la alta sociedad limeña en la época del coloniaje.

Parecía increíble se encontrase en un pueblo nuevo el desarrollo de vicios que suponían una larga existencia.

Pero en Lima como en Méjico sucedía que la base de su orden social era anterior a su existencia propia.

Podía decirse que eran sociedades viejas trasportadas a un terreno virgen.

Méjico y Lima eran los países americanos que merecieron la predilección de los conquistadores.

Ricos en frutos, en oro, en cuanto puede desearse, atraieron con la fama de sus tesoros una inmigración numerosa de la nobleza española.

Extinguidas las razas indígenas, los pobladores de estas colonias fueron hombres que traían consigo los hábitos, vicios y educación que constituyen la vieja sociedad de donde salían.

Por eso, esas sociedades eran un trasunto de épocas viejas, que se incrustaban en el suelo del Nuevo Mundo y desarrollaban sus gérmenes destructores con más facilidad que en el país de donde provenían.

La nobleza que inmigraba, se caracterizaba por su odio al trabajo, su ambición al oro y su consagración a los placeres.

Los pueblos conquistados, aislados del contacto con el mundo, tenían que buscar en sí mismos los recursos para pasar el tiempo del mejor modo posible.

Sin estímulos morales, sin amor a la civilización, sin vida en las regiones del pensamiento, esas gentes se dejaban llevar por las exigencias de los sentidos, y la sociabilidad se traducía por las manifestaciones de los placeres encargados de llenar las aspiraciones de esas exigencias.

De allí provenía el refinamiento en los goces y la consagración a las fantasías creadas por la voluptuosidad.

Méjico y Lima eran bajo este aspecto dos sociedades que dejaban atrás el lujo y la corrupción de la Metrópoli.

Para los colonos de toda la América, Lima era tenida como la mansión del placer, la Capua de los tiempos modernos.

Y si no fuera impertinente una observación, podía hacerse notar en nuestros días los frutos de esa vida colonial respecto a los demás estados americanos.

En Lima y Méjico es en donde se ha encontrado mayor dificultad para conseguir la independencia, y en donde se ha tenido que luchar más para organizar sociedades libres; porque es en ellos donde dejó más raíces la conquista.

Recordados estos antecedentes, no era de extrañarse que Margarita fuese un tipo de la corrupción de aquella sociedad aristocrática.

Las sociedades, como los individuos, están sujetos a unas mismas leyes en el orden moral.

Toda relajación en la vida social tiene por punto, de partida la tolerancia de la primera falta.

Un desliz admitido conduce a un segundo paso en la carrera de la desmoralización.

El cuerpo como el alma acepta con la repetición de actos indebidos lo que al comienzo rechazaba.

En Margarita se veía la filiación de esa conducta que lleva a los mayores excesos.

En el seno del hogar no había conocido el valor de la virtud ni comprendido la importancia del honor.

Desde la cuna había abierto los ojos presenciando el escándalo; y el escándalo que le ofrecía la conducta de la madre, vino a ser para ella una regla irreprochable a seguir.

Andando el tiempo, a medida que crecía, Margarita comprendió que el ser que la había dado a luz era criminal.

La naturaleza le apartaba, por un sentimiento instintivo, del amor filial; porque ese amor santo no puede existir sin tener por germen la virtud.

¿Cómo podía segregarse Margarita a una vida licenciosa y no encontrar en ella su ruina, cuando ni los pueblos escapan a las consecuencias de la corrupción?

No hay nación conocida que no haya tenido que perecer cuando ha perdido el sentimiento moral.

La decadencia de los pueblos, por más encumbrada que haya sido su posición, está explicada por la corrupción que los ha dominado.

Cuando ese veneno sutil se infiltra en la sangre de una sociedad, la inocencia desaparece, el adulterio es la cuna de la infancia, la falsía entra como moneda necesaria para el comercio de la existencia; la traición, la envidia, el egoísmo se apoderan del corazón y lo encaminan a la consumación de un mundo de iniquidades.

Hoy penetra como un reptil en el seno del hogar, para aparecer mañana dueña de la generación que nos empuja al olvido. Se reviste cuando quiere de la púrpura bordada de oro y brillantes para disfrazar la putrefacción de los imperios; otras toma el albo manto de la virgen para emponzoñar la sangre de una generación a crear.

Arrastrándose por en medio de las jerarquías sociales, se oculta con la máscara del rubor para sorprender más tarde e intentar su victoria lanzando al mundo sus conquistas como hijas predilectas destinadas a imperar.

Dueña de las riquezas, dispone de los perfumes que embriagan, de los festines que enloquecen, de la música que encanta, de la danza que rinde el alma a los ensueños de la voluptuosidad.

Infatigable para perseguir la presa que codicia, la corrupción asume todos los caracteres fascinadores que dominan el alma, rodea largo tiempo los contornos de una mansión y no cesa de presentarse a cada hora, en toda situación, hasta conseguir un puesto en el seno de ella.

Allí se instala, y desde el centro de las aspiraciones recorre hasta sus últimos confines, con paso de gigante, todo el teatro que ha elegido para mostrarse dueña de los que habían escapado a su poderío.

Es entonces que se presenta cebándose placentera en la devastación que causa; y cuando se ha saciado, toma la víctima con sus manos hercúleas para presentarla descarnada a la sociedad; la alza cuanto le es posible y enseguida la deja caer con estrépito en el fango de las miserias humanas, en ese lodazal de escándalos que la ahoga en medio de los alaridos del desprecio y de la deshonra, en medio de las maldiciones que sus labios malditos lanzan.

La vida de Margarita era la comprobación de los resultados de una prostitución dominante.

El escándalo de sus acciones era público.

Había recibido desaires repetidos.

Las familias honradas le habían cerrado las puertas de sus hogares.

Los jóvenes mismos, tenían vergüenza de saludarla en público; y el que se atrevía a visitarla lo hacía tomando precauciones que ocultasen su amistad.

Tanto contratiempo sufrido, tanto desengaño experimentado, en vez de haberla corregido la habían despechado y llevádola a buscar sus distracciones entre las clases inferiores de la sociedad.

No era ya al petimetre ni al hombre educado al que esperaba para ser cortejada; el círculo que la rodeaba era de esas gentes que viven sin posición y pasan la existencia en las orgías de un mundo oscuro y licencioso.

Acostumbrada a vivir de los galanteos, se fastidiaba cuando encontraba sin adoradores que la elogiasen y la admirasen.

Para distraerse no esperaba ya que la buscasen, salía a la calle en demanda de miradas que correspondía con marcada atención.

Si alguien le dirigía la palabra, ella se detenía a contestarle con aire risueño y expresivo.

Margarita, en una palabra, había arrojado la máscara y se presentaba tal cual era en su desenfreno sensual.

Esta joven que hemos bosquejado en su vida extraviada, era la que persistía en casarse con Eduardo, hombre que aun cuando llevaba sobre sí manchas indelebles, no por ego dejaba de ser severo al tratarse de apreciar el honor de la mujer.

Margarita comprendía la imposibilidad en que se encontraba de llegar a ser esposa del Inquisidor; pero no por eso había abandonado el pensamiento de atraerle por medio de la seducción, y en último caso, por medio de la violencia.

Para ella el matrimonio era una necesidad que la autorizase a volver a la sociedad y a ser ligera sin temor a la crítica.

En medio del vicio no encontraba la felicidad que el alma precisa.

Estaba aturdida, pero impulsada por la idea fija del matrimonio, columbraba en Eduardo su única salida a un mundo que había dejado para descender en la escala de los gustos y relaciones que en otro tiempo conociera.

Ese pensamiento la había hecho combinar un plan que le diese el resultado que anhelaba.

Consecuente a ese plan había escrito al Inquisidor la carta que ya conoce el lector.

La respuesta de Eduardo la había colmado de esperanzas.

El día de la entrevista había llegado y con él la hora en que se iba a decidir la suerte de Margarita.

Asistamos a este episodio.

En la calle de *Polvos Azules* había una pequeña casa antigua de mal aspecto.

Las puertas sin pintar y las paredes ennegrecidas, anunciaban que aquella era una mansión descuidada desde largos años.

La sala de recibo estaba al frente de la puerta de calle, y la distancia que la separaba era tan solo el trecho que ocupaba un pequeño patio.

En esa casita, la noche de la cita de Margarita con el Inquisidor, tenía lugar una diversión que llamaban *parranda*.

Los que se divertían eran algunos negros acompañados de mujeres de igual color.

En el centro de la sala había una mesa surtida de comestibles y botellas de aguardiente.

La parranda había comenzado a las siete de la noche, aun cuando habían transcurrido dos horas devorando las viandas y libando copas, los concurrentes se encontraban animados y como si empezasen a divertirse.

Los negros tan locuaces de por sí, amigos de imitar como los monos cuanto ven y oyen, no se consideraban satisfechos hasta no hacer lo que habían visto en los banquetes de los blancos en que habían servido.

Así era que en medio del ruido de los platos y de las copas, brindaban, y a la conclusión de cada brindis se levantaban para bailar una *zamacueca*, *la dulce unión* u otras de aquellas danzas animadas por el tamboreo, los acordes del harpa y el canto tumultuoso de la raza morisca.

En uno de aquellos intermedios de la fiesta se dejó oír una voz que brindaba:

-A la salud de la más bonita criatura.

-¿Cuál es? -preguntaron los otros compañeros.

-De la más preciosa y generosa señorita, la que nos costea este banquete.

-Sí, sí, contestaron los otros. A su salud, y bebieron sus copas.

Los tertulios tomaron un trozo de cerdo y con gran ruido de platos, y más que todo de palabras, continuaron galanteando a sus parejas.

En esto estaban, cuando otro de los negros, como empachado con un pensamiento que tenía, se levantó para brindar.

-Que viva la reina del placer, la marquesa Margarita.

-¡Que viva! -estalló el grito de los concurrentes.

Daban este viva cuando se presentó en el umbral de la puerta una mujer tapada con un pañolón.

Pasó adentro, y descubriéndose tomó una copa y brindó:

-A la felicidad que nos da la plata y a los placeres del amor.

Este brindis fue aplaudido con frenesí.

Margarita dejó la copa vacía, y palmeando el hombro a un negro, le dijo en secreto:

-Pronto, pronto volveré. Estad listo a la primera seña que os haga, para no interrumpir esta diversión.

-Sí, mi amita, estaré pronto con mis compañeros.

Margarita se tapó entonces para irse, y los concurrentes para no pasar por descorteses, se acercaron a rendirle homenaje.

-Son ustedes muy galantes, mis amigos; gracias por los cumplimientos.

Margarita que gustaba de galanteos, y que jamás había podido decir *no*, extendió la mano y los negros se la besaron.

Ella se enorgulleció de tanta distinción, y salió contenta de encontrar adoradores aun en aquellos hombres.

-Sigamos adelante -exclamó la voz del hombre a quien Margarita había hablado.

Los tertulios se entregaron entonces a los placeres que habían interrumpido.

Margarita se dirigió de aquel lugar a una casa del mismo aspecto que la que acababa de dejar, distante dos casas de por medio.

Entró, abrió la puerta de calle y enseguida volvió a abrir una de las puertas que estaba al frente, la cual daba entrada a una pieza redonda sin otra salida que aquella por donde la joven acababa de penetrar.

Encendió una pajueta y prendió dos luces; luego se sentó frente a la puerta de la calle.

Aquella pieza estaba amueblada pobremente.

Margarita había alquilado aquella casa preparándola para recibir a Eduardo.

Nada ofrecía de sospechosa en su aspecto por el modo como Margarita la había dispuesto.

Eran las nueve y media de la noche, y los ojos de la joven no se separaban de la puerta de calle.

-¿Si me engañará? -se preguntaba a sí misma-. Las nueve y media han dado, es la hora designada.

Volvió a fijar sus ojos en la entrada y se quedó esperando.

-Son cerca de los tres cuartos y aun no llega.

La hora corría y la impaciencia de la joven crecía.

El reloj tocó los tres cuartos, y al concluir la tercer campanada, un embozado se detuvo en la puerta de la calle.

Miró con incertidumbre y pareció dudar en su resolución.

Margarita le vio, y llevada de su genio, dio un fuerte tosido.

El embozado conoció la tos y sin vacilar entró.

-Señorita -le saludó entrando-; perdonaréis la tardanza; no ha sido culpa mía.

-Adentro, señor Eduardo, adentro.

Margarita se paró del asiento y condujo a Eduardo a una esquina de la pieza. Sus ojos brotaban fuego y su semblante un agrado inexplicable.

-Yo que deseo justificarme a vuestros ojos -le dijo-, señor, os extrañará que tenga que salir de casa para veros; pero esta casa es de mi tía, y he preferido este lugar mejor que cualquiera otro.

Eduardo estaba serio y deseoso de desocuparse pronto de la entrevista; por eso trató de ir pronto al esclarecimiento de lo que le interesaba conocer, diciendo a Margarita:

-Recibí vuestra carta, señorita, y como en ella aludís al honor de una señora, deseaba saber los conductos por donde habíais sabido esas calumnias. Este solo objeto me ha traído aquí sin que por eso deje de mostrarme agradecido por el interés que tomáis por mi vida.

-Antes de satisfacer vuestros deseos -le contestó la joven-, permitidme hablaros de lo primero que os expuse en mi carta.

Margarita se sentó en el borde del asiento y continuó:

-Por un acaloramiento vuestro, he perdido mi reputación. Voy a explicaros todo, para que variéis de la resolución que tomasteis al abandonarme.

-Permitidme, señorita -la interrumpió Eduardo-, permitidme que cierre mis oídos a lo que vais a decir. Mi resolución es una, y es no perder el tiempo en una conversación que jamás borraré los hechos que presencié.

La joven detenida en su marcha, comprimó la rabia, y lejos de estallar, siguió empleando los medios de la seducción.

Estaba Margarita vestida con voluptuosidad; hablaba a los sentidos con sus formas, a pesar de tener marchito el rostro, apagada aquella frescura que se conserva en una vida arreglada.

Sus brazos aunque gruesos, no revestían el torneo de la virginidad.

Las manos tan llenas y pequeñas que en otro tiempo decantaban la inocencia, estaban surcadas por venas hinchidas, movedizas al tocarlas y ásperas al tacto; signos inequívocos de la vida que llevaba.

Sin embargo, Margarita mirada a la distancia, conservaba restos de belleza.

Cuando Eduardo le habló con tanta aspereza, ella dejó caer con descuido el pañolón y mostró un elegante descote.

Sacó sus brazos, y apoyando su mejilla en la mano izquierda, contestó con la mayor amabilidad:

-¿De qué palabras me valiera, qué prueba os diera, para haceros ver que os amo a vos solo, señor Eduardo? Si llegaseis a penetrar en mi corazón, os convenceríais de que nadie os puede amar como yo. ¿Creéis encontrar la felicidad en otra mujer?

-Os vuelvo a suplicar, que no hablemos de eso. Soy vuestro amigo y nada más. No hablemos más de lo que no tiene remedio.

-Esa es mucha crueldad. Yo os prometo que si os consagráis a mí, seréis el ángel de mi vida y me bendeciréis por lo ejemplar que seré. La felicidad es un capricho, señor Eduardo, un capricho. Decidme que la encontraréis en mí y yo también seré feliz.

-No quería hablar sobre lo pasado, señorita; pero ya que me provocáis, decidme ¿cómo puedo encontrar mi felicidad entrando a ser el ridículo de la sociedad? ¿no os acordáis de lo que pasó? ¿qué dirían las gentes?

-¿Que no despreciáis la sociedad? Yo la desprecio y me río de ella, porque la sociedad es lo que vos sabéis...

-No, señorita, la sociedad a pesar de sus nulidades, de sus malos aspectos, conserva siempre un fondo de honradez, da fallos que nadie levanta. Es preciso respetarla, porque en ella hay también virtudes que residen al hombre. La sociedad no es para mí una norma, pero temo la justicia que ejerce. Esa sociedad que despreciáis, os hace sentir su peso en este momento. ¿No es verdad que sufrís por causa de ella?

-Os creía un hombre más despreocupado, señor; sed como yo, despreciad y entonces os reiréis de las gentes.

Eduardo que veía lo largo de una discusión como esta, trató de cortar la conversación.

-¿Pero, a qué os disculpáis despreciando la sociedad? Si la despreciaseis teniendo virtudes que os elevasen sobre ella, justo sería vuestro raciocinio; pero despreciarla para encubrir y disculpar faltas, no comprendo cuál sea el resultado que queráis sacar.

-Señor Eduardo, siempre he de sufrir vuestras durezas, siempre; porque estoy resignada a sufrir lo que queráis para reconciliarme con vuestro amor.

-Eso es imposible.

-¿Imposible? ¿no os movéis a sacarme de la deshonra en que he caído por vos?

-Vos estabais deshonrada ya, y habéis continuado deshonrándoos. ¿Querriais que a despecho de vuestras faltas siguiese amándoos? ¿que me casase viendo llover sobre mí el peso de vuestras irregularidades? No, señorita, no penséis en eso más. Es un imposible. Entre el amor que os tenía se ha colocado la compasión.

-¡Basta! -le gritó la joven perdiendo la cabeza al oír esta última palabra que la humillaba-. ¡Basta! la compasión no es para mí, la compasión es para los que no tienen qué comer, para los pobres.

-Las que no tienen qué comer, señorita y prefieren pasar las amarguras de la pobreza sin entregarse a la prostitución, esas no merecen compasión; están más elevadas que otras, porque poseen el honor que no se compra ni se recupera con dinero. Os querría ver pobre y virtuosa para amaros.

A este último golpe, Margarita se incorporó y se arrojó a los pies de Eduardo suplicándole:

-Señor Eduardo, ¡amadme! ¡amadme! Seré la mujer ejemplar, seré lo que queráis que sea. Amadme...

La joven dejó caer la cabeza en las rodillas de Eduardo y este horrorizado de aquella humillación, repelió con severidad aquella postración.

Margarita le tomó las manos y las besó; mas, Eduardo, impresionado desfavorablemente, las retiró con violencia y se levantó para irse.

La joven se levantó entonces, y viendo que se le iba la presa, que sus demostraciones nada producían de favorable, dijo a Eduardo para detenerle:

-Está todo concluido, no os volveré a importunar más. Otras serán más felices que yo, la napolitana.

Al oír este nombre, Eduardo se detuvo, y mirando a la joven le contestó:

-¿Queréis decirme lo que a este respecto os han contado?

-Aunque nada os debiera decir sin embargo, os lo contaré para que no seáis desgraciado.

El sentimiento con que fueron dichas estas palabras, hicieron creer a Eduardo que había buena fe en la joven.

-Sentaos, señor, no os volveré a hablar de mí.

Eduardo volvió a sentarse, y Margarita principió a contarle lo que sabía.

-Por una de las criadas del señor Rodolfo he sabido que...

Margarita interrumpió su frase, viendo que una de las luces se concluía, y parándose dijo a Eduardo:

-Permitidme hacer traer una luz.

Eduardo se quedó mirando a Margarita que salía a traer una luz; mas la joven al salir, cerró la puerta y le puso llave con suma ligereza.

Eduardo corrió a la puerta para no quedar encerrado, pero la joven le contestó desde el patio:

-Aguardad un momento, os dejo así para que no vaya a entrar alguien.

Diciendo esto corrió hacia la calle, cerrando del mismo modo la puerta de afuera.

Eduardo esperó con inquietud un cuarto de hora, y viendo que lo de la luz era algún ardid, creyó se tramaba algo serio contra él.

El temor le sobrevino; dio voces, golpeó con estrépito la puerta forcejeó por descerrajarla, más no pudo.

Un silencio mortal apagaba sus voces e inutilizaba sus esfuerzos.

Principió entonces a dar pasos agigantados por la pieza.

Pasó un cuarto de hora más; dieron las doce y aun nadie aparecía.

-Esta es una trampa -se dijo-, aquí nadie debe vivir porque nadie responde. ¿Qué se querrá de mí?

Seguía andando, y su imaginación le presentaba peligros extremos.

Metió las manos en los bolsillos y no encontró más que un débil cortaplumas.

Llevaba cota de malla pero no armas.

Las luces se fueron concluyendo y quedó a oscuras.

-En este estado me pueden asesinar -reflexionó-; y yo morir aquí... ¡eso es horrible!

Los remordimientos le asaltaban; la idea de la muerte le espantaba.

Eduardo sacó fuego de un mechero y encendió un cigarro para alumbrarse a sí mismo.

-No es posible que muera como un miserable -se dijo-... ¿pero con qué me defiendo? algo de terrible me espera. ¡Ah Margarita! ¡Margarita!... ¡Margarita!... demonio inexplicable; ¿cómo me has podido engañar? ¿A qué vendría aquí?

Eduardo se reclinó sobre una silla; sintió que el reloj daba la una de la noche.

Cada hora le parecía un siglo.

-¡Seguramente vendrá -se dijo-, más tarde, cuando todo el mundo esté dormido y entonces se me querrá inmolar!... pero no me he de dejar asesinar como un cobarde.

Se paró y tomó uno de los candeleros.

-Es de cobre -dijo-, puede servir para un golpe.

Luego lo empuñó y lo acomodó para el objeto pensado.

Meditó un rato y resolvió un plan de defensa.

El reloj dio las dos de la mañana.

Lo avanzado de la hora, le sugirió nuevas ideas.

-¡Tal vez se me quiera tener aquí para siempre: ojalá que así fuese!... el abate daría conmigo.

Esto pensaba, cuando sintió el sonido de la llave que abría la puerta de calle.

La sangre se le aglomeró al corazón, corrió a ponerse tras de la puerta única por donde debían entrar a la pieza.

Algunas voces de hombre se dejaron escuchar en el patio.

Esto persuadió a Eduardo que trataban de asesinarle,

El momento era solemne.

Los pasos se acercaron a la puerta, traían una luz.

Margarita puso la llave en la chapa y dio vueltas, luego corrió un cerrojo que había por fuera, y dando un empujón puso su pie en el umbral para entrar con cuatro negros que la acompañaban.

Eduardo al ver abrir la puerta, sin más esperar y como fuera de sí precipitó sobre ella.

Dio con el candelero un golpe mortal a Margarita en los pechos, atropelló a los negros, abriéndose calle con la rapidez del impulso y los golpes que repartía.

Los negros se atolondraron un momento con la sorpresa del ataque, arrojando puñaladas al paso e inciertas que repelió la cota de malla.

Eduardo salió a escape ganando la calle, perseguido por los cómplices de la joven.

Margarita, al recibir el golpe no tuvo tiempo de nada.

-¡Me ha muerto!... -fueron sus últimas palabras y cayó de espaldas al suelo.

Los negros volvieron sin haber podido dar alcance a Eduardo, y encontraron a la joven sin aliento, sin respiración; y en vez de auxiliarla, corrieron a ocultarse dejándola a la intemperie.

Eran las cuatro de la mañana, cuando los últimos rayos de asomaron en Margarita.

La policía de aquel entonces no se conocía.

Los amigos de la joven habían huido.

El Inquisidor, deteniéndose en su carrera, prefirió silenciar lo que había pasado por evitar el escándalo.

La joven tendida en el umbral de la puerta, sentía que el golpe le había destrozado las venas, y la caída contribuido a aumentar sus dolores.

Entreabrió los ojos, como volviendo del otro mundo, y comprendió que se encontraba próxima a perecer.

-¡Juan!... -gritó con acento de moribunda.

Nadie respondió.

La oscuridad le espantó y dio voces apagadas.

-¡Socorro! ¡socorro!

Su voz se perdió sin encontrar eco.

El fantasma de la muerte se le presentó.

-¡Qué horror! -exclamó-, no quiero morir... aun soy joven... tengo que... gozar...

La sangre de las arterias corría derramándose por sus entrañas; los dolores eran agudos.

-¡Socorro!... -volvió a balbucear.

Llevó sus manos a la cara y se cubrió con ellas el rostro como para consolar su miedo, como para no ver la imagen descarnada del remordimiento.

Hizo un esfuerzo para levantarse, pero ya era tarde; las fuerzas le faltaban.

Entonces principió a arrastrarse hasta llegar al umbral de la puerta de calle, y dándose vueltas en su agonía impotente, siguió en medio de sus dolores y de sus remordimientos hasta llegar a la casa donde poco antes los negros se divertían.

El arpa continuaba tocando, y cuando las parejas estaban embriagadas por el licor y los placeres, el cuerpo yerto y desencajado de la joven hizo el último esfuerzo para penetrar en aquella parranda buscando un socorro.

Quiso avanzar, pero la vida le faltó; solo un grito de muerte y de desfallecimiento lanzó.

-¡Socorro!... ¡socorro!...

Al pronunciar estas palabras, Margarita contrajo la fisonomía; y revolcándose en el último dolor de su agonía, se estiró, quedando un cadáver a las puertas de la orgía.

La música silenció, el espanto sucedió a la embriaguez, y el cuerpo frío de Margarita encontró su descanso en los últimos ecos de la danza y del ruido de las copas.

.....

Al día siguiente, un cajón forrado en paño negro con una cruz blanca encima, marchaba sin otro acompañamiento que el de los sepultureros, a ser depositado bajo las losas del cementerio de San Pedro.

CAPITULO XXXVI

La desaparición del Callao

Margarita había desaparecido del mundo sin dejar otros recuerdos de su tránsito por la sociedad que el de sus vicios.

Otro tipo diferente que reflejaba la santidad de la mujer virtuosa, seguía también el camino de la eternidad, lejos del mundo y sacrificada a la pureza de sus sentimientos.

Enriqueta agonizaba.

Separada de sus últimas afecciones que eran su tía y Magdalena, encerrada en una celda del monasterio de las Claras, rodeada de semblantes extraños y atormentada por la presencia del padre Ulloa; Enriqueta había sido presa de accidentes repetidos que le extinguían las pocas fuerzas que le quedaban.

Resignada a morir, su espíritu perdió el dominio de sí mismo.

Cuando la razón le alumbraba, llamaba a su amiga y no le daban razón de ella.

Cuando le sobrevenía un acceso de furor, hacía esfuerzos para salir de aquel panteón, como le llamaba, pero le retenían fuerzas superiores que la reducían a la impotencia.

Lo avanzado de la enfermedad, los contratiempos que sufría y la convicción que adquirió de la muerte de Moyén, apresuraron sus últimos momentos.

Se la había hecho testar.

El día fatal había llegado. Era el 28 de octubre de 1746.

Desde muy temprano la muerte se dibujaba en la fisonomía de Enriqueta.

Inmóvil en el lecho, su razón se encontraba serena, y su espíritu resignado.

Un ligero tinte de carmín coloreaba sus labios.

El brillo de las pupilas lo tenía algún tanto empañado.

Los cabellos rubios que en otro tiempo ondulaban sobre sus espaldas, se encontraban desgreñados y esparcidos por la almohada.

Aquella voz tranquila y dulce que se armonizaba con la situación de su naturaleza, parecía extinguida.

Las religiosas que la acompañaban la contemplaban extasiadas.

Allá, de cuando en cuando, se dejaba oír un ¡ay! que nacía del corazón de Enriqueta.

Era el único desahogo de su martirio.

Todas las horas de ese día la enferma las pasó sin alteración.

La noche había caído y con ella también ahora fatal.

Aparecieron los síntomas inequívocos.

El corazón disminuía sus latidos.

El movimiento de los párpados era casi imperceptible.

La respiración era la única señal de que Enriqueta aun vivía.

Esa agonía prolongada daba de cuando en cuando señales de lo que pasaba en el espíritu de la moribunda.

Se le veía levantar los ojos al cielo y elevarlos cual si fuera dominada por un éxtasis de adoración y de amor.

Quizás divisaba el camino luminoso que debía llevarla a la eternidad.

En esos momentos en que el hombre no sabe si aun está en tierra o en el cielo; en aquellos instantes que preceden a la muerte, en los que el alma se desprende lentamente de las formas materiales para ir entrando en las regiones serenas de lo infinito, no puede menos de columbrarse, de verso al través de las tinieblas que nos separan de Dios, al Dios que nos llama.

Enriqueta debía encontrarse en esa situación al sufrir los dolores consiguientes a la paralización del organismo, los dolores morales de su sacrificio, cuando al mismo tiempo bañaba su rostro una sonrisa que solo es propiedad de los ángeles.

En tal situación las horas avanzaban.

Las religiosas que veían aproximarse rápidamente la muerte, le prodigaban palabras de consuelo.

El abate Ulloa recitaba las oraciones destinadas para auxiliar al moribundo. Pero Enriqueta no parecía oír las voces humanas, ella entendía seguramente la voz del Eterno.

Con los ojos abiertos, miraba a los que lo acompañaban, y cuando veía correr algunas lágrimas por las mejillas de las religiosas, suspiraba, alzaba sus pupilas inciertas y apagadas hacia el cielo, y volvía enseguida a inundar el semblante de gozo.

Esas manifestaciones de una existencia que se apagaba, dejaron de presentarse.

Era que el alma de Enriqueta se encontraba alimentándose de los cantares de la gloria.

Enriqueta acababa de morir.

El abate que la auxiliaba acercó un espejo a la boca del cadáver y la luna quedó limpia.

No había aliento que la empañase.

El abate y las religiosas se hincaron entonces a rezar.

Eran las diez y media de la noche. El reloj acababa de dar la última campanada.

No se sentía otro ruido que el murmullo de las voces que oraban.

-Rezad una salve -dijo el abate a las religiosas después de haber recitado otras oraciones-, por el alma de la difunta.

Las religiosas se entregaron con todo fervor a rezar la salve.

En esto se dejó sentir un ruido subterráneo, terrible, semejante al producido por un mundo que se derrumba.

Las religiosas y el abate lanzaron un grito de espanto y huyeron hacia el jardín.

Un segundo de silencio y de ansiedad precedió al sacudimiento de la tierra.

El terror se apoderó de todos los espíritus, y la tierra, cual un mar ondulante, siguió meciéndose en medio de los gritos y de un estrépito infernal.

Los techos caían y caían las paredes de los viejos edificios, levantando una polvareda espesa que cubría los rayos de la luna.

Los habitantes no podían mantenerse de pie.

El sacudimiento de la tierra les hacía caer.

Era un terremoto que visitaba al Perú.

Las calles de la opulenta Lima, adornadas con plazas y templos, se poblaban de gentes que imploraban misericordia; unas postradas de rodillas dándose golpes en el pecho, otras implorando socorro para que les ayudasen a salir de algún escombros que los había tomado al fugar.

Los que podían corrían desalentados, sin rumbo, desconociéndose todos y cada cual absorto por el espanto.

El polvo secaba las gargantas.

Una densa oscuridad reinaba, semejante a la ideada por los católicos para el día final.

Los ayes de las madres que clamaban por sus hijos, la carrera de las bestias que atropellaban por en medio de las multitudes, los quejidos de los que caían heridos por los trozos de los edificios, los lamentos de los que se rendían exánimes, destrozados; todo ese mundo de voces confundidas en medio de las tinieblas y acompañadas por los repetidos sacudimientos de la tierra, presentaban a los aterrorizados habitantes la llegada del día último del mundo.

Cuando esta convicción se hizo general, entonces vino la desesperación a reemplazar al dolor y al terror.

Los gritos de todos eran llamando sacerdotes que les confesaran para encontrar una absolución que los dispusiera a morir.

Otros no esperaban tanto y confesaban sus culpas a voces, pidiendo perdón, con los brazos puestos en cruz y mirando hacia el cielo.

Toda la noche se pasó en esta agonía.

El sacudimiento de la tierra fue calmándose poco a poco.

El polvo se disipó y la luz de la luna volvió a alumbrar ese cuadro de desolación.

Los habitantes quedaron ansiando la luz del día para cerciorarse de que aun se encontraban en el mundo.

El crepúsculo del día 20 apenas había asomado, cuando cada cual se entregó a buscar los objetos más caros del corazón.

Separemos nuestra vista de las escenas que tuvieron lugar a presencia de aquella catástrofe de fatal recuerdo.

El día 29 había amanecido, decíamos, cuando un puñado de hombres llegó a la capital dando voces de exterminio.

Eran los que habían salvado de la ruina del Callao; ¡34 personas de 6000 habitantes que tenía!

Cuando los habitantes de Lima principiaban a encontrar un consuelo, en la luz del día que asomaba, cuando se veían por aquí a unos que lloraban sobre un cadáver ensangrentado, por allá a otros que derramaban lágrimas de consuelo al volver a encontrar a sus esposas, hermanos; cuando sobre unos derrumbes de la cárcel de la Inquisición se distinguía a Magdalena postrada por el dolor, al recibir la noticia que Eduardo le daba, de haber perecido allí Rodolfo, cuando todo esto pasaba, las voces de que el mar avanzaba a tragarse la capital, vinieron a completar el desborde de los sufrimientos.

El pavor reapareció y cada cual no pensó sino en salvarse a sí mismo.

Las gentes se precipitaron a alcanzar los cerros, y con la velocidad del rayo, la ciudad quedó sola.

Eduardo, viendo que Magdalena prefería perecer en el lugar que se le había señalado como tumba de su esposo, la tomó en sus brazos y echó a correr con ella para salvarla.

¿Qué había sucedido en el Callao?

El movimiento de la tierra había sido de Norte a Oeste.

El Callo había sufrido los mismos sacudimientos que Lima y a más una inundación espantosa.

El mar se había reconcentrado al comienzo del terremoto, dejando en seco las playas que antes estaban cubiertas por las aguas. Luego, cuando el polvo producido por la caída de los edificios ahogaba a sus habitantes, ese mar había vuelto cual una montaña embravecida cayendo de golpe sobre la población y arrastrando en el refluo de las olas, los destrozos causados por el sacudimiento.

No había parado en esto.

El mar espumoso y aterrante había seguido barriendo cuanto encontraba a su paso; y cuando se calmó, sus aguas quedaron cubriendo la población del Callao.

Hasta ahora, el curioso observador puede, en un día sereno, pasear en una embarcación sobre las aguas que bañan la *Punta de Pescadores* y divisar en el fondo las calles delineadas del antiguo Callao.

Las voces de los escapados del puerto, que aterraron a los habitantes de Lima, no eran infundadas si se atiende al pánico que debió producir la salida del mar.

Pero pronto se convencieron de que el peligro había desaparecido.

Cuando la población se tranquilizó, descendió de los cerros a buscar en las ruinas lo que extrañaba faltarle.

Desde entonces, Magdalena creyó a Eduardo como su salvador; y en esta idea se afianzó tanto más, cuanto se consideró huérfana en el mundo por la pérdida de Rodolfo.

EPÍLOGO

La tierra continuó agitándose por intervalos y con suavidad, durante treinta días más.

Eduardo juzgó imposible posesionarse de Magdalena atendiendo al impedimento que lo opondría el abate González.

Magdalena aturdida con tanto contratiempo, se resolvió a dejar el Perú y correr en busca del padre Anselmo, que se encontraba misionando entre los araucanos.

Las gentes del Perú principiaron a emigrar.

Eduardo llevado de su pasión por Magdalena, resolvió seguirla a Chile y allí intentar su unión.

El abate ignoraba lo que sucedía.

A mediados de noviembre, la barca «Tres Marías» salió del Callao para Valparaíso.

Magdalena se embarcó en ella al amanecer y Eduardo a las ocho de la noche.

El quince, de madrugada, la barca se dio a la vela.

Dos días después se supo la desaparición de Eduardo.

El abate, al tomar conocimiento de este accidente, procedió a despojarle de su empleo y de sus títulos, poniendo de Inquisidor Mayor a un devoto de la Compañía.

Al mismo tiempo pasó a la cárcel de la Inquisición, y de allí sacó al joven Salazar para servirse más tarde de él en la realización de los planes que meditaba contra Eduardo.

-¡Algún día sabrá ese ingrato -dijo el abate para sí solo, aludiendo a Eduardo-, ese hijo sacrílego del abate Rondani, que a mí nadie me engaña!...